

13696

RAYMOND CARVER



Relatos

Lectulandia

Raymond Carver fue uno de los más importantes autores de relato anglosajones del siglo XX, considerado uno de los máximos exponentes del minimalismo y el realismo sucio. En 1970 conoció a la poeta Tess Gallagher, con quien comenzó una nueva vida. Fue en esta época, a partir de 1976, que la carrera de Carver comenzó a destacar, sobre todo con la aparición de *¿Quieres hacer el favor de callarte, por favor?* (1976), que llegó ser finalista del **National Book Award**.

La influencia y correcciones del editor de *Esquire*, Gordon Lish, ajustando más todavía la idea minimalista en los cuentos de Carver es una constante en toda su obra. Carver fue maestro del cuento corto, ganando seis veces el **O. Henry Award**, y su antología *Catedral* fue una de las obras más influyentes de la literatura de finales del siglo XX.

Lectulandia

Raymond Carver

Relatos

ePUB r1.0

BobMol 18.03.14

Título original: *Relatos*
Raymond Carver, 2000
Traducción: Jesús Zulaika
Diseño de portada: BobMol

Editor digital: BobMol
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

DISTANCIAS CORTAS^[1]

JOHN CHEEVER



¿Quién lee relatos, cuentos, narraciones breves? Uno se pregunta, y me gusta pensar que los leen hombres y mujeres en salas de espera; que los leen en viajes aéreos transcontinentales en vez de ver películas banales y vulgares para matar el tiempo; que los leen hombres y mujeres sagaces y bien informados quienes parecen sentir que la ficción narrativa bien puede contribuir a nuestra comprensión de unos y otros, y algunas veces, del confuso mundo que nos rodea. La novela, en toda su grandeza, exige, al menos, algún conocimiento de las unidades clásicas, que preservan ese lazo misterioso entre la estética y la moral; pero que esta antigüedad inexorable excluyera la novedad en nuestras formas de vida sería lamentable. Algunos conocemos esta novedad a través de *La guerra de las galaxias*, otros a través de la melancolía que sigue al error cometido por un jugador que no batea en las últimas entradas de un partido de béisbol. (...) En los cuentos de mis estimados colegas —y en algunos míos— encuentro esas casas de verano alquiladas, esos amores de una noche, y esos lazos extraviados que desconciertan la estética tradicional. No somos nómadas, pero —sin embargo— subsiste más que una insinuación en el espíritu de nuestro gran país, y el cuento es la literatura del nómada.

UN DÍA MUY FELIZ.

JAIME PRIEDE



«Un día muy feliz.

La niebla se levantó pronto, trabajé en el jardín.

Los colibríes se demoraban en las madre selvas.

No había cosa en la tierra que yo deseara poseer.

Sabía que no merecía la pena que envidiase a nadie.

Cualquier mal que hubiera sufrido, lo olvidé.

Pensar que una vez fui el mismo hombre no me molestaba.

En el cuerpo no sentía dolor.

Cuando me estiré vi el mar azul y las velas».

El poema se titula «*Dádiva*» y es de Czeslaw Milosz. Pero es Carver, Raymond Carver. Un afortunado que ha vivido dos vidas. Nace en Clatskanie, Oregón, 1938. Primer hijo de Cleve Raymond Carver y Ella Beatrice Casey. Detesta que todo el mundo le llame Raymond Carver «Junior», excepto su padre, que le llama «Rana». Se casa a los dieciséis años y poco después ya es padre de dos hijos. Empieza a beber sin control y a provocar broncas descomunales tanto en casa como en los bares. Va dando tumbos de un trabajo ocasional a otro. Su padre, socarrón, empieza a llamarle «Doc».

Una mañana de 1956 se acerca en coche a la parte alta de Yakima, pequeña ciudad al este de Washington, para entregar un pedido de la farmacia

en la que trabaja como repartidor. Mientras espera a la puerta que el anciano propietario de la casa busque su chequera, le llama la atención que haya tantos libros esparcidos por todas partes. Su mirada se posa en una revista sobre la mesa del comedor. Es la primera vez que ve *una de esas revistas de poca circulación*. Es un ejemplar de *Poetry*. El anciano introduce el cheque en ella: «Llévatela, hijo. A lo mejor un día escribes algo y no sabes adónde mandarlo». Esa noche apenas duerme. Lee una y otra vez las cartas y los poemas de Ezra Pound, sus postulados, *lo que se debe y no se debe hacer al escribir*. El ejemplar incluye también análisis y discusiones de los diversos movimientos poéticos del siglo. Percibe que esa noche su vida está dando un giro, que toma perspectiva, que remiten los latidos en la sien. *El mundo es una amenaza para muchos de los personajes de mis historias. La gente que elijo para escribir sobre ella siente una amenaza, y creo que la mayoría de la gente siente el mundo como un lugar amenazante*. Saber contarlos, ése será el reto del nuevo día.

En una secuencia de *La opinión pública*, Charles Chaplin representa la partida de un tren solamente con las sombras y las luces que se reflejan en el rostro de una muchacha en el andén. La elisión, utilizada por primera vez en esta secuencia, es el recurso narrativo más utilizado en el relato corto norteamericano. Faulkner, Dos Passos, Hemingway o Steinbeck exigen un lector vigilante, partícipe de la creación y dispuesto a reconstruir lo elidido. Tomaron el relevo autores como Saul Bellow, Tobias Wolff, Richard Ford y Raymond Carver. *Allá por la mitad de los sesenta empecé a notar muchos problemas de concentración que me asaltaban ante las obras narrativas voluminosas. Durante un tiempo experimenté idéntica dificultad para leer tales obras que para escribirlas. Mi atención se despistaba y decidí que no me hallaba en disposición de acometer la redacción de una novela*. Teoría del iceberg, la elisión de revelaciones para que la realidad gane espacios autónomos en la narración. Una vez más no es la reproducción de la realidad lo que cuenta sino su transformación, borrando los límites entre ésta y la ficción. El mecanismo mental de los escritores norteamericanos está más entrenado en la agudeza que en la abstracción, en la perspicacia, en la inminencia del aquí y el ahora. Richard Ford: «A los escritores norteamericanos no les interesa entender la vida en general, se conforman con entender la vida en particular». Carver apuesta por entender la suya en las distancias cortas del relato, pero pasarán veintiocho años antes de que envíe sus textos a la dirección postal de *Poetry* en Chicago. Ya formaba parte de la nómina de escritores norteamericanos agrupados bajo la etiqueta «dirty realism», cuyo éxito se basa en un aire renovador a la hora de desvelar la realidad en fotogramas, sin añadidos que tiendan a modificarla, y un ir y venir de los personajes por lugares indeterminados, su forma de estar en ningún sitio, esa mezcla de aturdimiento y

condescendencia. Comparte cartel con Richard Ford, Jayne Anne Phillips, Tobias Wolff y Joy Williams. Le hospitalizan cuatro veces por su adicción al alcohol. Su hígado ya no da más de sí.

Cuando comienza el mes de junio parece que siempre es jueves. Los motores del verano se ponen a punto en los hogares. Afuera, planean sin estruendo. Lento movimiento del blanco hacia el azul. Es el mejor momento del verano: por venir. El hábitat de los jueves.

El 2 de junio de 1977 Raymond Carver nace por segunda vez. Una propina: diez años más de vida. Toma su última copa cuando conoce a Tess Gallagher y, a partir de entonces, con gusto hubiera titulado todos sus poemas Felicidad. Viven juntos en Ridge House, Port Angeles, Washington, cerca del embarcadero. Le gusta escuchar emisoras musicales por la noche, leer párrafos sueltos de *Abel Martín*. No tienen televisión, no reciben periódicos. Se aficiona a la pesca, sigue de lejos los resultados del béisbol. Viven en la calma, una calma que, como la luz del embarcadero, activa la lucidez de su vida en común. Ecuánime lucidez, la calma, ensanchando cada instante en su duración. Vive su propina con una sola premisa inscrita en el mechero: AHORA. Usar diariamente las cosas del mejor modo posible. *Es posible, en un poema o en una historia corta, escribir sobre objetos cotidianos utilizando un lenguaje coloquial y dotar a la vez a esos objetos —una silla, persianas, un tenedor, una piedra, un anillo— de un inmenso, incluso asombroso poder. Es posible escribir una línea de un aparentemente intrascendente diálogo y transmitir un escalofrío a lo largo de la columna vertebral del lector (el origen del placer estético, como diría Nabokov). Ésa es la clase de literatura que me interesa.*

Autor de un volumen de relatos titulado *¿Quieres hacer el favor de callarte, por favor?* (1976), el cambio vital que experimenta Carver a principios del verano de 1977 facilita una apertura de horizontes, desaparece el embudo de las obligaciones familiares que le atosigan. Su nueva vida en Port Angeles junto a Tess Gallagher le distancia de su pasado, le hace más receptivo y propicia su época más creativa. Invierte la propina en sus mejores libros: *De qué hablamos cuando hablamos de amor* (1981), *Catedral* (1983), *Bajo una luz marina* (1986) y *Un sendero nuevo a la cascada* (1989).

Escribe Gilles Deleuze respecto del cine de John Ford: «El afuera engloba al adentro, ambos se comunican y se avanza pasando de uno al otro en los dos sentidos (...) Se puede ir de un punto conocido a un punto desconocido (...) y lo esencial sigue siendo el englobante que los comprende a los dos». Ese recorrido también será palpable en las historias cortas y poemas de Carver. La escritura como acto de descubrimiento. *Me gustaría decirles a mis amigos escritores cuál es la mejor manera de llegar a la cumbre. No debería ser tan difícil, y debe ser tanto o más honesto que encontrar un lugar agradable para*

*vivir. Un punto desde el que desarrollar tus habilidades, tus talentos, si justificaciones ni excusas. Sin lamentaciones, sin necesidad de explicarse. Se sienta a escribir una historia y la primera frase, la frase verídica que buscaba Hemingway, le da la pauta para seguir. Por ejemplo: **Él pasaba la aspiradora cuando sonó el teléfono.** Sabe que la historia se encuentra ahí, que esas palabras brotan de su esencia. Siente que con ese comienzo la historia puede crecer, hacerse literatura si le dedica el tiempo necesario. Y encuentra ese tiempo, a razón de doce o quince horas de trabajo. Después de esa frase brotan otras para complementarla. Utiliza un lenguaje lo más preciso posible para que los detalles se concreten y alcancen un significado. Que el correcto uso de las palabras puedan hacer sonar todas las notas, manifestar todos los registros. **Cuando me pongo a escribir, empiezo literalmente con una frase o una línea. Siempre necesito tener esa primera línea metida en la cabeza, se trate de un poema o un relato. Más tarde, todo puede cambiarse, pero esa línea se cambia muy pocas veces.** El impacto de sus relatos suele centrarse muchas veces en una sola imagen: un caballo en la niebla, un pavo real, una catedral, un cenicero... La imagen, como en un poema, organiza la historia, conduce las reacciones del lector hacia una serie de complejas asociaciones. **Siempre me ha parecido que la poesía en su efecto y en la manera en que se compone, se encuentra más cerca de un relato que el relato de una novela.***

Carver alterna la poesía y el relato corto repasando muchas veces todo lo que escribe, volviendo atrás una y otra vez. Fascinado por el proceder de Flaubert, se convierte en un escritor de profundas exigencias estéticas. Disfruta revisando y depurando su trabajo.

Sobre su escritorio, pegadas en la pared, se van acumulando fichas de tres por cinco:

El esmero es la única convicción moral del escritor

EZRA POUND.

Y súbitamente todo empezó a aclararsele

ANTÓN CHÉJOV.

Ningún hierro puede despedazar tan fuertemente el corazón como un punto puesto en el lugar que le corresponde,

ISAAC BABEL.

Carver muestra una capacidad insólita para dejar las cosas al filo, prendidas con alfileres como las fichas en la pared de su escritorio. Su método parece descuidado pero está medido al milímetro. Afirma Richard Ford tras preparar su *Antología del cuento norteamericano*: «No tengo dudas de que escribir relatos cortos es algo que muy poco pueden hacer bien. No conozco la razón. Puede que sea más difícil de lo que parece y los relatos redondos no sean más que

pequeños milagros». Muchos de los relatos de Carver lo son, pequeños milagros. La primera piedra, muy pequeña, de un derrumbe o una transformación. Lenguaje dilatándose en actos. Pasa la vida como en los cuadros de Hopper, al filo de un hueco. La tentativa bergsoniana de arrancar del tiempo cronológico la duración real y concreta en la que el pasado quede ligado al presente. Historias en las que alguien *es* y *está* sin saber qué ha sido de él o qué le ha llevado hasta ahí. Alguien que se queda en pijama, con un tapón de cera en el oído, ante el televisor, discorde su tiempo con el de los demás; alguien que ahueca las manos bajo la luz blanca de la cocina para que le llegue ese bramido como de viento que ruge dentro de una concha marina; alguien que recuerda el principio de un fin, la semilla de una pérdida; el muchacho que hace novillos y se queda por la noche con un pescado en la mano a la luz de porche... Son de Kentucky, de Alabama, de Oregón, vete a saber. Parecen de ninguna parte. Se quedan sin saber qué hacer, clavados. Aunque a veces uno pisa el acelerador y sale a todo gas en un coche de segunda mano con el motor trucado. Como el protagonista de *El elefante*, el que quería irse a Australia.

Pero es a Rusia adonde quieren ir Ray y Tess. En septiembre de 1987 le diagnostican un cáncer de pulmón. Cuatro meses después el cáncer se manifiesta como tumor cerebral. Renuncia por dos veces a que el bisturí le abra el cerebro. Siete semanas de radioterapia y de nuevo, a principios de junio, los tumores vuelven a aparecer en los pulmones. Durante ese mes de junio desayunan leyendo a Chéjov. Tess lee en voz alta. Ray vuelve a leer ese fragmento la misma tarde. Descubren a otro Chéjov dentro de Chéjov, como si avanzara hacia ellos entre los cuchillos de untar la mantequilla. Tess lo pasa a máquina y Ray lo incluye en *Un sendero nuevo a la cascada*, su último libro de poemas. No reciben visitas, no se lo cuentan a nadie. Pero conducen hasta Reno y se casan. Una capilla con un enorme corazón en la ventana rodeado de pequeñas bombillas doradas y un letrero que dice: SE HABLA ESPAÑOL. Una jornada alegre y vacía. La sensación en bruto de vivir una vida sin engaños. A la vuelta, se dan prisa por terminar el libro en que Carver incluye a Milosz y Chéjov. Quieren terminar a tiempo de realizar un viaje a Rusia para visitar la tumba de Chéjov. Pero no hubo tiempo. O sí. Con Ray en el lecho de muerte, la cama de ambos, Tess le promete realizar ese viaje por los dos. *Estaré allí antes que tú. Ahora viajo más de prisa*, le contesta con una sonrisa.

Carver realiza una reconstrucción ficticia de los últimos días de Antón Chéjov en *Tres rosas amarillas*, volumen de relatos publicado poco antes de su muerte. Si había salido del anonimato tras quince años de correcciones con *¿Quieres hacer el favor de callarte, por favor?*, recibido con entusiasmo por una crítica que identifica su estilo lacónico y seco con el minimalismo, *Tres rosas amarillas* muestra una mayor complejidad narrativa que ya apuntaba en

Catedral. Es la carga psicológica del personaje lo que nos traslada a la realidad y no al revés. Lo dice Vila-Matas respecto de *Si me necesitas, llámame*: parece que Carver empezaba a cansarse de la dignidad de los icebergs y se acerca a su verdadera familia literaria: Faulkner, McCullers y Flannery O'Connor, la narrativa del sur. De hecho Carver pensaba en revisar toda su obra anterior cuando preparaba *Tres rosas amarillas* y *Un sendero nuevo a la cascada*, pero ni siquiera llegó a verlos publicados. Precisamente con motivo de la publicación de *Si me necesitas, llámame* a los diez años de su muerte, se avivaron los comentarios sobre la decisiva aportación del editor Gordon Dish en el estilo que convertiría a Carver en un modelo a imitar. Las tachaduras que Gordon Dish aplicaba a los manuscritos han sido revisadas y estudiadas con fervor. Como si quitando las raspaduras de un cuadro se descubriera otro debajo. Ese cuadro muestra a un Carver más acorde con el nuevo estilo de sus últimos relatos. Pero es menos Carver que Carver.

A Carver le gusta cuando V. S. Pritchett define el cuento como «algo vislumbrado con el rabillo del ojo». *Otorga a la mirada furtiva categoría integrante del cuento*, comenta cómplice.

En la pared del dormitorio clavó con chinchetas un retrato de ANTONIO MACHADO. Le dedica un poema que incluye en «*Bajo una luz marina*»:

Hoy llevé tu libro conmigo cuando salí
A dar mi paseo. ¡Presta atención!, decías,
Cuando alguien preguntó qué hacer con su vida.
Con que miré alrededor y tomé nota de todo.
Luego me senté al sol, en mi sitio
De junto al río desde donde puedo ver las montañas
Y cerré los ojos y escuché el sonido
Del agua. Luego los abrí y me puse a leer
«Abel Martín»

Esta mañana pensé mucho en ti, Machado,
Y espero, incluso cara a lo que sé de la muerte,
Que recibirás el mensaje que pretendo enviarte.
Pero está bien aunque no lo recibas. Que duermas bien.
Descansa. Antes o después espero que nos veamos.

Y entonces podré decirte estas cosas directamente.

En su artículo titulado «Agradecimiento», reflexiona José María Conget sobre la sensación de amistad a larga distancia que transmite Carver, la certeza de que hubiera sido bueno conocer a ese hombre y escribirle una nota más o menos así: «Querido Carver, he leído tu libro, me ha hecho bien, te estoy agradecido».

Raymond Carver muere en Ridge House en 1988. Desde entonces se gana la vida guardando de peligro a Tess Gallagher, cerca de Port Angeles, probablemente.

ESCRIBIR UN CUENTO

RAYMOND CARVER



Allá por la mitad de los sesenta empecé a notar los muchos problemas de concentración que me asaltaban ante las obras narrativas voluminosas. Durante un tiempo experimenté idéntica dificultad para leer tales obras como para escribirlas. Mi atención se despistaba; y decidí que no me hallaba en disposición de acometer la redacción de una novela. De todas formas, se trata de una historia angustiosa y hablar de ello puede resultar muy tedioso. Aunque no sea menos cierto que tuvo mucho que ver, todo esto, con mi dedicación a la poesía y a la narración corta. Verlo y soltarlo, sin pena alguna. Avanzar. Por ello perdí toda ambición, toda gran ambición, cuando andaba por los veintitantos años. Y creo que fue buena cosa que así me ocurriera. La ambición y la buena suerte son algo magnífico para un escritor que desea hacerse como tal. Porque una ambición desmedida, acompañada del infortunio, puede matarlo. Hay que tener talento.

Son muchos los escritores que poseen un buen montón de talento; no conozco a escritor alguno que no lo tenga. Pero la única manera posible de contemplar las cosas, la única contemplación exacta, la única forma de expresar aquello que se ha visto, requiere algo más. El mundo según Garp es, por supuesto, el resultado de una visión maravillosa en consonancia con John Irving. También hay un mundo en consonancia con Flannery O'Connor, y otro con William Faulkner, y otro con Ernest Hemingway. Hay mundos en consonancia con Cheever, Updike, Singer, Stanley Elkin, Ann Beattie, Cynthia Ozick, Donald Barthelme, Mary Robinson, William Kitredge, Barry Hannah, Ursula K. LeGuin... Cualquier gran escritor, o simplemente buen escritor, elabora un mundo en consonancia con su propia especificidad.

Tal cosa es consustancial al estilo propio, aunque no se trate, únicamente, del estilo. Se trata, en suma, de la firma inimitable que pone en todas sus cosas el escritor. Este es su mundo y no otro. Esto es lo que diferencia a un escritor de otro. No se trata de talento. Hay mucho talento a nuestro alrededor. Pero un escritor que posea esa forma especial de contemplar las cosas, y que sepa dar una expresión artística a sus contemplaciones, tarda en encontrarse.

Decía Isak Dinesen que ella escribía un poco todos los días, sin esperanza y sin desesperación. Algún día escribiré ese lema en una ficha de tres por cinco, que pegaré en la pared, detrás de mi escritorio... Entonces tendré al menos es ficha escrita. «El esmero es la ÚNICA convicción moral del escritor». Lo dijo Ezra Pound. No lo es todo aunque signifique cualquier cosa; pero si para el escritor tiene importancia esa «única convicción moral», deberá rastrearla sin desmayo.

Tengo clavada en mi pared una ficha de tres por cinco, en la que escribí un lema tomado de un relato de Chejov:... Y súbitamente todo empezó a aclarársele. Sentí que esas palabras contenían la maravilla de lo posible. Amo su claridad, su sencillez; amo la muy alta revelación que hay en ellas. Palabras que también tienen su misterio. Porque, ¿qué era lo que antes permanecía en la oscuridad? ¿Qué es lo que comienza a aclararse? ¿Qué está pasando? Bien podría ser la consecuencia de un súbito despertar. Siento una gran sensación de alivio por haberme anticipado a ello.

Una vez escuché al escritor Geoffrey Wolff decir a un grupo de estudiantes: No a los juegos triviales. También eso pasó a una ficha de tres por cinco. Sólo que con una leve corrección: No jugar. Odio los juegos. Al primer signo de juego o de truco en una narración, sea trivial o elaborado, cierro el libro. Los juegos literarios se han convertido últimamente en una pesada carga, que yo, sin embargo, puedo estibar fácilmente sólo con no prestarles la atención que reclaman. Pero también una escritura minuciosa, puntillosa, o plúmbea, pueden echarme a dormir. El escritor no necesita de juegos ni de trucos para hacer sentir cosas a sus lectores. Aún a riesgo de parecer trivial, el escritor debe evitar el bostezo, el espanto de sus lectores.

Hace unos meses, en el New York Times Books Review, John Barth decía que, hace diez años, la gran mayoría de los estudiantes que participaban en sus seminarios de literatura estaban altamente interesados en la «innovación formal», y eso, hasta no hace mucho, era objeto de atención. Se lamentaba Barth, en su artículo, porque en los ochenta han sido muchos los escritores entregados a la creación de novelas ligeras y hasta «pop». Argüía que el experimentalismo debe hacerse siempre en los márgenes, en paralelo con las concepciones más libres. Por mi parte, debo confesar que me ataca un poco los nervios oír hablar de «innovaciones formales» en la narración. Muy a menudo,

la «experimentación» no es más que un pretexto para la falta de imaginación, para la vacuidad absoluta. Muy a menudo no es más que una licencia que se toma el autor para alienar —y maltratar, incluso— a sus lectores. Esa escritura, con harta frecuencia, nos despoja de cualquier noticia acerca del mundo; se limita a describir una desierta tierra de nadie, en la que pululan lagartos sobre algunas dunas, pero en la que no hay gente; una tierra sin habitar por algún ser humano reconocible; un lugar que quizá sólo resulte interesante para un puñado de especializadísimos científicos.

Sí puede haber, no obstante, una experimentación literaria original que llene de regocijo a los lectores. Pero esa manera de ver las cosas. —Barthelme, por ejemplo— no puede ser imitada luego por otro escritor. Eso no sería trabajar. Sólo hay un Barthelme, y un escritor cualquiera que tratase de apropiarse de su peculiar sensibilidad, de su mise en scene, bajo el pretexto de la innovación, no llegará sino al caos, a la dispersión y, lo que es peor, a la decepción de sí mismo. La experimentación de veras será algo nuevo, como pedía Pound, y deberá dar con sus propios hallazgos. Aunque si el escritor se desprende de su sensibilidad no hará otra cosa que transmitirnos noticias de su mundo. Tanto en la poesía como en la narración breve, es posible hablar de lugares comunes y de cosas usadas comúnmente con un lenguaje claro, y dotar a esos objetos — una silla, la cortina de una ventana, un tenedor, una piedra, un pendiente de mujer— con los atributos de lo inmenso, con un poder renovado. Es posible escribir un diálogo aparentemente inocuo que, sin embargo, provoque un escalofrío en la espina dorsal del lector, como bien lo demuestran las delicias debidas a Navokov. Esa es de entre los escritores, la clase que más me interesa. Odio, por el contrario, la escritura sucia o coyuntural que se disfraza con los hábitos de la experimentación o con la supuesta zafiedad que se atribuye a un supuesto realismo. En el maravilloso cuento de Isaak Babel, Guy de Maupassant, el narrador dice acerca de la escritura: Ningún hierro puede despedazar tan fuertemente el corazón como un punto puesto en el lugar que le corresponde. Eso también merece figurar en una ficha de tres por cinco.

En una ocasión decía Evan Connell que supo de la conclusión de uno de sus cuentos cuando se descubrió quitando las comas mientras leía lo escrito, y volviéndolas a poner después, en una nueva lectura, allá donde antes estuvieran. Me gusta ese procedimiento de trabajo, me merece un gran respeto tanto cuidado. Porque eso es lo que hacemos, a fin de cuentas. Hacemos palabra y deben ser palabras escogidas, puntuadas en donde corresponda, para que puedan significar lo que en verdad pretenden. Si las palabras están en fuerte maridaje con las emociones del escritor, o si son imprecisas e inútiles para la expresión de cualquier razonamiento —si las palabras resultan oscuras,

enrevesadas— los ojos del lector deberán volver sobre ellas y nada habremos ganado. El propio sentido de lo artístico que tenga el autor no debe ser comprometido por nosotros. Henry James llamó «especificación endeble» a este tipo de desafortunada escritura.

Tengo amigos que me cuentan que deben acelerar la conclusión de uno de sus libros porque necesitan el dinero o porque sus editores, o sus esposas, les apremian a ello. «Lo haría mejor si tuviera más tiempo», dicen. No sé qué decir cuando un amigo novelista me suelta algo parecido. Ese no es mi problema. Pero si el escritor no elabora su obra de acuerdo con sus posibilidades y deseos, ¿por qué ocurre tal cosa? Pues en definitiva sólo podemos llevarnos a la tumba la satisfacción de haber hecho lo mejor, de haber elaborado una obra que nos deje contentos. Me gustaría decir a mis amigos escritores cuál es la mejor manera de llegar a la cumbre. No debería ser tan difícil, y debe ser tanto o más honesto que encontrar un lugar querido para vivir. Un punto desde el que desarrollar tus habilidades, tus talentos, sin justificaciones ni excusas. Sin lamentaciones, sin necesidad de explicarse.

En un ensayo titulado «Escribir cuentos», Flannery O'Connor habla de la escritura como de un acto de descubrimiento. Dice O'Connor que ella, muy a menudo, no sabe a dónde va cuando se sienta a escribir una historia, un cuento... Dice que se ve asaltada por la duda de que los escritores sepan realmente a dónde van cuando inician la redacción de un texto. Habla ella de la «piadosa gente del pueblo», para poner un ejemplo de cómo jamás sabe cuál será la conclusión de un cuento hasta que está próxima al final:

«Cuando comencé a escribir el cuento no sabía que Ph. D. acabaría con una pierna de madera. Una buena mañana me descubrí a mí misma haciendo la descripción de dos mujeres de las que sabía algo, y cuando acabé vi que le había dado a una de ellas una hija con una pierna de madera. Recordé al marino bíblico, pero no sabía qué hacer con él. No sabía que robaba una pierna de madera diez o doce líneas antes de que lo hiciera, pero en cuanto me topé con eso supe que era lo que tenía que pasar, que era inevitable.»

Cuando leí esto hace unos cuantos años, me chocó el que alguien pudiera escribir de esa manera. Me pareció descorazonador, acaso un secreto, y creí que jamás sería capaz de hacer algo semejante. Aunque algo me decía que aquel era el camino ineludible para llegar al cuento. Me recuerdo leyendo una y otra vez el ejemplo de O'Connor. Al fin tomé asiento y me puse a escribir una historia muy bonita, de la que su primera frase me dio la pauta a seguir. Durante días y más días, sin embargo, pensé mucho en esa frase: Él pasaba la aspiradora cuando sonó el teléfono. Sabía que la historia se encontraba allí, que de esas palabras brotaba su esencia. Sentí hasta los huesos que a partir de ese

comienzo podría crecer, hacerse el cuento, si le dedicaba el tiempo necesario. Y encontré ese tiempo un buen día, a razón de doce o quince horas de trabajo. Después de la primera frase, de esa primera frase escrita una buena mañana, brotaron otras frases complementarias para complementarla. Puedo decir que escribí el relato como si escribiera un poema: una línea; y otra debajo; y otra más. Maravillosamente pronto vi la historia y supe que era mía, la única por la que había esperado ponerme a escribir.

Me gusta hacerlo así cuando siento que una nueva historia me amenaza. Y siento que de esa propia amenaza puede surgir el texto. En ella se contiene la tensión, el sentimiento de que algo va a ocurrir, la certeza de que las cosas están como dormidas y prestas a despertar; e incluso la sensación de que no puede surgir de ello una historia. Pues esa tensión es parte fundamental de la historia, en tanto que las palabras convenientemente unidas pueden irse desvelando, cobrando forma en el cuento. Y también son importantes las cosas que dejamos fuera, pues aún desechándolas siguen implícitas en la narración, en ese espacio bruñado (y a veces fragmentario e inestable) que es sustrato de todas las cosas.

La definición que da V. S. Pritchett del cuento como «algo vislumbrado con el rabillo del ojo», otorga a la mirada furtiva categoría de integrante del cuento. Primero es la mirada. Luego esa mirada ilumina un instante susceptible de ser narrado. Y de ahí se derivan las consecuencias y significados. Por ello deberá el cuentista sopesar detenidamente cada una de sus miradas y valores en su propio poder descriptivo. Así podrá aplicar su inteligencia, y su lenguaje literario (su talento), al propio sentido de la proporción, de la medida de las cosas: cómo son y cómo las ve el escritor; de qué manera diferente a las de los demás las contempla. Ello precisa de un lenguaje claro y concreto; de un lenguaje para la descripción viva y en detalle que arroje la luz más necesaria al cuento que ofrecemos al lector. Esos detalles requieren, para concretarse y alcanzar un significado, un lenguaje preciso, el más preciso que pueda hallarse. Las palabras serán todo lo precisas que necesite un tono más llano, pues así podrán contener algo. Lo cual significa que, usadas correctamente, pueden hacer sonar todas las notas, manifestar todos los registros.

¿QUIERES HACER EL FAVOR DE CALLARTE, POR FAVOR?^[2]

VECINOS / (1976)



Bill y Arlene Miller eran una pareja feliz. Pero de vez en cuando se sentían que solamente ellos, en su círculo, habían sido pasados por alto, de alguna manera, dejando que Bill se ocupara de sus obligaciones de contador y Arlene ocupada con sus faenas de secretaria. Charlaban de eso a veces, principalmente en comparación con las vidas de sus vecinos Harriet y Jim Stone. Les parecía a los Miller que los Stone tenían una vida más completa y brillante. Los Stone estaban siempre yendo a cenar fuera, o dando fiestas en su casa, o viajando por el país a cualquier lado en algo relacionado con el trabajo de Jim.

Los Stone vivían enfrente del vestíbulo de los Miller. Jim era vendedor de una compañía de recambios de maquinaria, y frecuentemente se las arreglaba para combinar sus negocios con viajes de placer, y en esta ocasión los Stone estarían de vacaciones diez días, primero en Cheyenne, y luego en Saint Louis para visitar a sus parientes. En su ausencia, los Millers cuidarían del apartamento de los Stone, darían de comer a Kitty, y regarían las plantas.

Bill y Jim se dieron la mano junto al coche. Harriet y Arlene se agarraron por los codos y se besaron ligeramente en los labios.

—¡Divertíos! —dijo Bill a Harriet.

—Desde luego —respondió Harriet—. Divertíos también.

Arlene asintió con la cabeza.

Jim le guiñó un ojo.

—Adiós Arlene. ¡Cuida mucho a tu maridito!

—Así lo haré —respondió Arlene.

—¡Divertíos! dijo Bill.

—Por supuesto —dijo Jim sujetando ligeramente a Bill del brazo—. Y

gracias de nuevo.

Los Stone dijeron adiós con la mano al alejarse en su coche, y los Miller les dijeron adiós con la mano también.

—Bueno, me gustaría que fuéramos nosotros —dijo Bill.

—Bien sabe Dios lo que nos gustaría irnos de vacaciones —dijo Arlene. Le cogió del brazo y se lo puso alrededor de su cintura mientras subían las escaleras a su apartamento.

Después de cenar Arlene dijo:

—No te olvides. Hay que darle a Kitty sabor de hígado la primera noche. — Estaba de pie en la entrada a la cocina doblando el mantel hecho a mano que Harriet le había comprado el año pasado en Santa Fe. Bill respiró profundamente al entrar en el apartamento de los Stone. El aire ya estaba denso y era vagamente dulce. El reloj en forma de sol sobre la televisión indicaba las ocho y media. Recordó cuando Harriet había vuelto a casa con el reloj; cómo había venido a su casa para mostrárselo a Arlene meciendo la caja de latón en sus brazos y hablándole a través del papel del envoltorio como si se tratase de un bebé. Kitty se restregó la cara con sus zapatillas y después rodó en su costado pero saltó rápidamente al moverse Bill a la cocina y seleccionar del reluciente escurridero una de las latas colocadas. Dejando a la gata que escogiera su comida, se dirigió al baño. Se miró en el espejo y a continuación cerró los ojos y volvió a mirarse. Abrió el armarito de las medicinas. Encontró un frasco con pastillas y leyó la etiqueta: Harriet Stone. Una al día según las instrucciones— y se la metió en el bolsillo. Regresó a la cocina, sacó una jarra de agua y volvió al salón. Terminó de regar, puso la jarra en la alfombra y abrió el aparador donde guardaban el licor. Del fondo sacó la botella de Chivas Regal. Bebió dos veces de la botella, se limpió los labios con la manga y volvió a ponerla en el aparador. Kitty estaba en el sofá durmiendo. Apagó las luces, cerrando lentamente y asegurándose que la puerta estaba cerrada. Tenía la sensación que se había dejado algo.

—¿Qué te ha retenido? —dijo Arlene. Estaba sentada con las piernas cruzadas, mirando televisión.

—Nada. Jugando con Kitty —dijo él, y se acercó a donde estaba ella y le tocó los senos.

—Vámonos a la cama, cariño —dijo él.

Al día siguiente Bill se tomó solamente diez minutos de los veinte y cinco permitidos en su descanso de por la tarde y salió a las cinco menos cuarto. Estacionó el coche en el estacionamiento en el mismo momento que Arlene bajaba del autobús.

Esperó hasta que ella entró en el edificio, entonces subió las escaleras para alcanzarla al descender del ascensor.

—¡Bill! Dios mío, me has asustado. Llegas temprano — dijo ella. Se encogió

de hombros. No había nada que hacer en el trabajo —dijo él. Le dejó que usará su llave para abrir la puerta. Miró a la puerta al otro lado del vestíbulo antes de seguirla dentro.

—Vámonos a la cama —dijo él.

—¿Ahora? —rió ella—. ¿Qué te pasa?

—Nada. Quítate el vestido. —La agarró toscamente, y ella le dijo:

—¡Dios mío! Bill

Él se quitó el cinturón. Más tarde pidieron comida china, y cuando llegó la comieron con apetito, sin hablarse, y escuchando discos.

—No nos olvidemos de dar de comer a Kitty —dijo ella.

—Estaba en este momento pensando en eso —dijo él—. Iré ahora mismo. Escogió una lata de sabor de pescado, después llenó la jarra y fue a regar. Cuando regresó a la cocina, la gata estaba arañando su caja. Le miró fijamente antes de volver a su caja-dormitorio. Abrió todos los gabinetes y examinó las comidas enlatadas, los cereales, las comidas empaquetadas, los vasos de vino y de cocktail, las tazas y los platos, las cacerolas y las sartenes. Abrió el refrigerador. Olió el apio, dio dos mordiscos al queso, y masticó una manzana mientras caminaba al dormitorio. La cama parecía enorme, con una colcha blanca de pelusa que cubría hasta el suelo. Abrió el cajón de una mesilla de noche, encontró un paquete medio vacío de cigarrillos, y se los metió en el bolsillo. A continuación se acercó al armario y estaba abriéndolo cuando llamaron a la puerta. Se paró en el baño y tiró de la cadena al ir a abrir la puerta.

—¿Qué te ha retenido tanto? —dijo Arlene—. Llevas más de una hora aquí.

—¿De verdad? —respondió él.

—Sí, de verdad —dijo ella.

—Tuve que ir al baño —dijo él.

—Tienes tu propio baño —dijo ella.

—No me pude aguantar —dijo él.

Aquella noche volvieron a hacer el amor.

Por la mañana hizo que Arlene llamara por él. Se dio una ducha, se vistió, y preparó un desayuno ligero. Trató de empezar a leer un libro. Salió a dar un paseo y se sintió mejor. Pero después de un rato, con las manos todavía en los bolsillos, regresó al apartamento. Se paró delante de la puerta de los Stone por si podía oír a la gata moviéndose. A continuación abrió su propia puerta y fue a la cocina a por la llave. En su interior parecía más fresco que en su apartamento, y más oscuro también. Se preguntó si las plantas tenían algo que ver con la temperatura del aire. Miró por la ventana, y después se movió lentamente por cada una de las habitaciones considerando todo lo que se le venía a la vista, cuidadosamente, un objeto a la vez. Vio ceniceros, artículos de

mobiliario, utensilios de cocina, el reloj. Vio todo. Finalmente entró en el dormitorio, y la gata apareció a sus pies. La acarició una vez, la llevó al baño, y cerró la puerta.

Se tumbó en la cama y miró al techo. Se quedó un rato con los ojos cerrados, y después movió la mano por debajo de su cinturón. Trató de acordarse qué día era. Trató de recordar cuando regresaban los Stone, y se preguntó si regresarían algún día. No podía acordarse de sus caras o la manera cómo hablaban y vestían. Suspiró y con esfuerzo se dio la vuelta en la cama para inclinarse sobre la cómoda y mirarse en el espejo.

Abrió el armario y escogió una camisa hawaiana. Miró hasta encontrar unos pantalones cortos, perfectamente planchados y colgados sobre un par de pantalones de tela marrón. Se mudó de ropa y se puso los pantalones cortos y la camisa. Se miró en el espejo de nuevo. Fue a la sala y se puso una bebida y comenzó a beberla de vuelta al dormitorio. Se puso una camisa azul, un traje oscuro, una corbata blanca y azul, zapatos negros de punta. El vaso estaba vacío y se fue para servirse otra bebida.

En el dormitorio de nuevo, se sentó en una silla, cruzó las piernas, y sonrió observándose a sí mismo en el espejo. El teléfono sonó dos veces y se volvió a quedar en silencio. Terminó la bebida y se quitó el traje. Rebuscó en el cajón superior hasta que encontró un par de medias y un sostén. Se puso las medias y se sujetó el sostén, después buscó por el armario para encontrar un vestido. Se puso una falda blanca y negra a cuadros e intentó subirse la cremallera. Se puso una blusa de color vino tinto que se abotonaba por delante. Consideró los zapatos de ella, pero comprendió que no le entrarían. Durante un buen rato miró por la ventana del salón detrás de la cortina. A continuación volvió al dormitorio y puso todo en su sitio.

No tenía hambre. Ella no comió mucho tampoco. Se miraron tímidamente y sonrieron. Ella se levantó de la mesa y comprobó que la llave estaba en la estantería y a continuación se llevó los platos rápidamente. Él se puso de pie en el pasillo de la cocina y fumó un cigarrillo y la miró recogiendo la llave.

—Ponte cómodo mientras voy a su casa —dijo ella—. Lee el periódico o haz algo

— Cerró los dedos sobre la llave. Parecía, dijo ella, algo cansado.

Trató de concentrarse en las noticias. Leyó el periódico y encendió la televisión.

Finalmente, fue al otro lado del vestíbulo. La puerta estaba cerrada.

—Soy yo. ¿Estás todavía ahí, cariño? —llamó él.

Después de un rato la cerradura se abrió y Arlene salió y cerró la puerta.

—¿Estuve mucho tiempo aquí? —dijo ella.

—Bueno, sí estuviste —dijo él.

—¿De verdad? —dijo ella—. Supongo que he debido estar jugando con

Kitty.

La estudió, y ella desvió la mirada, su mano estaba apoyada en el pomo de la puerta.

—Es divertido —dijo ella—. Sabes, ir a la casa de alguien más así. —Asintió con la cabeza, tomó su mano del pomo y la guió a su propia puerta. Abrió la puerta de su propio apartamento.

—Es divertido —dijo él.

Notó hilachas blancas pegadas a la espalda del suéter y el color subido de sus mejillas. Comenzó a besarla en el cuello y el cabello y ella se dio la vuelta y le besó también.

—¡Jolines! —dijo ella—. Jooliines —cantó ella con voz de niña pequeña aplaudiendo con las manos—. Me acabo de acordar que me olvidé real y verdaderamente de lo que había ido a hacer allí. No di de comer a Kitty ni regué las plantas. Le miró. —¿No es eso tonto?— No lo creo —dijo él—. Espera un momento. Recogeré mis cigarrillos e iré contigo.

Ella esperó hasta que él había cerrado con llave su puerta, y entonces se cogió de su brazo en su músculo y dijo:

—Me imagino que te lo debería decir. Encontré unas fotografías.

Él se paró en medio del vestíbulo.

—¿Qué clase de fotografías?

—Ya las verás tú mismo —dijo ella y le miró con atención.

—No estarás bromeando —sonrió él—. ¿Dónde?

—En un cajón —dijo ella.

—No bromeas —dijo él.

Y entonces ella dijo:

—Tal vez no regresarán —e inmediatamente se sorprendió de sus palabras.

—Pudiera suceder —dijo él—. Todo pudiera suceder.

—O tal vez regresarán y... —pero no terminó.

Se cogieron de la mano durante el corto camino por el vestíbulo, y cuando él habló casi no se podía oír su voz.

—La llave —dijo él—. Dámela.

—¿Qué? —dijo ella—. Miró fijamente a la puerta.

—La llave —dijo él—. Tú tienes la llave.

—¡Dios mío! —dijo ella—. Dejé la llave dentro.

—Él probó el pomo. Estaba cerrado con llave. A continuación intentó mover el pomo. No se movía. Sus labios estaban apartados, y su respiración era dificultosa. Él abrió sus brazos y ella se le echó en ellos.

—No te preocupes —le dijo al oído—. Por Dios, no te preocupes.

Se quedaron allí. Se abrazaron. Se inclinaron sobre la puerta como si fuera contra el viento, y se prepararon.

NO SON TU MARIDO

THEY'RE NOT YOUR HUSBAND



Earl Ober era vendedor y estaba buscando empleo. Pero Doreen, su mujer, se había puesto a trabajar como camarera de turno de noche en un pequeño restaurante que abría las veinticuatro horas, situado en un extremo de la ciudad. Una noche, mientras tomaba unas copas, Earl decidió pasar por el restaurante a comer algo. Quería ver dónde trabajaba Doreen, y de paso ver si podía tomar algo a cuenta de la casa. Se sentó en la barra y estudió la carta.

—¿Qué haces aquí? —dijo Doreen cuando lo vio allí sentado.

Le tendió la nota de un pedido al cocinero.

—¿Qué vas a pedir, Earl? —dijo luego—. ¿Los niños están bien?

—Perfectamente —dijo Earl—. Tomaré café y un sándwich de éstos. Número dos.

Doreen tomó nota.

—¿Alguna posibilidad de... ya sabes? —dijo, y le guiño un ojo.

—No —dijo ella—. No me hables ahora. Tengo trabajo.

Earl se tomó el café y esperó el sandwich. Dos hombres trajeados, con la corbata suelta y el cuello de la camisa abierta, se sentaron a su lado y pidieron café. Cuando Doreen se retiraba con la cafetera, uno de ellos le dijo al otro:

—Mira que culo. No puedo creerlo.

El otro hombre rió.

—Los he visto mejores —dijo.

—A eso me refiero —dijo su compañero—. Pero a algunos tipos las palomitas les gustan gordas.

—A mi no —dijo el otro.

—Ni a mí —dijo el primero—. Es lo que te estaba diciendo.

Doreen le trajo el sándwich. A su alrededor, había patatas fritas, ensalada de col y una salsa de eneldo.

—¿Algo más? —dijo—, ¿un vaso de leche?

Earl no dijo nada. Negó con la cabeza mientras ella seguía allí de pie, esperando. Al rato volvió con la cafetera y sirvió a Earl y a los dos hombres. Luego cogió una copa y se dio la vuelta para servir un helado. Se agachó y, doblada por completo sobre el congelador, se puso a sacar helado con el cacillo. La falda blanca se le subió hacia arriba por las piernas, se le pegó a las caderas. Y dejó al descubierto una faja de color rosa y unos muslos rugosos y grisáceos y un tanto velludos, con una alambicada trama de venillas.

Los dos hombres de la barra, al lado de Earl, intercambiaron miradas. Uno de ellos alzó las cejas. El otro sonrió regocijado y siguió mirando por encima de su taza a Doreen, que ahora coronaba el helado con jarabe de chocolate. Cuando Doreen se puso a agitar el bote de crema batida, Earl se levantó, dejó el plato a medio comer en la barra y se dirigió hacia la puerta. Oyó que Doreen lo llamaba, pero siguió su camino. Después de echar una ojeada a los niños fue al otro dormitorio y se quitó la ropa. Se subió las mantas, cerró los ojos y se puso a pensar. La sensación le comenzó en la cara, y luego le descendió hasta el estómago y las piernas. Abrió los ojos y movió la cabeza de acá para allá sobre la almohada. Luego se volvió sobre su lado y se durmió. Por la mañana, después de mandar a los niños al colegio, Doreen entró en el dormitorio y subió la persiana. Earl ya se había despertado.

—Mírate al espejo —dijo Earl.

—¿Qué? —dijo ella—. ¿A qué te refieres?

—Tú mírate al espejo —dijo él.

—¿Y qué es lo que debo ver? —dijo ella. Pero se miró en el espejo del tocador y se apartó el pelo de los hombros.

—¿Y bien? —dijo él.

—¿Y bien, qué? —dijo ella.

—Odio tener que decírtelo —dijo él—, pero creo que deberías ir pensando en seguir una dieta. Lo digo en serio. Sí, en serio. Creo que podrías perder unos kilos. No te enfades.

—¿Qué estás diciendo? —dijo ella.

—Lo que he dicho. Creo que no estaría mal que perdieras unos kilos. Unos cuantos, al menos.

—Nunca me has dicho nada —dijo Doreen. Se levantó el camisón por encima de las caderas y se volvió para mirarse el vientre en el espejo.

—Antes no pensaba que te hiciera falta —dijo Earl. Trataba de elegir cuidadosamente las palabras.

Con el camisón aún recogido sobre las caderas, Doreen dio la espalda al espejo y se miró por encima del hombro. Se alzó una nalga con la palma de la mano y la dejó caer. Earl cerró los ojos.

—Puede que esté equivocado —dijo.

—Imagino que sí, que podría perder algo de peso. Pero me costará —dijo Doreen.

—Tienes razón, no será fácil —dijo Earl—. Pero te ayudaré.

—Quizás tengas razón —dijo Doreen. Dejó caer el camisón y miró a Earl. Y se quitó el camisón.

Hablaron de dietas. Hablaron de dietas de proteínas, de dietas de «sólo verduras», de la dieta del zumo de pomelo. Pero decidieron que no tenían el dinero suficiente para los bistecs de la dieta de proteínas. Luego Doreen dijo que tampoco le apetecía atiborrarse de verduras, y que, habida cuenta de que el zumo de pomelo no le entusiasmaba, tampoco veía mucho sentido en una dieta así.

—De acuerdo, olvídale —dijo él.

—No, no. Tienes razón —dijo ella—. Haré algo.

—¿Qué tal si haces ejercicio? —dijo él.

—Para ejercicio ya tengo bastante con el que hago en el trabajo —dijo ella.

—Pues deja de comer —dijo él—. Unos días, al menos.

—De acuerdo —dijo Doreen—. Lo intentaré. Lo intentaré unos cuantos días. Me has convencido.

—Soy vendedor —dijo Earl.

Calculó el saldo de su cuenta corriente, cogió el coche, fue a un almacén de artículos con descuento y compró una balanza de baño. Observó detenidamente a la dependienta que registraba la venta en la caja. En casa, hizo que Doreen se desvistiera por completo y se subiera a la báscula. Al ver sus varices, frunció el ceño. Pasó el dedo a lo largo de una que le ascendía por el muslo. —¿Qué estás haciendo? —preguntó Doreen.

—Nada —dijo Earl.

Miró la báscula y escribió una cifra en un papel.

—Muy bien —dijo—. Muy bien.

Al día siguiente pasó casi toda la tarde fuera; tenía una entrevista. El empresario, un hombre corpulento que cojeaba mientras le mostraba los accesorios de fontanería del almacén, le preguntó si podía viajar.

—Por supuesto que puedo —dijo Earl.

El hombre asintió con la cabeza.

Earl sonrió.

Antes de abrir, oyó la televisión dentro de la casa. Cruzó la sala, pero los niños no levantaron la mirada. Doreen, vestida para el trabajo, comía huevos revueltos con bacon en la cocina.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Earl.

Ella siguió masticando, con los carrillos llenos. Pero luego echó lo que tenía en la boca encima de una servilleta.

—No he podido aguantarme —dijo.

—Cafre —dijo Earl—. ¡Sigue, sigue comiendo! ¡Come!

Se metió en el dormitorio, cerró la puerta y se echó sobre la colcha. Seguía oyendo la televisión. Se puso las manos debajo de la cabeza y miró el techo.

Doreen abrió la puerta.

—Voy a intentarlo de nuevo —dijo.

—Muy bien —dijo él.

Dos mañanas después, Doreen lo llamó al cuarto de baño.

—Mira —dijo.

Earl miró la báscula. Abrió el cajón y sacó el papel y volvió a leer el peso mientras sonreía complacido.

—Casi medio kilo —dijo Doreen.

—Algo es algo —dijo Earl, y le dio unas palmaditas en la cadera.

Leía los anuncios por palabras. Visitaba la oficina de empleo del estado. Cada tres o cuatro días cogía el coche e iba a alguna entrevista. Y por las noches contaba las propinas de Doreen. Alisaba sobre la mesa los billetes de a dólar, formaba montoncitos de dólar con los cuartos y las monedas de cinco y diez centavos. Mañana tras mañana, hacía que Doreen se subiera a la báscula.

Al cabo de dos semanas había perdido casi dos kilos.

—Pico —dijo Doreen—. Me muero de hambre durante el día, luego en el trabajo pico cosas. Por eso no pierdo más.

Pero a la semana siguiente había perdido dos kilos y medio. Y una semana después, casi cinco. La ropa le quedaba grande. Tuvo que recurrir al dinero del alquiler para comprarse otro uniforme.

—En el trabajo me dicen cosas —le dijo a Earl.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó él.

—Qué estoy pálida, por ejemplo —dijo ella—. Que no parezco yo. Temen que esté perdiendo demasiado peso.

—¿Qué tiene de malo perder peso? —dijo él—. No les hagas ni caso. Diles que se metan en sus cosas. Ellos no son tu marido. Tú no vives con ellos.

—Pero trabajo con ellos —dijo Doreen.

—Cierto —dijo Earl—. Pero no son tu marido.

Cada mañana entraba en el cuarto de baño detrás de ella y esperaba a que se subiera a la báscula. Se arrodillaba junto a ella con papel y lápiz. El papel estaba lleno de fechas, días de la semana, cifras. Leía lo que marcaba la báscula, consultaba el papel y asentía con la cabeza o fruncía los labios. Ahora Doreen pasaba más tiempo en la cama. Volvía a acostarse en cuanto los niños se iban al colegio, y por la tarde descabezaba un sueño antes de salir para el trabajo. Earl ayudaba en las tareas de la casa, veía la televisión y dejaba que su mujer durmiera. Hacia todas las compras, y de cuando en cuando salía a alguna entrevista. Una noche, después de acostar a los niños, apagó el televisor y salió a tomar unas copas. Cuando el bar hubo cerrado, fue en coche al

restaurante de Doreen.

Se sentó en la barra y esperó. Al poco Doreen le vio, y dijo:

—¿Los niños están bien?

Earl asintió con la cabeza.

Se tomó su tiempo para decidir lo que quería. No dejaba de mirar a su mujer, que iba de un lado para otro detrás de la barra. Por fin pidió una hamburguesa con queso.

Doreen le entregó la nota al cocinero y fue a atender a otra persona.

Se acercó otra camarera con una cafetera y le llenó la taza.

—¿Cómo se llama tu amiga? —dijo, y movió la cabeza en dirección a su mujer.

—Se llama Doreen —dijo la camarera.

—Pues ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí —dijo.

—No sabría decirle —dijo la camarera.

Comió la hamburguesa y se tomó el café. La gente seguía sentándose y levantándose de la barra. Era Doreen quien atendía a la mayoría, aunque de cuando en cuando la otra camarera venía a anotar algún pedido. Earl observaba a su mujer y escuchaba atentamente. Hubo de dejar su asiento un par de veces para ir al lavabo. Y en ambas se preguntó si se había perdido algún comentario. Al volver la segunda vez, vió que le habían retirado la taza y que alguien ocupaba su sitio. Fue hasta un extremo de la barra y se sentó en un taburete, al lado de un hombre mayor que llevaba una camisa de rayas. —¿Qué es lo que quieres? —le preguntó Doreen cuando volvió a verle— ¿no deberías estar ya en casa?

—Ponme un café —dijo.

El hombre de al lado leía un periódico. Alzó la vista y miró como Doreen servía café a su marido. Y se quedó mirando cómo se alejaba. Luego volvió a su periódico. Earl sorbió el café y esperó a que el hombre dijera algo. Lo observó por el rabillo del ojo. El hombre había terminado de comer y había apartado hacia un lado el plato. Encendió un cigarrillo, dobló el periódico, se lo puso delante y siguió leyendo. Doreen volvió y retiró el plato sucio y le sirvió al hombre más café.

— ¿Qué le parece la chica? —le preguntó Earl al hombre, haciendo un gesto hacia

Doreen, que caminaba hacia el otro extremo de la barra. ¿No le parece una preciosidad?

El hombre alzó la mirada. Miró a Doreen y luego a Earl, y volvió a su periódico.

—Bien, ¿qué dice? —dijo Earl—. Es una pregunta. ¿Tiene o no buen aspecto?

Dígame.

El hombre movió con ruido el periódico.

Cuando vio que Doreen se acercaba desde el otro extremo de la barra, Earl le dio un codazo al hombre en el hombro y dijo:

—Le estoy hablando. Escuche. Mire qué culo. Y ahora fíjese. ¿Me pone por favor un helado de chocolate? —pidió en voz alta a Doreen. Doreen se paró frente a él y suspiró. Luego se volvió y cogió una copa y el cacillo del helado. Se inclinó sobre el congelador, asomó el cuerpo hacia el interior y se puso a arañar helado con el cacillo. Earl miró al hombre y le dirigió un guiño cuando vio que la falda de Doreen empezaba a ascender por los muslos. Pero el hombre captó la mirada de la otra camarera. Se puso el periódico bajo el brazo y se metió el brazo en el bolsillo. La otra camarera vino directamente hasta Doreen.

—¿Quién es ese personaje? —dijo.

—¿Quién? —dijo Doreen, con la copa del helado en la mano.

—Ése —dijo la camarera, y señaló a Earl—. ¿Quién es ese tipo?

Earl esbozó su mejor sonrisa. Y la mantuvo. La mantuvo hasta que sintió que la cara se le desencajaba.

Pero la camarera se limitó a observarle, y Doreen empezó a sacudir la cabeza despacio. El hombre dejó unas monedas junto a la taza y se levantó, pero aguardó también a oír la respuesta. Todos ellos tenían los ojos fijos en Earl.

—Es un vendedor. Es mi marido —dijo Doreen al fin, encogiéndose de hombros. Luego le puso delante el helado de chocolate sin terminar de preparar y se fue a hacerle la cuenta.

EL PADRE

THE FATHER



El bebé estaba en una canasta al lado de la cama, y llevaba puesto un pelele y un gorro blanco. La canasta de mimbre estaba recién pintada, acolchada con pequeños edredones azules y sujeta con cintas de color azul claro. Las tres hermanitas y la madre, que se acababa de levantar de la cama y aún no se había despertado del todo, y la abuela rodeaban todas al bebé y observaban cómo miraba con fijeza y de cuando en cuando se llevaba el puño a la boca. No sonreía ni reía, pero a veces parpadeaba y movía la lengua entre los labios cuando una de las niñas le pasaba la mano por la barbilla.

El padre estaba en la cocina y les oía jugar con el bebé.

—¿A quién quieres tú pequeñín? —dijo Phyllis—, y le hizo cosquillas en la barbilla.

—Nos quiere a todos —dijo Phyllis—, pero al que quiere de veras es a papá, ¡porque papá también es chico!

La abuela se sentó en el borde de la cama y dijo:

—¡Mirad su bracito! Tan gordo. ¡Y esos deditos! Igualitos que los de su madre.

—¿No es una preciosidad? —dijo la madre—. Tan sano, mi niño. —Se inclinó sobre la cuna, besó al bebé en la frente y tocó la colcha que le tapaba el brazo.

Nosotros también le queremos.

—¿Pero a quién se parece, a quién se parece? —exclamó Alice, y todas ellas se acercaron a la canasta para ver a quién se parecía.

—Tiene los ojos bonitos —dijo Carol.

—Todos los bebés tienen los ojos bonitos —dijo Phyllis.

—Tiene los labios del abuelo —dijo la abuela—. Fijaos en esos labios.

—No sé... —dijo la madre—. No sabría decir.

—¡La nariz! ¡La nariz! —gritó Alice.

—¿Qué pasa con su nariz? —preguntó la madre.

—En la nariz se parece a alguien —dijo la niña.

—No, no sé... —dijo la madre—. No creo.

—Esos labios... —dijo entre dientes la abuela—. Esos deditos... —dijo, destapando la mano del bebé y extendiéndole los menudos dedos.

—¿A quién se parece este niño?

—No se parece a nadie —dijo Phyllis. Y todas se acercaron aún más a la canasta.

—¡Ya sé! ¡Ya sé! —dijo Carol—. ¡Se parece a papá! —Todas miraron al bebé de muy cerca.

—¿Pero a quién se parece su papá? —preguntó Phyllis.

—¿A quién se parece papá? —repitió Alice, y entonces todas ellas miraron a la vez hacia la cocina, donde el padre estaba en la mesa, de espaldas a ellas.

—¡Vaya, a nadie! —dijo Phyllis, y se puso a lloriquear un poco.

—Calla —dijo la abuela, apartando la mirada. Luego volvió a mirar al bebé.

—¡Papá no se parece a nadie! —dijo Alice.

—Pero tendrá que parecerse a alguien —dijo Phyllis, secándose los ojos con una de las cintas. Y todas salvo la abuela miraron al padre, que seguía sentado en la cocina.

Se había dado la vuelta en su silla y tenía la cara pálida y sin expresión.

NADIE DECÍA NADA

NOBODY SAID ANYTHING



Los oía hablar en la cocina. No podía oír lo que decían, pero estaban discutiendo. Luego se callaron y ella empezó a llorar. Le di un codazo a George. Pensé que si se despertaba y les decía algo a lo mejor se sentían culpables y paraban. Pero George es tan estúpido... Se puso a dar patadas y a chillar.

—Deja de pincharme, bastardo —dijo—. ¡Me voy a chivar!

—Tonto de mierda —dije—. ¿Es que nunca te enteras de nada? Están regañando y mamá se ha puesto a llorar. Escucha.

George escuchó con la cabeza fuera de la almohada.

—Me tiene sin cuidado —dijo, y se volvió hacia la pared y siguió durmiendo.

George es un estúpido de campeonato.

Luego oí que papá se iba a tomar el autobús. Salió dando un portazo. Mamá me había dicho que papá quería deshacer la familia. Pero yo no había querido seguir escuchando. Al rato mamá vino a llamarnos para ir al colegio. Su voz sonaba extraña..., no sé. Le dije que tenía dolor de estómago. Era la primera semana de octubre y aún no había faltado un solo día a clase, así que ¿qué podía decirme? Me miró, pero como si estuviera pensando en otra cosa. George estaba despierto, y escuchaba. Yo sabía que estaba despierto por la forma de moverse en la cama. Esperaba a ver lo que pasaba para jugar luego sus cartas.

—De acuerdo —dijo mamá, y meneó la cabeza—. No sé, la verdad. Quédate en casa, pues. Pero nada de televisión, no lo olvides. George se incorporó.

—Yo también estoy enfermo —le dijo a mamá—. Me duele la cabeza. Este ha estado pinchándome y dándome patadas toda la noche. No he podido pegar un ojo.

—¡Basta! —dijo mamá—. ¡Vas a ir al colegio, George! No vas a quedarte regañando con tu hermano todo el santo día. Levántate y vístete. Lo digo en serio. No estoy para más peleas esta mañana.

George esperó a que mamá saliera del cuarto. Se deslizó hasta el suelo por el pie de la cama.

—Bastardo —dijo, y me arrancó las mantas de un tirón. Corrió a refugiarse dentro del baño.

—Te voy a matar —dije yo, pero no tan alto como para que mamá pudiera oírme.

Me quedé en la cama hasta que George se fue al colegio. Cuando mamá empezó a prepararse para ir al trabajo, le pregunté si podía hacerme la cama en el sofá. Le dije que quería estudiar. En la mesita de la sala tenía los libros de Edgar Rice Burroughs que me había regalado por mi cumpleaños. Y el libro de Sociales. Pero no me apetecía leer. Lo que quería es que se marchara para poder ver la televisión. Accionó la cisterna del water

No pude esperar más. Encendí el televisor, pero sin volumen. Fui a la cocina, donde mamá había dejado el paquete de cigarrillos, y le cogí tres. Los metí en la alacena y volví al sofá y me puse a leer *La princesa de Marte*. Al salir del baño mamá echó una ojeada al televisor encendido, pero no dijo nada. Yo tenía el libro abierto. Se dio unos toques en el pelo delante del espejo y luego entró en la cocina. Cuando salió volví a poner los ojos en el libro.

—Llego tarde. Adiós, cariño. —No iba a sacar a relucir el tema de la tele. La noche anterior había dicho que ya no sabía lo que era ir al trabajo sin que le «pusieran los nervios de punta».

—No te hagas nada de comida. No tienes que encender la cocina para nada. Si tienes hambre, hay atún en la nevera. —Me miró—. Pero si estás mal del estómago, no creo que debas comer nada. Bueno, de todas formas no enciendas para nada la cocina. ¿Me oyes? Te tomas esa medicina, cariño, y a ver si esta noche tienes mejor el estómago. Puede que esta noche ya estemos todos mejor.

Estaba de pie en la puerta, con la mano en el tirador. Parecía como si quisiera añadir algo. Se había puesto la blusa blanca, el cinturón negro y ancho y la falda negra. Unas veces lo llamaba su conjunto, otras su uniforme. Hasta donde yo podía recordar, siempre lo tenía en una percha del armario o colgado en el tendedero o lo lavaba a mano por la noche o lo planchaba en la cocina.

Mamá trabajaba de miércoles a domingo.

—Adiós, mamá.

Esperé hasta que puso el coche en marcha y calentó un poco el motor. Escuché cómo se apartaba de la acera. Luego me levanté y subí el volumen de la tele y fui a agarrar los cigarrillos. Me fumé uno y me hice una paja mientras veía una serie de médicos y enfermeras. Luego cambié al otro canal. Luego

apagué la tele. No tenía ganas de seguir viéndola.

Acabé el capítulo en que Tars Tarkas se enamora de una mujer verde, y a la mañana siguiente se encuentra con que el cuñado celoso le ha cortado la cabeza. Era como la quinta vez que lo leía. Luego fui al cuarto de mis padres y anduve curioseando un poco. No buscaba nada en especial, o a lo mejor buscaba otra vez condones, pero el caso es que por mucho que había registrado nunca había encontrado ninguno. Una vez encontré un tarro de vaselina al fondo del cajón. Sabía que algo tenía que ver con el asunto, pero no sabía qué. Examiné la etiqueta para ver si me daba alguna pista, si decía lo que la gente hacía, o cómo se ponía la vaselina, ese tipo de cosas. Pero no decía nada. Vaselina pura, eso era todo lo que ponía en la etiqueta de adelante: pero con leerlo bastaba para que se pusiera tiesa. *Ideal para guarderías*, decía en la parte de atrás. Traté de buscar la relación entre una *guardería* —con sus columpios y toboganes, sus cajones de arena y sus parques— y lo que se traían los adultos en la cama. Había abierto el tarro montones de veces, y había oído el contenido e intentado calcular cuánto se había usado desde la última vez. Así que ahora pasé por alto la vaselina. Me refiero a que no hice más que comprobar que seguía en su sitio. Registré unos cuantos cajones, pero sin idea de encontrar nada concreto. Miré debajo de la cama. No había nada en ninguna parte. Miré en el frasco del armario donde guardaban el dinero para el supermercado. No había nada de cambio; sólo un billete de cinco y otro de uno. Si cogía algo se darían cuenta. Al final pensé que sería mejor que me vistiera y fuera andando hasta Birch Creek. La temporada de la trucha seguiría abierta aún otra semana, aunque ya había dejado de pescar casi todo el mundo. Ahora todos esperaban cruzados de brazos a que abrieran la veda del ciervo y del faisán.

Saqué mi ropa vieja. Me puse unos calcetines de lana sobre los normales y me até sin prisa los cordones de las botas. Me preparé un par de emparedados de atún y unas cuantas galletas de dos pisos de mantequilla de cacahuete. Llené la cantimplora y me la acoplé junto con el cuchillo de caza al cinturón. Al salir por la puerta decidí dejar una nota. Escribí: «Me encuentro mejor, me voy a Birch Creek. Volveré pronto. A eso de las tres y cuarto.» Tenía unas cuatro horas. Estaría de vuelta un cuarto de hora antes de que George volviera del colegio. Antes de salir me comí uno de los emparedados de atún y me bebí un vaso de leche.

Hacía buen tiempo. Era otoño, pero todavía no hacía frío más que por la noche. Por la noche encendían los potes del humo en los huertos, y a la mañana te despertabas con un aro de hollín en las narices. Pero nadie decía nada. Decían que el humo impedía que se helaran las peras tiernas, así que

había que hacerlo. Para ir a Birch Creek hay que llegar hasta el cruce de nuestra calle con la Avenida Dieciséis. En la Dieciséis tuerces a la izquierda y subes a la colina, pasas por el cementerio y bajas a Lennox, donde está ese restaurante chino. Desde el cruce aquél se ve el aeropuerto; y Birch Creek está más abajo, detrás del aeropuerto. En el cruce, la Dieciséis se convierte en View Road. Sigues View Road un rato y llegas al puente. Hay huertos a derecha e izquierda de la carretera. A veces, al pasar por los huertos, se ve a los faisanes corriendo por las hileras, pero allí no se puede cazar porque corres el riesgo de que un griego llamado Matsos te pegue un tiro. Entre una cosa y otra, calculo que se tardará en llegar tres cuartos de hora o algo menos.

Había recorrido ya la mitad de la Dieciséis cuando una mujer que iba en un coche rojo se arrimó al arcén y se paró un poco más adelante. Bajó la ventanilla del asiento de la derecha y me preguntó si me acercaba a alguna parte. Era delgada y tenía unos granitos alrededor de la boca. Llevaba rulos en el pelo. Pero no estaba mal. Debajo del jersey castaño tenía unas buenas tetas.

—¿Qué, haciendo novillos?

—Eso parece.

—¿Quieres que te lleve?

Asentí con la cabeza.

—Sube. Tengo algo de prisa.

Puse la caña de mosca y la canasta en el asiento trasero. Había muchas bolsas de comestibles de Mel's en el suelo y encima del asiento. Traté de pensar en algo que decir.

—Voy a pescar —dije. Me quité la gorra, levanté la cantimplora hacia un lado para poder sentarme y me acomodé junto a la ventanilla.

—Jamás lo habría adivinado —dijo la mujer, riendo. Se apartó del arcén y volvió a la calzada—. ¿Adónde vas? ¿A Birch Creek? Volví a asentir. Miré mi gorra. Me la había comprado mi tío cuando se fue a Seattle a ver un partido de hockey. No se me ocurría nada más que decir. Miré por la ventanilla y ahuequé los carrillos. Uno siempre se imagina que le coge en su coche ese tipo de mujer. Que vais a volveros locos el uno por el otro y que te va a llevar a su casa y que te va a dejar que la jodas por todos los rincones de la casa. Al pensarlo se me empezó a poner dura. Me puse la gorra encima de los muslos y traté de pensar en el béisbol.

—Siempre me digo que cualquier día me voy a decidir a pescar —dijo la mujer.

Dicen que es muy relajante. Soy muy nerviosa.

Abrí los ojos. Estábamos en el cruce. Quise decir: *¿Tiene de verdad cosas que hacer? ¿No quiere empezar esta misma mañana?* Pero me daba miedo mirarla.

—¿Te viene bien aquí? Ahora tengo que torcer. Siento tener prisa esta

mañana —dijo la mujer.

—Sí, muy bien. Perfecto. —Saqué mis cosas. Me puse la gorra, y luego me la quité para decir—: Adiós. Gracias. Quizás el verano que viene... —No pude terminar.

—¿A lo de pescar, te refieres? Claro, seguro. —Me envió un gesto con dos dedos, de esos que hacen las mujeres.

Eché a andar y me puse a pensar en lo que hubiera debido decirle. Se me ocurrían montones de cosas. ¿Qué diablos me había pasado? Corté el aire con la caña y chillé dos o tres veces. Lo que tenía que hacer para poner en marcha la cosa era preguntarle si podíamos comer juntos. En mi casa no había nadie. De pronto estamos en mi cuarto, bajo las mantas. Me pregunta si se puede dejar puesto el suéter, y yo le digo que sí, que no me importa. También se deja las bragas. Está bien, digo yo. No me importa. Un aguzanieves pasó muy bajo, sobre mi cabeza, y fue a posarse en el suelo. Yo estaba a pocos metros del puente. Oía correr el agua. Bajé corriendo por el terraplén, me bajé la cremallera y lancé una meada que llegó a casi dos metros de la orilla del arroyo. Segura que era un récord. Pasé un rato comiéndome el otro emparedado y las galletas con mantequilla de cacahuete. Me bebí la mitad del agua de la cantimplora. Y me dispuse a pescar.

Me puse a pensar por dónde empezaba. Llevaba pescando allí tres años, desde que nos mudamos a aquella zona. Papá solía llevarnos a George y a mí en el coche, y se quedaba esperando, fumando y poniéndonos otros aparejos si se nos enganchaban los que llevábamos. Siempre empezábamos en el puente, y luego íbamos más abajo y siempre pescábamos algo. Había veces, a principio de temporada, en que pescábamos mucho. Preparé el aparejo e hice unas cuantas lanzadas desde abajo del puente. De cuando en cuando el anzuelo iba a parar junto a la orilla o detrás de una piedra grande. Había un sitio donde el agua estaba quieta y el fondo lleno de hojas amarillas, y al mirar vi unos cuantos cangrejos que se movían con sus grandes y feas pinzas levantadas. Tiré un palo, y un faisán se alzó alborotado y se alejó unos tres metros, y casi me hizo soltar la caña.

El arroyo era de caudal lento y no muy ancho. Podía cruzarlo por casi todas partes sin que el agua me llegara por encima de las botas. Atravesé unos pastos llenos de pisadas de gran tubería. Sabía que debajo de la tubería había un pequeño hoyo, así que tuve cuidado. Cuando estuve lo bastante cerca para lanzar el sedal me puse de rodillas. En cuanto el hilo tocó el agua, picaron, pero no logré pescarlo. Noté cómo se escapaba con el cebo. Luego el sedal, ya flojo, empezó a retorcerse en el agua. Puse otra hueva de salmón en el anzuelo, y lo intenté varias veces más. Pero ya sabía que tenía gafe. Subí por el terraplén de la orilla y pasé por debajo de una cerca cuyo póster ponía PROHIBIDO EL PASO.

Una de las pistas del aeropuerto empezaba en aquel punto. Me paré a mirar unas flores que crecían entre las grietas de la calzada.

Se veía dónde los neumáticos habían arañado el asfalto, dejando aceitosas marcas de patinazos junto a las flores. Volví a entrar en el arroyo al otro lado, y pesqué un rato corriente abajo hasta que llegué al hoyo. Pensé que eso era todo lo lejos que debía aventurarme. La primera vez que estuve allí, hacía tres años, el agua retumbaba y llegaba hasta el borde de los terraplenes de la orilla. Y pasaba tan rápida que no pude pescar. Ahora el agua corría a unos dos metros por debajo de los bordes. Burbujeaba y brincaba por la pequeña pendiente que iba a dar al pozo, en el que apenas podía verse el fondo. Un poco más abajo, el fondo ascendía hasta hacerse otra vez poco profundo, como si nada hubiera pasado. La última vez que había estado allí pesqué dos piezas de unos veinticinco centímetros, y por poco atrapo uno el doble de grande. Una trucha arco iris de verano, dijo papá cuando se lo conté. Dijo que suben durante la temporada de máximo caudal, a principios de la primavera, pero que la mayoría de ellas vuelve al río antes de que el caudal baje de nuevo. Puse un par de plomos más en el sedal y los apreté con los dientes. Luego puse otra hueva de salmón y lancé el sedal hacia donde el agua caía al pozo después de un brusco declive. Dejé que la corriente se llevara hacia dentro el cebo. Noté cómo los plomos martilleaban contra las piedras: un golpecito distinto de cuando están picando. Luego el final del hilo se tensó y la corriente y la corriente se llevó el cebo hasta el otro extremo del pozo, donde volví a verlo casi flotando.

Me sentaba fatal el haber ido hasta allí para nada. Saqué todo el sedal y volví a lanzarlo. Dejé la caña sobre una rama y encendí el penúltimo cigarrillo. Me puse a mirar el valle y empecé a pensar en la mujer. Ibamos hacia su casa porque quería que le ayudara a llevar las bolsas del supermercado. Su marido estaba en el extranjero. La toqué y se puso a temblar. Estábamos besándonos en el sofá, y nos dábamos la lengua, y entonces ella se disculpó y dijo que tenía que ir al baño. La seguí. Vi que se bajaba las bragas y se sentaba en la taza. Yo la tenía bien tesa, y ella me mandó un saludo con la mano. Justo cuando iba a bajarme la cremallera, oí como un chapoteo en el arroyo. Miré y vi que la punta de la caña se estaba moviendo.

No era muy grande ni muy luchador. Pero lo dejé cansarse todo lo que pude. Se quedó de costado y quieto entre la corriente. No supe qué pez era. Tenía un aspecto extraño. Tensé el sedal, levanté la caña y lo saqué a la orilla sobre la hierba, y allí se quedó, meneándose. Era una trucha. Pero era verde. No había visto una igual en mi vida. Tenía los lomos verdes, con manchas negras de trucha, cabeza verdosa y vientre también como verdoso. De color de musgo, de ese tono de verde. Era como si llevara mucho tiempo envuelta en

musgo, y se le hubiera pegado ese color por todo el cuerpo. Era gorda, y me extrañaba que no hubiera peleado más. Me pregunté si no le pasaría algo. La seguí mirando un rato más, y luego la maté.

Arranqué un poco de hierba, que metí en la cesta, y puse la trucha encima. Volví a lanzar el sedal unas cuantas veces, entonces calculé que serían ya las dos o las tres. Pensé que sería mejor volver al puente. Podría pescar un rato desde el puente antes de irme a mi casa. Y decidí no volver a pensar en la mujer hasta la noche. Pero entonces, pensando en la erección que tendría por la noche, se me puso otra vez dura. Pensé que sería mejor dejar de hacerlo tan a menudo. Hacía como un mes, un sábado, en cuanto se fueron todos, cogí la Biblia y prometí y juré no volver a hacérmelas. Pero lo de la Biblia me dio nuevas energías, y las promesas y juramentos duraron uno o dos días, hasta que me quedé otra vez solo.

En el camino de vuelta no me paré a pescar en ninguna parte. Cuando llegué al puente vi una bicicleta en la hierba. Miré por allí y vi a un chico como de la altura de George que iba corriendo junto a la orilla. Eché a andar en dirección a él. Entonces se dio la vuelta y vino hacia mí, mirando hacia el agua.

—¡Eh! ¿Qué hay? —grité—. ¿Qué pasa?

Creo que no me oyó. Vi su caña y su bolsa de pesca en el terraplén de la orilla, y dejé mis cosas en el suelo. Corrí hacia donde estaba. Era como una rata o algo así. O sea, tenía dientes de conejo y los brazos delgadísimos y una camisa raída de manga larga que le quedaba pequeña.

—¡Dios, te juro que es el pez más grande que he visto en mi vida! —me gritó.

¡Corre! ¡Mira! ¡Mira esto! ¡Ahí está!

Miré hacia donde apuntaba y el corazón me dio un vuelco.

Era del tamaño de mi brazo.

—¡Dios! ¡Pero míralo! —dijo el chico.

Seguí mirando. Estaba quieto en una sombra, bajo una rama que sobresalía del agua.

—¡Santo Dios! —dije, dirigiéndome al pez—. ¿De dónde vienes?

—¿Qué hacemos? —dijo el chico—. Ojalá tuviese mi escopeta.

—Vamos a pescarlo —dije—. ¡Dios, míralo! Le haremos pasar por un trecho poco hondo.

—¿Vas a ayudarme, entonces? ¡Lo haremos entre los dos! —dijo el chico.

El gran pez se había desplazado un poco corriente abajo, y se quedó allí aleteando con suavidad en el agua clara.

—Muy bien, ¿qué hacemos? —dijo el chico.

—Yo puedo ir un poco más arriba y luego bajo por el arroyo para que empiece a moverse —dije—. Tú esperas en el trecho poco hondo, y cuando

intente pasar te lías a patadas y le das un susto del demonio. Arréglatelas para llevarlo hasta la orilla. Como puedas. Y entonces lo agarras bien y me esperas.

—De acuerdo. ¡Mierda, mírale! ¡Mira, se va! ¿Adónde va? —gritó el chico. Lo vi avanzar otra vez corriente arriba y pararse cerca de la orilla.

—No va a ninguna parte. No tiene adónde ir. ¿Lo ves? Está cagado de miedo. Sabe que estamos aquí. Lo que hace es ir despacio de un lado a otro a ver por dónde tira. Mira, se ha parado otra vez. No puede ir a ninguna parte. Y lo sabe. Sabe que vamos a echarle mano. Sabe que lo tiene crudo. Voy un poco más arriba y lo asusto para que vaya un poco más abajo. Y tú lo atrapas cuando pase por allí.

—Ojalá tuviera la escopeta —dijo el chico—. Se iba a enterar.

Subí un trecho y empecé a bajar chapoteando por el centro del arroyo. Iba mirando hacia adelante. De pronto el pez se apartó como un rayo de la orilla, torció hacia la derecha, frente a mí, haciendo un gran remolino turbio, y salió disparando arroyo abajo.

—¡Ahí va! —grité—. ¡Eh, eh, que baja! —Pero el pez se dio media vuelta antes de llegar al trecho poco hondo, y enfiló otra vez hacia arriba. Chapoteé y grité, y él volvió a darse la vuelta—. ¡Ahí va! ¡Atrápalo, atrápalo! ¡Va hacia abajo! Pero el muy imbécil se había buscado un palo, el tonto del culo, y cuando el pez llegó al trecho, el chico se lanzó hacia él con el palo en lugar de tratar de llevar al hijo de perra hasta la orilla, como tendría que haber hecho. El pez viró, enloquecido, y pasó como un rayo por el agua poco profunda. Y el chico tuvo que hacerlo. El tonto del culo se abalanzó sobre él y cayó de bruces.

Se arrastró hasta la orilla chorreando.

—¡Le he dado! —gritó el chico—. Creo que está herido. Lo he llegado a tocar, pero no he podido agarrarlo.

—¡No has hecho nada de nada! —Me faltaba el aliento. Me alegraba de que el chico se hubiera caído—. Ni te has acercado siquiera, imbécil. ¿Qué diablos hacías con ese palo? Tenías que haberlo llevado a puntapiés hasta la orilla. Ahora seguramente está a más de un kilómetro. —Traté de escupir. Sacudí la cabeza—. No sé. Aún no lo hemos atrapado. Puede que no lo atrapemos —dije.

—¡Maldita sea! ¡Sí le he dado! —gritó el chico—. ¿No lo has visto? Que sí, y lo he tocado con mis propias manos. ¿A qué distancia estabas? Además, ¿de quién es el pez?

—Me miraba. El agua le caía por los pantalones, encima de los zapatos. No dije nada más, pero me quedé pensando en lo que había dicho. Me encogí de hombros.

—Bien, de acuerdo. Creí que era de los dos. Esta vez vamos a agarrarlo. Nada de fallos, ni tú ni yo —dije. Bajamos chapoteando por el arroyo. Yo tenía agua dentro de las botas pero el chico estaba empapado hasta el cuello. Se

mordía el labio con sus dientes de conejo para que no le castañetearan.

El pez no estaba más abajo del trecho poco profundo, ni tampoco en el siguiente tramo. Nos miramos el uno al otro, y empezamos a temernos que hubiera llegado a uno de los pozos hondos. Pero entonces el condenado se revolvió muy cerca de la orilla; hizo saltar barro dentro del agua con la cola, y salió otra vez disparado. Atravesó otro trecho poco profundo, con la enorme cola sobresaliéndole del agua. Lo vi avanzar despacio hasta cerca de la orilla y detenerse, con media cola fuera del agua, aleteando justo lo necesario para que no lo arrastrara la corriente.

—¿Lo ves? —dijo. El chico miró. Le cogí el brazo y señalé con su dedo—. Allí mismo. Bueno, ahora escucha. Voy a ir hasta ese pequeño tramo que hay entre aquellas orillas. ¿Ves dónde digo? Tú espera aquí hasta que te haga una señal. Y entonces empiezas a bajar. ¿De acuerdo? Y esta vez no le dejes pasar si se da la vuelta, ¿de acuerdo?

—Sí —dijo el chico, y volvió a morderse el labio con aquellos dientes—. Esta vez lo atraparemos —dijo, con cara de estar muriéndose de frío. Subí por la pendiente de la orilla y fui bajando, con mucho cuidado de no hacer ruido. Luego dejé la orilla y me metí otra vez en el agua. Seguí bajando, pero no veía al gran hijo de perra y el corazón me dio un brinco. Temí que se hubiera largado ya. Un poco más allá, corriente abajo, y el condenado llegaría a uno de los pozos hondos y ya no podríamos atraparlo.

—¿Sigue allí? —grité. Contuve la respiración.

El chico me hizo una seña con la mano.

—¡Preparado! —volví a gritar.

—¡Ahí va! —me gritó el chico.

Me temblaban las manos. El arroyo tenía como un metro de ancho y corría entre las orillas de tierra. El agua era poco profunda pero rápida. El chico bajaba por el centro del arroyo, con el agua hasta las rodillas, tirando piedras hacia el frente, gritando y chapoteando.

—¡Ahí va! —gritó. Agitó los brazos. Y entonces vi al pez: venía derecho hacia mí.

Cuando me vio trató de dar la vuelta, pero era demasiado tarde. Me puse de rodillas tratando de agarrarlo dentro del agua fría. Logré atraparlo con manos y brazos y tiré hacia arriba para arrojarlo fuera del agua, y los dos caímos sobre la orilla. Lo apreté contra la camisa, y él no paraba de retorcerse y de colear, pero conseguí deslizar las manos por sus escurridizos lomos y llegarle a las agallas. Le metí los dedos por la hendidura, hasta llegar a la boca, y cerré la presa al otro lado de la mandíbula. Sabía que era mío. Seguía coleando y me costaba sujetarlo, pero ya era mío y no iba a soltarlo.

—¡Lo atrapamos! —gritó el chico al acercarse chapoteando—. ¡Lo atrapamos, santo Dios! ¡Vaya pieza! ¡Míralo! Dios mío, déjame agarrarlo —

gritaba el chico.

—Primero lo tenemos que matar —dije yo. Le pasé la otra mano por el cuello. Le tiré la cabeza hacia atrás todo lo que pude, vigilándole los dientes, y sentí el sordo crujido. Le recorrió un largo y lento temblor y se quedó quieto. Lo dejé sobre la orilla, y lo miramos. Medía como mínimo sesenta centímetros de largo. Curiosamente era muy flaco, pero más grande que cualquiera de los peces que yo había pescado en toda mi vida. Volví a agarrarlo por las mandíbulas.

—Eh —dijo el chico, pero dejó de hablar cuando vio lo que me disponía a hacer. Lo limpié de sangre en el agua y volví a dejarlo en la orilla.

—Me muero de ganas de enseñárselo a mi padre —dijo el chico.

Estábamos empapados y tiritando. Seguimos mirándolo, tocándolo. Le abrimos la enorme boca y tocamos las filas de los dientes. Tenía los lomos llenos de cicatrices, ronchas blanquecinas del tamaño de monedas de a cuarto, y como hinchadas. En la cabeza alrededor de los ojos tenía cortes, y también en el morro, seguramente por los golpes contra las rocas y las peleas con otros peces. Pero era muy delgado, demasiado delgado para su largura, y apenas se podía ver la franja rosada de los lomos, y tenía el vientre gris y flojo en lugar de blanco y duro. Pero me parecía estupendo.

—Creo que me tendré que ir enseguida —dije. Miré las nubes sobre las colinas, donde el sol ya se estaba poniendo—. Será mejor que me vaya a casa.

—Sí. Y yo. Estoy helado —dijo el chico—. Eh, déjame llevarlo —dijo.

—Vamos a agarrar un palo. Se lo ponemos de lado a lado de la boca y podemos llevarlo los dos —dije.

El chico encontró un palo. Se lo atravesamos por las agallas. Empujamos el pez hasta que quedó en el centro. Luego cogimos una punta cada uno y echamos a andar de vuelta a casa con el pez balanceándose en el palo.

—¿Qué vamos a hacer con él? —dijo el chico.

—No sé —dije yo—. Creo que lo atrapé yo —dije.

—Lo hicimos entre los dos. Además, yo lo vi primero.

—Eso sí —dije—. Bien, ¿quieres que lo echemos a cara o cruz, o qué?

Me tenté el bolsillo con la mano libre, pero no tenía ni un centavo. ¿Y además, qué habría hecho en caso de perder?

Pero el chico dijo:

—No, a cara o cruz, no.

Dije: Muy bien. Por mí perfecto.

Miré al chico. Tenía el pelo en punta, los labios como grises. En caso de llegar a las manos, yo le podía. Pero no tenía ganas de pelea. Llegamos a donde habíamos dejado las cosas, y cada uno recogió lo suyo con una mano, sin soltar en ningún momento su extremo del palo. Luego subimos hasta donde estaba la bicicleta. Agarré con fuerza el palo por si el chico intentaba algo.

Entonces tuve una idea.

—Podríamos partirlo —dije.

—¿Qué quieres decir? —dijo el chico. Otra vez le castañeteaban los dientes. Noté cómo él también agarraba con fuerza su extremo del palo.

—Cortarlo por la mitad. Tengo un cuchillo. Lo cortamos por la mitad y nos llevamos una mitad cada uno. No sé, pero podríamos hacer eso, ¿eh? Se tiró de un mechón de pelos y miró el pez.

—¿Y vas a hacerlo con ese cuchillo?

—¿Tienes tú uno? —dije.

El chico negó con la cabeza.

—Muy bien dije.

Solté el palo. Dejé el pez encima de la hierba, junto a la bicicleta del chico. Saqué el cuchillo. Un avión rodó por la pista mientras yo calculaba una línea sobre el lomo.

—¿Aquí mismo? —dije. El chico asintió con la cabeza. El avión siguió rodando con estruendo y se alzó por encima de nuestras cabezas.

Empecé a cortar el pez. Al llegar a la entraña le di la vuelta y le saqué todas las tripas. Seguí cortando hasta que entre las dos mitades quedó sólo un colgajo de piel de la panza. Cogí las dos mitades con las manos y tiré de ellas hasta desgarrar el colgajo. Le ofrecí al chico la mitad de la cola.

—No —dijo, meneando la cabeza—. Quiero la otra.

Yo dije:

—¡Son iguales! Maldita sea, míralas. Me voy a poner furioso de un momento a otro.

—No me importa —dijo el chico—. Si son iguales, me llevo ésa. Son iguales, ¿no es eso?

—Sí, son iguales —dije—. Pero me voy a quedar con yo con ella. El pez lo he cortado yo.

—La quiero yo —dijo el chico—. Yo lo vi primero.

—¿Y con qué cuchillo lo hemos cortado? —dije yo.

—No quiero la cola —dijo el chico.

Miré a mi alrededor. No había coches en la carretera, no se veía a nadie pescando. Se oía el ronroneo de un avión. El sol se estaba poniendo. Estaba muerto de frío. El chico tiritaba como un demonio, y seguía esperando.

—Tengo una idea —dije. Abrí la cesta de la pesca y le enseñé la trucha—. ¿La ves?

Es una trucha verde. Es la única trucha verde que he visto en mi vida. Así que si uno se lleva la cabeza el otro se lleva la cola y la trucha verde. ¿Te parece?

El chico miró la trucha, la sacó de la cesta y la sostuvo en la mano. Estudió las dos mitades del pez.

—Sí, creo que sí —dijo—. De acuerdo, creo que está bien. Llévate esa mitad. Lo mío tiene más carne.

—No me importa —dije—. Voy a lavar mi parte. ¿Por dónde vives? —dije.

—En Arthur Avenue. —Metió la trucha verde y su mitad del pez en una bolsa de lona sucia—. ¿Por qué?

—¿Dónde queda eso? ¿Está cerca de ese parque donde juegan al fútbol? —dije.

—Sí, pero pregunto que por qué —dijo. Parecí asustado.

—Vivo cerca de allí —dije—. Pensaba que podrías llevarme en el manillar.

Podemos pedalear por turnos. Tengo un cigarrillo, y nos lo podemos fumar si no se ha mojado.

Pero el chico se limitó a decir:

—Estoy helado.

Lavé en el arroyo mi mitad. Le sumergí en el agua la enorme cabeza y le abrí la boca. La corriente le entraba por la boca y le salía por el otro extremo de lo que quedaba de él.

—Estoy helado —dijo el chico.

Vi a George en su bici en el fondo de la calle. Él no me vio. Rodeé la casa hasta la parte de atrás para quitarme las botas. Me descolgué la cesta para tenerla lista cuando quisiera levantar la tapa, y me dispuse a entrar a casa sonriendo de oreja a oreja. Oí sus voces y miré por la ventana. Estaban sentados a la mesa. La cocina estaba llena de humo y vi que salía de un cazo que estaba sobre uno de los fuegos. Pero a ninguno de los dos parecía importarles un bledo.

—Lo que te digo es tan cierto como el evangelio —dijo él—. ¿Qué saben los niños?

Ya lo verás.

Ella dijo:

—No voy a ver nada de nada. Si pensara eso preferiría verlos muertos.

Él dijo:

—¿Pero qué diablos te pasa? ¡Ten cuidado con lo que dices!

Ella se echó a llorar. Él aplastó el cigarrillo contra el cenicero y se levantó.

—Edna, ¿no ves que el cazo se está quemando? —dijo.

Ella miró hacia el cazo. Echó la silla hacia atrás y cogió el cazo por el mango y lo lanzó contra la pared de encima de la pila.

Él dijo:

—¿Pero es que te has vuelto loca? ¡Mira lo que has hecho! —Cogió un trapo de cocina y se puso a limpiar lo que había dentro del cazo.

Abrí la puerta trasera. Me puse a sonreír. Dije:

—No vais a creer lo que he pescado en Birch Creek. Mirad. Mirad aquí

dentro.

Mirad esto. Mirad lo que he pescado.

Me temblaban las piernas. Apenas me tenía en pie. Le acerqué la cesta a ella.

—¡Oh, santo Dios! ¿Qué es eso? —dijo cuando por fin se avino a mirar—. ¡Una serpiente! ¿Qué es? Por favor, por favor quita eso de ahí antes de que me haga vomitar.

—¡Saca eso de aquí! —gritó él.

Dije:

—Pero mira, papá. Mira lo que es.

—No quiero mirar —dijo él.

Yo dije:

—Es una trucha arco iris gigante de Birch Creek. Una de esas de verano. ¡Mira! A que es fantástica. ¡Es un monstruo! ¡Tuve que perseguirla arroyo abajo y arriba como un loco! —Mi voz era la de un chiflado. Pero no podía parar—. Y había otra —seguí atropelladamente—. Era verde. ¡Te lo juro! ¡Era verde! ¿Has visto alguna vez una trucha verde?

Miró dentro de la cesta y se quedó con la boca abierta.

Gritó:

—¡Quita esa porquería de mi vista! ¿Qué diablos te pasa? ¡Saca ahora mismo de la cocina esa piltrafa y tirlala al cubo de basura!

Salí a la parte de atrás. Miré en la cesta. Lo que había dentro lanzaba un brillo plateado bajo la luz del porche. Lo que había dentro llenaba toda la cesta.

Lo saqué. Lo levanté. Y me quedé con aquella mitad en la mano.

PÓNGASE USTED EN MI LUGAR

PUT YOURSELF IN MY SHOES



Estaba pasando la aspiradora cuando sonó el teléfono. Había ido haciendo todo el apartamento y ahora estaba en la sale, utilizando el accesorio de la boquilla para llegar a los pelos de gato que había entre los cojines. Se detuvo y escuchó: luego apagó la aspiradora.

Fue a coger el teléfono.

—¿Sí? —dijo—. Myers al aparato.

—Myers —dijo ella—. ¿Cómo estás? ¿Qué haces?

—Nada —dijo él—. Hola, Paula.

—Va a haber una fiesta en la oficina luego —dijo ella—. Estás invitado. Te invitó Carl.

—No creo que pueda ir —dijo Myers.

—Carl me acaba de decir: llama a tu hombre por teléfono. Haz que se venga a tomar una copa. Hazle salir de su torre de marfil, que regrese al mundo real durante un rato.

Carl es un tipo curioso cuando bebe. ¿Myers?

—Te he oído —dijo Myers.

Myers había trabajado para Carl. Carl siempre hablaba de irse a París a escribir una novela, y cuando Myers dejó el trabajo para escribir una novela, Carl le dijo que estaría atento pare cuando apareciera el nombre de Myers en las listas de best sellers.

—No puedo ir —dijo Myers.

—Nos hemos enterado de algo horrible esta mañana —continuó Paula como si no le hubiera oído—. ¿Te acuerdas de Larry Gudinas? Aún trabajaba aquí cuando tú venías por la oficina. Estuvo echando una mano en los libros de ciencia durante un tiempo. Luego lo pusieron en trabajo de campo, y luego lo despidieron. Nos hemos enterado esta mañana de que se ha suicidado. Se ha

pegado un tiro en la boca. ¿Te imaginas? ¿Myers?

—Te he oído —dijo Myers. Trató de recordar a Larry Gudinas y visualizó a un hombre alto y encorvado, con gafas de montura metálica, llamativas corbatas y unas entradas imparables.

Imaginó la sacudida, el brinco de la cabeza hacia atrás.

—Caramba —dijo Myers—. Lo siento.

—Vente a la oficina, ¿me oyes, cariño? —dijo Paula—. Estamos todos charlando y tomando una copa; escuchamos canciones navideñas. Venga, ven —dijo. Myers, al otro lado de la línea, oía todo lo que le decía Paula.

—No me apetece —dijo—. ¿Paula? —Vio unos cuantos copos de nieve que se desplazaban de lado a lado de la ventana. Pasó los dedos por el cristal, y luego, mientras esperaba, se puso a escribir su nombre en él.

—¿Qué? Sí, te he oído —dijo ella—. Está bien —dijo Paula—. ¿Por qué no nos vemos en Voyles y tomamos una copa, entonces? ¿Myers?

—De acuerdo —dijo él—. En Voyles. De acuerdo.

—Todo el mundo se va a sentir decepcionado al ver que no vienes —dijo ella—. En especial Carl. Carl te admira, ¿sabes? Te admira de veras. Me lo ha dicho. Admira tu valor. Me dijo que si tuviera tu valor habría dejado todo esto hace años. Que hace falta valor para hacer lo que hiciste. ¿Myers?

—Estoy aquí —dijo Myers—. Creo que podré poner el coche en marcha. Si no consigo ponerlo en marcha, te doy un telefonazo.

—De acuerdo —dijo ella—. Quedamos en Voyles. Si no me llamas, salgo en cinco minutos.

—Saluda a Carl de mi parte —dijo Myers.

—Lo haré —dijo Paula—. Está hablando de ti.

Myers guardó la aspiradora. Bajó los dos tramos de escaleras y fue hasta su coche, que ocupaba la plaza del fondo y estaba cubierto de nieve. Se puso al volante, apretó unas cuantas veces el pedal y dio a la llave de contacto. El motor arranco. Siguió pisando a fondo.

Durante el trayecto miró a la gente que se apresuraba por las aceras cargadas de paquetes. Echó una ojeada al cielo gris, lleno de copos de nieve, y a los altos edificios que tenían nieve en las grietas y en los derrames de las ventanas. Trató de captarlo todo con los ojos, de retenerlo para más tarde. Acababa de terminar una historia y aun no había dado comienzo a la siguiente, y se sentía despreciable. Llegó a Voyles, un pequeño bar situado en una esquina, junto a una tienda de ropa de hombre. Aparcó en la parte de atrás y entró en el bar. Se sentó un rato a la barra y luego cogió su bebida y fue a sentarse a una mesita, al lado de la puerta.

Cuando Paula entro en el bar y dijo «Feliz Navidad», él se levantó y le dio un beso en la mejilla. Y le ofreció una silla.

—¿Un escocés? —dijo.

—Un escocés —dijo ella. Y luego, a la chica que vino a atenderles—: Un escocés con hielo.

Paula cogió y apuró el vaso de Myers.

—Tráigame otro a mí también —le dijo Myers a la chica—. No me gusta este bar —dijo luego, cuando la chica se hubo ido.

—¿Qué tiene de malo este bar? —dijo Paula—. Siempre venimos aquí.

—No me gusta, eso es todo —dijo él—. Nos tomamos la cope y nos vamos a otra parte.

—Como quieras —dijo ella.

La chica se acercó con las bebidas. Myers pagó. Brindaron.

—Carl te manda saludos —dijo ella.

Myers asintió con la cabeza.

Paula bebió unos sorbos de whisky.

—¿Cómo te ha ido el día?

Myers se encogió de hombros.

—¿Qué has hecho? —dijo ella.

—Nada —dijo él—. He pasado la aspiradora.

Paula le tocó la mano.

—Todo el mundo me ha dicho que te salude de su parte.

Se terminaron el whisky.

—Tengo una idea —dijo ella—. ¿Por qué no pasamos un rato a ver a los Morgan? Todavía no los conocemos, santo cielo, y ya hace meses que han vuelto. Podríamos pasar por su casa a saludarles: «Hola, somos los Myers.» Además nos mandaron una postal. Nos decían que pasáramos a verlos en vacaciones. Nos invitaron. No quiero ir a casa —dijo por último, y buscó un cigarrillo en su bolso. Myers recordó haber encendido la estufa y apagado las luces antes de salir. Y luego pensó en los copos de nieve que cruzaban despacio por la ventana.

¿Y que me dices de aquella carta insultante diciéndonos que les habían contado que teníamos un gato en la case? —dijo Myers.

—Se habrán olvidado ya del asunto —dijo ella—. De todos modos, no era nada grave. ¡Oh, venga, Myers! Vamos a hacerles una visita.

—Antes tendríamos que llamar... en caso de que lo hiciéramos —dijo él.

—No —dijo ella—. Es parte del juego. Vayamos sin llamar. Llegamos y llamamos a la puerta y decimos: «Hola, vivíamos aquí.» ¿De acuerdo, Myers?

—Creo que antes deberíamos llamar.

—Son vacaciones —dijo ella, levantándose—, venga, querido.

Le cogió del brazo y salieron a la nieve. Sugirió ir en su coche. El de Myers lo recogerían luego. Myers le abrió la portezuela del conductor y dio la vuelta al coche para ocupar el otro asiento. Le invadió una suerte de turbación cuando

vio las ventanas iluminadas, la nieve en el tejado, y la rubia en el camino de entrada. Las cortinas estaban descorridas, y un árbol de Navidad parpadeaba hacia ellos desde la ventana. Se apearon del coche. Myers cogió por el codo a Paula al pasar por encima de un montón de nieve, y echaron a andar hacia el porche delantero. Habían avanzado apenas unos pasos cuando un perro de tupidas greñas salió como un rayo de la esquina del garaje y se echó encima de Myers.

—Oh, Dios —dijo él, agachándose, reculando, levantando las manos. Resbaló, con los faldones del abrigo ondeando al aire, y cayó sobre el césped helado con la certeza aferradora de que el animal arremetería contra su garganta. El perro gruñó una vez y se puso a olisquearle el abrigo. Paula cogió un puñado de nieve y lo lanzó contra el perro. La luz del porche se encendió, se abrió la puerta y un hombre gritó:

—¡Buzzy!

Myers se levantó del suelo y se sacudió la nieve de la ropa.

—¿Qué pasa? —dijo el hombre desde el umbral—. ¿Quién es? Buzzy, ven aquí, muchacho. ¡Ven aquí!

—Somos los Myers —dijo Paula—. Venimos a desearles feliz Navidad.

—¿Los Myers? —dijo el hombre del umbral—. ¡Fuera de aquí, Buzzy! Vete al garaje. ¡Vamos, vamos! Son los Myers —le dijo luego a la mujer que estaba a su espalda tratando de mirar por encima de su hombro.

Los Myers —dijo la mujer—. Bueno, díles que pasen. Invítales a pasar, por el amor de Dios. Salió al porche y dijo: Entren, por favor. Hace un frío que pela. Soy Hilda Morgan, y éste es Edgar. Mucho gusto en conocerles. Entren, por favor. Se dieron un rápido apretón de manos en el porche. Myers y Paula pasaron al interior y Morgan cerró la puerta.

—Déjenme los abrigos. Quítenselos, por favor —dijo Edgar Morgan—. ¿Está usted bien? —le dijo a Myers, mirándole atentamente. Myers asintió con la cabeza—. Sabía que ese perro estaba loco, pero nunca había hecho nada parecido. Lo he visto todo. Estaba mirando por la ventana en ese preciso instante. El comentario le sonó extraño a Myers, y miró al dueño de la casa. Edgar Morgan era un cuarentón casi calvo del todo; llevaba unos pantalones y un suéter, y unas zapatillas de piel.

—Se llama Buzzy —declaró Hilda Morgan, e hizo una mueca—. Es el perro de

Edgar. Yo me niego a tener un perro en casa, pero Edgar compró este animal y prometió tenerlo siempre fuera.

—Duerme en el garaje —dijo Edgar Morgan—. No hace más que pedir que le dejen entrar, pero no podemos permitirselo, ya entienden. —Morgan soltó una risita—. Pero siéntense, siéntense. Si es que encuentran dónde en todo este desorden. Hilda, cariño, quita alguna cosa del sofá pare que Mr. y Mrs. Myers

puedan sentarse. Hilda Morgan retiró del sofá paquetes, papeles de envolver, unas tijeras, una caja de cintas, lazos... Lo puso todo en el suelo.

Myers reparo en que Morgan le miraba de nuevo, y esta vez sin sonreír.

Paula dijo:

—Myers, tienes algo en el pelo, cariño.

Myers se pasó la mano por detrás de la cabeza y se quitó una ramita y se la metió en el bolsillo.

—Ese perro... —dijo Morgan, y volvió a reír—. Estábamos tomándonos un ponche caliente y envolviendo unos regalos de última hora. ¿Quieren que hagamos un brindis? ¿Qué quieren tomar?

Cualquier cosa —dijo Paula.

Cualquier cosa —dijo Myers—. No quisiéramos molestar.

—Tonterías —dijo Morgan—. Sentíamos... mucha curiosidad por ustedes, los

Myers. ¿Tomará un ponche, Mr. Myers?

—Muy bien —dijo Myers.

—¿Y Mrs. Myers? —dijo Morgan.

Paula asintió con la cabeza.

—Dos porches, entonces —dijo Morgan—. Cariño, nosotros también ¿verdad? —le dijo a su mujer—. La ocasión lo exige. Cogió la taza de su esposa y fue a la cocina. Myers oyó cerrarse de golpe la puerta de un armario y luego una palabra ahogada que sonó como un juramento. Myers pestañeó. Miró a Hilda Morgan, que se estaba acomodando en una silla, a un costado del sofá.

—Siéntense aquí, los dos —dijo Hilda Morgan. Dio unos golpecitos en el brazo del sofá—. Aquí, junto al fuego. Mr. Morgan lo atizará en cuanto vuelva. Se sentaron. Hilda Morgan enlazó las manos sobre el regazo y se inclinó un poco hacia adelante, estudiando la cara de Myers. La sala seguía como Myers la recordaba, con excepción de tres pequeñas litografías enmarcadas que colgaban de la pared, a espaldas de Mrs. Morgan. En una de ellas, un hombre con levita y chaleco se tocaba ligeramente el sombrero delante de unas señoritas con sombrillas. Eso ocurría en un lugar con gran afluencia de gente y caballos y carruajes.

—¿Qué les pareció Alemania? —dijo Paula. Estaba sentada en el borde del sofá, con el bolso sobre las rodillas.

—Nos encantó Alemania —dijo Edgar Morgan, que volvía en aquel momento de la cocina con una bandeja con cuatro grandes tazas. Myers reconoció las tazas.

—¿Ha estado usted en Alemania, Mrs. Myers? —preguntó Morgan.

—Queremos ir —dijo Paula—. ¿No es cierto, Myers? Quizá el año que viene, el verano que viene. O el otro. En cuanto vayamos algo más sobrados de dinero. Quizás en cuanto Myers venda algo. Myers escribe.

—Pienso que un viaje a Europa le vendría muy bien a un escritor —dijo Edgar Morgan. Puso las tazas sobre unos posavasos—. Por favor, sírvanse. —Se sentó en una silla, enfrente de su esposa, y miró a Myers—. Decía en la carta que había dejado su empleo para escribir.

—Cierto —dijo Myers, y bebió un sorbo de ponche.

—Escribe algo casi todos los días —dijo Paula.

—¿De veras? —dijo Morgan—. Sorprendente. ¿Y qué ha escrito hoy, si me permite la pregunta?

—Nada —dijo Myers.

—Estamos en fiestas —dijo Paula.

—Estará orgullosa de él, Mrs. Myers —dijo Hilda Morgan.

—Lo estoy —dijo Paula.

—Me alegro por usted —dijo Hilda Morgan.

—El otro día oí algo que quizá pueda interesarle —dijo Edgar Morgan. Sacó tabaco y empezó a llenar la pipa. Myers encendió un cigarrillo y miró a su alrededor en busca de un cenicero; luego dejó caer la cerilla detrás del sofá.

—Es una historia horrible, en realidad. Pero tal vez le sirva, Mr. Myers. —Morgan encendió una cerilla y se dio fuego a la pipa—. El granito de arena y todo eso, ya sabe —dijo Morgan, y se echó a reír y sacudió la cerilla. El tipo era de mi edad, poco más o menos. Durante un par de años fue colega mío. Nos conocíamos un poco, y teníamos buenos amigos comunes. Un día se marchó, aceptó un puesto allá en la universidad del estado. Bien, ya sabe lo que sucede a veces... El tipo tuvo un idilio con una de sus alumnas.

Mrs. Morgan emitió un ruido de desaprobación con la lengua. Cogió un pequeño paquete envuelto en papel verde y se puso a pegarle encima un lazo rojo.

—Según se cuenta, fue un idilio ardiente que duró varios meses —siguió Morgan—. Hasta hace muy poco, de hecho. Hasta la semana pasada, para ser exactos. Esa noche le comunicó a su esposa, con la que llevaba veinte años, que quería el divorcio. Imagine cómo se lo tuvo que tomar la pobre mujer, al oír aquello de buenas a primeras, como quien dice. Se organizó una buena trifulca. Metió baza toda la familia. La mujer le ordenó que se fuera inmediatamente. Pero cuando el hombre estaba a punto de irse, su hijo le tiró una lata de sopa de tomate que le alcanzó en la frente. El golpe le produjo una conmoción cerebral, y le mandaron al hospital. Y su estado es grave. Morgan dio unas chupadas a su pipa y observó a Myers.

—Jamás había oído nada parecido —dijo Mrs. Morgan—. Edgar, es repugnante.

—Es horrible —dijo Paula.

Myers se sonrió burlonamente.

—Ahí tiene materia para un cuento, Mr. Myers —dijo Morgan, captando su

sonrisa y entrecerrando los ojos—. Piense en la historia que podría usted urdir si lograra penetrar en la cabeza de ese hombre.

—O en la de ella —dijo Mrs. Morgan—. En la de la mujer. Piense en su historia.

Ser engañada de tal modo después de veinte años de matrimonio. Piense en como se tuvo que sentir.

—Pero imaginen por lo que está pasando el pobre chico —dijo Paula—. Imagínenlo. Un hijo que por poco mata a su padre.

—Sí, todo eso es cierto —dijo Morgan—. Pero hay algo a lo que creo que ninguno ha prestado atención. Piensen un momento en lo que voy a decir. ¿Me escucha, Mr. Myers? Dígame lo que opina de esto. Póngase en el lugar de esa alumna de dieciocho años que se enamora de un hombre casado. Piense en ella unos instantes, y verá las posibilidades que tiene esa historia.

Morgan asintió con la cabeza y se echó hacia atrás en la silla con expresión satisfecha.

—Me temo que no siento por ella la menor simpatía —dijo Mrs. Morgan.

Imagino la clase de chica que es. Ya sabemos cómo son, esas jovencitas que echan el anzuelo a hombres mayores. Y él tampoco me inspira ninguna simpatía. El, el hombre, el don Juan; no, ninguna simpatía. Me temo que mis simpatías, en este caso, son sodas pare la mujer y el hijo.

—Haría falta un Tolstoi para contar la historia, para contarla bien —dijo Morgan.

Un Tolstoi, ni más ni menos. El ponche aún está caliente, Mr. Myers.

—Tenemos que irnos —dijo Myers.

Se levantó y tiró la colilla al fuego.

—No se vayan todavía —dijo Mrs. Morgan—. Aún no hemos tenido tiempo de conocernos. No saben cuánto hemos... especulado acerca de ustedes. Ahora nos hemos reunido al fin. Quédense un rato más. Ha sido una sorpresa agradable.

—Le agradecemos la postal y la nota —dijo Paula.

—¿La postal? —dijo Mr. Morgan.

Myers tomó asiento.

—Nosotros decidimos no mandar ninguna postal este año —dijo Paula—. No me puse cuando debía, y nos pareció que no valía la pena hacerlo en el último momento.

—¿Tomará otro ponche, Mrs. Myers? —dijo Morgan, de pie ante ella, con la mano en su taza—. Servirá de ejemplo para su esposo.

—Estaba muy bueno —dijo Paula—. Hace entrar en calor.

—Muy bien —dijo Morgan—. Te hace entrar en calor. Exacto. Cariño, ¿has oído a Mrs. Myers? Te hace entrar en calor. Estupendo. ¿Mr. Myers? —dijo Morgan, y aguardó,

—¿Nos acompañará también?

—De acuerdo —dijo Myers, y dejó que Morgan recogiera su taza.

El perro empezó a gimotear y a arañar la puerta.

—Ese perro... No sé qué mosca le ha picado —dijo Morgan. Fue a la cocina, y esta vez Myers oyó claramente como Morgan maldecía al dar con la olla de hervir el agua contra uno de los quemadores.

Mrs. Morgan se puso a tararear una melodía. Cogió un paquete a medio envolver, cortó un trozo de cinta adhesiva y empezó a pegar el envoltorio.

Myers encendió un cigarrillo. Dejo la cerilla en su posavasos. Miró el reloj.

Mrs. Morgan levantó la cabeza.

—Me parece que están cantando —dijo. Se quedó quieta, escuchando. Se levantó de la silla y fue hasta la ventana de la sala—. ¡Están cantando! ¡Edgar! —llamó. Myers y Paula se acercaron a la ventana.

—Llevo años sin ver a esos grupos que cantan villancicos —dijo Mrs. Morgan.

—¿Qué pasa? —dijo Morgan. Traía la bandeja con las tazas—. ¿Qué pasa? ¿Sucedo algo?

—Nada, cariño. Que cantan villancicos. Allí están, míralos. En la acera de enfrente —dijo Mrs. Morgan.

—Mrs. Myers —dijo Morgan acercando la bandeja—. Mr. Myers. Cariño...

—Gracias —dijo Paula.

—Muchas gracias —dijo Myers.

Morgan dejó la bandeja en la mesa y volvió a la ventana con su taza. Unos chiquillos se habían agrupado en el paseo, delante de la casa de enfrente. Eran chicos y chicas pequeños y un muchacho algo mayor y más alto con bufanda y abrigo. Myers vio las caras en la ventana de la casa de enfrente —la de los Ardrey—, y cuando terminaron de cantar sus villancicos, Jack Ardrey salió a la puerta y le dio algo al chico mayor. El grupo siguió por la acera, haciendo fluctuar las linternas en la oscuridad, y se detuvo frente a otra casa.

—No van a pasar por aquí —dijo Mrs. Morgan al rato.

—¿Que? ¿Por qué no van a venir a nuestra casa? —dijo Morgan, y se volvió a su mujer—. ¡Qué tonterías dices! ¿Por qué no van a pasar por aquí?

—Sé que no van a hacerlo —dijo Mrs. Morgan.

—Y yo digo que sí —dijo Morgan—. Mrs. Myers, ¿van a pasar esos chicos por aquí o no? ¿Qué dice usted? ¿Volverán para bendecir esta casa? Lo dejaremos en sus manos. Paula se pegó al cristal de la ventana. Pero el grupo se alejaba ya por la acera en dirección contraria. Y Paula guardó silencio.

—Bien de nuevo los ánimos calmados —dijo Morgan, y fue a sentarse en su silla.

Frunció el ceño y se puso a llenar la pipa. Myers y Paula volvieron al sillón. Mrs. Morgan se retiró al fin de la ventana. Se sentó. Sonrió y miró dentro de su

taza. Luego dejó la taza sobre la mesa y se echó a llorar.

Morgan le tendió un pañuelo. Miró a Myers. Instantes después Morgan se puso a tamborilear con la mano en el brazo del sillón. Myers movió los pies. Paula buscó en su bolso un cigarrillo.

—¿Ves lo que has hecho? —dijo Morgan, fijando los ojos en algo que había sobre la alfombra, junto al pie de Myers.

Myers hizo acopio de ánimo para levantarse.

—Edgar, sírveles otra bebida —dijo Mrs. Morgan mientras se pasaba la mano por los ojos. Utilizó el pañuelo para sonarse—. Quiero que oigan lo de Mrs. Attenborough. Mr Myers es escritor. Creo que la historia podría interesarle. Esperaremos a que vuelvas para contarla.

Morgan retiró las tazas. Las llevó a la cocina. Myers oyó un estrépito de platos, de puertas de armario que se cerraban. Mrs. Morgan miró a Myers y esbozó una leve sonrisa.

—Tenemos que irnos —dijo Myers—. Tenemos que irnos. Paula, coge el abrigo.

—No, no. Insistimos, Mr. Myers —dijo Mrs. Morgan—. Queremos que oiga lo de Mrs. Attenborough, la pobre Mrs. Attenborough. También a usted le interesará, Mrs. Myers. Tendrá ocasión de ver cómo la mente de su marido se pone a trabajar sobre un material en bruto.

Morgan volvió de la cocina y distribuyó las tazas de ponche. Y se sentó en seguida.

—Cuéntales lo de Mrs. Attenborough, cariño —dijo Mrs. Morgan.

—Ese perro por poco me arranca la pierna —dijo Myers, y se asombró al instante de sus propias palabras. Dejó la taza encima de la mesa.

—Oh, vamos, no fue para tanto —dijo Morgan—. Lo vi todo.

—Los escritores, ya se sabe —le dijo a Paula Mrs, Morgan—. Les encanta exagerar.

—El poder de la pluma y todo eso —dijo Morgan.

—Eso es —dijo Mrs. Morgan—. Convierta su pluma en reja de arado, Mr. Myers.

—Que sea Mrs. Morgan quien cuente lo de Mrs. Attenborough —dijo Morgan, sin hacer el menor caso a Myers, que se ponía en pie en aquel momento—. Mrs. Morgan tuvo que ver directamente en el asunto. Yo ya he contado lo del tipo descalabrado por una lata de sopa. —Morgan soltó una risita—. Dejaremos que esto lo cuente Mrs. Morgan.

—Cuéntalo tu, querido. Y usted, Mr. Myers, escuche con atención —dijo Mrs. Morgan.

—Nos tenemos que ir —dijo Myers—. Paula, vámonos.

—Qué sinceridad la suya —dijo Mrs. Morgan.

—Sí, exacto —dijo Myers. Luego dijo—: Paula, ¿vienes?

—Quiero que escuchen la historia —dijo Morgan, alzando la voz—. Ofenderá usted a Mrs. Morgan, nos ofenderá a los dos si no la escucha. —Morgan apretó la pipa entre los dedos.

—Myers, por favor —dijo, inquieta, Paula—. Quiero oírla. Y luego nos vamos.

¿Myers? Por favor, cariño, siéntate un minuto.

Myers la miró. Paula movió los dedos, como haciéndole una seña. Myers vaciló, y al cabo se sentó a su lado.

Mrs. Morgan comenzó:

—Una tarde, en Munich, Edgar y yo fuimos al Dortmunder Museum. Había una exposición sobre la Bauhaus aquel otoño, y Edgar dijo que al diablo con todo, que nos tomáramos el día libre. Estaba con sus trabajos de investigación, ya saben, y dijo que al diablo, que nos tomábamos el día libre. Cogimos un tranvía y atravesamos Munich hasta llegar al museo. Dedicamos varias horas a ver la exposición y a visitar de nuevo algunas de las salas de pintura, en homenaje a algunos grandes maestros por los que Edgar y yo sentimos una especial devoción. Justo antes de marcharnos, entré en el aseo de señoras. Y me dejé el bolso. Dentro llevaba el cheque mensual de Edgar que nos acababa de llegar de los Estados Unidos el día anterior, y ciento veinte dólares en metálico que íbamos a ingresar junto con el cheque. También llevaba mi carnet de identidad. No eché a faltar el bolso hasta llegar a casa. Edgar llamó inmediatamente al museo. Hablaba con la dirección cuando vi que un taxi se paraba ante nuestra casa. Se apeó una mujer bien vestida, de pelo blanco. Era una mujer corpulenta, y llevaba dos bolsos. Avisé a Edgar y fui a la puerta. La mujer se presentó como Mrs. Attenborough, me entregó el bolso y explicó que también ella había estado en el museo aquella tarde, y que estando en el aseo de señoras había visto el bolso en la papelera. Como es lógico, lo había abierto para averiguar quién era la propietaria. Y encontró el carnet de identidad y lo demás, donde figuraba nuestra dirección en Munich. Dejó inmediatamente el museo y cogió un taxi para entregar el bolso personalmente. El cheque de Edgar seguía allí, pero no el dinero, los ciento veinte dólares. Me sentí, no obstante, muy agradecida por haber recuperado lo demás. Eran casi las cuatro, y le pedimos a la mujer que se quedara a tomar el té. Se sentó, y al poco empezó a contarnos cosas de su vida. Había nacido y se había criado en Australia, se había casado joven, había tenido tres hijos —todos varones—, había enviudado y seguía viviendo en Australia con dos de sus hijos.

Criaban ovejas y poseían mas de veinte mil acres de tierra para pastos, y en ciertas épocas del año empleaban a multitud de pastores y esquiladores. Estaba de paso en Munich camino de Australia, y venía de Inglaterra de visitar a su hijo menor, que era abogado. Volvía a Australia cuando la conocimos —dijo Mrs. Morgan—. Y aprovechaba la ocasión para ver algo de mundo. Le quedaban

aún muchos lugares por visitar.

—Ve al grano, querida —dijo Morgan.

—Sí. Y esto es lo que sucedió entonces, Mr. Myers. Iré directamente al clímax, como dicen ustedes los escritores. De pronto, después de una agradable charla como de una hora, después de que aquella mujer nos hubiera hablado de su vida y de su existencia aventurera en las antípodas, se levantó para irse. Estaba pasándome la taza cuando la boca se le quedó completamente abierta, se le cayó la taza al suelo y se desplomó sobre el sofá, muerta. Muerta. Allí, en nuestra sala de estar. Fue el momento más terrible de toda nuestra vida.

Morgan asintió con gesto solemne.

—Dios —dijo Paula.

—El destino la envió a morir en el sofá de nuestra sala, en Alemania —dijo Mrs. Morgan.

Myers se echó a reír.

—¿El destino... la envió... a... morir... en su... sala? —consiguió decir con voz entrecortada.

—¿Le parece gracioso, señor? —dijo Morgan—. ¿Lo encuentra divertido? Myers asintió con la cabeza. Siguió riendo. Se enjugó los ojos con la manga de la camisa.

—Lo siento de veras —dijo—. No puedo evitarlo. Esa frase: El destino la envió a morir en el sofá de nuestra sala, en Alemania... Lo siento. ¿Y que pasó después? —consiguió decir—. Me gustaría saber lo que ocurrió después.

—No sabíamos qué hacer, Mr. Myers —dijo Mrs. Morgan—. La conmoción fue terrible. Edgar le tomó el pulso, pero no detectó señal alguna de vida. Incluso había empezado a cambiar de color. La cara y las manos se le estaban volviendo grises. Edgar fue al teléfono a llamar a alguien. Luego dijo: «Abre el bolso, a ver si averiguas dónde se hospeda.» Evitando en todo momento mirar el cadáver de aquella desdichada, cogí el bolso. Imaginen mi total sorpresa y desconcierto, mi absoluto desconcierto, cuando lo primero que vi dentro del bolso fue mis ciento veinte dólares, aún sujetos por el clip. Nunca en mi vida me había sentido tan perpleja.

—Y decepcionada —dijo Morgan—. No te olvides de eso. Fue una profunda decepción.

Myers dejó escapar unas risitas.

—Si fuera usted un escritor de verdad, como afirma, Mr. Myers, no se reiría —dijo Morgan, poniéndose en pie—. ¡No osaría reírse! Trataría de entender. Sondaría en las profundidades del corazón de aquella pobre mujer y trataría de entender. ¡Pero usted no tiene nada de escritor, señor! Myers siguió riendo.

Morgan dio un puñetazo en la mesita, y las tazas se tambalearon sobre los posavasos.

—La historia que importa está aquí, en esta casa, en esta misma sala, ¡y ya

es hora de que se cuente! La historia que importa esta aquí, Mr. Myers —dijo Morgan. Se paseó de un lado a otro sobre el brillante papel de envolver, que se había desenrollado y extendido por la alfombra. Se detuvo para mirar airadamente a Myers, que se agarraba la frente sacudido por las carcajadas.

—¡Considere la hipótesis siguiente, Mr. Myers! —gritó Morgan—. ¡Considérela! Un amigo, llamémosle Mr. X, tiene amistad con... con Mr. Y y Mrs. Y, y también con Mr. y Mrs. Z. Los Y y los Z no se conocen, por desgracia. Y digo por desgracia porque de haberse conocido, esta historia no podría contarse porque jamás habría sucedido.

Bien, Mr. X se entera de que Mr. y Mrs. Y van a pasar un año en Alemania y necesitan a alguien que ocupe la casa durante ese tiempo. Los Z están buscando alojamiento, y Mr. X les dice que sabe del sitio adecuado. Pero antes de que Mr. X pueda poner en contacto a los Z con los Y, los Y tienen que salir para Alemania antes de lo previsto. Mr. X, debido a su amistad queda a cargo de alquilar la casa a quien estime conveniente, incluidos a los señores Y, quiero decir Z. Pues bien, los... Z se mudan a la casa y se llevan con ellos a un gato, del cual los Y tienen noticia mas tarde por el propio Mr. X. Los Z meten el gato en la case pese a los términos del contrato de arrendamiento, que prohíben expresamente que en la casa habiten gatos u otros animales a causa del asma de Mrs. Y. La genuina historia, Mr. Myers, está en la situación que acabo de describir Mr. y Mrs. Z... quiero decir Y se mudan a la case de los Z, invaden, a decir verdad, la casa de los Z. Dormir en la cama de los Z es una cosa, pero abrir el ropero particular de los Z y usar su ropa blanca, destrozando todo lo que encontraron dentro, eso iba en contra del espíritu y la letra del contrato. Y esta misma pareja, los Z, abrieron cajas de utensilios de cocina en los que ponía «No abrir». Y rompieron piezas de la vajilla pese a que en el contrato constaba expresamente, expresamente, que los inquilinos no debían utilizar las pertenencias de los propietarios, las cosas personales, y hago hincapié en lo de «personales», de los Z.

Morgan tenía los labios blancos. Siguió paseándose de aquí para allá encima del papel de envolver, deteniéndose de cuando en cuando para mirar a Myers y lanzar ligeros soplidos por la boca.

—Y las cosas del baño, querido. No olvides las cosas del baño —dijo Mrs. Morgan

—Ya es falta de tacto utilizar las mantas y sábanas de los Z, pero si encima entran a saco en el cuarto de Baño y siguen con otras cosas privadas almacenadas en el desván, eso es pasarse de la raya.

—Ahí tiene la autentica historia, Mr. Myers —dijo Morgan. Trató de llenar la pipa, pero le temblaban las manos, y el tabaco cayó y se esparció por la alfombra—. Esa es la historia verídica aún por escribir y que merece ser escrita.

—Y no necesita un Tolstoi pare escribirla —dijo Mrs. Morgan.

—No, no se necesita un Tolstoi —dijo Morgan.

Myers reía. El y Paula se levantaron del sofá a un tiempo, y se dirigieron hacia la puerta.

—Buenas noches —dijo Myers con regocijo.

Morgan estaba a su espalda.

—Si usted fuera un escritor de verdad, señor, convertiría esta historia en palabras y no se haría tanto el sueco al respecto.

Myers se limitó a reír de nuevo. Tocó el pomo de la puerta.

—Y otra cosa —dijo Morgan—. No tenía intención de sacarlo a relucir, pero, a la vista de su comportamiento de esta noche, quiero decirle que he echado en falta mis dos volúmenes de Jazz at the Philharmonic. Eran unos discos de gran valor sentimental para mí. Los compré en 1955. ¡Y ahora insisto en que me diga qué ha sido de ellos!

—Para ser justos, Edgar —dijo Mrs. Morgan mientras ayudaba a Paula a ponerse el abrigo, después de hacer inventario de los discos, admitiste que no podías recordar cuándo habías visto por última vez esos discos.

—Pero ahora estoy seguro —dijo Morgan—. Tengo la certeza de que los vi antes de irnos a Alemania, y ahora, ahora quiero que este escritor me diga exactamente cuál es su paradero. ¿Mr. Myers? Pero Myers estaba ya fuera de la casa, y, con Paula de la mano, se apresuraba hacia el coche. Sorprendieron a Buzzy. El perro soltó un gañido, al parecer de miedo, y se apartó hacia un lado de un brinco.

—¡Insisto en saberlo! —gritó Morgan a sus espaldas. ¡Estoy esperando, señor!

Myers dejó a Paula en su asiento, se puso al volante y puso el coche en marcha. Volvió a mirar a la pareja del porche. Mrs. Morgan saludó con la mano, y luego ambos se volvieron y entraron en la casa y cerraron la puerta. Myers arrancó y se apartó del bordillo.

—Esta gente está loca —dijo Paula.

Myers le dio unas palmaditas en la mano.

—Daban miedo —dijo Paula.

Myers no contestó. Le dio la impresión de que la voz de Paula le llegaba de muy lejos. Siguió conduciendo. La nieve golpeaba contra el parabrisas. Siguió silencioso, mirando la carretera. Se hallaba en el final mismo de una historia.

TIEMPOS REVUELTOS Y OTRAS HISTORIAS

FURIOUS SEASONS ANOTHER STORIES^[3] - 1977



TIEMPOS REVUELTOS - FURIOUS SEASONS!

Esa duración que convierte a las Pirámides en columnas de hielo que se derriten. Todo es pasado en un instante.

THOMAS BROWNE

Amenaza tormenta. La niebla gris oscurece las cumbres a lo largo del valle. Nubes negras con pliegues y capas blancas en la superficie se acercan desde las colinas en rápidos desplazamientos, descienden hasta el valle y pasan sobre los campos y baldíos que hay frente a la casa. Dando rienda suelta a su imaginación, Farrell ve las nubes como caballos negros sobre los que cabalgan fantasmales almas en pena y, detrás, las carrozas negras girando lenta e inexorablemente, a veces un cochero con plumas blancas en el pescante. Cierra la puerta del porche y observa tras el cristal a su mujer que baja lentamente las escaleras. Se vuelve y le sonríe. Abre de nuevo y la saluda. Más tarde, ella se aleja en el coche. Vuelve a la habitación y se sienta en el sillón de cuero, bajo la lámpara de cobre. Se estira extendiendo los brazos por fuera del sillón. La habitación está un poco más oscura cuando Iris sale del baño envuelta en una bata blanca abierta. Saca el taburete de debajo del tocador y se sienta frente al espejo. Coge con la mano derecha el cepillo blanco de plástico y comienza a peinarse con movimientos rápidos y rítmicos provocando un leve chasquido. Sujeta con la mano izquierda el cabello sobre uno de los hombros y realiza los largos, rápidos y rítmicos movimientos con la mano derecha. Se detiene un instante y enciende la lamparilla del espejo. Farrell coge una revista de fotos del aparador que está al lado del sofá y se estira para encender la lámpara golpeando sin querer el pergamino de la pantalla al buscar la cadenilla. La

lámpara está unos centímetros por encima de su hombro derecho y la pantalla marrón cruje cuando la toca.

Afuera está oscuro y el aire huele a lluvia. Iris le pregunta si cerró la ventana. Mira hacia la ventana, luego al espejo, ve su propio reflejo y detrás a Iris observándole sentada frente al tocador, con otro Farrell más borroso mirando fijamente desde la ventana que ella tiene al lado. Tiene que llamar a Frank para confirmar que salen de caza mañana por la mañana. Pasa las páginas. El cepillo se tambalea sobre la superficie del vestidor. «¿Sabes que estoy embarazada, Lew?», le dice. Las páginas satinadas de la revista muestran bajo la lámpara una catástrofe natural. La fotografía de un terremoto en algún lugar del Oriente Próximo. Se ve a cinco hombres gruesos vestidos con bombachos blancos de pie ante una casa aplastada. Uno de ellos, quizá el líder, lleva un sucio sombrero blanco inclinado sobre un ojo, lo que le da un aspecto sombrío, maligno. Mira de lado a la cámara, señalando tras el revoltijo de ladrillos hacia un río o entrante de mar al otro lado de los escombros. Farrell cierra la revista y la deja resbalar al ponerse de pie.

Apaga la luz y antes de encaminarse hacia el baño, le pregunta:

«¿Qué vas a hacer?»

Sus palabras suenan secas y apresuradas como hojas arremolinándose en los oscuros rincones de la habitación. Farrell siente al instante que esa pregunta ya ha sido hecha hace tiempo en otro lugar. Entra en el baño.

El olor de Iris; un olor cálido y húmedo, ligeramente pegajoso; polvos de talco New Spring y colonia King's Idyll. Su toalla tirada detrás del retrete. Se le han caído polvos de talco en el lavabo y forman con el agua un reguero amarillo de pasta. Lo frota con agua y lo empuja todo por el desagüe. Se está afeitando y al mover la cara puede ver la habitación. Iris de perfil, sentada en el taburete ante la vieja cómoda. Posa la navaja y se lava la cara, luego coge la navaja otra vez. En ese momento escucha las primeras gotas de lluvia en el techo. Un rato después apaga la luz de la cómoda y se sienta de nuevo en el sillón de cuero a escuchar la lluvia. Llega a ráfagas, golpeando a intervalos la ventana. Como el suave revoloteo de un pájaro blanco.

Su hermana ha cazado uno. Lo mete en una caja y le tira flores dentro. Agita la caja para poder oír el batir de alas, pero una mañana se la enseña y ya no se oyen las alas, tan sólo el leve arañazo que provoca el pájaro cuando mueve la caja. Se la da para que se libere de ella y él la tira con todo lo que hay dentro al río, sin querer abrirla porque empieza a oler raro. La caja es de cartón y tiene dieciocho pulgadas de largo, seis de ancho y cuatro de profundidad. Está seguro de que era una caja de galletas Snowflake porque son las que utilizaba ella con los primeros pájaros. Corre en paralelo a la caja por el lodo de la orilla. Es una barca fúnebre y el río fangoso es el Nilo. Pronto la barca entrará en el océano, pero antes se incendiará y el pájaro blanco saldrá volando hacia las tierras de

su padre donde lo espantará de entre la espesa hierba de una pradera verde, con huevos y todo. Corre por la orilla, siente el latigazo de los matojos en los pantalones, un limbo le golpea en la oreja y aún no se ha incendiado. Coge piedras sueltas y se las tira a la barca. Y entonces empieza a llover, enormes e impetuosas gotas que salpican el agua barriendo el río de lado a lado. Farrell llevaba en la cama unas cuantas horas, no estaba seguro de cuánto tiempo. Con cuidado de no molestar a su esposa, se incorporó ligeramente apoyándose en el hombro y con los ojos entrecerrados intentó echar una ojeada al reloj de la mesita de ella. El reloj apenas estaba vuelto hacia su lado, así que, teniendo además tanto cuidado, sólo pudo ver que las manecillas amarillas marcaban las 3.15 o las 2.45.

La lluvia golpeaba contra la ventana. Se volvió de espaldas y estiró las piernas bajo las sábanas rozando el pie izquierdo de su mujer, escuchando las manecillas del reloj sobre la mesita. Se metió bajo el edredón y luego, como tenía demasiado calor y le sudaban las manos, echó hacia atrás el cobertor y pasó los dedos por la sábana, estrujándola hasta que se le secaron. La lluvia venía por rachas, arremetiendo en oleadas y atravesando la tímida luz como miríadas de pequeños insectos amarillos que se arrojaban haciendo rizos contra la ventana.

Se dio la vuelta otra vez y se acercó a Lorraine hasta tocarle la espalda con el pecho. Durante un instante se abrazó a ella suavemente, con cuidado, extendiendo la mano por el hueco de su estómago, pasando los dedos por debajo del elástico de sus bragas, rozando el espeso penacho de vello. Sintió una extraña sensación entonces, como si resbalara en un baño caliente y le anegaran los recuerdos sintiéndose niño otra vez. Retiró la mano, se dio la vuelta y se libró de las sábanas encaminándose al torrente de la ventana. Una pesadilla vasta y remota la de ahí fuera. La farola parecía un demacrado y solitario obelisco desafiando la lluvia con su débil punto de luz amarilla. En la base, el lustre negro de la calle, la oscuridad acometiendo su pequeño contorno de luz. No podía ver el resto de casas, como si ya no existieran, arrasadas como en la foto que había estado mirando unas horas antes.

La lluvia iba y venía como una oscura máscara en la ventana. Anegaba los bordillos calle abajo. Se acercó hasta sentir una fría bocanada de aire en la frente al contemplar la niebla de su aliento en el cristal. Había leído que en algún sitio, se veía a sí mismo mirando las fotos, quizá en National Geographic, vivían tribus de piel cobriza que se quedaban de pie ante sus chozas contemplando la salida del sol bajo la helada. El titular decía que esa gente creía que el alma era visible en el aliento, que escupían y soplaban en las palmas de las manos ofreciendo sus almas a Dios. Su aliento desaparecía mientras lo contemplaba, dejando solamente un círculo diminuto, luego un punto y nada. Se alejó de la ventana y fue a por sus cosas.

Buscó a tientas sus botas en el armario empotrado y rastreó con los dedos las mangas de cada chaqueta hasta tocar el suave impermeable de caucho. Fue hasta el cajón por calcetines y calzoncillos largos, luego descolgó una camisa y un pantalón, lo cogió todo en una brazada y lo llevó por el pasillo hasta la cocina sin encender la luz. Se vistió y se calzó las botas antes de poner el café. Le habría gustado encender la luz del porche para Frank pero por algún motivo no le pareció bien con Iris allí en la cama. Mientras se hacía el café, preparó sándwiches y llenó los termos. Sacó una taza del armario, la llenó y se sentó cerca de la ventana para ver la calle. Encendió un cigarrillo y se puso a fumar mientras tomaba el café y escuchaba el chasquido del reloj del horno. Se derramó un poco de café, miró las gotas caer lentamente por la taza y frotó con los dedos el círculo que dejó la taza sobre la rugosa superficie de la mesa. Está en la habitación de su hermana, ante la mesa de estudio, sentado sobre un grueso diccionario en una silla de respaldo recto. Los pies doblados bajo el asiento, los talones de los zapatos acoplados al travesaño. Cuando se apoya excesivamente sobre la mesa una de las patas se levanta del suelo y tiene que meter debajo una revista. Está haciendo un dibujo del valle en el que vive. Al principio pensó en copiar algo de uno de los libros escolares de su hermana, pero después de gastar tres hojas sin conseguir que le saliera bien, decidió dibujar el valle y su casa. De vez en cuando deja de dibujar y frota los dedos en la superficie granulosa de la mesa.

Afuera el aire de abril es todavía húmedo y fresco, ese frescor que alienta tras las tardes de lluvia. La tierra, los árboles y las montañas ya están verdes y por todas partes hay un aliento vaporoso: en los abrevaderos de los corrales, en el estanque que hizo su padre y también en las praderas, elevándose en lentas columnas que parecen lápices, cruzando por encima del río y subiendo hasta las montañas como si fuera humo. Oye a su padre gritarle a uno de los hombres y a éste soltar una maldición por detrás. Posa el lápiz y salta de la silla. Abajo, enfrente del ahumadero, ve a su padre trabajando con la polea. A sus pies hay un rollo de cuerda marrón y empuja la barra de la polea para intentar colgarla fuera del granero. Lleva en la cabeza un gorro de lana del ejército y el cuello de la vieja chaqueta de cuero levantado, dejando a la vista la lana sucia del forro. Con un último golpe a la polea se vuelve hacia los hombres. Dos de ellos, dos canadienses grandes y de mejillas coloradas que llevan unos sombreros de franela llenos de grasa, arrastran un carnero hacia donde está su padre. Lo abrazan hundiendo los puños en la lana y uno de ellos grapa con los brazos sus patas delanteras. Van hacia el granero, medio arrastrándolo, medio caminando el carnero sobre sus patas traseras. Parece una danza salvaje. A otra voz de su padre empujan al carnero contra la pared, uno de ellos lo monta a horcajadas, forzándole la cabeza hacia atrás y hacia arriba, hacia su ventana. Se fija en las grietas oscuras de sus ollares, en las gotas de mucosidad que le caen de la boca.

Los vidriosos ojos de anciano se clavan en él un instante antes de intentar soltar un balido, pero el sonido se convierte en un chillido agudo cuando su padre lo interrumpe con una embestida rápida del cuchillo. La sangre sale a borbotones entre sus manos antes de que pueda moverse. En pocos minutos tienen al animal en la polea. Puede oír el monótono cran—cran—cran de la polea cuando su padre lo sube un poco más. Los hombres están sudando pero siguen con las chaquetas abotonadas hasta arriba.

Su padre lo abre en canal mientras los dos hombres cogen unos cuchillos más pequeños y empiezan a quitarle la piel empezando por las patas. Del vientre vaporoso se escurren unas tripas grises que caen a tierra formando un grueso rollo. Su padre gruñe y las carga en una caja, diciendo algo de un oso. Los hombres ríen. Escucha que alguien tira de la cadena en el baño y luego el gorgoteo del agua en el retrete. Se vuelve hacia la puerta cuando oye pasos que se acercan. Su hermana entra en la habitación exhalando un ligero vapor. Por un instante se queda paralizada a la puerta con la toalla enrollada en la cabeza, una mano sujetando los extremos y la otra sobre la manilla. Sus pechos redondos como si fueran planos, sus pezones como los rabillos de la cálida fruta de porcelana sobre la mesa del comedor. Deja caer la toalla que se desliza por el cuello tocando sus pechos y formando una pila a sus pies. Sonríe, lentamente se tapa la boca con la mano y empuja la puerta para que se cierre. Él se vuelve hacia la ventana encogiendo los dedos de los pies en los zapatos.

Farrell seguía sentado a la mesa tomando el café y fumando con el estómago vacío. Oyó el ruido de un coche, se levantó rápidamente y fue hasta la ventana del porche. El coche redujo a segunda y frenó frente a la casa para tomar despacio la curva, con el agua batiendo en los tapacubos, pero siguió adelante. Se sentó de nuevo. Apretando la taza entre los dedos, escuchó durante un rato el chasquido del reloj eléctrico del horno. Entonces vio las luces. Venían dando rápidas sacudidas a la oscuridad, como dos faroles que hacían cortas señales desde una pequeña proa. La densa lluvia, blanqueada por la luz al traspasarla, golpeaba con fuerza la calle por delante. El coche salpicó al disminuir la velocidad y descansar bajo la ventana.

Cogió sus cosas y salió al porche. Iris estaba allí, acostada bajo una pila de edredones. Buscando una excusa para hacerlo, como si hubiera un motivo y lo hiciera despreocupadamente, se arrodilló al otro lado de la cama y se vio a sí mismo avanzar a tientas hasta donde sabía que estaba ella. No pudo evitar inclinarse sobre su silueta como si colgara suspendido en el aire, todos los sentidos relajados excepto el olfato, respirando fugazmente el olor de su cuerpo. Inclinandose un poco más hasta tocar con la cara el cobertor percibió de nuevo ese olor, durante un instante, y luego desapareció. Retrocedió y se acordó de su rifle, salió y cerró la puerta. La lluvia le flagelaba el rostro. Se sintió casi mareado al agarrar el fusil y posarlo sobre la balaustrada, apoyándose

en ella. Durante un momento, mirando desde el porche hacia abajo, hacia la oscuridad rizada de la acera, se sintió como si estuviera en un puente en medio de ninguna parte, y de nuevo tuvo la misma sensación de la noche anterior, que eso ya había ocurrido con el presentimiento de que volvería a ocurrir, como ahora sabía. La lluvia le cortaba la cara, le caía por la nariz y en la boca. Frank tocó la bocina un par de veces y Farrell bajo las escaleras con cuidado de no resbalar.

«¡Menudo aguacero!», dijo Frank. Un tipo grande. Llevaba una gruesa chaqueta acolchada con la cremallera hasta la barbilla y una gorra marrón con visera que le daba un aire siniestro de árbitro de béisbol. Movi6 las cosas del asiento de atrás para que Farrell pudiera poner las suyas. El agua subía de nivel en las canaletas, retrocedía en los desagües de los aleros y de vez en cuando pasaban junto a un bordillo o un patio anegados. Siguieron la calle hasta el final y giraron a la derecha tomando otra calle que les llevaría directamente a la autopista.

«Esto nos obliga a ir más despacio, qué van a hacer esos gansos sin nosotros». De nuevo Farrell se dejó ir y los vio, rescatándolos de la memoria, un instante en el que la niebla había llegado a helar las rocas y estaba tan oscuro que podía ser medianoche o el final de la tarde. Se acercan volando a poca altura por el barranco, en silencio, saliendo repentinamente de la niebla, como espectros, batiendo alas sobre su cabeza. Salta para intentar separar del grupo al más cercano mientras quita el seguro pero se atasca y el dedo enguantado permanece encorvado en la guarda, presionando el gatillo cerrado. Vinieron hacia él, saliendo de la niebla por el barranco, sobre su cabeza. En largas filas, regañándole. Así había ocurrido hace tres años.

Se quedó mirando los prados húmedos captados por las luces del coche pasando al lado y quedándose atrás. El limpiaparabrisas chirriaba de un lado a otro. Iris suelta el pelo sobre el hombro con la mano izquierda mientras coge el cepillo con la otra. Inicia un movimiento rítmico alisando la melena con un leve chasquido al pasar el cepillo, una y otra vez, arriba y abajo. Le acaba de decir que está embarazada. Lorraine ha ido a una exposición. Él tiene aún que llamar a Frank para confirmar la jornada de caza. La fotografía en papel satinado de la revista que tiene en su regazo muestra la escena de un desastre natural. Uno de los tipos de la foto, el líder evidentemente, señala una extensión de agua. «¿Qué vas a hacer?» Se vuelve y va hacia el baño. Una toalla detrás del retrete, el olor a polvos de talco New Spring y a colonia King's Idyll. Hay un círculo amarillo de polvos talco en el lavabo que frota con agua antes de afeitarse. Mientras se afeita puede verla cepillándose el pelo en la sala. Cuando ya se ha lavado y secado la cara, al coger de nuevo la navaja, golpean en el tejado las primeras gotas de lluvia.

Miró el reloj del tablero de instrumentos pero estaba parado.

«¿Qué hora es?»

«No te fíes de ese reloj», le dijo Frank levantando el pulgar del volante para señalar el gran reloj de números amarillos que sobresalía del tablero. «Está parado. Son las seis y media. ¿Te dijo tu mujer que tenías que estar en casa a una hora?», le preguntó sonriendo.

Farrell negó con la cabeza pero Frank no lo vio.

«No, sólo quería saber la hora». Encendió un cigarrillo y se echó hacia atrás en el asiento, mirando la lluvia a través de las luces de los coches, salpicando el parabrisas. Conducen desde Yakima, van a recoger a Iris. Comenzó a llover cuando llegaban a la autopista Columbia River y al cruzar Arlington es ya un torrente.

Parece que avanzaran por un túnel oblicuo. Ruedan por el asfalto envueltos en la opacidad de los grandes árboles inclinados sobre el coche, el agua cayendo en cascadas por delante. Lorraine extiende el brazo por el respaldo del asiento, su mano se posa levemente en el hombro izquierdo de él. Está sentada tan cerca que puede sentir su pecho izquierdo alzarse con la respiración. Ha intentado sintonizar algo en la radio pero hay demasiada interferencia.

«Se puede poner una cama en el porche y que se instale allí», dice Farrell sin levantar la vista de la carretera.

«No estará mucho tiempo».

Lorraine se vuelve hacia él inclinándose un poco en el asiento. Posa la mano libre en su pierna. Con los dedos de la otra mano le acaricia el hombro y apoya la cabeza contra él. Un rato después, le dice:

«Tú eres solo mío, Lew. Odio tener que compartirme con alguien aunque sea poco tiempo. Aunque sea tu propia hermana».

Va dejando de llover y los árboles apenas se inclinan.

Farrell alza la vista y mira la luna, en creciente, afilada y pálida, brillando entre nubes grises. Dejan atrás el bosque y las curvas para entrar en un valle que se abre al río del fondo. Ha dejado de llover y el cielo es una alfombra negra en la que han esparcido puñados de estrellas.

«¿Cuánto tiempo se quedará?», le pregunta Lorraine.

«Un par de meses. Tres como mucho. Tiene que volver a su empleo en Seattle antes de Navidad». Siente el estómago revuelto. Enciende un cigarrillo. Expulsa el humo por la nariz y lo empuja por la ventanilla.

El cigarrillo comenzaba a picarle en la punta de la lengua, abrió la ventanilla y lo tiró. Frank dejó la autopista para avanzar ahora sobre un firme resbaladizo que les llevaría al río. Estaban en la región del trigo. Grandes extensiones de trigo se extendían hacia el oscuro esbozo de las colinas, interrumpidas aquí y allá por fangosas porciones de terreno que parecían mantequeras por las pequeñas bolsas de agua. El año que viene se cosecharán y en verano el trigo estará tan alto que les llegará hasta la cintura, siseando y

meciéndose cuando sopla el viento.

«Es una vergüenza, toda esta tierra sin grano la mayor parte del tiempo y tanta gente sin nada que llevarse a la boca», dijo Frank meneando la cabeza. «Si el gobierno no metiera la mano en los cultivos la maldita vista sería mejor». El firme de la carretera acababa en un saliente lleno de baches y el coche empezó a saltar por una carretera elástica y ponzoñosa hacia las colinas que se veían a lo lejos.

«¿Has visto morir de hambre a alguien, Lew?».

«No».

El cielo encanecía. Farrell observaba los campos de rastrojo teñirse de un falso amarillo. Alzó la vista por la ventanilla y las nubes se fragmentaban y se deshacían en múltiples pedazos.

«Parece que va a dejar de llover».

Fueron hasta el final, al pie de las colinas. Luego giraron y avanzaron por el borde de los cultivos siguiendo las colinas hasta que llegaron al cañón. Más allá, al fondo del acanalado de piedra, se extendía el río, la orilla más alejada cubierta por un banco de niebla.

«Ha dejado de llover», dijo Farrell.

Frank maniobró en una pequeña hondonada rocosa y dijo que aquél era un buen sitio. Farrell cogió su escopeta y la apoyó contra el guardabarros de atrás para sacar las cartucheras y otra chaqueta. Cogió la bolsa de papel con los sándwiches y apretó los termos con las manos para sentir el calor. Se alejaron del coche sin hablar y caminaron a lo largo del cerro para luego bajar por uno de los pequeños valles que se abrían al cañón. La tierra estaba tachonada aquí y allá de roca afilada o matas negras que goteaban.

El suelo se ablandaba bajo los pies, tiraba de sus botas a cada paso y hacía un ruido succionador cuando las levantaba. Llevaba la cartuchera en la mano derecha, sujeta por la correa, balanceándola como si fuera un tiragomas. Sintió en la cara la brisa húmeda que venía del río. Los pequeños farallones que daban al río estaban profundamente acanalados por ambos lados, recortados en la roca dejando salientes como planchas que señalaban la altura del agua hace miles de años. En los salientes se amontonaban pilas de troncos blancos pelados e incontables trozos de madera que parecían huesos de algún pájaro gigante. Farrell intentó adivinar por dónde habían aparecido los gansos tres años antes. Se detuvo justo donde la colina empezaba a bajar hacia el cañón y apoyó la escopeta en una roca. Cogió matas y piedras que tenía a mano y bajó hacia el río recogiendo también restos de madera para hacer un escondite. Se sentó sobre el impermeable con la espalda apoyada en un grueso arbusto y la barbilla en las rodillas, mirando los huecos azules del cielo al desplazarse las nubes. Los gansos estaban graznando bajo la niebla en la otra orilla. Se relajó, encendió un cigarrillo y se quedó mirando el humo que de repente salía de su boca.

Esperaría a que saliera el sol. Son las cuatro de la tarde. El sol acaba de ocultarse tras unas nubes grises dejando el coche bajo una sombra enana que le sigue mientras lo rodea para abrirle la puerta a su mujer.

Se besan.

Iris y él quedan en volver a recogerla, exactamente, dentro de una hora y cuarenta y cinco minutos. Tienen que ir a la ferretería y luego al supermercado. Volverán a recogerla a las seis menos cuarto. Se sienta al volante de nuevo y, mirando a ambos lados, se adentran lentamente en el tráfico. En la avenida que sale de la ciudad se encuentran todos los semáforos en rojo, luego gira a la izquierda para tomar la carretera secundaria, acelera a fondo y los dos se van un poco hacia atrás en sus asientos. Son las cuatro y veinte. Giran en diversos cruces y avanzan por una carretera con huertos a ambos lados. Sobre las copas de los árboles se divisan unas colinas bajas y, al fondo, las montañas coronadas de blanco. La hilera de árboles provoca sombras que oscurecen el arcén y que avanzan delante del coche. El boj forma hileras blancas que señalan los lindes de cada huerto, apiñándose contra los árboles. Hay escaleras apoyadas en las horcaduras de los árboles. Frena y se detiene en el arcén. Iris sólo tiene que abrir la puerta para alcanzar la rama de uno de los árboles. La rama raspa la puerta cuando la suelta. Las manzanas son grandes y amarillas. Le chorrea entre los dientes cuando muerde una.

Cuando se termina la carretera, siguen por un camino lleno de polvo que llega hasta las colinas, hasta donde se acaban los huertos. Todavía podrían alejarse más tomando la carretera que avanza paralela al canal de riego. El canal está vacío y los bordes empinados tan sucios y tan secos que se desmigajan. Cambia a segunda. La carretera va cuesta abajo, hay que conducir despacio, con cuidado. Detiene el coche bajo un pino, al lado de la compuerta que conduce el agua hasta una artesa circular de cemento. Iris estira la mano y la posa en su pierna. Está oscureciendo. Sopla el viento. Escucha el crujido de las copas de los árboles. Sale del coche y enciende un cigarrillo. Camina hasta el borde de la colina para ver el valle. El viento arrecia; el aire es más frío. La hierba es rala, con alguna flor bajo sus pies. El cigarrillo hace una leve espiral roja cuando vuela sobre el valle. Son las seis en punto.

El frío era intenso. Entumecía los dedos de los pies y se abría camino por las pantorrillas hacia las rodillas. También sentía las manos rígidas de frío aunque las tuviera en los bolsillos. Quería esperar a que saliera el sol. Unas nubes enormes tomaban diversas formas al dispersarse sobre el río. Al principio apenas lo notó, una especie de hilera negra avanzando entre las nubes más bajas. Cuando la tuvo al alcance de la vista creyó que era una nube de mosquitos cerrando filas ante sus ojos y luego le pareció una grieta oscura abriéndose entre cielo y tierra. Se volvió hacia él girando sobre las colinas del fondo. Estaba asustado, pero intentaba mantener la calma. El corazón le latía en

las sienes, quería correr pero apenas se podía mover, como si llevara piedras en los bolsillos. Intentó ponerse al menos de rodillas pero el matorral en el que se apoyaba le dañó el rostro y bajó la cabeza. Le temblaban las piernas, intentó estirar las rodillas. Las piernas se le entumecían cada vez más, hundió la mano en el suelo moviendo los dedos, extrañado de su calidez. Entonces oyó el suave graznido de los gansos y el zumbido de sus alas al moverse. Sus dedos buscaron el gatillo. Oyó su réplica inmediata, irritados, provocando una estridente sacudida hacia arriba cuando le vieron. Farrell ya estaba de pie, apuntando a un ganso y luego a otro, y de nuevo al anterior, así hasta que se disolvieron rompiendo filas hacia el río. Disparó una vez, dos, y los gansos seguían volando, en plena algarabía, disgregándose y alejándose de la zona de tiro, sus humildes siluetas difuminándose entre las ondulantes colinas. Disparó una vez más antes de caer de rodillas con la vista nublada. Tras él, un poco a la izquierda, escuchó el eco de los disparos de Frank retumbando por todo el cañón como el chasquido de un latigazo. Le confundió ver que salían más gansos del río, sobrevolaban las bajas colinas y tomaban altura hacia el cañón, volando en formaciones en V sobre la cima y los sembrados.

Volvió a cargar la escopeta con cuidado, apoyando el cañón en la hierba, la culata en las costillas, provocando un chasquido hueco al meter los casquillos en la recámara. Seis harían el trabajo mejor que tres. Quitó rápidamente el taco del cañón y guardó el resorte espiral y el taco en el bolsillo. Oyó a Frank disparar otra vez y, de pronto, pasó a su lado una bandada que no había visto. Cuando los estaba mirando se dio cuenta de que venían otras tres más abajo. Esperó a que estuvieran a su altura, meciéndose en el aire a unas treinta yardas de la colina, moviendo levemente la cabeza de derecha a izquierda, los ojos negros y brillantes. Cuando pasaban a su lado, se irguió apoyando una rodilla en el suelo y les dio ventaja, acosándoles un instante antes de que se abrieran. El que estaba más cerca se contrajo y cayó al suelo en picado. Disparó de nuevo cuando regresaban, viendo al ganso detenerse como si hubiera chocado con una pared, aleteando contra ella para intentar traspasarla sin dar la vuelta, agachando la cabeza, las alas hacia fuera, en lenta espiral hacia abajo. Vacío el cargador en el tercer ganso cuando casi ya no lo tenía a tiro y lo vio detenerse al quinto disparo, quedándose casi quieto tras una rápida sacudida de la cola, pero aleteando aún. Durante un buen rato estuvo viéndole volar cada vez más cerca del suelo hasta que desapareció tras uno de los cañones.

Farrell puso cabeza abajo los dos gansos dentro del escondite y acarició su vientre blanco y liso. Eran gansos canadienses, graznadores. A partir de ahora ya le daría igual si los gansos volaban muy alto o salían de más abajo, de cerca del río. Se sentó contra el arbusto y encendió un cigarrillo viendo girar el cielo sobre su cabeza. Un poco más tarde, quizá al principio de la tarde, se durmió. Se despertó entumecido, sudando en frío.

El sol se había puesto, el cielo era un grueso sudario gris. Podía oír el graznido de los gansos al marcharse, dejando tras de sí aquellos ecos agudos y extraños por todo el valle, pero no podía ver nada que no fueran las húmedas colinas negras cubiertas en la base por una niebla que tapaba el río. Se frotó el rostro con las manos y empezó a tiritar. Se puso de pie. Podía ver avanzar la niebla envolviendo las colinas y el cañón, ovillándose en el suelo. Sintió el aliento del aire húmedo y frío alrededor, palpándole la frente, las mejillas, los labios. Se abrió paso a tientas y comenzó a subir la colina. Se quedó de pie junto al coche y tocó la bocina en una ráfaga continua hasta que Frank llegó corriendo y le apartó el brazo de la ventanilla. «¿Qué te pasa? ¿Estás loco o qué?» «Tengo que ir a casa, ya te lo dije». «Joder, vale. Entra, por Dios. Entra». A no ser por un par de preguntas que hizo Farrell antes de abandonar la región del trigo, permanecieron todo el rato en silencio. Frank llevaba un cigarrillo entre los dientes, sin quitar la vista de la carretera. Cuando atravesaron los primeros parches de niebla a la deriva encendió las luces del coche. Al entrar en la autopista la niebla se levantó y las primeras gotas de lluvia comenzaron a golpear el parabrisas. Tres patos pasaron volando frente a las luces del coche y fueron a posarse en un charco al lado de la carretera. Farrell pestañeó.

«¿Has visto eso?», pregunto Frank.

Farrell asintió.

«¿Cómo te encuentras ahora?»

«Estoy bien».

«¿Cazaste alguno?»

Farrell se frotó las manos y entrelazó los dedos, luego las apoyó en el regazo. «No, supongo que no».

«Vaya. Te oí disparar». Cambió el cigarrillo de lado e intentó fumar, pero se había apagado. Lo mascó durante un rato, luego lo dejó en el cenicero y miró de reojo a Farrell.

«No es asunto mío, desde luego, pero me parece que algo te preocupa en casa... Mi consejo es que no te lo tomes demasiado en serio. Aún vivirás mucho, no tienes canas como yo». Tosió, se rió. «Ya sé, me solía pasar lo mismo. Recuerdo...» Farrell está sentado en el sillón de cuero bajo la lámpara de cobre observando a Iris desenredar el pelo. Tiene una revista sobre las piernas cuyas páginas satinadas están abiertas en la escena de un desastre natural, un terremoto en alguna parte del Oriente Próximo. A no ser por la pequeña luz del tocador, la habitación está a oscuras. El cepillo se mueve con rapidez por el pelo de Iris, largos movimientos rítmicos que causan un ligero chasquido. Todavía tiene que llamar a Frank y confirmar que se van de caza al día siguiente. Entra un aire frío y húmedo por la ventana de al lado.

Ella deja el cepillo sobre el borde del tocador. «Lew», dice, «¿Sabes que estoy embarazada?»

El olor del baño le marea. Su toalla tirada tras el retrete. Le han caído polvos de talco en el lavabo. Al mojarse se convirtieron en un reguero amarillo de pasta. Lo frota y lo empuja todo por el desagüe.

Se está afeitando. Al mover la cara puede ver la salita.

Iris de perfil sentada en el taburete frente al viejo tocador. Se alisa el pelo. Posa la navaja y se lava la cara, luego la coge de nuevo. En ese instante escucha las primeras gotas de lluvia en el tejado... La lleva en brazos afuera, al porche. Le vuelve la cabeza hacia la pared y la cubre entera con el edredón. Vuelve al baño, se lava las manos y arroja la toalla empapada de sangre en el canasto de la ropa. Un rato después apaga la luz del tocador y se sienta de nuevo en su sillón junto a la ventana, escuchando la lluvia. Frank se rió.

«Así que no pasó nada, nada en absoluto. Nos va bien después de eso. La típica trifulca de siempre, pero cuando se dio cuenta de quién llevaba los pantalones, no hubo más problema». Le dio a Farrell un toque amistoso en la rodilla. Avanzaban por los arrabales de la ciudad, pasando ante la larga fila de moteles con sus letras de neón intermitentes, ante los cafés de ventanas humeantes, los coches agrupados frente a la puerta, y ante los pequeños negocios de barrio, cerrados y a oscuras hasta el día siguiente. Frank giró a la derecha, en la siguiente a la izquierda y ya estaban en la calle de Farrell. Frank entró detrás de un coche blanco y negro que ponía en pequeñas letras blancas pintadas en el maletero SHERIFF'S OFFICE. A través de las luces de su propio coche, pudieron ver la alambreira que separaba el asiento de atrás como una jaula. El vaho salía del capó de su coche y se mezclaba con la lluvia. «Puede que te busquen a ti, Lew». Comenzaba a abrir la puerta cuando se rió entre dientes. «Puede que se hayan enterado de que cazas sin licencia. Vamos, te llevaré a mi casa».

«No, tú sigue, Frank, todo irá bien. Estaré bien, déjame salir».

«¡Ah, ya sabías que venían a verte! Espera un momento, toma tu escopeta». Bajó la ventanilla y le pasó el arma a Farrell. «Parece que nunca va a dejar de llover».

«Ya».

Todas las luces de la casa estaban encendidas y unas siluetas empañadas permanecían frente a la ventana mirando la lluvia. Farrell permaneció detrás del coche del sheriff apoyado sobre la aleta lisa y húmeda. La lluvia le caía sobre la cabeza y le bajaba por el cuello. Frank se alejó unos metros y luego se detuvo, mirando hacia atrás. Farrell estaba apoyado en la aleta, columpiándose levemente, la lluvia cercándole.

El agua salió a chorros del badén sobre sus pies, formando un remolino en la rejilla del desagüe de la esquina y precipitándose al centro de la tierra.

DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE AMOR

WHAT WE TALK ABOUT WHEN WE TALK ABOUT LOVE^[4] - 1981



BELVEDERE / GAZEBO

Por la mañana me echa Teacher's en la barriga y lo apura a lametones. Y esa misma tarde trata de tirarse por la ventana.

Yo digo:

—Holly, esto no puede seguir así. Esto tiene que acabar. Estamos sentados en el sofá de una de las suites de arriba. Había muchas habitaciones libres para elegir. Pero necesitábamos una suite, espacio donde poder movernos y poder charlar. Así que aquella mañana cerramos la oficina del motel y subimos a una suite.

Ella corrobora:

—Duane, esto me está matando.

Bebemos Teacher's con agua y hielo. Entre la mañana y la tarde hemos dormido un poco. Y luego se ha levantado de la cama y amenazado con tirarse por la ventana en ropa interior. He tenido que agarrarla. Sólo es el segundo piso. Pero aun así. —Estoy harta —confiesa—. No lo aguanto más. Se pone la mano en la mejilla y cierra los ojos. Mueve la cabeza de un lado para otro y emite como un zumbido.

Me siento morir viéndola en ese estado.

—¿Qué es lo que no aguantas? —pregunto, aunque naturalmente sé a lo que se refiere.

—No tengo por qué explicártelo otra vez con pelos y señales —responde—. He perdido el control. He perdido la dignidad. Antes era una mujer orgullosa de mí misma. Es una mujer atractiva de poco más de treinta años. Es alta y tiene el pelo negro y largo, y ojos verdes. La única mujer de ojos verdes que he conocido en toda mi vida. Antes, en otros tiempos, solía decirle cosas sobre sus

ojos verdes, y ella me decía que gracias a ellos tenía la certeza de que estaba destinada a algo especial. ¡Si lo sabría yo!

Me siento horriblemente mal entre unas cosas y las otras. Me llega el timbre del teléfono que suena en la oficina. Ha estado sonando a ratos durante todo el día. Lo oía incluso cuando estaba dormitando. Abría los ojos y miraba al techo y lo oía sonar y me asombraba de lo que nos estaba pasando. Pero quizás adonde debería mirar es al suelo.

—Tengo el corazón destrozado —declara—. Se me ha vuelto de piedra. No valgo nada. Eso es lo peor de todo, que ya no valgo nada.

—Holly —protesto.

Cuando al principio nos mudamos al motel y nos hicimos cargo de la gerencia, pensamos que habíamos salido del apuro. Alojamiento y servicios gratis, y trescientos al mes. Era bastante chollo.

Holly se encargaba de la contabilidad. Era buena con los números, y casi siempre era ella quien alquilaba las habitaciones. Le gustaba la gente, y a la gente le gustaba ella. Yo me cuidaba de los jardines, cortaba el césped y arrancaba las malas hierbas, mantenía limpia la piscina, hacía pequeñas reparaciones.

Todo fue bien el primer año. Yo tenía otro empleo nocturno, y salíamos adelante. Teníamos planes. Hasta que una mañana... No sé. Acababa de poner unos azulejos en el baño de una de las habitaciones cuando entró a limpiar la mexicana. Era Holly quien la había contratado. En realidad no puedo decir que me hubiera fijado antes en aquella poquita cosa, aunque sí es cierto que hablábamos cuando nos veíamos. Me llamaba —recuerdo—. Mister.

En fin, las cosas.

Así que a partir de aquella mañana empecé a fijarme en ella. Era una cosita menuda y pulcra con unos bonitos dientes blancos. Solía mirarle la boca. Empezó a tutearme.

Una mañana estaba yo colocando una arandela en un grifo de un baño cuando entró ella y puso la televisión como suelen hacer siempre las chicas de la limpieza. Mientras limpian, quiero decir. Dejé lo que estaba haciendo y salí del cuarto de baño. Al verme se sorprendió. Sonrió y pronunció mi nombre. Y al poco de pronunciarlo nos tumbamos en la cama.

—Holly, sigues siendo una mujer digna —le aseguro—. Sigues siendo de lo mejor. Venga, Holly... Ella sacude la cabeza.

—Algo ha muerto en mí —anuncia—. Le ha llevado tiempo, pero ha muerto. Has matado algo; es igual que si lo hubieras partido con un hacha. Ahora todo se ha ido al traste.

Se acaba la copa. Luego empieza a llorar. Intento abrazarla. Pero inútilmente. Echo hielo en las copas y me pongo a mirar por la ventana. Dos coches con matrícula de otro estado están aparcados frente a la recepción; los

conductores están junto a la puerta de la oficina, charlando. Uno de ellos acaba de decirle algo al otro, y mira hacia las habitaciones y se manosea la barbilla. También hay una mujer; tiene la cara pegada al cristal, hace pantalla sobre los ojos con la mano y mira al interior. Intenta abrir la puerta.

El teléfono de abajo empieza a sonar.

—Hasta cuando hacíamos el amor hace un rato estabas pensando en ella — me acusa Holly—. Me hace daño, Duane. Coge la copa que le alargo.

—Holly —empiezo.

—Es cierto, Duane —insiste ella—. No discutas conmigo.

Se pasea de un lado a otro de la habitación, en bragas y sostén, con el vaso en la mano.

Añade:

—Te has puesto al margen del matrimonio. Es la confianza lo que has matado. Me pongo de rodillas y empiezo a suplicar. Pero estoy pensando en Juanita. Es horrible. No sé lo que va a ser de mí, o de quien sea en este mundo.

Protesto:

—Holly, cariño. Te quiero.

Allá abajo alguien se apoya sobre el claxon, hace una pausa, vuelve a apoyarse.

Holly se seca los ojos. Me pide:

—Prepárame una copa. Esta está aguada. Deja que toquen sis jodidas bocinas. Me la sopla. Me largaré a Nevada.

—No te vayas a Nevada —suplicó. Estás diciendo tonterías.

—No digo tonterías. No es ninguna tontería irse a Nevada. Tú puedes quedarte aquí con tu chica de la limpieza. Yo me voy a Nevada. O eso, o me mato.

—¡Holly!

—¡Ni Holly ni nada!

Se sienta en el sofá y sube las rodillas hasta pegarlas a la barbilla.

—Ponme otro trago, hijo de perra —exige. Y sigue—: Que les den por el culo a esos bocineros. Que se vayan a hacer sus marranadas al otro motel. ¿No es allí donde ahora trabaja tu mujer de la limpieza? ¡Ponme otro trago, hijo de perra! Aprieta los labios Y me dedica esa mirada especial.

La bebida es algo extraño. Cuando miro hacia atrás y pienso en ello, veo que todas las decisiones importantes las hemos tomado mientras bebíamos. Hasta cuando hablábamos de la necesidad de beber menos: nos sentábamos en la mesa de la cocina o en la de picnic de afuera con un cartón de seis latas o una botella de whisky. Cuando pensábamos instalarnos aquí, estuvimos un par de noches bebiendo mientras sopesábamos los pros y los contras.

Sirvo lo que queda de Teacher's en los vasos y pongo cubitos de hielo y unos chorritos de agua.

Holly se levanta del sofá y se echa en la cama.

Pregunta:

—¿Lo has hecho con ella en esta cama?

No tengo nada que decir. Dentro de mí noto que no tengo palabras. Le alargo el vaso y me siento en la silla. Apuro mi copa y pienso que ya nunca será lo mismo.

—¿Duane?

—¿Holly?

Mi corazón late más despacio. Espero.

Holly era mi verdadero amor.

Lo de Juanita era cinco días a la semana, entre las diez y las once. Lo hacíamos en cualquiera de los cuartos que estuviera limpiando. Yo entraba donde ella estaba trabajando y cerraba la puerta a mi espalda. Pero la mayoría de las veces era en la 11. La 11 era nuestra habitación de la suerte. Eramos muy cariñosos el uno con el otro. Pero rápidos. Era estupendo. Creo que Holly quizá podría haberlo soportado. Creo que lo que tenía que haber hecho era intentarlo de verdad.

Yo, por mi parte, conservaba mi empleo nocturno. Hasta un mono era capaz de hacer ese trabajo. Pero las cosas comenzaron a empeorar vertiginosamente. Nos faltaban fuerzas para seguir, así de simple. Dejé de limpiar la piscina. Se llenó de un légamo verde y los clientes ya no pudieron usarla. Ya no arreglé más grifos ni puse más azulejos ni hice más retoques de pintura. Bien, la verdad es que estábamos empujando el codo a conciencia. Si bebes en serio, la bebida exige una gran cantidad de tiempo y de esfuerzo. Holly tampoco registraba a los huéspedes como es debido. O les cobraba demasiado o cobraba menos de la cuenta. A veces ponía a tres personas en un cuarto con una sola cama, y otras a una sola persona en donde la cama era enorme. Había quejas, cómo no, y a veces hasta hubo gritos. La gente liaba sus bártulos y se iba a otra parte. Y lo siguiente fue una carta de la dirección de la empresa. Y luego otra, certificada. Hay llamadas telefónicas. Alguien va a venir de la ciudad.

Pero hemos dejado de preocuparnos: las cosas están así. Sabíamos que nuestros días estaban contados. Habíamos echado a perder nuestras vidas y nos estábamos preparando para recibir la sacudida. Holly es una mujer inteligente. Fue la primera en saberlo. Entonces, aquel sábado por la mañana, nos despertamos después de pasarnos una noche dándole vueltas a la situación. Abrimos los ojos y nos volvimos para mirarnos el uno al otro. Los dos lo sabíamos, desde entonces. Habíamos llegado al final de algo, y la cuestión era encontrar. El modo de empezar otra vez. Nos levantamos y nos vestimos, tomamos café y decidimos discutirlo. Sin que nada nos interrumpiera. Ni el teléfono ni los clientes. Fue entonces cuando eché mano del Teacher's.

Cerramos con llave y nos subimos aquí, con hielo, vasos, botellas. Antes que nada vimos la televisión en color y retozamos un poco y dejamos que el teléfono sonara abajo. Para comer, fuimos a sacar de la máquina patatas fritas al queso.

Teníamos esa extraña sensación de que, ahora que nos dábamos cuenta de que ya había sucedido todo, podía suceder cualquier cosa.

—¿Y cuando éramos unos chiquillos, antes de casarnos? —pregunta Holly.
¿Cuando teníamos grandes planes y esperanzas? ¿Recuerdas?

Estaba sentada en la cama, abrazándose las rodillas y sosteniendo el vaso.

—Lo recuerdo, Holly.

—No fuiste el primero, ¿sabes? El primero fue Wyatt. Figúrate. Wyatt. Y tú te llamas Duane. Wyatt y Duane. Quién sabe lo que me estaba perdiendo durante aquellos años... Tú lo eras todo para mi, como en la canción.

Digo:

—Eres una mujer maravillosa, Holly. Sé que has tenido oportunidades.

—¡Pero no aproveché las de esta clase —se lamenta—. No era capaz de salirme del matrimonio.

—Holly, por favor —corto—. Basta ya, cariño. Dejemos de torturarnos. ¿Qué crees que podríamos hacer ahora?

—Escucha —dice—. ¿Recuerdas aquella vez que llegamos a una vieja granja, más allá de Yakima, pasado Terrace Heights, cuando recorríamos en coche los alrededores, y estuvimos en aquel pequeño camino de tierra y hacia calor y había mucho polvo? ¿Recuerdas que seguimos y que llegamos a aquella casa vieja y preguntaste si nos podían dar un poco de agua? ¿Nos imaginas a los dos haciéndolo ahora? ¿Ir a una casa a pedir un vaso de agua?

»Aquellos viejos estarán ya muertos. Uno al lado del otro, por allí, en algún cementerio. ¿Recuerdas que nos dijeron que pasáramos a tomar pastel? ¿Y que luego nos enseñaron los alrededores? ¿Y que había un belvedere allá atrás, andando un trecho? ¿No era allá atrás, bajo unos árboles? Tenía un pequeño techo puntiagudo y se le había ido la pintura y sobre los escalones crecía maleza. Y la mujer contó que años antes, quiero decir muchos años atrás, solían ir tipos a tocar allí el domingo, y que la gente se sentaba a escuchar la música. Yo pensé que también nosotros estaríamos así cuando nos hiciéramos viejos. Con dignidad. Y en un sitio fijo. Y que la gente vendría a nuestra puerta.

Así, de pronto, no sé qué decir. Luego se me ocurre:

—Holly, también recordaremos todo esto un día. Diremos: ¿te acuerdas del motel con toda aquella mierda en la piscina? —pregunto—. ¿Comprendes lo que digo, Holly? Pero Holly sigue sentada allí en la cama con el vaso. Veo que no, que no entiende.

Voy hasta la ventana y miro a través de la cortina. Alguien grita algo allá abajo y zarandea la puerta de la oficina. Me quedo donde estoy. Ruego para

que Holly haga algún gesto. Ruego para que se me manifieste. Oigo como arranca un coche. Luego otro. Proyectan los faros sobre el edificio y, uno después de otro, se retiran y se sumergen en el tráfico.

—Duane —dice Holly.

También en esto tenía razón ella.

MECÁNICA POPULAR

POPULAR MECHANICS



Aquel día, temprano, el tiempo cambió y la nieve se deshizo y se volvió agua sucia. Delgados regueros de nieve derretida caían de la pequeña ventana —una ventana abierta a la altura del hombro— que daba al traspatio. Por la calle pasaban coches salpicando. Estaba oscureciendo. Pero también oscurecía dentro de la casa.

Él estaba en el dormitorio metiendo ropas en una maleta cuando ella apareció en la puerta.

¡Estoy contenta de que te vayas! ¡Estoy contenta de que te vayas!, gritó. ¿Me oyes?

Él siguió metiendo sus cosas en la maleta.

¡Hijo de perra! ¡Estoy contentísima de que te vayas! Empezó a llorar. Ni siquiera te atreves a mirarme a la cara, ¿no es cierto?

Entonces ella vio la fotografía del niño encima de la cama, y la cogió.

Trae aquí eso, le ordenó él.

Coge tus cosas y lárgate, contestó ella.

Él no respondió. Cerró la maleta, se puso el abrigo, miró a su alrededor antes de apagar la luz. Luego pasó a la sala.

Ella estaba en el umbral de la cocina, con el niño en brazos.

Quiero el niño, dijo él.

¿Estás loco?

No, pero quiero al niño. Mandaré a alguien a recoger sus cosas.

A este niño no lo tocas, advirtió ella.

El niño se había puesto a llorar, y ella le retiró la manta que le abrigaba la cabeza.

Oh, oh, exclamó ella mirando al niño.

Él avanzó hacia ella.

¡Por el amor de Dios!, se lamentó ella. Retrocedió unos pasos hacia el interior de la cocina.

Quiero el niño.

¡Fuera de aquí!

Ella se volvió y trató de refugiarse con el niño en un rincón, detrás de la cocina. Pero él les alcanzó. Alargó las manos por encima de la cocina y agarró al niño con fuerza.

Suéltalo, dijo.

¡Apártate! ¡Apártate!, gritó ella.

El bebé, congestionado, gritaba. En la pelea tiraron una maceta que colgaba detrás de la cocina.

Él la aprisionó contra la pared, tratando de que soltara al niño. Siguió agarrando con fuerza al niño y empujó con todo su peso.

Suéltalo, repitió.

No, dijo ella. Le estás haciendo daño al niño.

No le estoy haciendo daño.

Por la ventana de la cocina no entraba luz alguna. En la oscuridad él trató de abrir los aferrados dedos ella con una mano, mientras con la otra agarraba al niño, que no paraba de chillar, por un brazo, cerca del hombro.

Ella sintió que sus dedos iban a abrirse. Sintió que el bebé se le iba de las manos.

¡No!, gritó al darse cuenta de que sus manos cedían.

Tenía que retener a su bebé. Trató de agarrarle el otro brazo. Logró asirlo por la muñeca y se echó hacia atrás.

Pero él no lo soltaba.

Él vio que el bebé se le escurría de las manos, y estiró con todas sus fuerzas.

Así, la cuestión quedó zanjada.

CATHEDRAL

CATHEDRAL ^[5] - 1983



PLUMAS / FEATHERS

Ese amigo mío del trabajo, Bud, nos había invitado a cenar a Fran y a mí. Yo no conocía a su mujer y él no conocía a Fran. Así que estábamos a la par. Pero Bud y yo éramos amigos. Y yo sabía que en casa de Bud había un niño pequeño. Aquel niño debía de tener ocho meses de edad cuando Bud nos invitó a cenar. ¿Qué ha sido de esos ocho meses? ¿Qué de prisa ha pasado el tiempo desde entonces! Recuerdo el día en que Bud fue al trabajo con una caja de puros. Los repartió en el comedor. Eran puros de importación. Masters holandeses. Pero llevaban una etiqueta roja y un envoltorio que decía: ¡ES UN NIÑO! Yo no fumo puros, pero cogí uno de todos modos.

—Coge un par de ellos —dijo Bud, sacudiendo la caja—. A mí tampoco me gustan los puros. Es idea de ella.

Se refería a su mujer. Olla.

Yo no conocía a la mujer de Bud, pero una vez oí su voz por teléfono. Era un sábado por la tarde, y no me apetecía hacer nada. Así que llamé a Bud para ver si él quería hacer algo. La mujer cogió el teléfono.

—¿Dígame?

Me desconcerté y no pude recordar su nombre. La mujer de Bud. Bud me lo había dicho una buena cantidad de veces. Pero me entraba por una oreja y me salía por otra.

—¿Dígame! —repitió la mujer. Oí un aparato de televisión. Luego, la mujer añadió

—¿Quién es? Oí llorar a un niño.

—¡Bud! —gritó la mujer.

—¿Qué? —oí contestar a Bud.

Seguía sin acordarme de cómo se llamaba. Así que colgué. Cuando volví a

ver a Bud en el trabajo no le dije que había llamado, claro está. Pero insistí y logré que mencionara el nombre de su mujer.

—Olla —dijo.

Olla, repetí para mí. Olla.

—Nada especial —dijo Bud. Estábamos en el comedor, tomando café—. Sólo nosotros cuatro. Tu parienta y tú, y Olla y yo. Sin cumplidos. Venid sobre las siete. Olla da de comer al niño a las seis. Después le acuesta, y luego cenamos. Nuestra casa no es difícil de encontrar. Pero ahí tienes un mapa.

Me dio una hoja de papel con trazos de todas clases que indicaban carreteras principales y secundarias, senderos y cosas así, con flechas que apuntaban a los cuatro puntos cardinales. Una amplia X marcaba el emplazamiento de su casa.

—Lo esperamos con impaciencia —le dije.

Pero Fran no estaba muy emocionada.

Por la noche, mientras veíamos la televisión, le pregunté si deberíamos llevar algo a casa de Bud.

—¿Como qué? —me contestó—. ¿Te ha dicho él que llevemos algo? ¿Cómo voy a saberlo? No tengo ni idea.

Se encogió de hombros y me lanzó una mirada torva. Ya me había oído antes hablar de Bud. Pero no le conocía y no tenía interés en conocerle.

—Podríamos llevar una botella de vino —añadió—. Pero a mí me da igual. ¿Por qué no llevas vino? Meneó la cabeza. Sus largos cabellos se balanceaban hacia adelante y hacia atrás por encima de sus hombros. «¿Por qué necesitamos a más gente?», parecía decir. Nos tenemos el uno al otro.

—Ven aquí —le dije.

Se acercó un poco más para que pudiera abrazarla. Fran es como un gran vaso de agua. Con ese pelo rubio que le cae por la espalda. Cogí parte de su cabello y lo olí. Hundí la cara en él y la abracé más fuerte.

A veces, cuando el pelo le cae por delante, tiene que recogerlo y echárselo por encima del hombro. Eso la pone furiosa.

—Este pelo —dice— no me da más que molestias. Fran está empleada en una lechería, y en el trabajo tiene que llevar el pelo recogido. Ha de lavárselo todas las noches, y se lo cepilla cuando estamos sentados delante de la televisión. De vez en cuando amenaza con cortárselo. Pero no creo que lo haga. Sabe que me gusta mucho. Que me vuelve loco. Le digo que me enamoré de ella por su pelo. Que, si se lo cortara, posiblemente dejaría de quererla. A veces la llamo «Sueca». Podría pasar por sueca. En los momentos que pasábamos juntos por las noches, cuando se cepillaba el pelo, decíamos en voz alta las cosas que nos gustaría tener. Anhelábamos un coche nuevo; ésa es una de las cosas que deseábamos. Y nos apetecía pasar un par de semanas en Canadá. Pero niños no queríamos. No teníamos niños por la sencilla razón de

que no queríamos tenerlos. A lo mejor alguna vez, nos decíamos. Pero por entonces lo dejábamos para más adelante. Pensábamos que podíamos seguir; esperando. Algunas noches íbamos al cine. Otras, simplemente nos quedábamos en casa y veíamos la televisión. En ocasiones Fran me hacía algo al horno y nos lo comíamos todo de una sentada, fuera lo que fuese.

—A lo mejor no beben vino —sugerí.

—Llévalo de todos modos —repuso Fran—. Si no lo quieren, nos lo beberemos nosotros.

—¿Blanco o tinto? —pregunté.

—Llevaremos algo dulce —contestó, sin prestarme atención alguna—. Pero si nos presentamos sin nada, me da igual. Esto es cosa tuya. No le demos muchas vueltas; de lo contrario se me quitarán las ganas de ir. Puedo hacer una tarta de frambuesas. O unas pastas.

—Tendrán postre —observé—. No se invita a cenar a nadie sin preparar un postre.

—A lo mejor tienen arroz con leche. ¡O «Jell-O»! Algo que no nos gusta. No sé nada de la mujer. ¿Cómo nos enteraríamos de lo que nos va a dar? ¿Y si nos pone «Jell- O»? —dijo, meneando la cabeza. Me encogí de hombros. Pero ella tenía razón, y añadió—: Esos puros viejos que te regaló. Llévalos. Así tú y él podréis iros al salón después de cenar para fumar y beber vino de oporto, o lo que sea que bebe esa gente de las películas.

—De acuerdo, nos presentaremos sin nada.

—Haré una hogaza de pan y la llevaremos.

Bud y Olla vivían a unos treinta kilómetros de la ciudad. Hacía tres años que vivíamos allí, pero Fran y yo no habíamos dado ni una puñetera vuelta por el campo. Daba gusto conducir por aquellas carreteras pequeñas y sinuosas. La tarde estaba empezando, hacía bueno y veíamos campos verdes, cercas, vacas lecheras que avanzaban despacio hacia viejos establos. También mirlos de alas encarnadas posados en las cercas, y palomas dando vueltas alrededor de los heniles. Había huertas y esas cosas, flores silvestres y casitas apartadas de la carretera.

—Ojalá tuviéramos una casa por aquí —dije. Sólo era una idea vana, otro deseo que no iría a parte alguna. Fran no contestó. Estaba ocupada mirando el mapa de Bud. Llegamos a la encrucijada de cuatro caminos que había señalado. Giramos a la derecha, como decía el mapa, y recorrimos exactamente cuatro kilómetros y ochocientos cincuenta metros. Al lado izquierdo de la carretera, vi un sembrado de maíz, un buzón de correos y un largo camino de grava. Al final del camino, rodeada por algunos árboles, se erguía una casa con porche. Tenía chimenea. Pero era verano, de modo que no salía humo, claro está. Sin embargo, me pareció un bonito panorama, y así se lo

dije a Fran.

—Parece un campamento de vagabundos —repuso ella. Torcí y entré en el camino. A ambos lados crecía maíz. Era más alto que el coche. Oí reclinar la grava bajo las ruedas. Al acercarnos a la casa, vi un huerto con cosas verdes del tamaño de pelotas de béisbol que colgaban de un emparrado. —¿Qué es eso? —pregunté.

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo Fran—. Calabazas, tal vez. No tengo ni idea.

—Oye, Fran, tómatelo con calma.

No contestó. Se mordió el labio. Al llegar a la casa apagó la radio. En el jardín había una cuna y en el porche unos juguetes desperdigados. Paré delante de la casa y apagué el motor. Entonces fue cuando oímos aquel horrible berrido. Había una criatura en la casa, desde luego, pero el grito era demasiado fuerte para ser de niño.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Fran.

Entonces, algo tan grande como un buitre bajó de un árbol dando fuertes aletazos y aterrizó justo delante de nosotros. Se agitó. Torció su largo cuello hacia el coche, alzó la cabeza y nos miró.

—¡Cristo! —exclamé.

Me quedé inmóvil, con las manos en el volante y mirando aquella cosa.

—Es increíble —dijo Fran—. Nunca había visto uno de verdad. Ambos sabíamos que era un pavo real, claro, pero no pronunciamos la palabra en voz alta. Sólo lo miramos. El pájaro echó la cabeza hacia arriba y lanzó de nuevo su áspero bramido. Había ahuecado las alas y parecía tener el doble de tamaño que cuando aterrizó.

—¡Cristo! —repetí.

Nos quedamos donde estábamos, en el asiento delantero.

El pájaro avanzó un poco hacia adelante. Luego volvió la cabeza a un lado y se puso en tensión. No nos quitaba de encima los ojos, brillantes y frenéticos. Tenía la cola levantada, y era como un abanico enorme abriéndose y cerrándose. En aquella cola relucían todos los colores del arco iris.

—¡Dios mío! —dijo Fran en voz baja, poniéndome la mano en la rodilla.

—¡Cristo! —volví a exclamar.

No se podía decir otra cosa.

El pájaro lanzó de nuevo aquel grito extraño y quejumbroso «¡Mii oo, mii oo!, decía. Si hubiese oído algo así en plena noche por primera vez, habría pensado que procedía de una persona agonizante o de un animal salvaje y peligroso. Se abrió la puerta y Bud apareció en el porche. Se estaba abrochando la camisa. Tenía el pelo mojado. Parecía como si acabara de salir de la ducha.

—¡Cierra el pico, Joey! —ordenó al pavo real.

Dio unas palmadas y el pájaro retrocedió un poco.

—Basta ya. ¡Ya está bien, cállate! ¡Calla, fiera! Bud bajó los escalones.

Mientras venía hacia el coche se remeti6 la camisa. Llevaba lo mismo que en el trabajo: pantalones vaqueros y una camisa de algod6n. Yo me haba puesto pantalones de vestir y una camisa de manga corta. Los mocasines buenos. Cuando vi lo que llevaba Bud, me sent6 inc6modo tan trajeado.

—Me alegro de que lo hay6is encontrado —dijo Bud al llegar al coche—. Entrad.

—Hola, Bud —le salud6.

Fran y yo bajamos del coche. El pavo real se mantuvo apartado, moviendo de un lado para otro la innoble cabeza. Tuvimos cuidado de guardar cierta distancia entre 6l y nosotros.

—¿Alguna dificultad en encontrar el sitio? —me pregunt6 Bud. Ni haba mirado a Fran. Esperaba que se la presentase.

—Las indicaciones eran buenas —contest6—. Oye, Bud, 6sta es Fran. Fran, Bud. Te conoce de o6das, Bud.

Se ech6 a re6r y se dieron la mano. Fran era m6s alta que Bud. Bud tuvo que levantar la vista.

—El habla de ti —dijo Fran, retirando la mano—. Bud por aqu6 Bud por all6. Casi eres la 6nica persona de por aqu6 de la que habla. Es como si ya te conociera.

No perd6a de vista al pavo real, que se haba acercado al porche.

—Es que es amigo m6o —repuso Bud—. Tiene que hablar de m6.

Entonces sonri6 y me dio un suave pu6etazo en el brazo.

Fran segu6a sosteniendo su hogaza de pan. No sab6a qu6 hacer con ella. Se la dio a Bud.

—Os hemos tra6do algo.

Bud cogi6 la hogaza. Le dio la vuelta y la mir6 como si fuese la primera que hubiera visto en la vida.

—Es muy amable de vuestra parte.

Se llev6 la hogaza a la cara y la oli6.

—La ha hecho Fran —expliqu6 a Bud.

Bud asinti6 con la cabeza.

—Vamos dentro; os presentar6 a la esposa y madre.

Se refer6a a Olla, desde luego. Olla era la 6nica madre de la casa. Bud me haba contado que su madre haba muerto y que su padre se haba largado cuando 6l era peque6o.

De una carrera, el pavo real se plant6 delante de nosotros, saltando al porche cuando Bud abri6 la puerta. Trataba de entrar en la casa.

—¡Ah! —exclam6 Fran mientras el pavo real se apretaba contra su pierna.

—¡Joey, maldita sea! —le reprendi6 Bud, d6ndole un golpe en la cocorota. El p6jaro retrocedi6 por el porche y se estremeci6. Las plumas de la cola resonaron al agitarse. Bud hizo como si fuera a darle una patada, y el pavo real

retrocedió un poco más. Luego, Bud sostuvo la puerta para que entráramos.

—Ella deja entrar en la casa al puñetero bicho. Dentro de poco el condenado éste querrá comer en la mesa y dormir en la cama.

Fran se detuvo nada más pasar el umbral. Se volvió y miró el maizal.

—Tenéis una casa muy bonita —dijo. Bud seguía sujetando la puerta—. ¿Verdad, Jack? —Ya lo creo.

Me sorprendió oírle decir eso.

—Un sitio como éste no resulta todo lo enloquecedor que pueda parecer —dijo Bud sin soltar la puerta. Hizo un movimiento amenazador hacia el pavo real—. Te ayuda a ir tirando. Nunca hay un momento de aburrimiento. Pasad dentro, amigos.

—Oye, Bud —le dije—, ¿qué es lo que crece allí?

—Son tomates —contestó.

—Vaya granjero que me he echado —comentó Fran, meneando la cabeza.

Bud se echó a reír. Entramos. Una mujercita regordeta con el pelo recogido en un moño nos aguardaba en el cuarto de estar. Tenía las manos cogidas debajo del delantal. Y las mejillas de un color subido. Al principio pensé que estaría sofocada, o enfadada por algo. Me echó una mirada y se fijó en Fran. No de manera hostil, sólo mirándola. Con la vista en Fran, siguió ruborizándose.

—Olla, ésta es Fran. Y éste es mi amigo Jack. Lo sabes todo de Jack. Amigos, ésta es Olla —dijo Bud.

Le dio el pan a Olla.

—¿Qué es esto? —dijo la mujer—. ¡Ah, es pan casero! Pues gracias. Sentaos en cualquier sitio. Poneos cómodos. Bud, ¿por qué no les preguntas qué quieren beber? Tengo algo en el fogón.

Dejó de hablar y se retiró a la cocina con el pan.

—Tomad asiento —dijo Bud. Fran y yo nos dejamos caer pesadamente en el sofá. Saqué los cigarrillos. El cogió un objeto pesado de encima del televisor.

—Utiliza esto —dijo, poniéndolo delante de mí, en la mesita. Era uno de esos ceniceros de cristal moldeados en forma de cisne. Encendí y dejé caer la cerilla por la abertura de la parte posterior del cisne. Vi cómo salía del cisne un hilillo de humo.

El televisor en color estaba funcionando, así que lo miramos durante unos momentos. En la pantalla, unos coches preparados corrían a toda velocidad por una pista. El comentarista hablaba con voz solemne. Pero parecía estar conteniendo su emoción.

—Aún estamos a la espera de la confirmación oficial —decía el locutor.

—¿Queréis ver esto? —preguntó Bud, que seguía de pie.

Yo dije que me daba igual. Y era verdad. Fran se encogió de hombros. «¿Qué más me da?», pareció decir. De todos modos, el día estaba echado a perder.

—Sólo quedan unas veinte vueltas —anunció Bud—. Ya falta poco. Antes se ha formado una buena carambola. Media docena de coches destrozados. Algunos pilotos han resultado heridos. Todavía no han dicho si muy graves.

—Déjalo puesto —dije—. Vamos a verlo.

—A lo mejor, uno de esos condenados coches explota delante de nosotros —observó Fran—. O si no, puede que alguno se precipite contra la tribuna y mate al chico que vende esas raquílicas salchichas.

Se pasó los dedos por un mechón de pelo y mantuvo la vista fija en el televisor.

Bud miró a Fran para ver si estaba bromeando.

—Lo otro, el choque múltiple, fue digno de verse. Cada accidente provocaba otro.

Gente, coches, piezas por todos lados. Bueno, ¿qué queréis que os traiga? Tenemos cerveza, y hay una botella de Old Crow.

—¿Qué bebes tú? —pregunté a Bud.

—Cerveza. Es buena y está fría.

—Tomaré cerveza —dije.

—Yo tomaré de ese Old Crow con un poco de agua —dijo Fran—. En un vaso alto, por favor. Con un poco de hielo. Gracias, Bud.

—Eso es cosa hecha —dijo Bud.

Echó otra mirada al televisor y se marchó a la cocina.

Fran me dio con el codo y movió la cabeza en dirección al televisor.

—Mira ahí encima —susurró—. ¿Ves lo que yo?

Miré adonde ella decía. En un estrecho florero rojo alguien había apretujado unas cuantas margaritas. Junto al florero, sobre el tapete, estaba expuesta una de las dentaduras más melladas y retorcidas del mundo. Aquella cosa horrible no tenía labios ni mandíbulas tampoco, eran sólo los viejos dientes de yeso metidos en algo semejante a gruesas encías de color amarillo. Justamente entonces Olla volvió con una lata de frutos secos y una botella de cerveza sin alcohol. Ya se había quitado el delantal. Puso la lata en la mesita, junto al cisne.

—Servios —dijo—. Bud os está preparando las copas. Volvió a ruborizarse. Se sentó en una vieja mecedora de mimbre y la puso en movimiento. Bebió de su cerveza sin alcohol y miró la televisión. Bud volvió trayendo una bandejita de madera con el vaso de whisky con agua para Fran y con mi botella de cerveza. En la bandeja traía otra botella de cerveza para él.

—¿Quieres vaso? —me preguntó.

Meneé la cabeza. Me dio una palmadita en la rodilla y se volvió hacia Fran.

—Gracias —dijo ella, cogiendo el vaso.

Su mirada se dirigió de nuevo a la dentadura. Bud se dio cuenta de adonde miraba.

Los coches chirriaban por la pista. Cogí la cerveza y presté atención a la pantalla. La dentadura no era asunto mío.

—Así es como Olla tenía los dientes antes de ponerse el aparato de corrección —explicó Bud a Fran—. Yo estoy acostumbrado a ellos. Pero supongo que parecen una cosa rara ahí encima. La verdad es que no sé por qué los guarda. Miró a Olla. Luego a mí, haciéndome un guiño. Se sentó en su butaca y cruzó las piernas. Bebió cerveza y fijó la vista en Olla. Olla volvió a ponerse encarnada. Tenía en la mano la botella de cerveza sin alcohol. Bebió un trago.

—Me recuerdan lo mucho que le debo a Bud —dijo.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Fran. Estaba picando de la lata de frutos secos, comiendo anacardos. Dejó lo que estaba haciendo y miró a Olla—. Disculpa, pero no me he enterado.

Fran miró fijamente a la mujer y aguardó su respuesta. Olla se ruborizó de nuevo.

—Tengo muchas cosas por las que estar agradecida —dijo—. Esa es una por la que tengo que darle las gracias. Tengo los dientes a la vista para recordar lo mucho que le debo a Bud. —Bebió otro trago. Luego apartó la botella y añadió—: Tienes los dientes bonitos, Fran. Me di cuenta en seguida. Pero a mí me salieron torcidos de pequeña. —Se dio unos golpéenos con a uña en un par de dientes delanteros—. Mis padres no podían permitirse el lujo de arreglármelos. Me salían cada cual por su lado. A mi primer marido le traía sin cuidado el aspecto que yo tuviera. ¡A él qué iba a importarle! Lo único que le importaba era de dónde iba a sacar la próxima copa. Sólo tenía un amigo en el mundo, y era la botella. —Meneó la cabeza—. Luego apareció Bud y me sacó de aquel lío. Cuando estuvimos juntos, lo primero que dijo Bud fue: «Vamos a ir a que te arreglen los dientes.» Ese molde me lo hicieron justo después de que Bud y yo nos conociéramos, en mi segunda visita al ortodoncista. Antes de que me pusieran el aparato.

El rostro de Olla seguía colorado. Se puso a mirar a la imagen de la pantalla. Bebió cerveza de la suya y no parecía tener más que decir.

—Ese ortodoncista debía ser un mago —comentó Fran, echando otra mirada a la dentadura terrorífica, encima de la televisión.

—Era estupendo —repuso Olla. Se volvió en la mecedora y añadió—: ¿Veis? Abrió la boca y nos mostró los dientes de nuevo, esta vez sin timidez alguna. Bud se dirigió a la televisión y cogió la dentadura. Se acercó a Olla y le puso el molde junto a la mejilla.

—Antes y después —dijo.

Olla alzó la mano y le quitó el molde a Bud.

—¿Sabéis una cosa? El ortodoncista quería quedarse con esto. —Mientras hablaba, lo tenía en el regazo—. Le dije que de eso, nada. Le hice ver que eran

mis dientes. Así que, en cambio, le sacó unas fotografías al molde. Me dijo que las iba a sacar en una revista.

—Imaginaos qué clase de revista sería. No creo que haya mucha demanda para esa clase de publicación —dijo Bud, y todos reímos.

—Cuando me quitaron el aparato, seguí llevándome la mano a la boca cuando me reía. Así —dijo—. Todavía lo hago a veces. La costumbre. Un día dijo Bud: «Ya puedes dejar de hacer eso, Olla. No tienes por qué taparte unos dientes tan bonitos. Ahora tienes una dentadura preciosa.» Olla miró a Bud. Bud le guiñó un ojo. Ella sonrió y bajó la vista.

Fran dio un sorbo a su copa. Tomé un poco de cerveza. Yo no sabía qué decir sobre todo aquello. Y Fran tampoco. Pero estaba seguro de que después haría muchos comentarios al respecto.

—Olla —dije—, yo llamé una vez aquí. Tú contestaste al teléfono. Pero colgué. No sé por qué lo hice.

Le di un sorbo a la cerveza. No sabía por qué había sacado el asunto a relucir.

—No me acuerdo —repuso Olla—. ¿Cuándo fue?

—Hace tiempo.

—No lo recuerdo —repitió, meneando la cabeza.

Pasó los dedos por la dentadura de yeso que tenía en el regazo. Miró la carrera y siguió meciéndose.

Fran me miró. Se mordió el labio. Pero no dijo nada.

—Bueno —dijo Bud—, ¿qué contáis?

—Tomad más frutos secos —nos recomendó Olla—. La cena estará lista dentro de poco.

Se oyó un grito en una habitación al fondo de la casa.

—Ya empieza —dijo Olla a Bud, haciendo una mueca.

—Es el pequeño —explicó Bud.

Se reclinó en la butaca y vimos el resto de la carrera, tres o cuatro vueltas, sin sonido.

Una o dos veces volvimos a oír al niño, grititos inquietos que venían de la habitación del fondo.

—No sé —dijo Olla. Se levantó de la mecedora—. Casi está todo listo para que nos sentemos a la mesa. Sólo tengo que terminar de hacer la salsa. Pero antes será mejor que le eche una mirada. ¿Por qué no vais a sentaros a la mesa? Sólo tardaré un momento.

—Me gustaría ver al niño —dijo Fran. Olla seguía con los dientes en la mano. Se acercó al televisor y volvió a ponerlos encima.

—Ahora se podría poner nervioso. No está acostumbrado a los extraños. Espera a ver si puedo dormirle otra vez. Luego podrás verle. Mientras esté dormido. Después se alejó por el pasillo hacia una habitación, y abrió la puerta.

Entró en silencio y cerró la puerta. El niño dejó de llorar.

Bud apagó el televisor y fuimos a sentarnos a la mesa. Bud y yo hablábamos de cosas del trabajo. Fran escuchaba. De vez en cuando incluso hacía alguna pregunta. Pero yo sabía que estaba aburrida, y quizá un poco molesta con Olla por no permitirle que viera al niño. Echó una mirada por la cocina de Olla. Se retorció un mechón de pelo entre los dedos y pasó revista a las cosas de Olla. Olla volvió a la cocina.

—Le he cambiado y le he dado su pato de goma. Es posible que ahora nos deje comer. Pero no me hago ilusiones. Levantó una tapadera y apartó una cazuela del fogón. Echó una salsa roja en un tazón, y lo puso en la mesa. Levantó las tapaderas de otras cazuelas y miró a ver si todo estaba listo. En la mesa había jamón asado, boniatos, puré de patatas, habas, mazorcas de maíz, ensalada de lechuga. La hogaza de pan de Fran estaba en un lugar destacado, junto al jamón.

—He olvidado las servilletas —dijo Olla—. Empezad vosotros. ¿Qué queréis beber? Bud bebe leche en todas las comidas.

—Leche está muy bien —dije.

—Agua para mí —dijo Fran—. Pero puedo ponérmela yo. No quiero que me sirvas.

Ya tienes bastante que hacer.

Hizo ademán de levantarse de la silla.

—Por favor —dijo Olla—. Eres la invitada. Quédate quieta. Deja que te la traiga.

Se estaba ruborizando de nuevo.

Nos quedamos sentados con las manos en el regazo, esperando. Pensé en la dentadura de yeso. Olla volvió con servilletas, grandes vasos de leche para Bud y para mí y otro de agua con hielo para Fran.

—Gracias —dijo Fran.

—De nada —repuso Olla.

Luego se sentó. Bud carraspeó. Incluyó la cabeza y dijo algunas palabras para bendecir la mesa. Hablaba en voz tan baja que apenas distinguí lo que decía. Pero comprendí su sentido; le daba gracias al Altísimo por los alimentos que íbamos a consumir.

—Amén —dijo Olla cuando él terminó.

Bud me pasó la bandeja del jamón y se sirvió puré de patatas. Entonces empezamos a comer. No hablamos mucho, salvo en alguna ocasión en que Bud o yo dijimos: «El jamón está muy bueno.» O: «Ese maíz dulce es el mejor que he comido en la vida.»

—Lo que es extraordinario es el pan —dijo Olla.

—Tomaré un poco más de ensalada, por favor, Olla —dijo Fran, tal vez

ablandándose un poco.

—Coge más de esto —decía Bud, pasándome la bandeja del jamón o el tazón de la salsa roja.

De cuando en cuando oíamos los ruidos que hacía el niño. Olla volvía la cabeza para escuchar; luego, satisfecha de que fuese una agitación sin importancia, prestaba de nuevo atención a la comida.

—El niño está de mal humor esta noche —le dijo Olla a Bud.

—De todos modos, me gustaría verle —insistió Fran—. Mi hermana tiene una niña.

Pero viven en Denver. ¿Cuándo podré ir a Denver? Tengo una sobrina que no conozco.

Fran pensó en ello durante un momento y luego continuó comiendo.

Olla se llevó a la boca el tenedor con un poco de jamón.

—Esperemos que se duerma —dijo.

—Queda mucho de todo —dijo Bud—. Comed todos un poco más de jamón y de boniatos.

—Yo no puedo comer ni un bocado más —dijo Fran. Dejó el tenedor en el plato.

Está estupendo, pero estoy llena.

—Tendrás que hacer sitio —le aconsejó Bud—. Olla ha hecho tarta de ruibarbo.

—Creo que comeré un poco —repuso Fran—. Cuando los demás hayáis terminado.

—Yo también —dije; pero sólo por cortesía. Odiaba la tarta de ruibarbo desde que a los trece años cogí una indigestión comiéndola con helado de fresa. Terminamos lo que nos quedaba en los platos. Entonces volvimos a oír al condenado pavo real. Esta vez el bicho estaba en el tejado. Hacía un ruido sordo al andar de un lado para otro por las tejas.

—Joey se quedará frito en seguida —anunció Bud, meneando la cabeza—. Se cansará y se irá a acostar dentro de un momento. Duerme en uno de esos árboles. El pájaro lanzó su grito una vez más. «¡Mii OO!», decía. Nadie dijo nada. ¿Qué había que decir?

—Quiere entrar, Bud —dijo Olla al cabo de poco.

—Pues no puede —contestó Bud—. Tenemos invitados, por si no te has dado cuenta. Estas personas no quieren tener a un puñetero pajarraco en la casa. ¡Ese pájaro asqueroso y tu dentadura vieja! ¿Qué va a pensar la gente? Meneó la cabeza. Se rió. Todos reímos. Fran rió con todos nosotros.

—No es asqueroso, Bud —protestó Olla—. ¿Qué te pasa? A ti te gusta Joey. ¿Desde cuándo has empezado a llamarle así?

—Desde la vez que se cagó en la alfombra —dijo Bud y, dirigiéndose a Fran, añadió—: Perdona el lenguaje. Pero te aseguro que a veces me dan ganas

de retorcerle el pescuezo a ese pajarraco. Ni siquiera vale la pena matarlo, ¿verdad, Olla? A veces me saca de la cama en plena noche con ese grito suyo. No vale un pimiento, ¿eh, Olla? Olla meneó la cabeza ante las tonterías de Bud. Removió unas cuantas habas por el plato.

—¿Cómo es que tenéis un pavo real? —quiso saber Fran.

—Siempre había soñado tener uno —contestó Olla, levantando la vista del plato—. Desde que era niña y vi la fotografía de uno en una revista. Pensé que era la criatura más hermosa que había visto nunca. Recorté la fotografía y la puse encima de la cama. Conservé la fotografía muchísimo tiempo. Luego, cuando Bud y yo vinimos a esta casa, vi mi oportunidad. Le dije: «Bud, quiero un pavo real.» Bud se rió de la idea.

—Finalmente, pregunté por aquí —siguió Bud—. Oí hablar de un viejo que los criaba en el condado vecino. Aves del paraíso, los llamaba. Pagamos cien machacantes por esa ave del paraíso. —Se dio una palmada en la frente—. ¡Dios Todopoderoso, me he echado una mujer con gustos caros! Sonrió a Olla.

—Sabes que eso no es cierto, Bud —dijo Olla que, dirigiéndose a Fran, añadió—: Aparte de todo, Joey es un buen guardián. Con Joey no necesitamos perro. Lo oye casi todo.

—Si los tiempos se ponen difíciles, como suele pasar, meteré a Joey en la cazuela —advirtió Bud—. Con plumas y todo.

—¡Bud! Eso no tiene gracia —dijo Olla. Pero se rió y todos echamos otra buena mirada a su dentadura.

El niño empezó a llorar de nuevo. Esta vez iba en serio. Olla dejó la servilleta y se levantó de la mesa.

—Si no es una cosa es otra —dijo Bud—. Tráelo aquí, Olla.

—Ya voy —dijo Olla, yendo por el niño.

El pavo real gimió otra vez, y sentí que se me erizaba el pelo en la nuca. Miré a Fran. Cogió la servilleta y luego la dejó. Miré por la ventana de la cocina. Afuera había oscurecido. La ventana estaba levantada y en el marco había una alambrada. Creí oír al pájaro en el porche de la entrada. Fran torció la cabeza para mirar al pasillo. Aguardaba a Olla y al niño. Al cabo del rato, Olla volvió con él. Le miré y contuve el aliento. Olla se sentó a la mesa con el niño. Lo sujetó por debajo de los sobacos para que pudiera sostenerse con los pies sobre su regazo y nos mirase. Olla miró a Fran y luego a mí. Esta vez no se ruborizó. Esperaba que uno de nosotros hiciera algún comentario.

—¡Ah! —exclamó Fran.

—¿Qué ocurre? —preguntó rápidamente Olla.

—Nada. Creí haber visto algo en la ventana. Pensé que era un murciélago.

—No hay murciélagos por aquí —aseguró Olla.

—Quizá fuese una mariposa nocturna —dijo Fran—. Era algo raro. ¡Vaya,

menudo niño! Bud estaba mirando al niño. Luego miró a Fran. Echó la silla sobre las patas de atrás y asintió con la cabeza. —Está bien —dijo, volviendo a asentir—, no te preocupes. Sabemos que ahora mismo no ganaría ningún concurso de belleza. No es ningún Clark Gable. Pero dale tiempo. Con un poco de suerte, ya sabes, crecerá y se parecerá a su padre. El niño estaba de pie en el regazo de Olla mirando en torno a la mesa, observándonos. Olla había bajado las manos hasta ponerlas en la cintura del niño para que éste pudiera mecerse hacia atrás y hacia adelante con sus gordas piernas. Sin excepción, era el niño más feo que había visto nunca. Era tan feo que no pude decir nada. Las palabras no me salían de los labios. No es que estuviese enfermo ni desfigurado. Nada de eso. Simplemente era feo. Tenía una cara grande y roja, ojos saltones, frente amplia y labios grandes y gruesos. Carecía de cuello propiamente dicho, y tenía tres o cuatro papadas bien llenas. Le formaban pliegues justo debajo de las orejas, que le brotaban de la cabeza calva. Carne grasienta le colgaba sobre las muñecas. Sus brazos y dedos eran gruesos. Llamarle feo era decir mucho en su favor. El niño feo hizo ruidos y saltó una y otra vez sobre el regazo de su madre. Luego dejó de brincar. Se inclinó hacia adelante y trató de meter su gruesa mano en el plato de Olla.

Yo he visto niños. Mientras yo iba creciendo, mis dos hermanas tuvieron un total de seis hijos. Me crié entre niños. Los he visto a montones y de todas clases. Pero aquél lo superaba todo. Fran también le miraba fijamente. Supongo que tampoco sabía qué decir. —Es un tío fuerte, ¿no? —dije.

—Por Dios que no tardará mucho en dedicarse al fútbol. Y con toda seguridad que no le faltará la comida en esta casa.

Como para corroborarlo, Olla pinchó con el tenedor un trozo de boniato y lo llevó a la boca del niño.

—Tú eres mi niño, ¿verdad que sí? —le dijo a la criatura gorda, ignorándonos. El niño se inclinó hacia adelante y abrió la boca para engullir el boniato. Alargó la mano hacia el tenedor que Olla le daba y luego apretó los puños. Masticó y se balanceó un poco más sobre el regazo de la madre. Tenía los ojos tan saltones que parecía conectado a algún enchufe.

—Es un niño estupendo, Olla —dijo Fran.

El niño torció el gesto. Empezó a agitarse otra vez.

—Deja entrar a Joey —dijo Olla a Bud.

Bud dejó que las patas de su silla tocaran el suelo.

—Creo que al menos deberíamos preguntar a esta gente si les importa —dijo.

—Somos amigos —repuse—. Haced lo que queráis.

—A lo mejor no les gusta tener en casa a un viejo pajarraco como Joey. ¿Se te ha ocurrido pensar en eso, Olla?

—¿Os importa a vosotros? —nos preguntó Olla—. ¿Os importa que entre

Joey?

Esta noche las cosas no van bien con el pájaro. Con el niño tampoco, me parece. Está acostumbrado a que Joey esté dentro y a jugar un poco con él antes de irse a la cama.

Ninguno de los dos está tranquilo esta noche.

—A nosotros no nos preguntes —dijo Fran—. A mí no me importa que pase. Nunca he tenido uno cerca, hasta hoy. Pero no me importa. Me miró. Supongo que quería que yo dijese algo.

—No, por Dios —dije—. Que entre.

Cogí mi vaso y terminé la leche.

Bud se levantó de la silla. Fue a la puerta y la abrió. Encendió las luces del jardín.

—¿Cómo se llama vuestro niño? —preguntó Fran.

—Harold —contestó Olla. Le dio al niño más boniato de su plato—. Es muy inteligente. Listo como el hambre. Siempre entiende lo que le dices. ¿Verdad, Harold? Espera a tener un niño, Fran. Ya verás. Fran sólo la miró. Oí que la puerta de entrada se abría y luego se cerraba.

—Ya lo creo que es listo —dijo Bud al volver a la cocina—. Ha salido al padre de Olla. Ese sí que era un viejo listo.

Miré detrás de Bud y vi que el pavo real se había quedado en el cuarto de estar, sacudiendo la cabeza de un lado para otro, como cuando se mueve un espejo de mano. Se sacudió, y el ruido fue como un mazo de cartas barajándose. Avanzó un paso. Luego otro.

—¿Puedo coger al niño? —pidió Fran. Lo dijo como si Olla le hiciese un favor permitiéndoselo.

Olla le pasó el niño por encima de la mesa. Fran trató de que el niño se acomodara en su regazo. Pero él empezó a retorcerse y a hacer pucheros. —Harold —dijo Fran.

Olla miraba a Fran con el niño.

—Cuando el abuelo de Harold tenía dieciséis años, se propuso leerse la enciclopedia de cabo a rabo. Y lo hizo. La terminó a los veinte. Justo antes de que conociera a madre.

—¿Dónde vive ahora? —pregunté—. ¿A qué se dedica? Quería saber qué había sido de un hombre que se había marcado un objetivo así.

—Ha muerto —repuso Olla.

Miraba a Fran, que para entonces tenía al niño tumbado y atravesado sobre sus rodillas. Le dio unos golpecitos bajo una de las papadas. Empezó a decirle cosas de esas que se dicen a los niños.

—Trabajaba en el bosque —dijo Bud—. Unos leñadores dejaron caer un árbol encima de él.

—Mamá recibió algo de dinero del seguro —prosiguió Olla—. Pero se lo gastó.

Bud le envía un poco todos los meses.

—No mucho —explicó Bud—. A nosotros no nos sobra. Pero es la madre de Olla.

Para entonces, el pavo real se había envalentonado y empezaba a avanzar despacio, con pequeños movimientos bruscos y oscilantes, en dirección a la cocina. Llevaba la cabeza erguida, aunque torcida hacia un lado, con los ojos rojos fijos en nosotros. La cresta, un ramillete de plumas, sobresalía unos centímetros por encima de su cabeza. Un penacho se alzaba en su cola. El pájaro se detuvo a unos pasos de la mesa y se quedó observándonos.

—No los llaman aves del paraíso sin razón —comentó Bud.

Fran no levantó la vista. Dedicaba toda su atención al niño. Empezó a hacerle cosquillitas, lo que, en cierto modo, le gustaba a la criatura. Es decir, al menos dejó de estar inquieto. Lo alzó a la altura de su cara y le musitó algo al oído.

—Y ahora, no le cuentes a nadie lo que te he dicho.

El niño la miró fijamente con sus ojos saltones. Luego alargó la mano y agarró un mechón de los cabellos rubios de Fran. El pavo real se acercó más a la mesa. Ninguno de nosotros dijo nada. Simplemente nos quedamos. Quietos, Harold vio al pájaro. Soltó el pelo de Fran y se irguió sobre su regazo. Señaló al ave con sus gruesos dedos.

Empezó a brincar y a hacer ruido.

El pavo real dio rápidamente una vuelta a la mesa y se aproximó al niño. Frotó su largo cuello por las piernas de la criatura. Metió el pico bajo la parte de arriba del pijama del niño balanceando la cabeza de un lado para otro. El niño rió agitando los pies. Apoyándose en la espalda, el niño bajó rápidamente de las rodillas de Fran hasta el suelo. El pavo real siguió arremetiendo contra el niño, como si estuvieran metidos en un juego suyo. Fran retuvo al niño apretado contra sus piernas mientras la criatura se esforzaba por avanzar.

—Es sencillamente increíble —dijo.

—Ese pavo real está loco, eso es todo —dijo Bud—. El puñetero bicho no sabe que es un pájaro; ése es su principal problema.

Olla sonrió y nos mostró los dientes de nuevo. Miró a Bud, que retiró la silla de la mesa y asintió con la cabeza. Harold era un niño feo. Pero por lo que yo sé, creo que eso no les importaba mucho a Bud y a Olla. O si les importaba, tal vez pensasen: «Bueno, es feo, ¿y qué? Es nuestro niño. Y eso es sólo una etapa. Muy pronto vendrá otra. Hay esta etapa y luego viene la siguiente. Las cosas acabaran bien a la larga, una vez que se hayan recorrido todas las etapas.» Quizá pensaron algo así. Bud cogió al niño y le hizo girar por encima de la cabeza hasta que Harold se puso a chillar. El pavo real plegó las plumas y se

quedó mirando. Fran meneó la cabeza otra vez. Se alisó el vestido por la parte donde había tenido al niño. Olla cogió el tenedor y jugueteó con las habas de su plato. Bub se colocó al niño sobre la cadera.

—Todavía queda la tarta y el café —dijo.

Aquella noche en casa de Bud y Olla fue algo muy especial. Comprendí que era especial. Aquella noche me sentí a gusto con casi todo lo que había hecho en la vida. No podía esperar a estar a solas con Fran para hablarle de cómo me sentía. Aquella noche formulé un deseo. Sentado a la mesa, cerré los ojos un momento y pensé mucho. Lo que deseaba era no olvidar nunca, o dejar escapar, de algún modo, aquella noche. Ese es uno de los deseos míos que se han realizado. Y me dio mala suerte que resultase así. Pero, desde luego, eso no lo sabía entonces.

—¿En qué estás pensando, Jack? —me preguntó Bud.

—Sólo estoy pensando —le contesté, sonriendo.

—¿En qué? —insistió Olla.

Me limité a sonreír otra vez y a menear la cabeza.

Aquella noche, cuando ya habíamos vuelto a casa y estábamos bajo las sábanas,

Fran dijo:

—¡Cariño, lléname de tu semilla!

Sus palabras me llegaron hasta los dedos de los pies, aullé y me dejé ir.

Más adelante, después de que las cosas cambiaran para nosotros y de que hubiese venido el niño, después de todo eso, Fran recordaba aquella noche en casa de Bud como el principio del cambio. Pero se equivocaba. El cambio sobrevino más tarde; y cuando ocurrió, fue como si les hubiese pasado a otros, no como algo que nos estuviese sucediendo a nosotros.

—Malditos sean aquella gente y su niño feo —decía Fran, sin razón aparente, mientras veíamos la televisión ya entrada la noche—. Y aquel pájaro maloliente. ¡Por Dios, qué necesidad hay de esas cosas! Repetía mucho esa clase de cosas, aun cuando no volvió a ver a Bud y Olla desde aquella vez.

Fran ya no trabaja en la lechería, y hace mucho que se ha cortado el pelo. Y también ha engordado. No hablamos de ello. ¿Qué podría decir? Sigo viendo a Bud en la fábrica. Trabajamos juntos y abrimos juntos las fiambreras del almuerzo. Si le pregunto, me habla de Olla y de Harold. Joey no aparece en la conversación. Una noche voló a su árbol y todo terminó para él. No volvió a bajar. «La vejez, quizá», dice Bud. Luego las lechuzas se apoderaron de él. Bud se encoge de hombros. Se come el bocadillo y dice que Harold será defensa algún día.

—Tendrías que ver a ese niño —dice Bud.

Yo digo que sí con la cabeza. Seguimos siendo amigos. Eso no ha cambiado

nada.

Pero tengo cuidado con lo que le digo. Sé que él lo nota y que desearía que fuese diferente. Yo también. Muy de tarde en tarde me pregunta por mi familia. Cuando lo hace, le digo que todo va bien.

—Todo va estupendamente —le digo.

Cierro la fiambarrera del almuerzo y saco los cigarrillos. Bud asiente con la cabeza y bebe a sorbos el café.

Lo cierto es que mi chico tiene tendencia al disimulo. Pero no hablo de ello. Ni siquiera con su madre. Con ella aún menos.

Hablamos cada vez menos, ésa es la verdad. Por lo general, lo único que hacemos es ver la televisión.

Pero recuerdo aquella noche. Me acuerdo de la manera en que el pavo real levantaba sus patas grises y recorría centímetro a centímetro el contorno de la mesa. Y, luego, mi amigo y su mujer dándonos las buenas noches en el porche. Olla le dio a Fran unas plumas de pavo real para que se las llevara a casa. Recuerdo que todos nos dimos la mano, nos abrazamos, diciéndonos cosas.

En el coche, Fran se sentó muy cerca de mí mientras nos alejábamos. Me puso la mano en la pierna. Así fuimos a casa desde el hogar de mi amigo.

LA CASA DE CHEF

CHEF'S HOUSE



Aquel verano Wes le alquiló una casa amueblada al norte de Eureka a un alcohólico recuperado llamado Chef. Luego me llamó para pedirme que olvidara lo que estuviese haciendo y que me fuese allí a vivir con él. Me dijo que no bebía. Yo ya sabía qué era eso de no beber. Pero él no aceptaba negativas, Volvió a llamar y dijo: Edna, desde la ventana delantera se ve el mar. En el aire se huele la sal. Me fijé en cómo hablaba. No arrastraba las palabras. Le dije que me lo pensaría. Y lo hice. Una semana después volvió a llamar preguntándome si iba. Contesté que lo seguía pensando. Empezaremos de nuevo, dijo él. Si voy para allá, quiero que hagas algo por mí, le dije. Lo que sea, contestó Wes. Quiero que intentes ser el Wes que conocí antes. El Wes de siempre. El Wes con quien me casé. Wes empezó a llorar, pero lo interpreté como una señal de sus buenas intenciones. Así que le dije, de acuerdo, iré.

Había dejado a su amiga, o ella le había abandonado a él, ni lo sé ni me importa. Cuando me decidí a irme con Wes, tuve que decirle adiós a mi amigo. Mi amigo me dijo que estaba cometiendo un error. No me hagas esto a mí. ¿Qué pasará con nosotros? Tengo que hacerlo Por el bien de Wes, le dije. Está intentando dejar de beber. Ya recordarás lo que es eso. Lo recuerdo, pero no quiero que vayas, contestó mi amigo. Iré a pasar el verano. Luego, ya veré. Volveré, le dije. ¿Y qué pasa conmigo?, preguntó él. ¿Qué hay de mí bien? No vuelvas más.

Aquel verano bebimos café, gaseosa y toda clase de zumos de fruta. Eso es lo que bebimos durante todo el verano. Me encontré deseando que el verano no terminase nunca. Debí figurármelo, pero al cabo de un mes de estar con Wes en casa de Chef, volví a ponerme el anillo de boda. Hacía dos años que no

lo llevaba. Desde la noche en que Wes estaba borracho y tiró el suyo a un huerto de melocotones. Wes tenía algo de dinero, así que yo no tenía que trabajar. Y resultó que Chef nos dejaba la casa por casi nada. No teníamos teléfono. Pagábamos el gas y la luz y comprábamos de oferta en el supermercado. Un domingo por la tarde salió Wes a comprar una regadera y volvió con algo para mí. Me trajo un precioso ramo de margaritas y un sombrero de paja. Los martes por la tarde íbamos al cine. Otras noches iba Wes a lo que denominaba sus reuniones secas. Chef le recogía a la puerta en su coche y después lo traía a casa. Algunos días Wes y yo íbamos a pescar truchas en una de las lagunas que había cerca. Pescábamos desde la orilla, y tardábamos todo el día en atrapar unas pocas. Nos vendrán muy bien, decía yo, y por la noche las freía para cenar. A veces me quitaba el sombrero y me quedaba dormida sobre una manta, junto a la caña de pescar. Lo último que recordaba eran nubes que pasaban por encima hacia el valle central. Por la noche Wes solía tomarme en sus brazos y preguntarme si seguía siendo su chica.

Nuestros hijos mantenían sus distancias. Cherly vivía con otra gente en una granja en Oregón. Cuidaba de un rebaño de cabras y vendía la leche. Tenía abejas y vendía tarros de miel. Tenía su propia vida, y yo no la culpaba. No le importaba lo más mínimo lo que su padre y yo hiciéramos con tal de que no la metiéramos en ello. Bobby estaba en Washington, trabajando en la siega del heno. Cuando se acabara la temporada, pensaba trabajar en la recolección de la manzana. Tenía novia y estaba ahorrando dinero. Yo escribía cartas y las firmaba: «Te quiere siempre.» Una tarde estaba Wes en el jardín arrancando hierbas cuando Chef paró el coche delante de la casa. Yo estaba fregando en la pila. Miré y vi cómo se detenía el enorme coche de Chef. Yo veía el coche, la carretera de acceso y la autopista, y más allá, las dunas y el mar. Había nubes sobre el agua. Chef bajó del coche y se alzó los pantalones de un tirón. Comprendí que pasaba algo. Wes dejó lo que estaba haciendo y se incorporó. Llevaba guantes y un sombrero de lona. Se quitó el sombrero y se secó el sudor con el dorso de la mano. Chef se acercó a Wes y le puso un brazo en los hombros. Wes se quitó un guante. Salí a la puerta. Oí a Chef decir a Wes que sólo Dios sabía cómo lo sentía, pero que tenía que pedirnos que nos marcháramos a fin de mes. Wes se quitó el otro guante. ¿Y por qué, Chef? Chef dijo que su hija, Linda, la mujer que Wes solía llamar Linda la Gorda desde la época en que bebía, necesitaba un sitio para vivir, y el sitio era aquella casa. Chef le contó a Wes que el marido de Linda había salido a pescar con la barca hacía unas semanas y nadie había vuelto a saber de él desde entonces. Había perdido a su marido. Había perdido al padre de su hijo. Yo la puedo ayudar, me alegro de estar en disposición de hacerlo, dijo Chef. Lo siento, Wes, pero tendrás que buscar otra casa. Luego Chef volvió a abrazar a Wes, se tiró de los

pantalones, subió a su enorme coche y se marchó. Wes entró en casa. Dejó caer en la alfombra el sombrero y los guantes y se sentó en la butaca grande. La butaca de Chef, pensé. La alfombra de Chef, también. Wes estaba pálido. Serví dos tazas de café y le di una.

Está bien, dije. No te preocupes, Wes.

Me senté con el café en el sofá de Chef.

Linda la Gorda va a vivir aquí en lugar de nosotros, dijo Wes. Sostenía la taza, pero no bebía. No te excites, Wes, le dije. Su marido aparecerá en Ketchikan, dijo Wes. El marido de Linda la Gorda se ha largado, sencillamente. ¿Y quién podría reprochárselo? Dijo Wes que, llegado el caso, él también se hundiría con una barca antes que pasar el resto de su vida con Linda la Gorda y su hijo. Entonces Wes dejó la taza en el suelo, junto a los guantes. Hasta ahora éste ha sido un hogar feliz, dijo. Tendremos otra casa, le sugerí.

Como ésta, no, afirmó Wes. De todos modos, no sería lo mismo. Esta ha sido una buena casa para nosotros. Esta casa alberga muchos recuerdos. Ahora Linda la Gorda y su hijo estarán aquí, dijo Wes. Cogió la taza y dio un sorbo. La casa es de Chef, le recordé. El hace lo que tiene que tiene que hacer. Lo sé, repuso Wes. Pero no tiene por qué gustarme. Wes tenía una curiosa expresión. Yo ya conocía aquella expresión. No dejaba de pasarse la lengua por los labios. Se manoseaba la camisa por debajo del cinturón. Se levantó de la butaca y fue a la ventana. Permaneció en pie mirando al mar y a las nubes, que se iban extendiendo. Se daba palmaditas en la barbilla con los dedos, como si estuviera pensando algo. Y estaba pensando.

Tranquilo, Wes, le dije.

Ella quiere que esté tranquilo, repuso Wes. Siguió allí de pie.

Pero al cabo de un momento se acercó y se sentó junto a mí en el sofá. Cruzó las piernas y empezó a jugar con los botones de la camisa. Le cogí la mano. Empecé a hablar. Del verano. Pero lo hice como si fuese algo del pasado. Quizá de años atrás. En cualquier caso, como algo que hubiese terminado. Luego empecé a hablar de los chicos. Wes dijo que deseaba hacerlo todo de nuevo y bien, esta vez. Te quieren, le dije.

No, no me quieren, repuso.

Algún día entenderán las cosas, le animé.

Quizá, dijo Wes. Pero entonces no importará.

No lo sabes.

Sé unas cuantas cosas, aseguró Wes, mirándome. Sé que me alegro de que hayas venido aquí. No lo olvidaré.

Yo también me alegro. Estoy contenta de que encontraras esta casa.

Wes soltó un bufido. Luego se rió. Los dos reímos. Ese Chef, dijo Wes, meneando la cabeza. Nos la ha hecho buena, el hijo de puta. Pero me alegro de que lleves el anillo. Me alegro de que hayamos pasado juntos este tiempo.

Entonces dije una cosa. Figúrate, sólo imagínate que nunca ha pasado nada. Suponte que ésta ha sido la primera vez. Supóntelo. Suponer no hace daño. Digamos que lo otro no ha sucedido jamás. ¿Sabes lo que quiero decir? ¿Entonces, qué? Wes me miró con fijeza. Entonces calculo que tendríamos que ser otras personas, si se diera el caso, dijo Wes. Distintas. Ya no puedo hacer esa clase de suposiciones. Nacimos para ser lo que somos. ¿Entiendes lo que quiero decir? Le contesté que no había dejado algo bueno ni recorrido casi mil kilómetros para oírle hablar así.

Lo siento, pero no puedo hablar como alguien que no soy, dijo Wes. Yo no soy otro.

Si lo fuese, con toda seguridad no estaría aquí. Si fuera otro, no sería yo. Pero soy como soy. ¿No lo entiendes?

Está bien, Wes, le dije. Me llevé su mano a la mejilla. Entonces, no sé, recordé cómo era cuando tenía diecinueve años, su aspecto cuando corría por el campo adonde estaba su padre, sentado en el tractor, con la mano sobre los ojos, viendo correr a Wes hacía él. Nosotros acabábamos de llegar de California. Me bajé con Cheryl y Bobby y dije: ése es el abuelo. Pero no eran más que niños. Wes seguía sentado junto a mí, dándose golpecitos en la barbilla, como si intentara decidir lo que haría a continuación. El padre de Wes había muerto y nuestros hijos habían crecido. Miré a Wes y luego el cuarto de Chef y las cosas de Chef. Tenemos que hacer algo, y rápido, pensé.

Cariño, dije. Wes, escúchame.

¿Qué quieres?, me dijo. Pero eso fue todo. Parecía haber llegado a una conclusión.

Pero, una vez decidido, no tenía prisa. Se recostó en el sofá, cruzó las manos sobre el regazo y cerró los ojos. No dijo nada más. No tenía por qué hacerlo. Pronuncié su nombre para mis adentros. Era fácil de decir, y estaba acostumbraba a repetirlo desde hacía mucho tiempo. Luego volví a decirlo. Esta vez en voz alta. Wes, dije. Abrió los ojos. Pero no me miró. Simplemente se quedó sentado donde estaba y miró a la ventana. Linda la Gorda, dijo. Pero yo sabía que no se trataba de ella. No era nada. Sólo un nombre. Wes se levantó, echó las cortinas y el mar desapareció como por ensalmo. Fui a preparar la cena. Aún teníamos un poco de pescado en la nevera.

No quedaba mucho más.

Esta noche haremos limpieza, pensé, y eso será el fin de todo.

DESDE DONDE LLAMO

WHERE I'M CALLING FROM^[6]



J. P. y yo estamos en el porche del establecimiento de desintoxicación de Frank Martin. Como todos nosotros en la casa de Frank Martin, J. P. es ante todo y sobre todo un borracho. Pero también es deshollinador. Ha venido por primera vez y está asustado. Yo ya he estado otra vez. ¿Qué quiere decir eso? Pues que he vuelto. El verdadero nombre de J. P. es Joe Penny, pero me ha dicho que le llame J. P. Tiene unos treinta años. Más joven que yo. No mucho, sólo un poco. Me está contando cómo decidió dedicarse a ese tipo de trabajo, y siempre le gusta utilizar las manos al hablar. Pero le tiemblan. Quiero decir que sus manos no quieren estarse quietas.

—Nunca me había pasado esto —dice.

Se refiere al temblor. Le digo que lo comprendo. Que el temblor se le pasará. Y se quita. Pero lleva tiempo.

Hace sólo dos días que estamos aquí. Aún no estamos libres de dificultades. J. P. tiene temblores, y a mí de cuando en cuando un nervio, a lo mejor no es un nervio, pero es algo que me empieza a dar tirones en el hombro. A veces se me pone en un lado del cuello. Cuando me pasa eso, se me seca la boca. Entonces me cuesta trabajo tragar. Sé que está a punto de ocurrir algo y pretendo evitarlo. Quiero ocultarme, eso es lo que me dan ganas de hacer. Me limito a cerrar los ojos y a esperar a que pase, a que le dé al que está a mi lado. J. P. puede esperar un minuto. Vi un ataque epiléptico ayer por la mañana. Un tipo al que llaman Tiny. Un tío grande y gordo, electricista en Santa Rosa. Dicen que lleva aquí casi dos semanas y que ya había superado el período crítico. Iba a irse a casa en un par de días, a pasar el fin de año con su mujer mirando la televisión. Por Noche Vieja, Tiny pensaba beber chocolate y comer pastas. Ayer por la mañana parecía estar estupendamente cuando bajó a desayunar. Hacía un reclamo con la boca, enseñando cómo llamaba a los patos

hasta que iban a posarse en su cabeza.

—Blam, blam —hacía Tiny, cazando un par de ellos.

Tiny llevaba el pelo húmedo, pegado a la cabeza. Acababa de salir de la ducha.

Además, se había cortado en la barbilla al afeitarse. Pero, ¿y qué? En la casa de Frank Martin casi todo el mundo tenía cortes en la cara. Son cosas que pasan. Tiny se hizo sitio a la cabecera de la mesa y empezó a contar algo que le había ocurrido en una de sus trompas. En la mesa, todos se reían y meneaban la cabeza mientras devoraban los huevos. Tiny decía algo, sonreía y luego echaba una mirada por la mesa para ver si lo comprendían. Todos habíamos hecho cosas igual de estúpidas y desagradables, así que, claro, por eso nos reíamos. Tiny tenía en el plato huevos revueltos, unas galletas y miel. Yo estaba a la mesa, pero no tenía hambre. Tenía delante un poco de café. De repente, Tiny había desaparecido. Se había caído para atrás con la silla en medio de un gran estrépito. Estaba de espaldas en el suelo, con los ojos cerrados y los talones tamborileando en el linóleo. Los chicos llamaron a gritos a Frank Martin. Pero ya estaba allí. Dos compañeros se arrodillaron junto a Tiny. Uno de ellos le metió los dedos en la boca tratando de sujetarle la lengua.

—¡Todo el mundo atrás! —gritó Frank Martin.

Entonces me di cuenta de que todos nosotros estábamos inclinados sobre Tiny, nada más que mirándole, incapaces de apartar la vista de él.

—¡Que le dé el aire! —dijo Frank Martin.

Luego fue al despacho y llamó a una ambulancia.

Tiny ha vuelto hoy a bordo. Habla de recobrar las fuerzas. Esta mañana Frank Martin fue a buscarle al hospital con la camioneta. Tiny volvió demasiado tarde para los huevos, pero tomó un poco de café en el comedor y se sentó a la mesa. En la cocina le hicieron una tostada, pero Tiny no se la comió. Se quedó sentado con el café mirando a la taza. De vez en cuando la movía de atrás adelante, frente a sus ojos. Me gustaría preguntarle si notó alguna señal antes de que le pasara eso. Me gustaría saber si el corazón dejó un momento de latirle o si se le aceleró. ¿Sintió punzadas en los párpados? Pero no voy a decirle nada. No tiene aspecto de querer hablar de ello, de todos modos. Pero lo que le ha pasado a Tiny es algo que nunca olvidaré. El bueno de Tiny tirado en el suelo, pataleando. Así que cada vez que el nervio me empieza a tirar en alguna parte, contengo el aliento y espero el momento de encontrarme de espaldas, mirando hacia lo alto, y con los dedos de alguien metidos en la boca. Sentado en un sillón en el porche delantero, J. P. tiene las manos sobre el regazo. Yo fumo cigarrillos y utilizo un cubo viejo de carbón como cenicero. Escucho a J. P., que habla sin parar. Son las once de la mañana, hora y media todavía hasta la comida. Ninguno de los dos tenemos hambre. Sin embargo, estamos impacientes por entrar y sentarnos a la mesa. A lo mejor nos viene el apetito.

En cualquier caso, ¿de qué habla J. P.? Me está contando que cuando tenía doce años se cayó en un pozo cerca de la granja donde vivía. Por suerte para él, era un pozo seco.

—O por desgracia —dice, mirando alrededor y meneando la cabeza.

Me cuenta que, a última hora de la tarde, después de que le encontraran, su padre le sacó con una cuerda. J. P. se había meado en los pantalones, allá abajo. Había sufrido toda clase de terrores en el pozo, gritando socorro, esperando y volviendo a gritar. Se quedó ronco antes de que todo terminara. Me dijo que el estar en el fondo del pozo le causó una impresión imborrable. Se quedó sentado, mirando la boca del pozo. Arriba, veía un círculo de cielo azul. A veces pasaba una nube blanca. Una bandada de pájaros cruzó por encima, y a J. P. le pareció que el batir de sus alas levantaba una extraña conmoción. Oyó otras cosas. Pequeños murmullos en el pozo, por encima de él, que le hacían preguntarse si no le irían a caer cosas en el pelo. Pensaba en insectos. Oyó soplar el viento sobre la boca del pozo, y ese ruido también le causó impresión. En resumen, todo le resultaba diferente en aquel agujero. Pero no le cayó nada encima y nada taponó el pequeño círculo de azul. Luego su padre bajó con la cuerda y J. P. no tardó mucho en volver al mundo en que siempre había vivido.

—Sigue, J. P. ¿Y luego? —le dije.

A los dieciocho o diecinueve años, terminado el bachillerato y sin saber lo que quería hacer en la vida, fue una tarde al otro extremo de la ciudad a visitar a un amigo. Su amigo vivía en una casa con chimenea. J. P. y su amigo se sentaron a beber cerveza y a pegar la hebra. Escucharon discos. Entonces llamaron a la puerta. El amigo fue a abrir. Se encontró con una joven deshollinadora con sus trastos de limpiar. Llevaba un sombrero de copa, ante cuya vista J. P. se quedó patidifuso. Ella le dijo al amigo de J. P. que la habían llamado para limpiar la chimenea. El amigo la dejó pasar haciéndole reverencias. La joven no le prestó atención alguna. Extendió una manta en el hogar y preparó sus herramientas. Llevaba pantalones, camisa, zapatos y calcetines negros. Por supuesto, para entonces ya se había quitado el sombrero de copa. J. P. dice que casi se volvió majareta mirándola. Se puso al trabajo y limpió la chimenea mientras J. P. y su amigo escuchaban discos y bebían cerveza. Pero la miraban, y se fijaban en lo que hacía. De cuando en cuando, J. P. y su amigo se miraban y sonreían, o se guiñaban un ojo. Enarcaron las cejas cuando la parte superior de la muchacha desapareció en la chimenea.

—Además, estaba muy bien —dice J. P.

Cuando terminó el trabajo, la muchacha envolvió las herramientas en la manta. El amigo de J. P. le entregó un cheque que sus padres habían extendido para ella. Y luego le preguntó al amigo si quería besarla. —Dicen que trae suerte —explicó ella.

Eso fue la puntilla para J. P. Su amigo puso los ojos en blanco. Hizo el payaso un poco más. Luego, quizá ruborizado, la besó en la mejilla. En ese momento, J. P. tomó una decisión. Dejó la cerveza. Se levantó del sofá. Se acercó a la muchacha, que se disponía a salir por la puerta.

—¿Yo también? —le dijo J. P.

Ella le miró de hito en hito. J. P. dice que sintió como si el corazón no le cupiese en el pecho. Resultó que la muchacha se llamaba Roxy.

—Claro —dijo Roxy—. ¿Por qué no? Tengo besos para dar y tomar.

Y le dio un besazo en los labios. Luego se volvió para salir.

Así, en un abrir y cerrar de ojos, J. P. la siguió al porche. Le sostuvo la mampara del porche. Bajó con ella los escalones hasta el camino de entrada, donde ella había aparcado la camioneta. Era algo que se le escapaba de las manos. Ninguna otra cosa contaba en el mundo. Sabía que había conocido a una persona ante la cual le temblaban las piernas. Aún sentía el beso quemándole los labios, etcétera. J. P. no sabía dónde estaba. Se encontraba lleno de sensaciones que le desorientaban. Le abrió la puerta trasera de la camioneta. La ayudó a meter las herramientas.

—Gracias —le dijo ella.

Entonces él balbuceó que le gustaría volver a verla. ¿Le gustaría ir con él al cine alguna vez? También comprendió lo que quería hacer en la vida. Quería hacer lo mismo que ella. Quería ser deshollinador. Pero eso no se lo dijo entonces. Dice J. P. que entonces ella se puso las manos en las caderas y le miró de arriba a abajo. Luego encontró una tarjeta profesional en el asiento delantero de la camioneta. Se la dio.

—Llama esta noche a este número, después de las diez —le dijo—. Podremos hablar. Ahora tengo que irme.

Se puso el sombrero de copa y luego se lo quitó. Volvió a mirar a J. P. Debió gustarle, porque esta vez sonrió. El le dijo que tenía un tiznón cerca de la boca. Entonces ella subió a la camioneta, tocó la bocina y se marchó.

—¿Y después? —le pregunto—. No te pares ahora, J. P.

Me interesaba. Pero le habría escuchado aunque me estuviese contando que un día le había dado por lanzar herraduras.

Anoche llovió. Las nubes se han amontonado sobre las colinas, al otro lado del valle. J. P. carraspea y mira las nubes y las montañas. Se pellizca la barbilla. Luego continúa con lo que estaba diciendo. Roxy empezó a salir con él. Y poco a poco la convenció de que le permitiera trabajar con ella. Pero Roxy trabajaba con su padre y con su hermano, y sólo tenían el trabajo justo. No necesitaban a nadie más.

Y además, ¿quién era ese tal J. P.? ¿J. P. qué?

«Ten cuidado», le advirtieron.

De modo que ella y J. P. vieron algunas películas juntos. Fueron varias veces

a bailar. Pero, sobre todo, el noviazgo giraba en torno a la idea de limpiar chimeneas juntos. Antes de darse cuenta, dice J. P., ya estaban hablando de formalizar sus relaciones. Y lo hicieron. Al cabo de poco, se casaron. El suegro asoció a J. P. al negocio. Al año más o menos, Roxy tuvo un niño. Ya no era deshollinadora. En todo caso, dejó de trabajar. Muy pronto tuvo otro niño. J. P. ya tenía veintitantos años por entonces. Estaba a punto de comprar una casa. Dice que estaba satisfecho de la vida.

—Estaba contento de cómo me iban las cosas —dice—. Tenía todo lo que deseaba.

Tenía una mujer y niños a los que quería, y hacía lo que me gustaba. Pero por alguna razón —¿quién sabe por qué hacemos lo que hacemos?— empezó a beber cada vez más. Durante mucho tiempo bebía cerveza, sólo cerveza. De cualquier marca, no le importaba. Dice que podía estar bebiendo cerveza las veinticuatro horas del día. Bebía cerveza por la noche, mientras veía la televisión. Claro que de cuando en cuando tomaba bebidas fuertes. Pero eso sólo cuando iban a la ciudad, lo que no era frecuente, o cuando tenían invitados. Entonces llegó el momento, no sabe cómo, en que pasó de la cerveza a la tónica con ginebra. Y seguía bebiendo después de cenar, sentado delante de la televisión. Siempre tenía una copa en la mano. Dice que le gustaba el sabor. Empezó a pasar por los bares después de trabajar, antes de volver a casa y seguir bebiendo. Algunas veces no se presentaba a cenar. O si aparecía, no comía nada. Se atiborraba de aperitivos en el bar. A veces entraba por la puerta y, sin razón aparente, tiraba la fiambrrera por el cuarto de estar. Cuando Roxy le gritaba, daba media vuelta y volvía a salir. Luego empezó a beber a primera hora de la tarde, cuando tenía que estar trabajando. Me dice que empezaba el día con un par de copas. Antes de lavarse los dientes se atizaba un lingotazo. Luego tomaba café. Iba a trabajar con un termo de vodka en la bolsa de la tartera.

J. P. deja de hablar. Simplemente cierra la boca. ¿Qué pasa? Le escucho. Me ayuda a relajarme, en primer lugar. Y me aleja de mi propia situación. Al cabo de un momento, le digo: —¿Qué demonios pasa? Sigue, J. P. Se pellizca la barbilla. Pero en seguida continúa el relato. J. P. y Roxy ya tenían verdaderas trifulcas. Me refiero a peleas. J. P. dice que una vez ella le dio un puñetazo en la cara y le rompió la nariz.

—Mira esto —dice—. Ahí.

Me enseña una cicatriz por encima del puente de la nariz. Esto es una nariz rota.

El le devolvió el cumplido dislocándole el hombro. Otra vez él le partió el labio. Se pegaban delante de los niños. La situación estaba fuera de control. Pero él siguió bebiendo. No podía parar. Y nada podía pararlo. Ni siquiera las amenazas del padre y del hermano de Roxy de darle una paliza de muerte.

Dijeron a Roxy que debería coger a los chicos y largarse. Pero Roxy dijo que aquello era cosa suya.

Ahora J. P. se calla otra vez. Se encoge de hombros y se hunde en el sillón. Mira pasar un coche por la carretera, entre el establecimiento y las colinas.

—Quiero oír el resto, J. P. —Le digo—. Será mejor que sigas hablando.

—No sé —dice, encogiéndose de hombros.

—Está bien —digo.

Y me refiero a que está bien que lo cuente.

—Continúa, J. P.

Una de las soluciones de Roxy, dice J. P., fue buscarse un amigo. A J. P. le gustaría saber cómo encontró tiempo, con la casa y los niños.

Le miro, sorprendido. Es un hombre hecho y derecho.

—Si se quiere —le digo—, para eso siempre se saca tiempo. De donde sea.

—Supongo —contesta J. P., meneando la cabeza.

El caso es que lo descubrió —lo del amigo de Roxy—, y se puso furioso. Logró quitarle a Roxy la alianza del dedo y luego la rompió en varios trozos con unos alicates. Una buena diversión. Aprovecharon la ocasión para celebrar un par de asaltos. Cuando iba a trabajar, a la mañana siguiente, lo detuvieron por conducir borracho. Le retiraron el permiso de conducir. Ya no podía ir a trabajar con la furgoneta. Tanto mejor, dice. La semana anterior se había caído de un tejado y se había roto el dedo pulgar. Sólo era cuestión de tiempo hasta que se rompiera la crisma, dice. Estaba en el establecimiento de Frank Martín para desintoxicarse y meditar sobre la manera de enderezar su vida. Pero no había venido contra su voluntad, ni yo tampoco. No estábamos encerrados. Podíamos marcharnos cuando quisiéramos. Pero se recomendaba una estancia mínima de una semana y, tal como decían, «se aconsejaban vivamente» dos semanas o un mes. Como he dicho, es la segunda vez que estoy en la casa de Frank Martin. Cuando intenté firmar un talón para pagarle una semana de estancia por adelantado, Frank Martin me dijo:

—Las fiestas siempre son peligrosas. Quizá deberías pensar en quedarte un poco más esta vez. Piensa en un par de semanas. ¿Podrías quedarte dos semanas? De todos modos, piénsalo. No tienes que decidirte ahora mismo. Apoyó el pulgar en el cheque y firmé. Luego acompañé a mi amiga a la puerta y me despedí.

—Adiós —dijo ella.

Dio un bandazo en el quicio de la puerta y salió al porche haciendo eses. La tarde está avanzada. Llueve. Voy de la puerta a la ventana. Aparto la cortina y la veo alejarse. Va en mi coche. Está borracha. Pero yo también lo estoy, y no puedo evitarlo. Logro acercarme a una butaca grande que está cerca del radiador y me siento. Algunos apartan la vista del televisor. Luego siguen con lo que estaban viendo. Me quedo sentado. De vez en cuando levanto la cabeza

para ver lo que pasa en la pantalla. Ese mismo día, más tarde, se abrió la puerta de golpe y apareció J. P. entre dos robustos individuos: su cuñado y su suegro, según me enteré después. Atravesaron la habitación con J. P. El más viejo firmó el registro y le dio un talón a Frank Martin. Luego entre los dos ayudaron a J. P. a subir las escaleras. Supongo que lo metieron en la cama. Muy pronto el viejo y el otro bajaron y se encaminaron a la puerta. Parecía que no veían el momento de largarse de aquí. Era como si no pudieran esperar a lavarse las manos respecto a todo ese asunto. No se lo reproché. No, demonios. No sé cómo me habría comportado en su lugar.

Un día y medio después, J. P. y yo nos encontramos en el porche. Nos dimos la mano y hablamos del tiempo. J. P. tenía temblores. Nos sentamos y pusimos los pies sobre la barandilla. Nos retrepamos en las butacas como si sólo estuviéramos allí para descansar, como si nos dispusiéramos a charlar para matar el tiempo. Entonces fue cuando J. P. empezó su historia. Hace frío fuera, pero no mucho. El cielo está un poco cubierto. Frank Martin sale a terminar el puro. Lleva un jersey abotonado hasta el cuello. Es bajo y corpulento. Tiene el pelo gris rizado y la cabeza pequeña. Demasiado pequeña para el resto de su cuerpo. Se lleva el puro a los labios y se queda de pie con los brazos cruzados. Mueve el puro en la boca y mira al otro lado del valle. Parece un boxeador, alguien que está al cabo de la calle.

J. P. vuelve a guardar silencio. Es decir, apenas respira. Tiro el cigarrillo al cubo de carbón y miro con fijeza a J. P., que se hunde más en la butaca. Se sube el cuello. ¿Qué demonios pasa?, me pregunto. Frank Martin descruza los brazos y da una calada al puro. Deja que el humo se le escape de la boca. Luego alza la barbilla hacia las colinas y dice:

—Jack London tenía un caserón al otro lado del valle. Justo detrás de la colina verde que veis allí. Pero el alcohol lo mató. Que eso os sirva de lección. Valía más que cualquiera de nosotros. Pero él tampoco podía dominar la bebida. Frank Martin mira lo que le queda del puro. Se ha apagado. Lo tira al cubo.

—Si queréis leer algo mientras estáis aquí, leed ese libro suyo, La llamada de la selva. ¿Sabéis a qué me refiero? Lo tenemos ahí dentro, si es que queréis leer algo. Trata de ese animal que es mitad perro y mitad lobo. Fin del sermón —dijo, subiéndose los pantalones y bajándose el jersey—. Voy adentro. Os veré a la hora de comer.

—Me siento como un insecto cuando me compara con él —dice J. P. meneando la cabeza, y luego añade—: Jack London. ¡Vaya nombre! Ojalá tuviera yo un nombre así. En vez del que tengo.

La primera vez que vine aquí me trajo mi mujer. Eso era cuando aún estábamos juntos, tratando de arreglar las cosas. Me trajo y se quedó un par de horas, hablando en privado con Frank Martin. Luego se marchó. A la mañana

siguiente, Frank Martin me llevó aparte y me dijo:

—Podemos ayudarte. Si quieres y haces lo que te digamos. Pero yo no estaba seguro de si podían o no ayudarme. En parte quería ayuda. Pero también había otra parte.

Esta vez ha sido mi amiga quien me ha traído. Condujo mi coche. A través de una tormenta. Bebimos champán todo el tiempo. Los dos estábamos borrachos cuando paró en el camino de entrada. Quería dejarme, dar la vuelta y volver a casa. Tenía cosas que hacer. Una de ellas era ir a trabajar al día siguiente. Era secretaria. Tenía un buen puesto en una fábrica de componentes electrónicos. También tenía un hijo, un adolescente presuntuoso. Yo quería que tomara una habitación en la ciudad para pasar la noche y que luego volviese a casa. No sé si cogió la habitación o no. No he vuelto a saber de ella desde que me condujo por los escalones hasta el despacho de Frank Martin y dijo:

«Adivine quién está aquí».

Pero yo no estaba enfadado con ella. En primer lugar, ella no tenía ni idea de dónde se metía cuando me invitó a quedarme a vivir con ella después de que mi mujer me echara de casa. Tuve lástima de ella. La razón por la que me daba pena era que la víspera de Navidad había recibido el resultado del frotis vaginal, y las noticias no eran agradables. Tenía que volver a ver al médico, y muy pronto. Esa novedad nos dio a los dos motivo suficiente para empezar a beber. Así que lo que hicimos fue emborracharnos a fondo. Y el día de Navidad seguíamos borrachos. Tuvimos que salir a comer a un restaurante, porque ella no se sentía con ánimos de guisar. Nosotros dos y su presuntuoso hijo abrimos los regalos y luego fuimos a una barbacoa cerca de su casa. Yo no tenía hambre. Tomé sopa y un panecillo caliente. Me bebí una botella de vino con la sopa. Ella también bebió un poco. Luego empezamos con bloody-marys. Durante los dos días siguientes no comí nada salvo frutos secos salados. Pero bebí mucho bourbon. Entonces le dije:

—Cariño, creo que será mejor que haga la maleta. Más me valdría volver a la casa de Frank Martin.

Trató de explicarle a su hijo que estaría fuera un tiempo y que tendría que hacerse él la comida. Pero justo cuando salíamos por la puerta, el descarado niño nos gritó:

—¡Idos a la mierda! Espero que no volváis nunca. ¡Ojalá os matéis! ¡Figúrense qué niño!

Antes de salir de la ciudad, la hice parar en la tienda de bebidas, donde compré el champán. Nos detuvimos en otro sitio para comprar vasos de plástico. Luego nos llevamos un paquete de pollo frito. Nos pusimos en camino bajo la lluvia, bebiendo y oyendo música. Conducía ella. Yo atendía la radio y escanciaba. Intentamos convertirlo en una pequeña fiesta. Pero estábamos tristes. Teníamos el pollo frito, pero no comimos nada.

Supongo que llegaría bien a casa. Creo que, en caso contrario, me habría enterado de algo. Pero no me ha llamado, y yo tampoco a ella. Quizá haya tenido noticias de su enfermedad. O no le han dicho nada. O tal vez haya sido un error. A lo mejor era el frotis de otra. Pero tiene mi coche, y yo tengo cosas en su casa. Sé que volveremos a vernos.

Aquí tocan una vieja campana de granja para llamar a comer. J. P. y yo nos levantamos de las butacas y pasamos adentro. De todos modos, empieza a hacer frío en el porche. Al hablar veíamos cómo nos salía vaho de la boca. Por la mañana de Año Nuevo intento llamar a mi mujer. No contestan. No importa. Pero aunque importara, ¿qué podría hacer? La última vez que hablamos por teléfono, hace un par de semanas, terminamos a gritos.

La puse verde.

—¡Retrasado mental! —me dijo ella, colgando el teléfono.

Pero ahora quería hablar con ella. Hay que hacer algo con mis cosas. También tengo cosas en su casa. Uno de los que hay aquí viaja. Va a Europa y todo eso. Eso es lo que cuenta, en todo caso. Por negocios, dice. También afirma que domina la bebida, y no tiene ni idea de por qué está aquí, en el establecimiento de Frank Martin. Pero no recuerda cómo llegó. Se ríe de eso, de no acordarse. «Todo el mundo puede tener una pérdida momentánea de memoria», dice. «Eso no prueba nada.» No es un borracho; nos lo cuenta y le escuchamos. «Es una acusación grave», dice. «Esa manera de hablar puede arruinar la vida de un hombre honrado.» Asegura que si se limitara a beber whisky con agua, sin hielo, nunca tendría esas pérdidas de memoria. Es el hielo que te ponen en la copa. «¿A quién conoces en Egipto?», me pregunta. «Me vendrían bien unas recomendaciones para ese sitio.»

Para la cena de Noche Vieja, Frank Martin nos sirve filete con patatas asadas. Estoy recuperando el apetito. Rebaño el plato y hasta repetiría. Miro al plato de Tiny. Apenas lo ha tocado. Tiene el filete entero. Tiny no es el mismo de antes. El pobrecillo contaba con estar en su casa esta noche. Pensaba estar en bata y zapatillas delante de la televisión, cogido de la mano con su mujer. Ahora tiene miedo de marcharse. Lo entiendo. Un ataque epiléptico significa que te puede dar otro. Desde que le pasó eso, Tiny no ha contado más historias gilipollescas. Se queda callado y se muestra reservado. Le pregunto si me puedo comer su filete y me acerca su plato. Algunos todavía seguimos levantados, sentados alrededor de la televisión, viendo Times Square, cuando entra Frank Martin para enseñarnos la tarta. Pasa por delante de cada uno y hace que la veamos todos. Yo sé que no la ha hecho él. Es de pastelería. Pero sigue siendo una tarta. Encima hay algo escrito en letras rosas que dice:

FELIZ AÑO NUEVO, DÍA A DÍA.

—Yo no quiero nada de esa tarta estúpida —dice el que va a Europa y todo

eso; y añade, riendo—: ¿Dónde está el champán? Vamos todos al comedor. Frank Martin corta la tarta. Me siento al lado de J. P., que se me come dos trozos con una coca. Yo me como uno y envuelvo otro en una servilleta de papel, para más tarde. J. P. enciende un cigarrillo —ya no le tiemblan las manos— y me cuenta que su mujer va a venir por la mañana, el primer día del año.

—Estupendo —le digo, asintiendo con la cabeza y chupándome el merengue de los dedos—. Buenas noticias, J. P.

—Te presentaré.

—Con mucho gusto —me contesto.

Nos decimos buenas noches. Nos decimos «feliz Año Nuevo». Me limpio los dedos con una servilleta. Nos estrechamos la mano.

Voy al teléfono, echo una moneda y llamo a mi mujer a cobro revertido. Pero esta vez tampoco contesta nadie. Pienso en llamar a mi amiga, y ya he marcado su número cuando me doy cuenta de que en realidad no tengo ganas de hablar con ella. Probablemente estará en casa viendo el mismo programa de televisión que yo acabo de ver. De todos modos, no quiero hablar con ella. Espero que esté bien. Pero si le pasa algo malo no quiero saberlo.

Después de desayunar, J. P. y yo tomamos café afuera, en el porche. El cielo está despejado, pero hace suficiente frío como para llevar jersey y chaqueta. — Me ha preguntado si debía traer a los niños —dice J. P.—. Le he dicho que los deje en casa. ¿Te imaginas? ¡Por Dios! No quiero que mis hijos aparezcan por aquí. Utilizamos el cubo de carbón como cenicero. Miramos al otro lado del valle, donde vivió Jack London. Estamos bebiendo otro café cuando un coche se desvía de la carretera hacia el camino de entrada.

—¡Es ella! —exclama J. P.

Deja la taza junto a la butaca. Se levanta y baja los escalones.

Veo cómo la mujer para el coche y echa el freno de mano. Veo a J. P. abrir la portezuela. La veo bajar y veo cómo se abrazan. Aparto la vista. Luego vuelvo a mirar. J. P. la coge del brazo y suben los escalones. Esa mujer le rompió un día la nariz a su marido. Tiene dos hijos y muchos problemas, pero quiere al hombre que la lleva del brazo. Me levanto de la butaca.

—Este es mi amigo —dice J. P. a su mujer—. Mira, ésta es Roxy. Roxy me da la mano. Es una mujer alta y guapa, con un gorro de lana. Lleva abrigo, jersey grueso y pantalones. Recuerdo lo que me ha contado J. P. acerca del amigo y de los alicates. No veo el anillo de boda. Estará hecho pedazos en alguna parte, supongo. Tiene las manos anchas y los nudillos abultados. Es una mujer que puede dar un buen puñetazo, si se lo propone.

—He oído hablar de ti —le digo—. J. P. me ha contado cómo os conocisteis. Algo relacionado con una chimenea, según él.

—Sí, con una chimenea. Probablemente hay muchas más cosas que no te ha contado. Seguro que no te lo ha dicho todo —me contesta, riendo. Luego —

ya no puede esperar más— rodea con el brazo a J. P. y le da un beso en la mejilla.

—Encantada de conocerte —dice—. Oye, ¿no te ha dicho que es el mejor deshollinador del oficio?

—Venga, Roxy —dice J. P., con la mano en el pomo de la puerta.

—Me ha dicho que todo lo que sabe lo aprendió de ti —le digo a ella.

—Pues eso sí que es cierto —contesta ella.

Vuelve a reír. Pero es como si pensara en otra cosa. J. P. gira el pomo de la puerta.

Roxy pone su mano sobre la de él.

—¿Por qué no vamos a comer a la ciudad, Joe? ¿No te puedo llevar a alguna parte?

—Todavía no ha pasado una semana —dice J. P., carraspeando.

Retira la mano de la puerta y se lleva los dedos a la barbilla.

—Me parece que les gustaría que no saliera durante unos días más. Podemos tomar un café aquí.

—Muy bien —dice Roxy, mirándome otra vez—. Me alegro de que Joe tenga un amigo. Encantada de conocerte.

Se disponen a entrar. Sé que es una estupidez, pero lo hago de todos modos.

—Roxy.

Se paran en el umbral y me miran.

—Necesito suerte. Sin bromas. Me vendría bien un beso.

J. P. agacha la cabeza. Todavía tiene la mano en el pomo, aunque la puerta está abierta. Lo mueve de un lado para otro. Pero yo sigo mirándola. Roxy sonrío.

—Ya no soy deshollinadora. Desde hace años. ¿No te lo ha dicho Joe? Pero claro que te doy un beso, no faltaba más. Se acerca a mí. Me toma por los hombros —soy alto— y me planta un besazo en los labios.

—¿Qué tal? —me pregunta.

—Estupendo —digo.

—No cuesta nada.

Aún me tiene por los hombros. Me mira directamente a los ojos.

—Buena suerte —dice, soltándome.

—Hasta luego, muchacho —dice J. P.

Abre la puerta de par en par y entran.

Me siento en los escalones y enciendo un cigarrillo. Pongo atención a lo que hago con la mano y luego apago la cerilla. Me han dado los temblores. Esta mañana me he levantado así. Tenía ganas de beber algo. Es deprimente, pero no le he dicho nada a J. P. Intento pensar en otra cosa.

Pienso en los deshollinadores —en todo lo que me ha contado J. P.— cuando me viene a la memoria, no sé por qué, una casa en que mi mujer y yo

vivimos hace tiempo. Aquella casa no tenía chimenea, así que no sé por qué me acuerdo de ella ahora. Pero la recuerdo. No habíamos estado allí más de unas semanas cuando una mañana oí un ruido afuera. Era domingo y la habitación aún-estaba a oscuras. Pero por la ventana entraba un poco de luz. Escuché. Oí un ruido como si rascaran en la pared. Salté de la cama y fui a mirar.

—¡Dios mío! —dijo mi mujer, incorporándose y retirándose el pelo de la cara. Luego se echó a reír.

—Es Mister Venturini —explicó—. He olvidado decírtelo. Dijo que vendría hoy a pintar la casa. Temprano. Antes de que hiciera calor. Se me había olvidado. —Rió de nueves—. Vuelve a la cama, cielo. Sólo es él.

—Un momento —dije.

Corrí las cortinas. Afuera, un anciano vestido con un mono estaba de pie junto a una escalera. El sol empezaba a salir detrás de las montañas. El viejo y yo nos miramos. Era el propietario, desde luego, aquel viejo del mono. Pero el mono le quedaba muy grande. Y además necesitaba un afeitado. Llevaba una gorra de béisbol para taparse la calva. Que me aspen, pensé, si no es raro ese viejo. Y me sentí inundado de felicidad por no ser él, por ser yo mismo y estar en aquella habitación con mi mujer. Señaló al sol con el pulgar. Fingió limpiarse la frente. Me hizo saber que no disponía de mucho tiempo. El viejo estúpido me dedicó una sonrisa. Entonces me di cuenta de que estaba desnudo. Me miré. Le volví a mirar y me encogí de hombros. ¿Qué esperaba?

Mi mujer se rió.

—Venga —dijo—. Vuelve a la cama. Ahora mismo. Vamos. Vuelve a acostarte.

Corrí otra vez las cortinas. Pero seguí de pie junto a la ventana. Vi al viejo asentir para sí, como si dijera: «Vamos, hijo, vuelve a la cama. Lo entiendo.» Se tiró de la visera. Luego se dedicó a su tarea. Cogió el cubo. Empezó a subir la escalera. Me recuesto en el escalón superior y cruzo las piernas. Esta tarde quizá intente llamar de nuevo a mi mujer. Y luego llamaré a ver qué pasa con mi amiga. Pero no quiero que se ponga al teléfono su descarado hijo. Si llamo, espero que esté en otra parte, haciendo lo que haga cuando no está en casa. Trato de recordar si he leído algún libro de Jack London. No me acuerdo. Pero en el bachillerato leí un cuento suyo. «Hacer fuego», se llamaba. Un individuo está a punto de quedarse congelado en el Yukon. Imagínenselo, va a morir congelado si no logra hacer fuego. Con una fogata podrá secarse los calcetines y las otras cosas y calentarse. Enciende el fuego, pero algo pasa entonces. De la rama de un árbol se desprende un montón de nieve y cae encima. Se apaga. Mientras, hace cada vez más frío. Se acerca la noche.

Saco unas monedas del bolsillo. Primero trato de hablar con mi mujer. Si contesta, la felicitaré por el Año Nuevo. Eso es todo. No sacaré a relucir las

cosas! No levantaré la voz. Ni siquiera cuando ella empiece. Me preguntará desde dónde llamo y tendré que decírselo. No le diré nada de los buenos propósitos de principios de año. No hay modo de gastar bromas con eso. Después de hablar con ella, llamaré a mi amiga.

A lo mejor la llamo primero a ella. Sólo espero que el niño no coja el teléfono.

«Hola, cariño», le diré cuando conteste. «Soy yo.»

EL TREN

THE TRAIN



A JOHN CHEEVER

La mujer se llamaba Miss Dent, y aquella tarde había encañonado a un hombre con una pistola. Le había obligado a arrodillarse en el polvo suplicando que le perdonara la vida. Mientras los ojos del hombre se llenaban de lágrimas y sus dedos estrujaban hojas caídas, ella le apuntaba con el revólver y le cantaba cuatro verdades. Trataba de hacerle comprender que no podía seguir pisoteando los sentimientos de la gente.

—¡Ni un movimiento! —dijo.

Pero el hombre simplemente escarbaba el polvo con los dedos y movía un poco las piernas, muerto de miedo. Cuando ella terminó de hablar, cuando dijo todo lo que pensaba de él, le puso el pie en la nuca y le aplastó la cara contra el polvo. Luego guardó el revólver en el bolso y volvió a pie a la estación. Se sentó en un banco en la desierta sala de espera con el bolso en el regazo. La taquilla estaba cerrada; no había nadie. Incluso el aparcamiento estaba vacío, delante de la estación. Fijó la vista en el enorme reloj de la pared. Quería dejar de pensar en el hombre y en su comportamiento con ella después de conseguir lo que quería. Pero estaba segura de que durante mucho tiempo recordaría el sonido que el hombre emitió por la nariz al arrodillarse. Inspiró profundamente, cerró los ojos y esperó oír el ruido del tren.

La puerta de la sala de espera se abrió. Miss Dent miró en aquella dirección y vio entrar a dos personas. Una de ellas era un anciano de pelo blanco y corbata blanca de seda; la otra era una mujer de mediana edad que llevaba los ojos sombreados, los labios pintados, y un vestido de punto de color rosa. La tarde había refrescado, pero ninguno de los dos llevaba abrigo y el anciano iba sin zapatos. Se detuvieron en el umbral, aparentemente sorprendidos de encontrar a alguien en la sala de espera. Trataron de comportarse como si su

presencia no les molestase. La mujer le dijo algo al anciano, pero miss Dent no percibió sus palabras. La pareja entró en la sala. A miss Dent le pareció que tenían cierto aire de inquietud, de haber salido de algún sitio a toda prisa y de ser incapaces todavía de hablar de ello. También podría ser, pensó miss Dent, que hubiesen bebido demasiado. La mujer y el anciano de pelo blanco miraron al reloj, como si pudiera decirles algo sobre su situación y lo que debían hacer a continuación. Miss Dent también miró al reloj. Nada había en la sala de espera que anunciase el horario de llegada y salida de los trenes. Pero estaba dispuesta a esperar el tiempo que fuese necesario. Sabía que si aguardaba lo suficiente, llegaría un tren, lo abordaría y la llevaría lejos de aquel sitio.

—Buenas tardes —le dijo el anciano a miss Dent.

Lo dijo, pensó ella, como si se tratara de una tarde de verano normal y él fuese un anciano importante que llevara zapatos y esmoquin.

—Buenas tardes —contestó miss Dent.

La mujer del vestido de punto la miró de un modo calculado para darle a entender que no se alegraba de encontrarla en la sala de espera. El anciano y la mujer se sentaron en un banco al otro lado de la sala, justo enfrente de miss Dent. Miró cómo el anciano se estiraba un poco los pantalones, cruzaba las piernas y empezaba a mover el pie, convenientemente enfundado en su calcetín. El anciano sacó un paquete de cigarrillos y una boquilla del bolsillo de la camisa. Insertó el cigarrillo en la boquilla y se llevó la mano al bolsillo de la camisa. Luego buscó en los bolsillos del pantalón.

—No tengo lumbre —dijo a la mujer.

—Yo no fumo —contestó ésta—. Cualquiera diría que no me conoces lo suficiente para saberlo. Si es que tienes que fumar, ella quizá tenga una cerilla. La mujer alzó la barbilla lanzando una mirada a miss Dent. Pero miss Dent meneó la cabeza. Se acercó más el bolso. Tenía las rodillas juntas, los dedos crispados sobre el bolso.

—Así que, encima de todo lo demás, no hay cerillas —dijo el anciano de pelo blanco.

Se registró los bolsillos una vez más. Luego suspiró y sacó el cigarrillo de la boquilla. Volvió a meter el cigarrillo en el paquete. Guardó los cigarrillos y la boquilla en el bolsillo de la camisa. La mujer empezó a hablar en una lengua que miss Dent no entendía. Pensó que podría ser italiano porque su rápida manera de hablar se parecía a la de Sofía Loren en una película que había visto.

El anciano meneó la cabeza.

—No te sigo, ¿sabes?, vas muy deprisa para mí; tendrás que ir más despacio. Habla inglés. No puedo seguirte —dijo.

Miss Dent dejó de aferrar el bolso y lo puso en el banco, junto a ella. Miró el cierre.

No sabía exactamente lo que debía hacer. La sala era pequeña y no le

parecía bien levantarse de pronto para ir a sentarse a otra parte. Sus ojos se dirigieron al reloj. —No puedo soportar a esa pandilla de locos —dijo la mujer—. ¡Es tremendo! Sencillamente, no puede explicarse con palabras. ¡Dios mío! La mujer dijo esto y meneó la cabeza. Se dejó caer contra el respaldo del banco, como agotada. Alzó la vista y miró brevemente al techo. El anciano tomó la corbata de seda entre los dedos y empezó a manosear el tejido. Se abrió un botón de la camisa y pasó la corbata por dentro. La mujer prosiguió, pero él parecía pensar en otra cosa. —Es esa chica la que me da lástima —dijo la mujer—. La pobrecita, solo en una casa llena de idiotas y de víboras. Es la única que me da pena. ¡Y a ella es a quien hay que pagar! ¡No a los demás. ¡Desde luego no a ese imbécil que llaman Capitán Nick! Es completamente irresponsable. A él no. El anciano alzó la cabeza y echó una mirada por la sala de espera. Se fijó un momento en miss Dent.

Miss Dent miró por encima de él, a la ventana. Vio la alta farola, con la luz brillando sobre el aparcamiento vacío. Tenía las manos cruzadas en el regazo y trataba de concentrarse en sus propios asuntos. Pero no podía dejar de oír lo que aquella gente decía.

—Te voy a decir una cosa —dijo la mujer—. La chica es la única que me interesa. ¿A quién le importa el resto de esa tribu? Toda su existencia gira alrededor del café au lait y los cigarrillos, de su refinado chocolate suizo y de esos puñeteros guacamayos. No les importa nada aparte de eso. ¿Qué más les interesa? Si no vuelvo a ver a esa pandilla otra vez, tanto mejor. ¿Me entiendes?

—Claro que te entiendo —contestó el anciano—. Naturalmente.

Descabalgó la pierna, la apoyó en el suelo y cruzó la otra. —Pero no te enfades por eso ahora —dijo—. Dice que no me enfade por eso, ¿por qué no te miras al espejo?

—No te inquietes por mí —contestó el anciano—. Peores cosas me han pasado y aquí me tienes.

Se rió en voz baja y meneó la cabeza.

—No te preocupes por mí. —¿Cómo no voy a preocuparme por ti? —preguntó ella

—¿Quién, si no, va a preocuparse por ti? ¿Esa mujer del bolso va a preocuparse por ti?

Dejó de hablar el tiempo suficiente para fulminar a miss Dent con la mirada.

—Lo digo en serio, *amico mió*. ¡Pero mírate! ¡Por Dios, si no hubiese tenido ya tantas cosas en la cabeza, me habría dado un ataque de nervios allí mismo! Dime quién más va a preocuparse por ti si yo no lo hago. Te hago una pregunta en serio. Ya que sabes tantas cosas, contéstame a ésa.

El anciano de pelo blanco se puso en pie y luego volvió a sentarse.

—No te preocupes por mí, simplemente —dijo—. Preocúpate por otra persona. Si quieres preocuparte por alguien, hazlo por la chica y por el Capitán

Nick. Tú estabas en otra habitación cuando él dijo: «Yo no soy serio, pero estoy enamorado de ella.» Esas fueron sus palabras.

—¡Sabía que pasaría algo así! —gritó la mujer.

Cerró los dedos y se llevó las manos a las sienes.

—¡Sabía que me dirías algo parecido! Pero tampoco me sorprende. No, no me pilla de sorpresa. Un leopardo no muda las manchas. Nunca se ha dicho nada más cierto. Lo dice la experiencia. Pero, ¿cuándo vas a despertarte, viejo estúpido? Contéstame. ¿Eres como la muía, que primero hay que darle bastonazos entre los ojos? *O Dio mió!* ¿Por qué no vas a mirarte al espejo? Mírate bien, mientras puedas. El anciano se levantó del banco y se acercó a la fuente. Se puso una mano a la espalda, abrió el grifo y se inclinó para beber. Luego se enderezó y se limpió la barbilla con el dorso de la mano. Se llevó las manos a la espalda y empezó a recorrer la habitación como si estuviera de paseo.

Pero miss Dent vio que sus ojos exploraban el suelo, los bancos vacíos, los ceniceros. Comprendió que buscaba cerillas y lamentó no tener ninguna. La mujer se había vuelto para seguir los movimientos del anciano.

—¡Pollo frito de Kentucky en el polo norte! ¡El Coronel Sanders con botas y parka!

¡Eso fue el colmo! ¡El acabóse!

El anciano no contestó. Prosiguió su circunnavegación de la sala y se detuvo delante de la ventana. Se quedó allí, con las manos a la espalda, mirando el aparcamiento vacío.

La mujer se volvió hacia miss Dent. Se tiró de la sisa del vestido.

—La próxima vez que vaya a ver películas domésticas sobre Point Barrow, Alaska, y sus esquimales norteamericanos, me lo tendré merecido. ¡Qué absurdo, por Dios! Hay gente que haría cualquier cosa. Los hay que tratarían de matar de aburrimiento a sus enemigos. Pero habría que haberlo visto. La mujer lanzó a miss Dent una mirada agresiva, como si la desafiara a llevarle la contraria.

Miss Dent cogió el bolso y se lo puso en el regazo. Miró al reloj, que parecía avanzar muy despacio, suponiendo que se moviera.

—No es usted muy habladora —dijo la mujer a miss Dent—. Pero apuesto a que tendría mucho que decir si alguien la animara. ¿Verdad? Pero usted es lista. Prefiere quedarse sentada con su boquita decorosamente cerrada mientras otros hablan sin parar. ¿Tengo razón? Agua mansa. ¿Así es usted? —preguntó la mujer—. ¿Cómo la llaman?

—Miss Dent. Pero no la conozco a usted.

—¡Pues yo tampoco a usted! —exclamó la mujer—. Ni la conozco ni quiero conocerla. Quédese ahí sentada y piense lo que quiera. Eso no cambiará nada. ¡Pero sé lo que pienso yo, que esto da asco! El anciano se apartó de la ventana

y salió. Cuando volvió, un momento después, tenía un cigarrillo encendido en la boquilla y parecía de mejor humor. Llevaba los hombros echados hacia atrás y la barbilla hacia adelante. Se sentó junto a la mujer.

—En el fondo, tienes suerte —dijo la mujer—. Y eso es una ventaja en tu situación.

Siempre lo he sabido, aunque nadie más se diese cuenta. La suerte es importante. La mujer miró a miss Dent y prosiguió:

—Joven, apuesto a que usted ha cometido errores en la vida. Estoy segura. Me lo dice la expresión de su cara. Pero usted no va a hablar de ello. Adelante, pues, no hable. Deje que hablemos nosotros. Pero envejecerá. Entonces ya tendrá algo de que hablar. Espere a tener mi edad. O la suya —añadió la mujer, señalando al anciano con el dedo pulgar—. No lo quiera Dios. Pero todo llega. A su debido tiempo todo llega. Y tampoco hay que buscarlo. Viene sólo.

Miss Dent se levantó del banco sin dejar el bolso y se acercó a la fuente. Bebió y se volvió a mirarlos. El anciano había terminado su cigarrillo. Lo sacó de la boquilla y lo tiró debajo del banco. Golpeó la boquilla contra la palma de la mano, sopló el humo que había dentro y volvió a guardarla en el bolsillo de la camisa. Ahora también prestó atención a miss Dent. Fijó la vista en ella y esperó junto con la mujer. Miss Dent hizo acopio de fuerzas para hablar. No sabía por dónde empezar, pero pensó que podría decir primero que tenía una pistola en el bolso. Incluso podría decirles que aquella misma tarde había estado a punto de matar a un hombre.

Pero en aquel momento oyeron el tren. Primero, el silbido; luego, un ruido metálico y un timbre de alarma cuando la barrera descendió sobre el paso a nivel. La mujer y el anciano de pelo blanco se levantaron del banco y se dirigieron a la puerta. El anciano abrió la puerta para que pasara su compañera, luego sonrió e hizo un gesto con la mano para que miss Dent saliera antes que él. Ella llevaba el bolso sujeto contra la blusa. Salió detrás de la mujer mayor. El tren silbó otra vez al tiempo que aminoraba la marcha; luego se detuvo delante de la estación. El foco de la locomotora se movía de un lado para otro sobre los raíles. Los dos vagones que componían el pequeño convoy estaban bien iluminados, de modo que a las tres personas que estaban en el andén les resultó fácil ver que el tren venía casi vacío. Pero no les sorprendió. A aquella hora, lo que les sorprendía era ver a alguien a bordo.

Los escasos viajeros se asomaban a las ventanillas de los vagones y encontraban raro ver a aquella gente en el andén, disponiéndose a abordar un tren a aquella hora de la noche. ¿Qué asuntos les habrían sacado de sus casas? A aquella hora, la gente debería estar pensando en acostarse. En las casas de las colinas que se veían detrás de la estación, las cocinas estaban limpias y arregladas; los lavavajillas hacía mucho que habían concluido su función, todo estaba en su sitio. Las lamparillas de noche brillaban en los cuartos de los niños.

Unas cuantas adolescentes aún estarían leyendo novelas, retorciéndose un mechón de pelo entre los dedos. Pero las televisiones se apagaban. Maridos y mujeres se disponían a pasar la noche. La media docena de viajeros sentados en los dos vagones miraban por la ventanilla y sentían curiosidad por las tres personas del andén.

Vieron a una señora de mediana edad, muy maquillada y con un vestido de punto de color rosa, subir el estribo y entrar en el tren. Tras ella, una mujer más joven, vestida con blusa y falda de verano que aferraba un bolso. La siguió un anciano que andaba despacio con aire de dignidad. El anciano tenía el pelo blanco y llevaba una corbata blanca de seda, pero iba descalzo. Los viajeros, como es lógico, pensaron que los tres iban juntos; y tuvieron la seguridad de que, fuera cual fuese el asunto que les tenía ocupados aquella noche, no había tenido un desenlace satisfactorio. Pero los viajeros habían visto en su vida cosas más extrañas. El mundo está lleno de historias de todo tipo, como ellos bien sabían. Aquello tal vez no fuese tan malo como parecía. Por esa razón, apenas volvieron a pensar en las tres personas que avanzaban por el pasillo para encontrar acomodo: la mujer y el anciano de pelo blanco se sentaron juntos, la joven del bolso unos asientos más atrás. En cambio, los viajeros miraban a la estación pensando en sus cosas, en los asuntos en que estaban enfrascados antes de que el tren parase en la estación.

El factor examinó la vía. Luego miró atrás, en la dirección en que venía el tren.

Alzó el brazo y, con la linterna, hizo una señal al maquinista. Eso era lo que el maquinista esperaba. Giró un botón y bajó una palanca. El tren arrancó. Lentamente al principio, pero luego empezó a tomar velocidad.

Fue acelerando hasta que una vez más surcó la campiña a toda marcha, con sus vagones brillantes arrojando luz sobre la vía.

FIEBRE

FEVER



Carlyle estaba en apuros. Así había estado todo el verano, desde que le dejó su mujer a principios de junio. Pero hasta hacía poco, justo unos días antes de empezar las clases en el instituto, Carlyle no había necesitado a nadie que le cuidara los niños. El se había ocupado de ellos. Los había atendido día y noche. Su madre, les dijo, estaba haciendo un largo viaje.

Debbie, la primera niñera que localizó, era una muchacha gorda de diecinueve años que, según le dijo, provenía de familia numerosa. Los niños la querían, aseguró. Dio un par de nombres como referencia. Los escribió a lápiz en un trozo de papel de cuaderno. Carlyle lo cogió, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo de la camisa. Le dijo que tenía reuniones al día siguiente. Que podía empezar a trabajar por la mañana. —Muy bien— dijo ella.

Comprendió que comenzaba una nueva época de su vida. Eileen se marchó mientras Carlyle aún estaba pasando las actas. Dijo que se iba a California del Sur para empezar una nueva vida. Se fue con Richard Hoopes, uno de los compañeros de instituto de Carlyle. Hoopes era profesor de arte dramático e instructor de fabricación de vidrio soplado y, al parecer había entregado las notas a tiempo, recogido sus cosas y abandonado la ciudad a toda prisa con Eileen. Ahora, con el largo y penoso verano detrás y las clases a punto de comenzar de nuevo, Carlyle se había finalmente ocupado del tema de encontrar niñera. Sus primeros intentos resultaron fallidos. Desesperando de encontrar a alguien —a cualquiera—, se quedó con Debbie. Al principio, agradeció que la muchacha respondiera a su solicitud. Le confió la casa y los niños como si se tratara de una parienta. De modo que a nadie había de culpar sino a sí mismo, a su propio descuido, de eso estaba seguro, cuando un día de la primera semana de clase llegó pronto a casa y paró en el camino de entrada junto a un coche con dos enormes dados de franela colgando del espejo

retrovisor. Para su sorpresa, vio a sus hijos en el jardín, con la ropa sucia, jugando con un perro lo bastante grande como para arrancarles las manos de un mordisco. Su hijo, Keith, tenía hipo y había estado llorando. Sarah, su hija, empezó a berrear cuando le vio bajar del coche. Estaban sentados en la hierba, y el perro les lamía la cara y las manos. El perro le gruñó y luego se apartó un poco cuando Carlyle se acercó a sus hijos. Cogió en brazos a Keith y luego a Sarah. Con un niño en cada brazo se acercó a la puerta. Dentro de la casa, el tocadiscos sonaba tan alto que las ventanas delanteras vibraban.

En la sala de estar, tres adolescentes se pusieron en pie de un salto abandonando sus asientos alrededor de la mesita. Encima de ella había botellas de cerveza y en el cenicero humeaban cigarrillos. Rod Stewart aullaba en el estéreo. En el sofá, Debbie, la muchacha gorda, se sentaba con otro chico. Miró a Carlyle con estúpida incredulidad cuando entró en la sala de estar. La muchacha gorda tenía la blusa abierta. Con las piernas recogidas bajo el cuerpo, fumaba un cigarrillo. La sala de estar estaba llena de humo y de música. La muchacha gorda y su amigo se levantaron a toda prisa del sofá.

—Mister Carlyle, espere un momento —dijo Debbie—. Deje que le explique.

—No me expliques nada —dijo Carlyle—. Largaos de aquí. Todos. Antes de que os eche yo. Sujetó a los niños con más fuerza. —Me debe cuatro días —dijo la muchacha gorda, tratando de abotonarse la blusa. Aún tenía el cigarrillo entre los dedos. Mientras intentaba abotonarse, se le cayó la ceniza—. Hoy no. Por hoy no me debe nada. Mister Carlyle, no es lo que parece. Pasaron a escuchar este disco.

—Lo entiendo, Debbie.

Dejó a los niños sobre la alfombra. Pero ellos se quedaron pegados a sus piernas, mirando a la gente que había en la sala de estar. Debbie los miró y meneó la cabeza despacio, como si nunca antes les hubiera puesto la vista encima.

—¡Fuera, maldita sea! —exclamó Carlyle—. Venga. Vamos. Todos vosotros.

Fue a la puerta y la abrió. Los chicos se comportaban como si no tuvieran verdadera prisa. Cogieron sus cervezas y se encaminaron despacio hacia la puerta. El disco de Rod Stewart seguía sonando.

—El disco es mío —dijo uno de ellos.

—Cógelo —repuso Carlyle. Dio un paso hacia el muchacho y se detuvo.

—No me toque, ¿eh? Simplemente, no me toque —dijo el chico. Se acercó al tocadiscos, alzó el brazo, lo apartó y quitó el disco mientras el plato seguía girando.

A Carlyle le temblaban las manos.

—Si ese coche no está fuera del camino dentro de un minuto, uno solo, llamaré a la policía. Sentía vértigo y estaba ciego de ira. Vio bailar lucecitas

delante de sus ojos; las vio de verdad.

—Oiga, escuche, que ya nos vamos, ¿eh? —dijo el muchacho—. Nos vamos.

Salieron de la casa en fila india. Afuera, la muchacha gorda trastabilló un poco. Fue hacia el coche dando bandazos. Carlyle la vio detenerse y llevarse las manos a la cara. Así se quedó en el camino durante un momento. Luego uno de los chicos la empujó por detrás llamándola por su nombre. Ella dejó caer los brazos y subió al asiento trasero del coche.

—Papá os pondrá ropa limpia —dijo Carlyle a sus hijos, tratando de mantener firme la voz—. Os bañaré y os pondré ropa limpia. Luego saldremos a comer una pizza. ¿Qué os parece una pizza?

—¿Dónde está Debbie? —le preguntó Sarah. —Se ha ido —contestó Carlyle. Por la noche, después de acostar a los niños, llamó a Carol, la compañera de instituto con la que salía desde hacía un mes. Le contó lo que había pasado con la niñera.

—Mis niños estaban en el jardín con un perro enorme, tan grande como un lobo. La niñera estaba en la casa con una pandilla de gamberros amigos suyos. Tenían a Rod Stewart sonando a toda pastilla, y se estaban emborrachando mientras los niños jugaban en el jardín con ese perro extraño.

Se llevó los dedos a las sienes y allí los dejó mientras hablaba.

—¡Santo Dios! —dijo Carol—. Pobrecito mío, cuánto lo siento.

No la oía con claridad. Se la imaginó dejando que el aparato le resbalara hasta la barbilla, como tenía costumbre de hacer mientras hablaba por teléfono. Se lo había visto hacer. Era un hábito que él encontraba un tanto irritante. ¿Quería que ella fuese a su casa?, preguntó Carol. Porque iría. Llamaría a su niñera. Y luego se acercaría a su casa. A ella le gustaría. No debía tener miedo de decirle cuándo tenía necesidad de afecto, le dijo. Carol era una de las secretarias del despacho del director del instituto donde Carlyle daba clases de arte. Estaba divorciada y tenía un hijo, un niño neurótico de diez años a quien su padre llamó Dodge en honor a su automóvil.

—No, está bien —repuso Carlyle—. Pero te lo agradezco. Gracias, Carol. Los niños están acostados, pero creo que me sentiría un poco raro teniendo compañía esta noche, ¿sabes?

Ella no insistió.

—Siento lo que ha pasado, cariño. Pero entiendo que quieras estar solo esta noche.

Lo respeto. Te veré mañana en el instituto.

Carlyle notó que esperaba a que él dijera algo más.

—Ya son dos niñeras en menos de una semana. Esto me va a volver loco.

—No te deprimas por eso, cariño —dijo ella—. Ya saldrá algo. Este fin de semana te ayudaré a encontrar a alguien. Todo se arreglará, ya verás.

—Gracias por responder cuando te necesito —dijo él—. No hay muchas como tú, ¿sabes?

—Buenas noches, Carlyle —se despidió ella.

Después de colgar, lamentó que no se le hubiera ocurrido decir otra cosa diferente de lo que había dicho. En la vida había hablado así. No mantenían relaciones amorosas, él no las llamaría así, aunque ella le gustaba. Carol sabía que él atravesaba una mala época, y no le exigía nada. Después de que Eileen se marchara a California, Carlyle ha-había pasado con los niños cada minuto del primer mes. Pensaba que ello obedecía a la impresión de su marcha, pero no quería perderlos de vista ni un momento. Desde luego no tenía interés en ver a otras mujeres, y durante un tiempo pensó que nunca sería capaz de hacerlo. Se sentía como si estuviera de luto. Pasaba el día y la noche en compañía de sus hijos. Guisaba para ellos —él no tenía apetito—, lavaba y planchaba su ropa, los llevaba al campo, donde cogían flores y comían bocadillos envueltos en papel encerado. Iban con él al supermercado, donde les dejaba coger lo que quisieran. Y cada pocos días iban al parque, a la biblioteca o al zoológico. Llevaban pan duro al zoo para echárselo a los patos. Por la noche, antes de acostarlos, Carlyle les leía a Esopo, Andersen, los hermanos Grimm.

—¿Cuándo vuelve mamá? —le preguntaba uno de ellos en medio de un cuento.

—Pronto —contestaba él—. Un día de éstos. Ahora, escuchad.

Luego leía el cuento hasta el final, les daba un beso y apagaba la luz.

Y mientras dormían, él recorría las habitaciones de la casa con un vaso en la mano, diciéndose que sí, que Eileen volvería tarde o temprano. Y al momento siguiente, decía: «No quiero volver a verte más. Nunca te lo perdonaré, zorra indecente.» Y poco después: «Vuelve, cariño, por favor. Te quiero y te necesito. Los niños también te necesitan.» Aquel verano se había quedado dormido algunas noches delante de la televisión, y se había despertado con el aparato en marcha y la pantalla llena de nieve. Era la época en que pensaba que no vería a ninguna mujer durante mucho tiempo, si es que salía con una alguna vez. Por la noche, sentado delante de la televisión con una revista o un libro sin abrir junto a él, en el sofá, solía pensar en Eileen. Cuando lo hacía, recordaba su risa, tan dulce, o su mano dándole masaje en el cuello cuando se quejaba de tenerlo dolorido. En esas ocasiones casi llegaba al borde de las lágrimas. Había pensado que esas cosas sólo les ocurrían a los demás. Poco antes del incidente con Debbie, cuando la impresión y la pena se habían suavizado un poco, telefoneó a una agencia de colocaciones para explicarles la situación y lo que necesitaba. Anotaron los datos y le dijeron que ya le llamarían. No había mucha gente que quisiera encargarse de la limpieza y de cuidar niños, le dijeron, pero encontrarían a alguien. Pocos días antes de ir al instituto para las

reuniones y las matrículas, volvió a llamar y le dijeron que por la mañana temprano alguien iría a su casa.

Se trataba de una mujer de treinta y cinco años con brazos velludos y zapatos gastados. Ella le dio la mano y le escuchó sin hacerle una sola pregunta sobre los niños, ni siquiera cómo se llamaban. Cuando la llevó a la parte de atrás de la casa, donde jugaban los niños, se limitó a mirarlos durante un momento sin decir nada. Cuando al fin sonrió, Carlyle vio que le faltaba un diente. Sarah dejó sus lápices de colores, se acercó a ellos y se quedó al lado de su padre. Tomó la mano de Carlyle y miró a la mujer. Keith también la observaba. Luego siguió pintando. Carlyle le dio las gracias por haber ido y le dijo que ya la llamaría. Por la tarde anotó un número del tablón de anuncios del supermercado. Alguien ofrecía sus servicios para cuidar niños. Daban referencias si era necesario. Carlyle marcó el número y le contestó Debbie, la gorda.

En el verano, Eileen había enviado a los niños unas postales, cartas, fotografías suyas y algunos dibujos a plumilla que había hecho desde que se marchó. También envió a Carlyle cartas largas y llenas de divagaciones en las que le pedía su comprensión respecto al asunto —*a este asunto*—, pero le explicaba que era feliz. Feliz. Como si la felicidad lo fuese todo en la vida, pensaba Carlyle. Le decía que si la quería realmente, tal como afirmaba y tal como ella creía verdaderamente —y ella también le quería, que no lo olvidara—, entonces debía de entender y aceptar las cosas como eran. Escribió: «Lo que está unido de verdad jamás podrá desunirse.» Carlyle no estaba seguro de si se refería a sus propias relaciones o a su forma de vida en California. Aborrecía la palabra *unido*. ¿Qué tenía que ver con ellos? ¿Pensaba Eileen que eran una sociedad anónima? Se dijo que Eileen debía estar perdiendo la cabeza para hablar así. Volvió a leer el párrafo y arrugó la carta. Pero unas horas después sacó la carta de la papelería donde la había tirado y la guardó junto con las demás cartas y tarjetas en una caja, en un estante de su armario. En uno de los sobres había una fotografía de ella en traje de baño, con un sombrero flexible de alas anchas. Y también un dibujo a lápiz en papel grueso que representaba una mujer a la orilla de un río con una túnica transparente, los ojos tapados con las manos y los hombros hundidos. Era, supuso Carlyle, Eileen, que mostraba su pesar por la situación. En la universidad, se había licenciado en Bellas Artes y, aun cuando accedió a casarse con él, le dijo que tenía intención de cultivar su talento. Carlyle le contestó que él no lo aceptaría de otro modo. Era algo que se debía a sí misma, le dijo. Se lo debía a los dos. En aquella época se querían. Estaba convencido. No se imaginaba que jamás pudiera querer a otra mujer tanto como a ella. Y también se sentía querido. Luego, tras ocho años de matrimonio, Eileen se había ido de su lado.

Como le decía en la carta, iba a «vivir su vida».

Después de hablar con Carol echó una mirada a los niños, que estaban dormidos. Luego fue a la cocina y se preparó un trago. Pensó en llamar a Eileen para contarle el problema de las niñeras, pero decidió no hacerlo. Tenía su número de teléfono y su dirección, desde luego. Pero sólo había llamado una vez, hasta el momento, y no había escrito una sola carta. Ello se debía en parte a la sensación de que la situación le tenía confundido, y en parte a la ira y la humillación. Una vez, a principios de verano, después de unas copas, se arriesgó a la humillación y llamó. Richard Hoopes contestó al teléfono como si todavía fuesen amigos.

—Hola, Carlyle —dijo.

Luego, como si se acordara de algo, añadió:

—Espera un momento, ¿eh?

Se puso Eileen.

—¿Qué tal, Carlyle? ¿Cómo están los niños? Háblame de ti.

Le dijo que los niños estaban muy bien. Pero antes de que pudiera añadir nada más, le interrumpió.

—Ya sé que *ellos* están bien. Pero, ¿y *tú*? Luego empezó a decirle que tenía la cabeza en su sitio por primera vez desde hacía mucho tiempo. A continuación le habló de su cabeza, de la de él, y de su *karma*. Había penetrado en su karma. Iba a mejorar en cualquier momento. Carlyle la escuchó, incapaz de dar crédito a sus oídos.

—Tengo que irme ahora, Eileen —dijo, y colgó.

El teléfono sonó un momento después, pero lo dejó sonar. Cuando se paró, lo descolgó y lo dejó así hasta la hora de acostarse.

Ahora quería llamarla, pero le daba miedo. Aún la echaba de menos y sentía necesidad de confiar en ella. Ansiaba oír su voz —dulce, serena, sin los histerismos de los últimos meses—, pero si marcaba el número podría contestar Richard Hoopes. Carlyle no quería volver a oír la voz de aquel hombre. Durante tres años, Richard había sido su compañero y, según creía, una especie de amigo. Al menos era alguien con quien Carlyle almorzaba en el comedor del instituto, con quien hablaba de Tennessee Williams y de las fotografías de Ansel Adams. Pero aunque fuese Eileen quien contestase al teléfono, podría lanzarle una perorata acerca de su karma. Mientras estaba allí sentado con el vaso en la mano, tratando de recordar lo que era estar casado y tener una relación íntima con alguien, sonó el teléfono. Lo cogió, oyó ruidos en la línea y, antes de que el que llamaba dijera su nombre, supo que era Eileen...

—Precisamente estaba pensando en ti —dijo Carlyle, que al momento se arrepintió de sus palabras.

—¡Ves! Sabía que estabas pensando en mí, Carlyle. Bueno, yo también me acordaba de ti. Por eso te he llamado. Carlyle contuvo el aliento. Eileen estaba perdiendo la cabeza. Eso era evidente.

—Y ahora, escucha —prosiguió ella—. La razón principal por la que llamo es que estoy segura de que las cosas no van muy bien ahora por ahí. No me preguntes cómo, pero lo sé. Lo siento, Carlyle. Pero es lo siguiente. Todavía te hace falta una asistenta que cuide a la vez de los niños, ¿no es cierto? ¡Pues tienes una en el barrio, prácticamente ahí mismo! Bueno, si ya has encontrado alguna y te vale, tanto mejor. Pero mira, en caso de que encuentres dificultades en ese terreno, hay una mujer que trabajó para la madre de Richard. Le expliqué a Richard el problema que podría haber y empezó a movilizarse. ¿Quieres saber lo que hizo? ¿Me escuchas? Llamó a su madre, que tuvo a esa mujer de asistenta. La mujer es la señora Webster. Se ocupaba de las cosas de la madre de Richard antes de que su tía y su hija fuesen a vivir con ella. Richard tiene su número, que se lo ha dado su madre. Ha hablado hoy con la señora Webster. La señora Webster te llamará esta noche. Y si no, lo hará por la mañana. Una cosa u otra. En cualquier caso, te ofrecerá sus servicios, si la necesitas. Y es probable; nunca se sabe. Aunque tengas solucionada la situación, cosa que espero. Pero podrías necesitarla alguna vez. ¿Sabes lo que te digo? Sino te hace falta en este momento, tal vez la necesites más adelante. ¿De acuerdo? ¿Cómo están los niños? ¿Qué travesura están haciendo?

—Los niños están bien, Eileen. Están durmiendo.

Quizá debería decirle que todas las noches lloraban hasta quedarse dormidos. Se preguntó si debería decirle la verdad, que no habían preguntado por ella ni una sola vez en las dos últimas semanas. Decidió no decírselo. —He llamado antes, pero la línea estaba sobrecargada. Le comenté a Richard que probablemente estarías hablando con tu amiga —dijo Eileen, riendo—. Sé optimista. Pareces deprimido.

—Tengo que irme, Eileen.

Se dispuso a colgar, apartándose el aparato de la oreja. Pero ella seguía hablando. —Di a Keith y Sarah que los quiero. Diles que les envíe más cuadros. Díselo. No quiero que olviden que su madre es una artista. Quizá no muy importante todavía, pero da igual. Una artista, ya sabes. Es importante que no lo olviden.

—Se lo diré —dijo Carlyle.

—Saludos de Richard.

Carlyle no contestó. Lo repitió para sus adentros: saludos. ¿Qué querría decir aquel hombre con esa palabra?

—Gracias por llamar —dijo—. Gracias por hablar con esa mujer.

—¡La señora Webster!

—Sí. Será mejor que cuelgue ya. No quiero arruinarte.

Eileen rió.

—Sólo es dinero. El dinero no tiene importancia, salvo como un medio necesario de intercambio. Hay cosas más importantes que el dinero. Pero tú ya

lo sabes. Apartó el teléfono y lo sostuvo delante de él. Miró al aparato del que salía la voz.

—Las cosas te van a ir mejor, Carlyle. Lo sé. Quizá pienses que estoy loca o algo así. Pero acuérdate. *¿Acordarme de qué?*, se preguntó alarmado Carlyle, pensando que se le debía haber escapado algo. Se acercó el aparato.

—Gracias por llamar, Eileen.

—Tenemos que estar en comunicación —repuso ella—. Hemos de mantener abiertos todos los canales de comunicación. Creo que ya ha pasado lo peor. Para los dos. Yo también he sufrido. Pero vamos a conseguir todo lo que la vida nos tiene reservado a los dos, y a la larga saldremos *fortalecidos* de todo esto. —Buenas noches —dijo él. Colgó. Luego miró al teléfono. Esperó. No volvió a sonar. Pero lo hizo una hora después. Contestó.

—Mister Carlyle —dijo una voz de mujer mayor—. Usted no me conoce, pero soy la señora de Jim Webster. Me dijeron que le llamase.

—La señora Webster, sí —dijo él, recordando lo que le había dicho Eileen.

Señora Webster, ¿puede usted venir a mi casa por la mañana? Temprano. ¿Digamos a las siete?

—Perfectamente —dijo la mujer—. A las siete. Déme su dirección.

—Me gustaría poder contar con usted —dijo Carlyle,

—Puede contar conmigo.

—No se cómo decirle lo importante que es.

—No se preocupe —dijo la mujer.

A la mañana siguiente, cuando sonó el despertador, le dieron ganas de no abrir los ojos y seguir soñando. El sueño tenía que ver con una granja. Y también había una cascada. Alguien, no sabía quién, caminaba por la carretera llevando algo. Tal vez fuese una cesta con la merienda. No era un sueño inquietante. En él parecía existir una sensación de bienestar.

Finalmente, se dio la vuelta y apagó el despertador. Se quedó tumbado un rato más.

Luego se levantó, se puso las zapatillas y fue a la cocina a poner el café.

Se afeitó y se vistió. Luego se sentó a la mesa de la cocina con el café y un cigarrillo. Los niños seguían acostados. Pero a los cinco minutos pensó en poner los cereales en la mesa, junto con tazones y cucharas, y luego ir a despertarlos para desayunar. No acababa de creer que la mujer que le había llamado la noche anterior apareciese esta mañana, tal como había dicho. Decidió esperar a las siete y cinco para llamar al instituto; se tomaría el día libre y haría todo lo imaginable para encontrar a alguien digno de confianza. Se llevó la taza a los labios. Entonces oyó un rumor en la calle. Dejó la taza y se levantó de la mesa para mirar por la ventana. Una furgoneta se había detenido junto a la acera, enfrente de su casa. El motor seguía en marcha y el vehículo vibraba. Carlyle fue a la puerta, la abrió y saludó con la mano. Una mujer mayor le devolvió el

saludo y luego salió de la furgoneta. Carlyle vio que el conductor se inclinaba y desaparecía bajo el salpicadero. El vehículo emitió un suspiro, sufrió una nueva sacudida y quedó inmóvil.

—¿Mister Carlyle? —dijo la anciana, subiendo despacio por el camino con un bolso grande.

—Pase, señora Webster —dijo él—. ¿Es su marido? Dígale que entre. Acabo de hacer café.

—Deje, deje. Lleva su termo.

Carlyle se encogió de hombros. Sostuvo la puerta para que ella pasase. Entró y se dieron la mano. La señora Webster sonrió. Carlyle asintió con la cabeza. Fueron a la cocina.

—¿Quería que me quedase hoy, entonces? —preguntó ella.

—Permítame despertar a los niños —contestó Carlyle—. Me gustaría que la conocieran antes de que vaya al instituto.

—Eso estaría bien.

Echó una mirada por la cocina. Dejó el bolso en el escurridor de los platos.

—Voy a buscar a los niños. Tardaré un par de minutos.

Poco después llevó a los niños y los presentó. Aún estaban en pijama. Sarah se frotaba los ojos. Keith estaba completamente despierto.

—Este es Keith —dijo Carlyle—. Y ésta es mi Sarah.

Tenía a Sarah de la mano. Se volvió a la señora Webster.

—Necesitan a alguien, ¿sabe usted? Necesitamos a una persona en quien podamos confiar. Supongo que eso es lo que nos pasa.

La señora Webster se acercó a los niños. Abotonó el último ojal del pijama de Keith.

Le apartó a Sarah el pelo de la cara. Ellos se lo impidieron.

—Y ahora no os preocupéis, niños. Todo irá bien, Mister Carlyle. Nos llevaremos bien. Dénos un par de días para conocernos, nada más. Pero si me quedo, haga el favor de hacer una seña a Mister Webster para que sepa que todo va bien. Salúdele por la ventana.

Luego volvió a prestar atención a los niños. Carlyle se acercó a la ventana y corrió la cortina. Un hombre mayor miraba la casa desde la cabina de la furgoneta. Se estaba llevando la tapa de un termo a los labios. Carlyle le hizo un gesto con el brazo, y el hombre le contestó con la mano que tenía libre. Carlyle le vio bajar la ventanilla y tirar lo que quedaba en la tapa del termo. Luego volvió a inclinarse bajo el salpicadero —Carlyle le imaginó cogiendo unos cables y juntándolos—, y al cabo de un momento arrancó el motor y la furgoneta empezó a agitarse. El anciano puso el vehículo en marcha y se alejó de la acera.

Carlyle se volvió de la ventana.

—Me alegro de que esté aquí, señora Webster —dijo. —Yo también, Mister

Carlyle. Y ahora, váyase a trabajar antes de que se le haga tarde. No se preocupe por nada. Nos vamos a llevar muy bien, ¿verdad, niños? Los niños asintieron con la cabeza. Reith se agarraba a su falda con una mano. Se metió en la boca el pulgar de la otra.

—Gracias —dijo Carlyle—. Me siento... Realmente me siento mucho mejor.

Movió la cabeza y sonrió. Tenía el pecho henchido de emoción al besar a sus hijos. Le comunicó a la señora Webster la hora en que volvería, se puso el abrigo, dijo adiós otra vez y salió de la casa. Por primera vez desde hacía meses, o eso le parecía, sentía que su carga se había aliviado un poco. De camino al instituto escuchó música en la radio del coche.

En el primer curso de historia del arte, se detuvo en diapositivas de la pintura bizantina. Explicó con paciencia los motivos, los detalles y los matices. Subrayó la fuerza emotiva y la precisión de las obras. Pero se extendió tanto al tratar de situar a los anónimos artistas en su medio social, que algunos alumnos empezaron a arrastrar los pies o a carraspear. Aquel día sólo dieron la tercera parte de la lección prevista. Aún seguía hablando cuando sonó el timbre. En la clase siguiente, pintura a la acuarela, se sintió sumamente tranquilo y perspicaz.

—Así, así —decía, guiando las manos de sus alumnos—. Con delicadeza. Como un soplo de aire sobre el papel. Sólo un toque. ¿Veis? Y al decirlo él también se sentía al borde del hallazgo.

—Lo que importa es *sugerir* —dijo, llevando ligeramente la mano con que Sue Colvin sostenía el pincel—. Tenéis que trabajar con vuestros propios errores hasta que parezcan hechos a propósito. ¿Entendido? Al ponerse en la cola del comedor de profesores, vio a Carol un poco más adelante. Ella pagó la comida. Esperó impaciente hasta que le hicieron la cuenta. Cuando la alcanzó, Carol había atravesado la mitad de la sala. La tomó del codo y la condujo a una mesa vacía cerca de la ventana.

—¡Por Dios, Carlyle! —dijo ella después de que se sentara.

Cogió su vaso de té con hielo. Tenía la cara encendida.

—¿Has visto la mirada que nos ha echado la señora Storr? ¿Qué te pasa? Se va a enterar todo el mundo.

Dio un sorbo al té y dejó el vaso.

—A la mierda con la señora Storr —repuso Carlyle—. Oye, deja que te cuente algo.

Cariño, me siento infinitamente mejor que ayer a estas horas. ¡Santo Dios!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Carol—. Cuéntamelo, Carlyle.

Apartó a un lado de la bandeja la macedonia de frutas y espolvoreó queso sobre los spaghetti. Pero no comió nada. Esperó a que él empezara.

—Dime qué es.

Le habló de la señora Webster. Y también de Mister Webster. De cómo arrancaba la camioneta juntando cables. Carlyle comía el consomé mientras

hablaba. Luego comió pan untado con ajo. Se bebió el té con hielo de Carol antes de darse cuenta de lo que hacía.

—Estás chiflado, Carlyle —dijo ella, señalando con la cabeza al plato de spaghetti que él no había tocado. Carlyle movió la cabeza.

—¡Por Dios, Carol! Me siento bien, ¿sabes? Me siento mejor que en todo el verano.

—Bajó la voz—. Ven esta noche a casa, ¿quieres?

Introdujo el brazo bajo la mesa y le puso la mano en la rodilla. Ella volvió a ruborizarse. Alzó la vista y echó una mirada por el comedor. Pero nadie les prestaba atención. Asintió rápidamente con la cabeza. Luego metió el brazo bajo la mesa y le acarició la mano. Al volver por la tarde, encontró la casa limpia y arreglada, y a sus hijos con ropa limpia. En la cocina, Keith y Sarah estaban de pie sobre unas sillas, ayudando a la señora Webster a hacer pastas de jengibre. Sarah tenía el pelo retirado de la cara y sujeto en la nuca con un pasador.

—¡Papá! —gritaron contentos sus hijos cuando le vieron.

—Keith, Sarah. Señora Webster, yo...

Pero ella no le dejó terminar.

—Hemos pasado un día estupendo, Mister Carlyle —dijo rápidamente la señora Webster. Se limpió los dedos en el delantal. Era uno viejo de Eileen, con molinos de viento azules.

—¡Qué niños tan guapos! Son una preciosidad. Un verdadero tesoro.

—No sé qué decir.

Carlyle estaba junto al escurridero de los platos viendo a Sarah manipular la masa.

Olió las especias. Se quitó el abrigo y se sentó a la mesa de la cocina. Se aflojó el nudo de la corbata.

—Hoy hemos pasado el día conociéndonos —explicó la señora Webster—. Para mañana tenemos otros planes. He pensado que podríamos dar un paseo por el parque. Deberíamos aprovechar el buen tiempo.

—Es una idea estupenda —dijo Carlyle—. Perfectamente. Bien. Muy bien, señora Webster.

—Terminaré de meter las pastas en el horno, y para entonces ya estará aquí Mister Webster. ¿Dijo usted a las cuatro? Le dije que viniera a las cuatro. Carlyle asintió, desbordante de agradecimiento, —ha tenido una llamada —le dijo ella mientras se acercaba a la pila con una fuente vacía—. La señora Carlyle.

—La señora Carlyle —repitió él.

Esperó a ver lo que la señora Webster diría a continuación.

—Sí. Le dije quién era yo, pero no pareció sorprendida de encontrarme aquí. Habló un poco con cada niño. Carlyle miró a Keith y a Sarah, pero no prestaban atención. Estaban colocando pastas en otra bandeja de hornear.

—Dejó un recado —prosiguió la señora Webster—. Déjeme ver, lo anoté, pero creo que me acuerdo. Dijo: «Dígale», es decir, a usted, «que lo que está por venir, acaba llegando». Me parece que es eso. Dijo que usted lo entendería.

Carlyle la miró fijamente. Oyó afuera la furgoneta de Mister Webster.

—Es Mister Webster —dijo ella, quitándose el delantal.

Carlyle asintió con la cabeza.

—¿Mañana a las siete? —preguntó ella.

—Eso es. Y gracias otra vez.

Por la noche bañó a los niños, les puso el pijama y les leyó un cuento. Escuchó sus oraciones, les tapó con las mantas y apagó la luz. Eran casi las nueve. Se preparó una copa y vio algo en la televisión hasta que oyó parar en el camino el coche de Carol. Hacia las diez, mientras aún seguían juntos en la cama, sonó el teléfono. Carlyle soltó una maldición, pero no se levantó a contestar. Siguió sonando. —Podría ser importante —dijo Carol, incorporándose—. Quizá sea la niñera. Le he dado este número.

—Es mi mujer —afirmó Carlyle—. Estoy seguro de que es ella. Está perdiendo la cabeza. Se está volviendo loca. No voy a contestar.

—De todos modos, tengo que irme en seguida —anunció Carol—. Lo de esta noche ha sido muy bonito, cariño.

Ella le acarició la cara.

Era a mediados del primer trimestre. La señora Webster llevaba casi seis semanas en su casa. Durante ese tiempo, la vida de Carlyle había experimentado una serie de cambios. En primer lugar, empezaba a admitir el hecho de que Eileen se había ido y que, hasta donde alcanzaba a comprender, no tenía intención de volver. Ya no se hacía ilusiones de que las cosas pudieran ser de otro modo. Sólo a altas horas de la noche, cuando no estaba con Carol, deseaba que se extinguiera el amor que aún sentía por Eileen y le atormentaba pensar en las razones de todo lo sucedido. Pero, en general, sus hijos y él eran felices; mejoraban bajo los cuidados de la señora Webster. Últimamente, la mujer había tomado la costumbre de hacerles la cena y guardársela caliente en el horno, hasta que Carlyle volvía del instituto. Abría la puerta y se encontraba con el aroma de algo bueno que venía de la cocina, y hallaba a Keith y a Sarah ayudando a poner la mesa del comedor. Con frecuencia preguntaba a la señora Webster si le importaría a trabajar en sábado. Ella aceptaba, mientras no tuviera que salir de su casa antes de mediodía. Los sábados por la mañana, decía, tenía que hacer cosas para Mister Webster y para ella. En esos días, Carol dejaba a Dodge con los hijos de Carlyle, todos al cuidado de la señora Webster, y Carol y él iban al campo a cenar a un restaurante. Creía que su vida estaba empezando de nuevo. Aunque no tenía noticias de Eileen desde la llamada de hacía seis semanas, descubrió que era capaz de pensar en ella sin enfadarse ni sentir que estaba al borde del llanto. En el instituto, estaba terminando la época

medieval y a punto de entrar en el gótico. El Renacimiento aún quedaba lejano, hasta después de las vacaciones de Navidad, por lo menos. Fue en ese tiempo cuando Carlyle cayó enfermo. De la noche a la mañana, según le pareció, se le comprimó el pecho y empezó a dolerle la cabeza. Las articulaciones se le pusieron rígidas.

Se mareaba al andar. La jaqueca empeoró. Un domingo se despertó así y pensó en llamar a la señora Webster para pedirle que fuese y se llevara a los niños a alguna parte. Se habían portado bien con él, llevándole vasos de zumo y gaseosa. Pero no podía ocuparse de ellos. Al segundo día, apenas fue capaz de llamar al instituto para decir que estaba enfermo. Dio su nombre, su especialidad y la naturaleza de su enfermedad a la persona que contestó al teléfono. Luego recomendó a Mel Fisher como sustituto. Fisher pintaba cuadros abstractos al óleo tres o cuatro veces por semana durante dieciséis horas al día, pero ni vendía ni exponía su obra. Era amigo de Carlyle.

—Ponga a Mel Fisher —dijo Carlyle a la mujer que atendió su llamada, y repitió en un murmullo—: Fisher.

Logró volver a la cama, se tapó con las mantas y se durmió.

En sueños, oyó la furgoneta en la calle y luego el ruido que hacía el motor al apagarse. Un poco más tarde oyó la voz de la puerta de su habitación.

—¿Mister Carlyle?

—Sí, señora Webster.

Le sonaba rara su propia voz.

—Hoy estoy enfermo. He llamado al instituto. Voy a quedarme en la cama.

—Entiendo. Entonces, no se preocupe. Yo me ocuparé de todo.

Cerró los ojos. En seguida, todavía en un estado de duermevela, creyó oír que la puerta de la casa se abría y cerraba. Escuchó. En la cocina, oyó a un hombre decir algo en voz baja, y una silla que apartaban de la mesa. Poco después oyó las voces de los niños. Y, más tarde —no estaba seguro de cuánto tiempo había pasado—, oyó a la señora Webster delante de su puerta.

—Mister Carlyle, ¿quiere que llame al médico?

—No, está bien —contestó él—. Creo que no es más que un mal catarro. Pero estoy ardiendo. Creo que tengo muchas mantas. Y hace demasiado calor en la casa. ¿Podría usted bajar la calefacción? Luego sintió que se adormecía de nuevo. Al cabo de poco oyó a los niños hablar con la señora Webster en la sala de estar. ¿Entraban o salían?, se preguntó Carlyle. ¿Es que ya era el día siguiente? Volvió a dormirse. Pero entonces notó que se abría la puerta. La señora Webster apareció junto a la cama. Le puso la mano en la frente.

—Está ardiendo —dijo—. Tiene fiebre.

—Se me quitará —afirmó Carlyle—. Sólo necesito dormir un poco más. Quizá podría usted bajar la calefacción. Por favor, le agradecería que me trajese una aspirina. Tengo una jaqueca horrible. La señora Webster salió de la

habitación, pero dejó la puerta abierta. Carlyle oyó la televisión.

—Baja el sonido, Jim —la oyó decir. Y el volumen bajó en seguida. Carlyle volvió a dormirse. Pero no pudo dormir más de un minuto, porque la señora Webster volvió a aparecer de pronto en la habitación con una bandeja. Se sentó al borde de la cama. Se desperezó y trató de incorporarse. Ella le puso una almohada en la espalda.

—Tómese esto —le dijo, dándole unas pastillas—. Beba esto. Le tendió un vaso de zumo.

—También le he traído crema de trigo. Quiero que lo coma. Le sentará bien.

Tomó la aspirina y bebió el zumo. Movi6 la cabeza. Pero cerró los ojos de nuevo.

Iba a dormirse otra vez. —Mister Carlyle —dijo ella. Abrió los ojos.

—Estoy despierto. Lo siento —dijo, incorporándose un poco—. Tengo mucho calor, eso es todo. ¿Qué hora es? ¿No son las ocho y media todavía?

—Son las nueve y media pasadas.

—Las nueve y media —repitió él.

—Ahora le voy a dar estos cereales con la cuchara. Y va usted a abrir la boca y a comérselo. Seis cucharadas, nada más. Venga, ahí va la primera. Abra. Se sentirá mejor después de haber comido. Luego le dejaré dormir. Cómaselo y luego podrá dormir todo lo que quiera.

Comió los cereales que ella le daba a cucharadas y pidió más zumo. Lo bebió y después volvió a tumbarse. Justo cuando se estaba durmiendo, notó que le tapaba con otra manta. Cuando se despertó de nuevo, era por la tarde. Lo supo por la débil luz que entraba por la ventana. Alargó el brazo y corrió la cortina. Vio que el cielo estaba cubierto; el pálido sol estaba oculto por las nubes. Se levantó de la cama despacio, encontró las zapatillas y se puso la bata. Fue al cuarto de baño y se miró en el espejo. Luego se lavó la cara y tomó otra aspirina. Se secó con la toalla y se dirigió a la sala de estar. La señora Webster había extendido unos periódicos sobre la mesa del comedor, y ella y los niños hacían juntos figuras de arcilla. Ya habían terminado algunas con cuellos largos y ojos saltones, y otras que parecían jirafas o dinosaurios. Cuando él se acercó a la mesa, la señora Webster alzó la vista.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó cuando se sentó en el sofá.

Veía la parte del comedor donde la señora Webster y los niños estaban sentados a la mesa.

—Mejor, gracias. Un poco mejor. Todavía me duele la cabeza y siento algo de calentura —dijo, llevándose la mano a la frente—. Pero estoy mejor. Sí, estoy mejor. Gracias por atenderme esta mañana.

—¿Quiere que le traiga algo? —ofreció la señora Webster—. ¿Un poco más de zumo, o té? No creo que el café le haga daño, pero me parece que el té le sentará mejor. Sería preferible un poco de zumo.

—No, no, gracias —contestó él—. Sólo me sentaré aquí un rato. Es un alivio no estar en la cama. Me encuentro un poco débil, eso es todo. ¿Señora Webster? Ella le miró y esperó.

—¿Era Mister Webster al que he oído esta mañana en la casa? Está bien, por supuesto. Sólo que lamento no haber tenido oportunidad de verle y saludarle.

—Era él. También quería conocerle a usted. Le dije que pasara. Ha escogido el peor día, con usted enfermo y todo. Quería contarle algo de nuestros planes, pero esta mañana no era buen momento.

—¿Contarme qué? —inquirió, alerta, con el miedo aguijoneándole el corazón.

Ella movió la cabeza.

—No es nada. Puede esperar.

—¿Contarle qué? —dijo Sarah—. ¿Contarle qué?

—¿Qué, qué? —se sumó Keith.

Los niños dejaron lo que estaban haciendo.

—Un momento, vosotros dos —dijo la señora Webster, levantándose.

—¡Señora Webster, señora Webster! —gritó Keith.

—Escucha, hombrecito —le dijo ella—. Tengo que hablar con tu padre, que hoy está enfermo. Así que toma las cosas con calma. Ve a jugar con la arcilla. Si no espabilas, tu hermana te va a adelantar con las figuras. Justo cuando empezaba a dirigirse al cuarto de estar, sonó el teléfono. Carlyle alargó el brazo hacia un extremo de la mesita y lo cogió. Como la vez anterior, oyó un débil zumbido en la línea y supo que era Eileen.

—¿Sí? —dijo—. ¿Qué hay?

—Carlyle —dijo su mujer—, no me preguntes cómo, pero sé que las cosas no van muy bien en este momento. Estás enfermo, ¿verdad? Richard también ha estado malo. Es algo que ronda por ahí. No puede retener nada en el estómago. Ya ha perdido una semana de ensayos para esa obra que está montando. He tenido que ir yo a modificar escenas con su ayudante. Pero no te llamo para contarte eso. Dime cómo van las cosas por ahí.

—No hay nada que decir —contestó Carlyle—. Estoy enfermo, eso es todo. Tengo un poco de gripe. Pero ya voy mejor.

—¿Sigues escribiendo el diario? —le preguntó.

Eso le pilló de sorpresa. Varios años antes, él le contó que llevaba un diario. No una relación periódica, le dijo, sino un libro; como si eso explicara algo. Pero nunca se lo había enseñado, y hacía más de un año que no escribía ni una anotación. Lo había olvidado.

—Porque —prosiguió ella— deberías escribir algo en el diario durante esta etapa. Lo que sientes y lo que piensas. Ya sabes, lo que te pasa por la cabeza durante el período de enfermedad. Recuerda que la enfermedad es un mensaje sobre tu salud y tu bienestar. Te dice cosas. Anótalo. ¿Sabes lo que quiero decir?

Cuando estés bien, repásalo y mira cuál es el mensaje. Lo puedes leer después, cuando todo haya pasado. Colette lo hizo. Cuando tuvo fiebre una vez.

—¿Quién? —preguntó Carlyle—. ¿Cómo has dicho?

—Colette. La escritora francesa. Ya sabes a quién me refiero. Teníamos un libro suyo en casa. *Gigi*, u otro. *Ese* no lo he leído, pero leo a Colette desde que he venido aquí. Escribió un librito sobre lo que le parecía, lo que pensaba y sentía durante todo el tiempo que tuvo fiebre. A veces le subía a cuarenta. A veces le bajaba. Quizá le subía a más de cuarenta. Pero nunca se tomó la temperatura por encima de cuarenta, y tampoco dijo que hubiese tenido más. De todos modos, escribió sobre la fiebre. Y eso es lo que te digo. Intenta anotar tus impresiones. Quizá salga algo —dijo Eileen que, inexplicablemente, según le pareció a Carlyle, se echó a reír—. Y más adelante tendrás un relato detallado de tu enfermedad. Para reflexionar. Al menos te quedará un testimonio. Ahora mismo no tienes más que molestias. Debes traducirlas en algo útil. Se apretó la sien con los dedos y cerró los ojos. Pero ella seguía al teléfono, esperando que él dijera algo. ¿Y qué podía decir? Era evidente que estaba loca.

—¡Por Dios, Eileen! —exclamó—. No sé qué contestarte. De verdad que no. Tengo que colgar. Gracias por llamar.

—De nada. Debemos mantener la capacidad de comunicación. Dales un beso a los niños de mi parte. Diles que les quiero. Y Richard te envía sus saludos. Aunque no puede levantarse de la cama.

—Adiós —dijo Carlyle, y colgó.

Luego se llevó las manos a la cara. Por la razón que fuese, recordó que la muchacha gorda había hecho el mismo gesto cuando iba hacia el coche. Bajó las manos y miró a la señora Webster, que le observaba.

—Espero que no sean malas noticias —dijo. La mujer había acercado una silla hasta aproximarla a la parte del sofá donde él estaba. Carlyle meneó la cabeza.

—Bien —dijo la señora Webster—. Muy bien. Y ahora, Mister Carlyle, quizá no sea éste el mejor momento para hablarle. Echó una mirada al comedor. En la mesa, los niños tenían la cabeza inclinada sobre la arcilla.

—Pero como pronto tendremos que hablar de ello, y como le atañe a usted y a los niños, y usted ya está levantado, tengo algo que decirle. Jim y yo vamos tirando. El caso es que necesitamos algo más de lo que tenemos. ¿Entiende lo que quiero decir? Me resulta difícil.

Meneó la cabeza. Carlyle asintió despacio. Sabía que iba a decirle que se marchaba. Se secó el rostro con la manga.

—El hijo de Jim de un matrimonio anterior, Bob, que tiene cuarenta años, nos llamó ayer para invitarnos a ir a Oregón a ayudarle en la granja de visones. Jim se ocuparía de todo lo relacionado con los visones, y yo guisaría, limpiaría la casa, haría la compra y todo lo que fuese necesario. Es una oportunidad para

los dos. Con casa, comida y algún dinero. Jim y yo no tendremos que preocuparnos más de lo que va a ser de nosotros. ¿Entiende? Ahora mismo, Jim no tiene nada. La semana pasada cumplió sesenta y dos años. Hace tiempo que no tiene nada. Esta mañana ha venido a decírselo personalmente, porque yo tenía que despedirme, ¿comprende? Pensamos —*pensé*— que sería más fácil si él estaba presente cuando yo se lo dijera a usted. Esperó a que Carlyle dijera algo. No lo hizo, prosiguió:

—Terminaré la semana y podría quedarme un par de días de la que viene, si es preciso. Pero luego, compréndalo, será absolutamente necesario que nos marchemos, y que usted nos desee buena suerte. Es decir, ¿nos imagina usted haciendo todo ese viaje hasta Oregón en ese viejo cacharro nuestro? Pero voy a echar de menos a los niños.

¡Son tan preciosos!

Al cabo del rato, cuando Carlyle ni siquiera había hecho ademán de contestarle, se levantó de la silla y fue a sentarse junto a él en el sofá. Le tocó la manga de la bata.

—¿Mister Carlyle?

—Lo comprendo —dijo él—. Quiero que sepa que su estancia aquí ha significado un gran cambio para los niños y para mí. Le dolía tanto la cabeza que tenía los ojos entrecerrados.

—Esta jaqueca. Este dolor de cabeza me está matando. La señora Webster alargó la mano y le tocó la frente.

—Aún tiene un poco de fiebre. Le traeré otra aspirina. Con eso bajará. Todavía estoy a cargo de todo —dijo—. Sigo siendo el médico.

—Mi mujer dice que debería escribir lo que siento. Cree que sería buena idea describir lo que es la fiebre. Para que luego lo lea y capte el mensaje.

Se echó a reír. Las lágrimas le afloraron a los ojos. Se las limpió con la mano.

—Voy a traerle la aspirina y un zumo y luego saldré con los niños —dijo la señora Webster—. Me parece que ya han perdido interés por la arcilla.

Carlyle sintió miedo de que se fuera a la otra habitación y le dejara solo. Quería hablar con ella. Se aclaró la garganta.

—Señora Webster, hay algo que quiero que sepa. Durante mucho tiempo, mi mujer y yo nos quisimos más que a nada y más que a nadie en el mundo. Lo que incluye a los niños. Creíamos, bueno, estábamos seguros de que envejeceríamos juntos. Y sabíamos que haríamos todo lo que quisiéramos, y que lo haríamos juntos. Movié la cabeza. Eso le parecía lo más triste: de ahora en adelante, todo lo que hicieran lo harían separados. —Vamos, no pasa nada —dijo la señora Webster. Le dio unas palmaditas en la mano.

Carlyle se inclinó hacia adelante y siguió hablando. Al cabo de un rato, los niños aparecieron en la sala de estar. La señora Webster atrajo su atención y se

llevó un dedo a los labios. Carlyle los miró y continuó con el discurso. Que escuchen, pensó. También les concierne a ellos. Los niños parecieron entender que debían estar callados, incluso fingir interés, de modo que se sentaron a los pies de la señora Webster. Luego se tumbaron de cara a la alfombra y empezaron a soltar risitas. Pero la señora Webster les miró con severidad y se callaron.

Carlyle continuó hablando. Al principio, aún con dolor de Cabeza, le pareció incongruente el estar en pijama, sentado en el sofá junto a aquella anciana, que esperaba pacientemente sus próximas palabras. Pero luego le desapareció la jaqueca. Y en seguida dejó de encontrarse ridículo, olvidándose de cómo tenía que sentirse. Empezó la historia un poco por el medio, después del nacimiento de los niños. Pero luego retrocedió y empezó por el principio, cuando Eileen tenía dieciocho años y él diecinueve, un chico y una chica enamorados, consumidos de amor. Se detuvo para limpiarse la frente. Se humedeció los labios. —Continúe —le animó la señora Webster—. Sé de lo que habla. Prosiga, Mister Carlyle. A veces es bueno hablar. En ocasiones es necesario. Además, quiero escucharle. Y después se sentirá mejor. A mí me pasó una vez algo así, algo parecido a lo que está describiendo usted. Amor.

Eso es lo que es.

Los niños se durmieron sobre la alfombra. Keith tenía el pulgar en la boca. Carlyle seguía hablando cuando Mister Webster apareció en la puerta, llamó y pasó a recoger a su mujer.

—Siéntate, Jim. No hay prisa. Siga con lo que estaba diciendo, Mister Carlyle. Carlyle saludó con la cabeza al viejo, que le devolvió el saludo, cogió una silla del comedor y la llevó al cuarto de estar. La acercó al sofá y se sentó emitiendo un suspiro. Luego se quitó la gorra y cruzó penosamente las piernas. Cuando Carlyle empezó a hablar de nuevo, el viejo puso los dos pies en el suelo. Los niños se despertaron. Se incorporaron en la alfombra y empezaron a mover la cabeza de un lado para otro. Pero Carlyle había concluido lo que tenía que decir, y se calló.

—Bien. Muy bien —dijo la señora Webster cuando vio que había terminado—. Usted es de buena pasta. Y ella también, la señora Carlyle. No lo olvide: todo irá bien entre ustedes cuando esto haya pasado. Se levantó y se quitó el delantal que llevaba puesto. Mister Webster también se levantó y volvió a ponerse la gorra. En la puerta, Carlyle les estrechó la mano.

—Hasta la vista —dijo Jim Webster, llevándose la mano a la visera.

—Buena suerte —dijo Carlyle. La señora Webster le dijo que le vería a la mañana siguiente, muy temprano, como de costumbre.

—¡Perfecto! —exclamó Carlyle, como si hubieran acordado algo importante.

La pareja de ancianos se dirigieron despacio a la acera y subieron a la

furgoneta.

Jim Webster se inclinó bajo el salpicadero. La señora Webster miró a Carlyle y le saludó con la mano.

Entonces, mientras estaba de pie junto a la ventana, sintió que había terminado algo. Tenía que ver con Eileen y con su vida anterior. ¿La había saludado alguna vez con la mano? Claro que sí, estaba seguro, pero ahora no se acordaba. Comprendió que todo había concluido y se sintió capaz de dejarla marchar. Estaba convencido de que su vida en común había transcurrido del modo en que lo había descrito. Pero era algo del pasado. Y ese pasado — aunque le hubiese parecido imposible y hubiera luchado contra ello— ahora se convertiría en parte de él, igual que todo lo que ya había dejado atrás.

Cuando la furgoneta arrancó con dificultad, levantó el brazo una vez más.

Vio a la pareja de ancianos inclinarse brevemente hacia él cuando se alejaban.

Entonces bajó el brazo y se volvió hacia sus hijos.

CATEDRAL

CATHEDRAL



Un ciego, antiguo amigo de mi mujer, iba a venir a pasar la noche en casa. Su esposa había muerto. De modo que estaba visitando a los parientes de ella en Connecticut. Llamó a mi mujer desde casa de sus suegros. Se pusieron de acuerdo. Vendría en tren: tras cinco horas de viaje, mi mujer le recibiría en la estación. Ella no le había visto desde hacía diez años, después de un verano que trabajó para él en Seattle. Pero ella y el ciego habían estado en comunicación. Grababan cintas magnetofónicas y se las enviaban. Su visita no me entusiasmaba. Yo no le conocía. Y me inquietaba el hecho de que fuese ciego. La idea que yo tenía de la ceguera me venía de las películas. En el cine, los ciegos se mueven despacio y no sonrían jamás. A veces van guiados por perros. Un ciego en casa no era una cosa que yo esperase con ilusión.

Aquel verano en Seattle ella necesitaba trabajo. No tenía dinero. El hombre con quien iba a casarse al final del verano estaba en una escuela de formación de oficiales. Y tampoco tenía dinero. Pero ella estaba enamorada del tipo, y él estaba enamorado de ella, etc. Vio un anuncio en el periódico: Se necesita lectora para ciego, y un número de teléfono. Telefoneó, se presentó y la contrataron en seguida. Trabajó todo el verano para el ciego. Le leía a organizar un pequeño despacho en el departamento del servicio social del condado. Mi mujer y el ciego se hicieron buenos amigos. ¿Que cómo lo sé? Ella me lo ha contado. Y también otra cosa. En su último día de trabajo, el ciego le preguntó si podía tocarle la cara. Ella accedió. Me dijo que le pasó los dedos por toda la cara, la nariz, incluso el cuello. Ella nunca lo olvidó. Incluso intentó escribir un poema. Siempre estaba intentando escribir poesía. Escribía un poema o dos al año, sobre todo después de que le ocurriera algo importante.

Cuando empezamos a salir juntos, me lo enseñó. En el poema, recordaba sus dedos y el modo en que le recorrieron la cara. Contaba lo que había sentido

en aquellos momentos, lo que le pasó por la cabeza cuando el ciego le tocó la nariz y los labios. Recuerdo que el poema no me impresionó mucho. Claro que no se lo dije. Tal vez sea que no entiendo la poesía. Admito que no es lo primero que se me ocurre coger cuando quiero algo para leer.

En cualquier caso, el hombre que primero disfrutó de sus favores, el futuro oficial, había sido su amor de la infancia. Así que muy bien. Estaba diciendo que al final del verano ella permitió que el ciego le pasara las manos por la cara, luego se despidió de él, se casó con su amor, etc., ya teniente, y se fue de Seattle. Pero el ciego y ella mantuvieron la comunicación. Ella hizo el primer contacto al cabo del año o así. Le llamó una noche por teléfono desde una base de las Fuerzas Aéreas en Alabama. Tenía ganas de hablar. Hablaron. El le pidió que le enviara una cinta y le contara cosas de su vida. Así lo hizo. Le envió la cinta. En ella le contaba al ciego cosas de su marido y de su vida en común en la base aérea. Le contó al ciego que quería a su marido, pero que no le gustaba dónde vivían, ni tampoco que él formase parte del entramado militar e industrial. Contó al ciego que había escrito un poema que trataba de él. Le dijo que estaba escribiendo un poema sobre la vida de la mujer de un oficial de las Fuerzas Aéreas. Todavía no lo había terminado. Aún seguía trabajando en él. El ciego grabó una cinta. Se la envió. Ella grabó otra. Y así durante años. Al oficial le destinaron a una base y luego a otra. Ella envió cintas desde Moody ACB, McGuire, McConnell, y finalmente, Travis, cerca de Sacramento, donde una noche se sintió sola y aislada de las amistades que iba perdiendo en aquella vida viajera. Creyó que no podría dar un paso más. Entró en casa y se tragó todas las píldoras y cápsulas que había en el armario de las medicinas, con ayuda de una botella de ginebra. Luego tomó un baño caliente y se desmayó. Pero en vez de morir, le dieron náuseas. Vomitó. Su oficial —¿por qué iba a tener nombre? Era el amor de su infancia, ¿qué más quieres?— llegó a casa, la encontró y llamó a una ambulancia. A su debido tiempo, ella lo grabó todo y envió la cinta al ciego. A lo largo de los años, iba registrado toda clase de cosas y enviando cintas a un buen ritmo. Aparte de escribir un poema al año, creo que ésa era su distracción favorita. En una cinta le decía al ciego que había decidido separarse del oficial por una temporada. En otra, le hablaba de divorcio. Ella y yo empezamos a salir, y por supuesto se lo contó al ciego. Se lo contaba todo. O me lo parecía a mí. Una vez me preguntó si me gustaría oír la última cinta del ciego. Eso fue hace un año. Hablaba de mí, me dijo. Así que dije, bueno, la escucharé. Puse unas copas y nos sentamos en el cuarto de estar. Nos preparamos para escuchar. Primero introdujo la cinta en el magnetófono y tocó un par de botones. Luego accionó una palanquita. La cinta chirrió y alguien empezó a hablar con voz sonora. Ella bajó el volumen. Tras unos minutos de cháchara sin importancia, oí mi nombre en boca de ese desconocido, del ciego a quien jamás había visto. Y luego esto: «Por todo lo

que me has contado de él, sólo puedo deducir...» Pero una llamada a la puerta nos interrumpió, y no volvimos a poner la cinta. Quizá fuese mejor así. Ya había oído todo lo que quería oír.

Y ahora, ese mismo ciego venía a dormir a mi casa. —A lo mejor puedo llevarle a la bolera —le dije a mi mujer. Estaba junto al fregadero, cortando patatas para el horno. Dejó el cuchillo y se volvió.

—Si me quieres —dijo ella—, hazlo por mí. Si no me quieres, no pasa nada. Pero si tuvieras un amigo, cualquiera que fuese, y viniera a visitarte, yo trataría de que se sintiera a gusto. —Se secó las manos con el paño de los platos.

—Yo no tengo ningún amigo ciego.

—Tú no tienes *ningún* amigo. Y punto. Además —dijo—, ¡maldita sea, su mujer acaba de morir! ¿No lo entiendes? ¡Ha perdido a su mujer! No contesté. Me había hablado un poco de su mujer. Se llamaba Beulah. ¡Beulah! Es nombre de negra.

—¿Era negra su mujer? —pregunté.

—¿Estás loco? —replicó mi mujer—. ¿Te ha dado la vena o algo así?

Cogió una patata. Vi cómo caía al suelo y luego rodaba bajo el fogón.

—¿Qué te pasa? ¿Estás borracho?

—Sólo pregunto —dije.

Entonces mi mujer empezó a suministrarme más detalles de lo que yo quería saber. Me serví una copa y me senté a la mesa de la cocina, a escuchar. Partes de la historia empezaron a encajar.

Beulah fue a trabajar para el ciego después de que mi mujer se despidiera. Poco más tarde, Beulah y el ciego se casaron por la iglesia. Fue una boda sencilla —¿quién iba a ir a una boda así?—, sólo los dos, más el ministro y su mujer. Pero de todos modos fue un matrimonio religioso. Lo que Beulah quería, había dicho él. Pero es posible que en aquel momento Beulah llevara ya el cáncer en las glándulas. Tras haber sido inseparables durante ocho años —ésa fue la palabra que empleó mi mujer, inseparables—, la salud de Beulah empezó a declinar rápidamente.

Murió en una habitación de hospital de Seattle, mientras el ciego sentado junto a la cama le cogía la mano. Se habían casado, habían vivido y trabajado juntos, habían dormido juntos —y hecho el amor, claro— y luego el ciego había tenido que enterrarla. Todo esto sin haber visto ni una sola vez el aspecto que tenía la dichosa señora. Era algo que yo no llegaba a entender. Al oírlo, sentí un poco de lástima por el ciego. Y luego me sorprendí pensando qué vida tan lamentable debió llevar ella. Figúrense una mujer que jamás ha podido verse a través de los ojos del hombre que ama. Una mujer que se ha pasado día tras día sin recibir el menor cumplido de su amado. Una mujer cuyo marido jamás ha leído la expresión de su cara, ya fuera de sufrimiento o de algo mejor. Una mujer que podía ponerse o no maquillaje, ¿qué más le daba a él? Si se le

antojaba, podía llevar sombra verde en un ojo, un alfiler en la nariz, pantalones amarillos y zapatos morados, no importa. Para luego morir, la mano del ciego sobre la suya, sus ojos ciegos llenos de lágrimas —me lo estoy imaginando—, con un último pensamiento que tal vez fuera éste: «él nunca ha sabido cómo soy yo», en el expreso hacia la tumba. Robert se quedó con una pequeña póliza de seguros y la mitad de una moneda mejicana de veinte pesos. La otra mitad se quedó en el ataúd con ella. Patético.

Así que, cuando llegó el momento, mi mujer fue a la estación a recogerle. Sin nada que hacer, salvo esperar —claro que de eso me quejaba—, estaba tomando una copa y viendo la televisión cuando oí parar al coche en el camino de entrada. Sin dejar la copa, me levanté del sofá y fui a la ventana a echar una mirada. Vi reír a mi mujer mientras aparcaba el coche. La vi salir y cerrar la puerta. Seguía sonriendo. Qué increíble. Rodeó el coche y fue a la puerta por la que el ciego ya estaba empezando a salir. ¡El ciego, fíjense en esto, llevaba barba crecida! ¡Un ciego con barba! Es demasiado, diría yo. El ciego alargó el brazo al asiento de atrás y sacó una maleta. Mi mujer le cogió del brazo, cerró la puerta y, sin dejar de hablar durante todo el camino, le condujo hacia las escaleras y el porche. Apagué la televisión. Terminé la copa, lavé el vaso, me sequé las manos. Luego fui a la puerta.

—Te presento a Robert —dijo mi mujer—. Robert, éste es mi marido. Ya te he hablado de él. Estaba radiante de alegría. Llevaba al ciego cogido por la manga del abrigo. El ciego dejó la maleta en el suelo y me tendió la mano. Se la estreché. Me dio un buen apretón, retuvo mi mano y luego la soltó.

—Tengo la impresión de que ya nos conocemos —dijo con voz grave.

—Yo también —repuse. No se me ocurrió otra cosa. Luego añadí—: Bienvenido. He oído hablar mucho de usted. Entonces, formando un pequeño grupo, pasamos del porche al cuarto de estar, mi mujer conduciéndole por el brazo. El ciego llevaba la maleta con la otra mano. Mi mujer decía cosas como: «A tu izquierda, Robert. Eso es. Ahora, cuidado, hay una silla. Ya está. Siéntate ahí mismo. Es el sofá. Acabamos de comprarlo hace dos semanas.» Empecé a decir algo sobre el sofá viejo. Me gustaba. Pero no dije nada. Luego quise decir otra cosa, sin importancia, sobre la panorámica del Hudson que se veía durante el viaje. Cómo para ir a Nueva York había que sentarse en la parte derecha del tren, y, al venir de Nueva York, a la parte izquierda.

—¿Ha tenido buen viaje? —le pregunté—. A propósito, ¿en qué lado del tren ha venido sentado?

—¡Vaya pregunta, en qué lado! —exclamó mi mujer—. ¿Qué importancia tiene?

—Era una pregunta.

—En el lado derecho —dijo el ciego—. Hacía casi cuarenta años que no iba en tren.

Desde que era niño. Con mis padres. Demasiado tiempo. Casi había olvidado la sensación. Ya tengo canas en la barba. O eso me han dicho, en todo caso. ¿Tengo un aspecto distinguido, querida mía? —preguntó el ciego a mi mujer. —Tienes un aire muy distinguido, Robert. Robert —dijo ella—, ¡qué contenta estoy de verte, Robert! Finalmente, mi mujer apartó la vista del ciego y me miró. Tuve la impresión de que no le había gustado su aspecto. Me encogí de hombros. Nunca he conocido personalmente a ningún ciego. Aquel tenía cuarenta y tantos años, era de constitución fuerte, casi calvo, de hombros hundidos, como si llevara un gran peso. Llevaba pantalones y zapatos marrones, camisa de color castaño claro, corbata y chaqueta de sport. Impresionante. Y también una barba tupida. Pero no utilizaba bastón ni llevaba gafas oscuras. Siempre pensé que las gafas oscuras eran indispensables para los ciegos. El caso era que me hubiese gustado que las llevara. A primera vista, sus ojos parecían normales, como los de todo el mundo, pero si uno se fijaba tenían algo diferente. Demasiado blanco en el iris, para empezar, y las pupilas parecían moverse en sus órbitas como si no se diera cuenta o fuese incapaz de evitarlo. Horrible. Mientras contemplaba su cara, vi que su pupila izquierda giraba hacia la nariz mientras la otra procuraba mantenerse en su sitio. Pero era un intento vano, pues el ojo vagaba por su cuenta sin que él lo supiera o quisiera saberlo.

—Voy a servirle una copa —dije—. ¿Qué prefiere? Tenemos un poco de todo. Es uno de nuestros pasatiempos.

—Solo bebo whisky escocés, muchacho —se apresuró a decir · con su voz sonora.

—De acuerdo —dije. ¡Muchacho!—. Claro que sí, lo sabía. Tocó con los dedos la maleta, que estaba junto al sofá. Se hacía su composición de lugar. No se lo reproché.

—La llevaré a tu habitación —le dijo mi mujer. —No, está bien —dijo el ciego en voz alta—. Ya la llevaré yo cuando suba.

—¿Con un poco de agua, el whisky? —le pregunté.

—Muy poca.

—Lo sabía.

—Solo una gota —dijo él—. Ese actor irlandés, ¿Barry Fitzgerald? Soy como él.

Cuando bebo agua, decía Fitzgerald, bebo agua. Cuando bebo whisky, bebo whisky. Mi mujer se echó a reír. El ciego se llevó la mano a la barba. Se la levantó despacio y la dejó caer.

Preparé las copas, tres vasos grandes de whisky con un chorrito de agua en cada uno. Luego nos pusimos cómodos y hablamos de los viajes de Robert. Primero, el largo vuelo desde la costa Oeste a Connecticut. Luego, de Connecticut aquí, en tren. Tomamos otra copa para esa parte del viaje. Recordé

haber leído en algún sitio que los ciegos no fuman porque, según dicen, no pueden ver el humo que exhalan. Creí que al menos sabía eso de los ciegos. Pero este ciego en particular fumaba el cigarrillo hasta el filtro y luego encendía otro. Llenó el cenicero y mi mujer lo vació. Cuando nos sentamos a la mesa para cenar, tomamos otra copa. Mi mujer llenó el plato de Robert con un filete grueso, patatas al horno, judías verdes. Le unté con mantequilla dos rebanadas de pan.

—Ahí tiene pan y mantequilla —le dije, bebiendo parte de mi copa—. Y ahora recemos.

El ciego inclinó la cabeza. Mi mujer me miró con la boca abierta.

—Roguemos para que el teléfono no suene y la comida no esté fría —dije.

Nos pusimos al ataque. Nos comimos todo lo que había en la mesa. Devoramos como si no nos esperase un mañana. No hablamos. Comimos. Nos atiborramos. Como animales. Nos dedicamos a comer en serio. El ciego localizaba inmediatamente la comida, sabía exactamente dónde estaba todo en el plato. Lo observé con admiración mientras manipulaba la carne con el cuchillo y el tenedor. Cortaba dos trozos de filete, se llevaba la carne a la boca con el tenedor, se dedicaba luego a las patatas asadas y a las judías verdes, y después partía un trozo grande de pan con mantequilla y se lo comía. Lo acompañaba con un buen trago de leche. Y, de vez en cuando, no le importaba utilizar los dedos.

Terminamos con todo, incluyendo media tarta de fresas. Durante unos momentos quedamos inmóviles, como atontados. El sudor nos perlaba el rostro. Al fin nos levantamos de la mesa, dejando los platos sucios. No miramos atrás. Pasamos al cuarto de estar y nos dejamos caer de nuevo en nuestro sitio. Robert y mi mujer, en el sofá. Yo ocupé la butaca grande. Tomamos dos o tres copas más mientras charlaban de las cosas más importantes que les habían pasado durante los últimos diez años. En general, me limité a escuchar. De vez en cuando intervenía. No quería que pensase que me había ido de la habitación, y no quería que ella creyera que me sentía al margen. Hablaron de cosas que les habían ocurrido —¡a ellos!— durante esos diez años. En vano esperé oír mi nombre en los dulces labios de mi mujer: «Y entonces mi amado esposo apareció en mi vida», algo así. Pero no escuché nada parecido. Hablaron más de Robert. Según parecía, Robert había hecho un poco de todo, un verdadero ciego aprendiz de todo y maestro de nada. Pero en época reciente su mujer y él distribuían los productos Amway, con lo que se ganaban la vida más o menos, según pude entender. El ciego también era aficionado a la radio. Hablaba con su voz grave de las conversaciones que había mantenido con operadores de Guam, en las Filipinas, en Alaska e incluso en Tahití. Dijo que tenía muchos amigos por allí, si alguna vez quería visitar esos países. De cuando en cuando volvía su rostro ciego hacia mí, se ponía la mano bajo la barba y me preguntaba

algo. ¿Desde cuándo tenía mi empleo actual? (Tres años.) ¿Me gustaba mi trabajo? (No.) ¿Tenía intención de conservarlo? (¿Qué remedio me quedaba?) Finalmente, cuando pensé que empezaba a quedarse sin cuerda, me levanté y encendí la televisión.

Mi mujer me miró con irritación. Empezaba a acalorarse.

Luego miró al ciego y le preguntó:

—¿Tienes televisión, Robert?

—Querida mía —contestó el ciego—, tengo dos televisores. Uno en color y otro en blanco y negro, una vieja reliquia. Es curioso, pero cuando enciendo la televisión, y siempre estoy poniéndola, conecto el aparato en color. ¿No te parece curioso? No supe qué responder a eso. No tenía absolutamente nada que decir. Ninguna opinión. Así que vi las noticias y traté de escuchar lo que decía el locutor.

—Esta televisión es en color —dijo el ciego—. No me preguntéis cómo, pero lo sé.

—La hemos comprado hace poco —dije. El ciego bebió un sorbo de su vaso. Se levantó la barba, la olió y la dejó caer. Se inclinó hacia adelante en el sofá. Localizó el cenicero en la mesa y aplicó el mechero al cigarrillo. Se recostó en el sofá y cruzó las piernas, poniendo el tobillo de una sobre la rodilla de la otra. Mi mujer se cubrió la boca y bostezó. Se estiró.

—Voy a subir a ponerme la bata. Me apetece cambiarme. Ponte cómodo, Robert —dijo.

—Estoy cómodo —repuso el ciego.

—Quiero que te sientas a gusto en esta casa.

—Lo estoy —aseguró el ciego.

Cuando salió de la habitación, escuchamos el informe del tiempo y luego el resumen de los deportes. Para entonces, ella había estado ausente tanto tiempo, que yo ya no sabía si iba a volver. Pensé que se habría acostado. Deseaba que bajase. No quería quedarme solo con el ciego. Le pregunté si quería otra copa y me respondió que naturalmente que sí. Luego le pregunté si le apetecía fumar un poco de mandanga conmigo. Le dije que acababa de liar un porro. No lo había hecho, pero pensaba hacerlo en un periquete.

—Probaré un poco —dijo.

—Bien dicho. Así se habla.

Serví las copas y me senté a su lado en el sofá. Luego lié dos canutos gordos. Encendí uno y se lo pasé. Se lo puse entre los dedos. Lo cogió e inhaló.

—Reténgalo todo lo que pueda —le dije.

Vi que no sabía nada del asunto.

Mi mujer bajó llevando la bata rosa con las zapatillas del mismo color.

—¿Qué es lo que huelo? —preguntó.

—Pensamos fumar un poco de hierba —dije.

Mi mujer me lanzó una mirada furiosa. Luego miró al ciego y dijo:

—No sabía que fumaras, Robert.

—Ahora lo hago, querida mía. Siempre hay una primera vez. Pero todavía no siento nada.

—Este material es bastante suave —expliqué—. Es flojo. Con esta mandanga se puede razonar. No le confunde a uno.

—No hace mucho efecto, muchacho —dijo, riéndose.

Mi mujer se sentó en el sofá, entre los dos. Le pasé el canuto. Lo cogió, le dio una calada y me lo volvió a pasar.

—¿En qué dirección va esto? —preguntó—. No debería fumar. Apenas puedo tener los ojos abiertos. La cena ha acabado conmigo. No he debido comer tanto.

—Ha sido la tarta de fresas —dijo el ciego—. Eso ha sido la puntilla.

Soltó una enorme carcajada. Luego meneó la cabeza.

—Hay más tarta —le dije.

—¿Quieres un poco más, Robert? —le preguntó mi mujer.

—Quizá dentro de un poco.

Prestamos atención a la televisión. Mi mujer bostezó otra vez.

—Cuando tengas ganas de acostarte, Robert, tu cama está hecha —dijo—. Sé que has tenido un día duro. Cuando estés listo para ir a la cama, dílo. —Le tiró del brazo—. ¿Robert? Volvió de su ensimismamiento y dijo:

—Lo he pasado verdaderamente bien. Esto es mejor que las cintas, ¿verdad?

—Le toca a usted —le dije, poniéndole el porro entre los dedos.

Inhaló, retuvo el humo y luego lo soltó. Era como si lo estuviese haciendo desde los nueve años.

—Gracias, muchacho. Pero creo que esto es todo para mí. Me parece que empiezo a sentir el efecto.

Pasó a mi mujer el canuto chisporroteante.

—Lo mismo digo —dijo ella—. Ídem de ídem. Yo también.

Cogió el porro y me lo pasó.

—Me quedaré sentada un poco entre vosotros dos con los ojos serrados. Pero no me prestéis atención, ¿eh? Ninguno de lo» dos. Si os molesto, decidlo. Si no, es posible que me quede aquí sentada con los ojos cerrados hasta que os marchéis a acostar. Tu cama está hecha, Robert, para cuando quieras. Está al lado de nuestra habitación, al final de las escaleras. Te acompañaremos cuando estés listo. Si me duermo, despertadme, chicos. Al decir eso, cerró los ojos y se durmió. Terminaron las noticias. Me levanté y cambié de canal. Volví a sentarme en el sofá. Deseé que mi mujer no se hubiera quedado dormida. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo del sofá y la boca abierta. Se había dado la

vuelta, de modo que la bata se le había abierto revelando un muslo apetitoso. Alargué la mano para volverla a tapar y entonces miré al ciego. ¡Qué cono! Dejé la bata como estaba.

—Cuando quiera un poco de tarta, dígalo —le recordé. —Lo haré.

—¿Está cansado? ¿Quiere que le lleve a la cama? ¿Le apetece irse a la piltra?

—Todavía no —contestó—. No, me quedaré contigo, muchacho. Si no te parece mal. Me quedaré hasta que te vayas a aceitar. No hemos tenido oportunidad de hablar. ¿Comprendes lo que quiero decir? Tengo la impresión de que ella y yo hemos monopolizado la velada.

Se levantó la barba y la dejó caer. Cogió los cigarrillos y el mechero.

—Me parece bien —dije, y añadí—: Me alegro de tener compañía. Y supongo que así era. Todas las noches fumaba hierba y me quedaba levantado hasta que me venía el sueño. Mi mujer y yo rara vez nos acostábamos al mismo tiempo. Cuando me dormía, empezaba a soñar. A veces me despertaba con el corazón encogido. En la televisión había algo sobre la iglesia y la Edad Media. No era un programa corriente. Yo quería ver otra cosa. Puse otros canales. Pero tampoco había nada en los demás. Así que volví a poner el primero y me disculpé.

—No importa, muchacho —dijo el ciego—. A mí me parece bien. Mira lo que quieras. Yo siempre aprendo algo. Nunca se acaba de aprender cosas. No me vendría mal aprender algo esta noche. Tengo oídos.

No dijimos nada durante un rato. Estaba inclinado hacia adelante, con la cara vuelta hacia mí, la oreja derecha apuntando en dirección al aparato. Muy desconcertante. De cuando en cuando dejaba caer los párpados para abrirlos luego de golpe, como si pensara en algo que oía en la televisión. En la pantalla, un grupo de hombres con capuchas eran atacados y torturados por otros vestidos con trajes de esqueleto y de demonios. Los demonios llevaban máscaras de diablo, cuernos y largos rabos. El espectáculo formaba parte de una procesión. El narrador inglés dijo que se celebraba en España una vez al año. Traté de explicarle al ciego lo que sucedía.

—Esqueletos. Ya sé —dijo, moviendo la cabeza. La televisión mostró una catedral.

Luego hubo un plano largo y lento de otra. Finalmente, salió la imagen de la más famosa, la de París, con sus arbotantes y sus flechas que llegaban hasta las nubes. La cámara se retiró para mostrar el conjunto de la catedral surgiendo por encima del horizonte.

A veces, el inglés que contaba la historia se callaba, dejando simplemente que el objetivo se moviera en torno a las catedrales. O bien la cámara daba una vuelta por el campo y aparecían hombres caminando detrás de los bueyes.

Esperé cuanto pude. Luego me sentí obligado a decir algo:

—Ahora aparece el exterior de esa catedral. Gárgolas. Pequeñas estatuas en forma de monstruos. Supongo que ahora están en Italia. Sí, en Italia. Hay cuadros en los muros de esa iglesia.

—¿Son pinturas al fresco, muchacho? —me preguntó, dando un sorbo de su copa.

Cogí mi vaso, pero estaba vacío. Intenté recordar lo que pude.

—¿Me pregunta si son frescos? —le dije—. Buena pregunta. No lo sé.

La cámara enfocó una catedral a las afueras de Lisboa. Comparada con la francesa y la italiana, la portuguesa no mostraba grandes diferencias. Pero existían. Sobre todo en el interior. Entonces se me ocurrió algo.

—Se me acaba de ocurrir algo. ¿Tiene usted idea de lo que es una catedral? ¿El aspecto que tiene, quiero decir? ¿Me sigue? Si alguien le dice la palabra catedral, ¿sabe usted de qué le hablan? ¿Conoce usted la diferencia entre una catedral y una iglesia baptista, por ejemplo? Dejó que el humo se escapara despacio de su boca.

—Sé que para construirla han hecho falta centenares de obreros y cincuenta o cien años —contestó—. Acabo de oírsele decir al narrador, claro está. Sé que en una catedral trabajaban generaciones de una misma familia. También lo ha dicho el comentarista. Los que empezaban, no vivían para ver terminada la obra. En ese sentido, muchacho, no son diferentes de nosotros, ¿verdad? Se echó a reír. Sus párpados volvieron a cerrarse. Su cabeza se movía. Parecía dormir. Tal vez se figuraba estar en Portugal. Ahora, la televisión mostraba otra catedral. En Alemania, esta vez. La voz del inglés seguía sonando monótonamente.

—Catedrales —dijo el ciego.

Se incorporó, moviendo la cabeza de atrás adelante.

—Si quieres saber la verdad, muchacho, eso es todo lo que sé. Lo que acabo de decir. Pero tal vez quieras describirme una. Me gustaría. Ya que me lo preguntas, en realidad no tengo una idea muy clara. Me fijé en la toma de la catedral en la televisión. ¿Cómo podía empezar a describírsele? Supongamos que mi vida dependiera de ello. Supongamos que mi vida estuviese amenazada por un loco que me ordenara hacerlo, o si no... Observé la catedral un poco más hasta que la imagen pasó al campo. Era inútil. Me volví hacia el ciego y dije:

—Para empezar, son muy altas.

Eché una mirada por el cuarto para encontrar ideas.

—Suben muy arriba. Muy alto. Hacia el cielo. Algunas son tan grandes que han de tener apoyo. Para sostenerlas, por decirlo así. El apoyo se llama arbotante. Me recuerdan a los viaductos, no sé por qué. Pero quizá tampoco sepa usted lo que son los viaductos. A veces, las catedrales tienen demonios y

cosas así en la fachada. En ocasiones, caballeros y damas. No me pregunte por qué. El asentía con la cabeza. Todo su torso parecía moverse de atrás adelante.

—No se lo explico muy bien, ¿verdad? —le dije. Dejó de asentir y se inclinó hacia adelante, al borde del sofá. Mientras me escuchaba, se pasaba los dedos por la barba. No me hacía entender, eso estaba claro. Pero de todos modos esperó a que continuara. Asintió como si tratara de animarme. Intenté pensar en otra cosa que decir.

—Son realmente grandes. Pesadas. Están hechas de piedra. De mármol también, a veces. En aquella época, al construir catedrales los hombres querían acercarse a Dios. En esos días, Dios era una parte importante en la vida de todo el mundo. Eso se ve en la construcción de catedrales. Lo siento —dije—, pero creo que eso es todo lo que puedo decirle. Esto no se me da bien.

—No importa, muchacho —dijo el ciego—. Escucha, espero que no te moleste que te pregunte. ¿Puedo hacerte una pregunta? Deja que te haga una sencilla. Contéstame sí o no. Sólo por curiosidad y sin ánimo de ofenderte. Eres mi anfitrión. Pero ¿eres creyente en algún sentido? ¿No te molesta que te lo pregunte? Meneé la cabeza. Pero él no podía verlo. Para un ciego, es lo mismo un guiño que un movimiento de cabeza.

—Supongo que no soy creyente. No creo en nada. A veces resulta difícil. ¿Sabe lo que quiero decir? —Claro que sí. —Así es. El inglés seguía hablando. Mi mujer suspiró, dormida. Respiró hondo y siguió durmiendo.

—Tendrá que perdonarme —le dije—. Pero no puedo explicarle cómo es una catedral. Soy incapaz. No puedo hacer más de lo que he hecho. El ciego permanecía inmóvil mientras me escuchaba, con la cabeza inclinada.

—Lo cierto es —proseguí— que las catedrales no significan nada especial para mí.

Nada. Catedrales. Es algo que se ve en la televisión a última hora de la noche. Eso es todo. Entonces fue cuando el ciego se aclaró la garganta. Sacó algo del bolsillo de atrás. Un pañuelo. Luego dijo:

—Lo comprendo, muchacho. Esas cosas pasan. No te preocupes. Oye, escúchame.

¿Querrías hacerme un favor? Tengo una idea. ¿Por qué no vas a buscar un papel grueso? Y una pluma. Haremos algo. Dibujaremos juntos una catedral. Trae papel grueso y una pluma. Vamos, muchacho, tráelo. Así que fui arriba. Tenía las piernas como sin fuerza. Como si acabara de venir de correr. Eché una mirada en la habitación de mi mujer. Encontré bolígrafos encima de su mesa, en una cestita. Luego pensé dónde buscar la clase de papel que me había pedido. Abajo, en la cocina, encontré una bolsa de la compra con cáscaras de cebolla en el fondo. La vacié y la sacudí. La llevé al cuarto de estar y me senté con ella a sus pies. Aparté unas cosas, alisé las arrugas del papel de la bolsa y lo extendí sobre la mesita. El ciego se bajó del sofá y se sentó en la alfombra, a mi

lado. Pasó los dedos por el papel, de arriba a abajo. Recorrió los lados del papel. Incluso los bordes, hasta los cantos. Manoseó las esquinas.

—Muy bien —dijo—. De acuerdo, vamos a hacerla.

Me cogió la mano, la que tenía el bolígrafo. La apretó.

—Adelante, muchacho, dibuja —me dijo—. Dibuja. Ya verás. Yo te seguiré. Saldrá bien. Empieza ya, como te digo. Ya vetas. Dibuja. Así que empecé. Primero tracé un rectángulo que parecía una casa. Podía ser la casa en la que vivo. Luego le puse el tejado. En cada extremo del tejado, dibujé flechas góticas. De locos.

—Estupendo —dijo él—. Magnífico. Lo haces estupendamente. Nunca en la vida habías pensado hacer algo así, ¿verdad, muchacho? Bueno, la vida es rara, ya lo sabemos. Venga. Sigue. Puse ventanas con arcos. Dibujé arbotantes. Suspendí puertas enormes. No podía parar. El canal de la televisión dejó de emitir. Dejé el bolígrafo para abrir y cerrar los dedos. El ciego palpó el papel. Movía las puntas de los dedos por encima, por donde yo había dibujado, asintiendo con la cabeza.

—Esto va muy bien —dijo.

Volví a coger el bolígrafo y él encontró mi mano. Seguí con ello. No soy ningún artista, pero continué dibujando de todos modos. Mi mujer abrió los ojos y nos miró. Se incorporó en el sofá, con la bata abierta.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó—. Contádmelo. Quiero saberlo.

No le contesté.

—Estamos dibujando una catedral —dijo el ciego—. Lo estamos haciendo él y yo.

Aprieta fuerte —me dijo a mí—. Eso es. Así va bien. Naturalmente. Ya lo tienes, muchacho. Lo sé. Creías que eras incapaz. Pero puedes, ¿verdad? Ahora vas echando chispas. ¿Entiendes lo que quiero decir? Verdaderamente vamos a tener algo aquí dentro de un momento. ¿Cómo va ese brazo? —me preguntó—. Ahora pon gente por ahí. ¿Qué es una catedral sin gente?

—¿Qué pasa? —inquirió mi mujer—. ¿Qué estás haciendo, Robert? ¿Qué ocurre?

—Todo va bien —le dijo a ella.

Y añadió, dirigiéndose a mí:

—Ahora cierra los ojos.

Lo hice. Los cerré, tal como me decía.

—¿Los tienes cerrados? —preguntó—. No hagas trampa.

—Los tengo cerrados.

—Mantenlos así. No pares ahora. Dibuja.

Y continuamos. Sus dedos apretaban los míos mientras mi mano recorría el papel.

No se parecía a nada que hubiese hecho en la vida hasta aquel momento.

Luego dijo:

—Creo que ya está. Me parece que lo has conseguido. Echa una mirada. ¿Qué te parece? Pero yo tenía los ojos cerrados. Pensé mantenerlos así un poco más. Creí que era algo que debía hacer.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Estás mirándolo?

Yo seguía con los ojos cerrados. Estaba en mi casa. Lo sabía. Pero yo no tenía la impresión de estar dentro de nada.

—Es verdaderamente extraordinario —dije.

EL ELEFANTE

ELEPHANT^[7] - 1988



Intimidad / Intimacy

Tengo unas gestiones que hacer al oeste del estado, así que aprovecho para pararme en la pequeña población donde vive mi ex mujer. No nos hemos visto en cuatro años. Pero de cuando en cuando, siempre que se publica algo mío o escriben sobre mí en revistas y periódicos —una semblanza, una entrevista—, le envío los recortes. No sé por qué lo hago; tal vez porque pienso que puede interesarle. Pero ella nunca me contesta. Son las nueve de la mañana. No la he llamado por teléfono, y la verdad es que no sé cómo va a recibirme.

Pero me deja pasar. No parece sorprendida. No nos damos la mano. Ni que decir tiene que no nos besamos. Me hace pasar a la sala. Llevo apenas unos segundos sentado cuando me trae café. Luego empieza a decirme lo que piensa. Dice que soy el culpable de su angustia, que he hecho que se sienta desnuda y humillada. Que quede claro: me suena tan familiar que no me siento en absoluto incómodo. Dice: Y entonces te metiste de lleno en el engaño. Tan pronto. Siempre te has sentido bien en el engaño. No, no es cierto. Al principio al menos no era así. Entonces eras diferente. Pero también yo era distinta, imagino. Todo era distinto entonces. No, fue después de que cumplieras los treinta y cinco, o treinta y seis, por esa época, no sé cuándo exactamente, mediada la treintena. Entonces empezaste. Vaya si empezaste. Te volviste contra mí. Te despachaste a gusto. Debes de sentirte muy orgulloso de ti mismo.

Dice: A veces tengo ganas de gritar.

Deberías olvidar los días duros, los malos tiempos al hablar de aquella época, me dice. Párate a pensar también en los buenos, me dice. ¿O es que no los hubo? Le gustaría que dejase a un lado los otros, los malos. Está harta del dichoso tema. Hastiada de oír hablar de ello. Tu cantinela preferida, dice. Lo hecho, hecho está, y el pasado nadie puede cambiarlo. Una tragedia, sí. Bien

sabe Dios que fue una tragedia, más que una tragedia. Pero ¿a qué viene volver sobre ello? ¿Es que no te cansas nunca de desenterrar la vieja historia?

Dice: Deja a un lado el pasado, por el amor de Dios. Todas esas viejas heridas.

Seguro que en tu carcaj han de quedarte otras flechas.

Dice: ¿Sabes una cosa? Creo que estás enfermo. Creo que estás como una cabra.

Oye, ¿no te creerás todas esas cosas que dicen de ti? No te las creas ni en broma. Mira, yo podría contarles un par de cosas. Déjame hablar con ellos; yo sí que podría contarles algo bueno.

Dice: ¿Me estás escuchando?

Te estoy escuchando, digo. Soy todo oídos, digo.

Dice: ¡Lo que he tenido que aguantar, señor mío! Y además, ¿quién te ha pedido que vengas a verme? Yo no, desde luego. Apareces y entras. ¿Qué diablos quieres de mí? ¿Sangre? ¿Más sangre? Pensaba que tenías ya la panza llena. Dice: Piensa que estoy muerta. Quiero que me dejes en paz. Lo que quiero es que me dejes en paz, que me olvides. Mira, tengo cuarenta y cinco años. Cuarenta y cinco, y tengo la impresión de tener cincuenta y cinco, o sesenta y cinco. Así que déjame en paz, ¿quieres?

Dice: ¿Por qué no borras toda la pizarra y miras luego lo que queda? ¿Por qué no empiezas de nuevo otra pizarra? Hazlo, a lo mejor llegas lejos. Esto último le hace reír. Yo río también, pero en mi caso son los nervios.

Dice: ¿Sabes una cosa? También yo tuve mi oportunidad, pero la dejé pasar. Sí, la dejé pasar. No creo habértelo contado nunca. Pero ahora mírame. ¡Mírame! Echame un buen vistazo, ahora que puedes. Me dejaste tirada como un trapo, grandísimo hijo de perra.

Dice: En aquel tiempo yo era más joven, y mejor persona. Quizá tú también lo eras. Mejor persona, me refiero. Lo eras, sin duda. Tenías que ser mejor persona, porque si no nunca habría tenido nada que ver contigo.

Dice: Te quise tanto. Te quise con locura. Sí, así te quise. Más que a nada en el mundo. ¿Te das cuenta? Es para morirse de risa. ¿Te imaginas? Estábamos tan íntimamente unidos en aquella época que apenas puedo creerlo. Creo que eso es precisamente lo que más extraño se me hace ahora. El recuerdo de haber tenido tal intimidad con alguien. Una intimidad tan grande que me dan ganas de vomitar. No me cabe en la cabeza una intimidad así con otra persona. Nunca he vuelto a tenerla. Dice: Sinceramente, quiero que me dejes al margen de todo de ahora en adelante. Lo digo en serio. Además, ¿quién te has creído que eres? ¿Te crees Dios o algo parecido? Tú no eres digno ni de lamerle las botas. Ni las botas de Dios ni las de nadie, si vamos al caso. Señor mío, ha estado usted frecuentando gente que no le conviene. Pero ¿qué puedo saber yo? Ya ni siquiera sé qué es lo que sé. Pero sé que no me gusta lo que has ido

repartiendo a manos llenas. Al menos sé eso. Ya sabes a lo que me refiero, ¿no? ¿Me equivoco?

No, digo. En absoluto.

Dice: Vas a darme la razón en todo, ¿no? Te das por vencido muy fácilmente. Siempre has sido igual. No tienes principios, ni uno solo. Eres capaz de cualquier cosa con tal de escurrir el bulto al menor conflicto. Aunque eso no viene a cuento. Dice: ¿Te acuerdas de aquella vez que te amenacé con un cuchillo? Lo dice como de pasada, como si se tratara de algo sin importancia. Vagamente, digo. Seguramente me lo merecía, pero no lo recuerdo bien. Vamos, cuéntamelo, adelante.

Dice: Creo que ahora empiezo a entender... Creo que sé a qué has venido. Sí. Sé por qué estás aquí, aunque quizá tú no lo sepas. Pero eres un viejo zorro. Sabes por qué estás aquí. Has salido de pesca. En busca de material. ¿Me acerco? ¿He dado en el clavo?

Cuéntame lo del cuchillo, digo.

Dice: Si te interesa saberlo, lamento no haber llegado a utilizarlo. De veras. Lo digo con el corazón en la mano. Lo he pensado una y mil veces, y siento mucho no haberlo utilizado. Tuve ocasión de hacerlo. Pero vacilé. Dudé y la oportunidad se perdió, como dijo alguien. Pero debería haberlo utilizado, y al diablo con todo. Debería haberte dado un tajo en el brazo, al menos. Al menos eso. Pero no lo hiciste, digo. Creí que ibas a darme una cuchillada, pero no lo hiciste.

Luego te quité el cuchillo.

Dice: Siempre has tenido suerte. Me lo quitaste y me diste una bofetada. Siento mucho no haber utilizado aquel cuchillo. Un pequeño corte, al menos. Hasta un pequeño corte habría bastado para dejarte un buen recuerdo mío. Tengo montones de recuerdos, digo. Y al punto me arrepiento de haberlo dicho.

Dice: Amén, hermano. Por si no te has dado cuenta, ahí está la manzana de la discordia. Ahí reside todo el problema. Pero en mi opinión, como ya te he dicho, recuerdas lo que no deberías recordar. Recuerdas las cosas bajas, vergonzosas. Por eso te has interesado tanto cuando he sacado a relucir lo del cuchillo. Dice: Me pregunto si alguna vez te arrepientes de algo. Si es que ese sentimiento vale algo hoy día. No mucho, me temo. Aunque tú deberías ser ya un especialista en el tema.

Arrepentimiento, digo. No me interesa gran cosa, la verdad. No es un vocablo que utilice muy a menudo. Arrepentimiento. No, supongo que en general no siento nada parecido. Admito que tengo tendencia a recrearme en el lado oscuro de las cosas. Bueno, a veces. Pero ¿arrepentimiento? No, creo que no. Dice: Eres un grandísimo hijo de perra, ¿lo sabías? Un despiadado e insensible hijo de perra. ¿Te lo han dicho alguna vez? Sí, tú, digo. Miles de

veces.

Dice: Yo siempre digo la verdad. Aunque duela. Nunca podrás cogerme en una mentira.

Dice: Se me cayó la venda de los ojos hace mucho tiempo, pero ya era tarde. Tuve mi oportunidad, pero la dejé escapar entre los dedos. Durante un tiempo llegué incluso a pensar que volverías. ¿Cómo pude imaginar algo semejante? Debía de estar muy desquiciada. Tengo ganas de llorar a mares, pero no voy a darte ese placer. Dice: ¿Sabes? Si te estuvieras quemando vivo ahora mismo, si de pronto tu cuerpo se pusiera a arder en este mismo instante, no correría a echarte encima un cubo de agua. Rie ante lo que acaba de decir. Pero su semblante vuelve a ponerse grave en seguida.

Dice: ¿Qué diablos haces aquí? ¿Quieres seguir oyendo cosas? Podría seguir así días y días. Creo que sé por qué has venido, pero quiero que seas tú quien me lo diga. Al ver que no respondo, que sigo allí sentado y quieto, continúa.

Dice: A partir de entonces, a partir del día en que te fuiste, ya nada me importaba. Ni los niños, ni Dios, ni nada. Era como si no supiera qué cataclismo me había fulminado. Era como si de pronto hubiera dejado de vivir. Había ido viviendo año tras año, y de pronto la vida cesaba. No se detenía sin más, sino con un chirrido horrible. Pensé: si para él no valgo nada, tampoco valgo nada para mí misma, para nadie. Eso fue lo peor. Sentía que se me iba a romper el corazón. ¿Qué, digo? Se me había roto. Claro que se me rompió. Así, sin más. Y sigue roto, si te interesa saberlo. Esa es la verdad, en pocas palabras. Lo puse todo en ti: todos los huevos en la misma cesta. Eso es lo que hice. Todos los huevos podridos en la misma cesta.

Dice: Encontraste a otra, ¿no es eso? No te llevó mucho tiempo. Y ahora eres feliz.

Eso es lo que dicen de ti, al menos. «Ahora es feliz.» ¿Sabes? ¡Leí todo lo que me mandaste! ¿Pensabas que no iba a hacerlo? Escuche, señor, le conozco muy bien.

Siempre te he conocido bien. Entonces y ahora. Conozco el fondo de tu corazón. Todos sus recovecos. No lo olvides nunca. Tu corazón es una jungla, una selva oscura. Un cubo de la basura, por si quieres saberlo. Si quieren preguntar a alguien, diles que vengan a hablar conmigo. Yo sé muy bien cómo funcionas. Tú deja que vengan por aquí: se enterarán de un buen puñado de cosas. Yo estaba allí. En primera línea, camarada. Luego me exhibiste y ridiculizaste en tu... «literatura». Para que todo el mundo me compadeciera o se permitiera juzgarme. Pregúntame si me importaba.

Pregúntame si pasé vergüenza. Vamos, pregúntamelo.

No, digo. No voy a preguntártelo. No quiero entrar en eso, digo.

¡Pues claro que no quieres! ¡Y también sabes por qué!

Dice: Querido, no quiero ofenderte, pero a veces creo que sería capaz de

pegarte un tiro y quedarme mirando cómo estiras la pata.

Dice: No puedes mirarme a los ojos, ¿eh?

Dice (y son palabras literales): Ni siquiera eres capaz de mirarme a los ojos cuando te hablo.

Muy bien, de acuerdo, la miro a los ojos.

Dice: Así. Perfecto. Puede que así podamos llegar a alguna parte. Así está mucho mejor. Si la miras a los ojos, puedes saber mucho de la persona con quien hablas. Lo sabe todo el mundo. Pero ¿sabes otra cosa? Nadie en todo el planeta se atrevería a decírtela. Nadie más que yo. Yo tengo derecho. Me gané ese derecho, querido. Bien, escucha, te crees alguien que no eres. Esa es la pura verdad. Pero ¿qué puedo saber yo? Eso es lo que dirán en los cien próximos años. Dirán: «¿Quién era ella, al fin y al cabo?»

Dice: En cualquier caso, de lo que no hay duda es de que tú sí me has tomado a mí por otra persona. ¡Ya ni siquiera tengo el mismo nombre! Ni el que me pusieron cuando nací, ni el que llevé cuando vivía contigo, ni el que tenía hace un par de años. ¿Cómo se explica eso? ¿A qué vienen todos estos cambios? Pues bien, escucha: quiero que me dejes vivir en paz. Por favor. No creo que sea un crimen. Dice: ¿No deberías estar en otra parte? ¿No tienes que coger ningún avión? ¿No tendrías que estar en algún sitio a doscientos kilómetros de aquí en este preciso instante?

No, digo. Y lo repito: No. No tengo que estar en ninguna parte. Y entonces hago algo. Alargo la mano y le cojo la manga de la blusa entre el pulgar y el índice. Y eso es todo. No hago más que tocarla así, y después retiro la mano. Ella no se aparta. No se mueve.

Y he aquí lo que hago luego: me pongo de rodillas, un tipo grande como yo, y cojo el dobladillo de su vestido. ¿Qué estoy haciendo en el suelo? Me gustaría saberlo. Pero sé que estoy donde debo estar, y sigo de rodillas aferrado al bajo de su vestido. Se queda inmóvil un instante, pero al momento siguiente dice: Está bien, bobo. Eres tan tonto a veces... Levántate. Te digo que te levantes. Venga, hazme caso. Ya lo he superado. Me llevó bastante tiempo, pero logré superarlo. ¿Qué creías? ¿Que me iba a ser fácil? Luego apareces en mi puerta y toda la vieja historia se me viene de nuevo encima. Necesitaba airearla. Pero sabes y sé que todo aquello es agua pasada.

Dice: Durante mucho tiempo mi desconsuelo fue total. Inconsolable... Así estaba yo, cariño. Anota esa palabra en tu pequeña libreta. Puedo decir por experiencia que es la palabra más triste de todo el diccionario. Bien, pero al final pude superarlo. El tiempo es un caballero, dijo un sabio. O alguna mujer vieja y cansada, quién sabe.

Dice: Ahora tengo una vida. Una vida diferente de la tuya, pero supongo que no debemos compararlas. Es mi vida, y eso es lo importante; es de eso de lo que tengo que ser más y más consciente a medida que envejezco. Pero no te

sientas demasiado mal. Bueno, quizá tampoco pase nada porque te sientas un poco mal. No te morirás, y es lo menos que puede esperarse de alguien que no es capaz de arrepentirse.

Dice: Vamos, levántate. Tienes que irte. Mi marido está a punto de llegar para el almuerzo. ¿Cómo podría explicarle todo esto? Es absurdo, pero sigo de rodillas aferrado al bajo de su vestido. No quiero soltarlo. Soy como un terrier, y es como si estuviera pegado al suelo. Como si no pudiera moverme.

Dice: Levántate ahora mismo. ¿Qué pasa? ¿Quieres algo más de mí? ¿Qué es lo que quieres? ¿Que te perdone? ¿Por eso haces todo esto? Es por eso, ¿no es cierto? Por eso te desviaste para venir a verme. Lo del cuchillo parece que te ha reanimado un poco. Creí que lo habías olvidado. Pero ahí estaba yo para recordártelo. Bien, si te vas ahora mismo te diré algo.

Dice: Te perdono.

Dice: ¿Satisfecho? ¿Mejor así? ¿Te sientes feliz? Sí, ahora se siente feliz.

Pero yo sigo allí, arrodillado.

Dice: ¿Has oído lo que he dicho? Tienes que irte. ¿Eh, bobo? Querido, te he dicho que te perdono. Hasta te he recordado lo del cuchillo. ¿Qué más puedo hacer? Has salido bien parado, pequeño. Vamos, date prisa, tienes que irte. Levántate. Así, muy bien. Sigues siendo un hombre grande, ¿eh? Aquí tienes tu sombrero. No te olvides el sombrero. Antes nunca llevabas sombrero. Nunca en la vida te había visto con sombrero.

Dice: Escucha. Mírame. Escucha atentamente lo que voy a decirte. Se acerca. Su cara está apenas a un palmo de la mía. No habíamos estado tan cerca en mucho tiempo. Aspiro el aire entrecortado y quedamente para que no me oiga, y espero. Tengo la impresión de que el corazón me late más despacio.

Dice: Cuéntalo como crees que debes, y olvida lo demás. Como siempre has hecho. Llevas tanto tiempo haciéndolo que no te será muy difícil.

Dice: Bien. Ya está hecho. Eres libre, ¿no es cierto? Al menos piensas que lo eres.

Libre al fin. Era una broma, pero no te rías. De todas formas te sientes mejor, ¿no crees? Me acompaña por el pasillo.

Dice: No sé cómo podría explicarle esto a mi marido si apareciera en este momento.

Pero qué importa. Si nos ponemos a pensarlo, hoy día a nadie le importa un comino nada. Además, creo que todo lo que podía pasar ya ha pasado. A propósito, mi marido se llama Fred. Es un buen hombre. Trabaja duro para ganarse la vida. Y se preocupa por mí.

Me acompaña hasta la puerta, que ha estado abierta todo el rato. Durante toda la mañana han estado entrando la luz y el aire fresco y los ruidos de la calle, pero no nos hemos dado cuenta. Miro hacia el exterior y veo, oh, Dios, una luna blanca suspendida en el cielo de la mañana. No creo haber visto

jamás nada tan extraordinario. Pero me da miedo comentarlo. Sí, me da miedo. No sé lo que podría pasar. Hasta podría echarme a llorar. O no entender en absoluto mis propias palabras.

Dice: Puede que algún día vuelvas a verme o puede que no. Lo de hoy no tardará en borrarse, lo sabes. Pronto volverás a sentirte mal. A lo mejor consigues una buena historia de todo esto. Pero si es así, no quiero saberlo. Le digo adiós. Ella no dice nada. Se mira las manos, luego se las mete en los bolsillos del vestido. Sacude la cabeza. Vuelve a entrar en casa, y esta vez cierra la puerta.

Me alejo por la acera. Unos niños se pasan un balón de fútbol al otro extremo de la calle. Pero no son hijos míos. Ni hijos de ella. Hay hojas secas por todas partes, incluso en las cunetas. Mire donde mire, las veo a montones.

Caen de los árboles a mi paso.

No puedo avanzar sin que mis pies tropiecen con ellas.

Deberían hacer algo al respecto.

Deberían tomarse la molestia de coger un rastrillo y dejar esto como es debido.

EL ELEFANTE

ELEPHANT



U abía que era un error dejarle aquel dinero a mi hermano. ¿Qué necesidad tenía yo de más deudores...? Pero me llamó y me dijo que no podía pagar el plazo de la casa. ¿Oué otra opción me quedaba? No había estado nunca en su casa (vivía en California, a mil quinientos kilómetros de distancia); ni siquiera la había visto, pero no quería que la perdiera. Lloraba en el teléfono, y decía que iba a perder lo que había conseguido en toda una vida de trabajo. Dijo que me devolvería el dinero. En febrero, dijo. Incluso antes. En marzo, a más tardar. Dijo que estaban a punto de devolverle cierta suma que Hacienda le había cobrado de más. Además —dijo—, había hecho una pequeña inversión que daría sus frutos en febrero. Se mostró reservado al respecto, y no quise presionarlo para que fuera más explícito.

—Confía en mí —dijo—. No te fallaré.

Se había quedado sin trabajo en julio del año anterior, cuando la empresa donde trabajaba —una fábrica de aislamientos de fibra de vidrio— decidió despedir a doscientos empleados. Había cobrado el paro durante un tiempo, pero ahora hasta el subsidio se le había acabado, al igual que sus ahorros. Se había quedado incluso sin seguro médico. Al perder el trabajo, perdió el seguro. Su mujer, diez años mayor que él, era diabética y necesitaba tratamiento médico. Habían tenido que vender el segundo coche —una vieja ranchera—, y hacía una semana que habían empeñado el televisor. Me dijo que tenía la espalda hecha polvo de cargar con el televisor de puerta en puerta. Se había recorrido todas las casas de empeños —dijo—, en busca de la oferta más alta, hasta que alguien le dio cien dólares por su Sony de pantalla grande. Me habló del televisor y de lo mal que tenía la espalda, como si de ese modo se asegurara mi implicación en sus problemas (a menos que yo, su hermano, tuviera un corazón de piedra).

—Estoy hasta el cuello —dijo—. Pero tú puedes ayudarme a salir de esto.

—¿Cuánto? —dije.

—Quinientos dólares. Me harían falta más, por supuesto, ¿a quién no? —dijo.

Pero quiero ser realista. Puedo devolver quinientos. Más, si quieres que sea sincero, no sé si podría. No sabes lo que odio tener que pedirte esto, hermanito. Pero eres mi último recurso. Irma Jean y yo nos quedaremos en la calle si nadie nos ayuda. No te fallaré. Eso fue lo que dijo. Palabra por palabra.

Seguimos hablando unos minutos más —sobre todo de nuestra madre y sus problemas—, pero no quiero extenderme. El caso es que le mandé el dinero. Tuve que hacerlo. Me pareció que debía hacerlo, más bien (lo cual viene a ser lo mismo). Cuando le envié el cheque le escribí diciéndole que el dinero se lo devolviera a nuestra madre, que vivía en la misma ciudad y siempre estaba ávida de dinero y sin blanca. Yo llevaba ya tres años mandándole una mensualidad, hiciera sol o tronara. Y pensé que si mi hermano le pagaba el dinero que me debía yo podría desentenderme un tiempo, darme un pequeño respiro. No tendría que preocuparme del asunto en un par de meses. Y, para ser franco, también pensé que quizá había más probabilidades de que le pagase a ella, ya que vivían en la misma ciudad y se veían de cuando en cuando. Lo que quería era cubrirme un poco las espaldas. Porque, por mucho que mi hermano tuviera las mejores intenciones del mundo, a veces suceden cosas. La realidad a veces sale al paso de las buenas intenciones. Ojos que no ven, corazón que no siente, como vulgarmente se dice. Pero no sería capaz de dejar en la estacada a su propia madre. Eso no lo haría nadie. Me pasé horas y horas escribiendo cartas para dejar bien claro el asunto. Lo que cada cual debía hacer. Telefoneé incluso varias veces a mi madre para explicárselo. Pero ella se mostró recelosa al respecto. Le expliqué que el dinero que tenía que enviarle a primeros de marzo y a primeros de abril se lo daría Billy, que me lo debía. Recibiría el dinero, no tenía que preocuparse. Esos dos meses recibiría el dinero de Billy y no de mí, eso era todo. Billy, en lugar de enviarme el dinero a mi para que yo se lo enviara a ella, le entregaría el dinero directamente. En cualquier caso, no debía preocuparse. Tendría su dinero, pero esos dos meses lo recibiría de él, porque me lo debía. Dios mío, no sé cuánto me gasté en conferencias. No sé las cartas que escribí (si me dieran medio dólar por cada una me haría rico), explicándole a él lo que le había dicho a ella y a ella lo que debía hacer él...

Pero mi madre no se fiaba de Billy.

—¿Y si no puede hacer frente a esos pagos? —me decía por teléfono—. ¿Entonces qué? Lo está pasando mal, y lo siento por él —decía—, pero, hijo mío, lo que yo quiero saber es qué va a pasar si no puede pagarme. ¿Eh? ¿Entonces qué?

—Entonces te lo daré de mi bolsillo —dije—. Como siempre. Si él no te lo

da, te lo daré yo. Pero te lo dará. No te preocupes. Dice que va a hacerlo, y lo hará.

—No quiero preocuparme dijo ella—. Pero me preocupo. Me preocupo por mis chicos, y luego por mí misma. Nunca imaginé que vería en tal situación a uno de mis hijos. Me alegro de que tu padre no viva para verlo.

En tres meses mi hermano le dio a mi madre sólo una pequeña parte de lo que se había comprometido a darle. Cincuenta dólares. O setenta y cinco, porque hay diferentes versiones. Dos versiones contrapuestas: la de él y la de ella. Pero eso es todo lo que pagó de los quinientos dólares: cincuenta o setenta y cinco, según a cuál de los dos quiera creerse. Tuve que poner lo que faltaba. Tuve que seguir rascándome el bolsillo, como de costumbre. Mi hermano estaba acabado. Eso es lo que me dijo —que estaba acabado— cuando le llamé para preguntarle qué pasaba, porque mamá me había llamado para saber qué había sido de su dinero.

Me había dicho:

—Hice que el cartero volviera a la furgoneta y mirara bien, por si tu carta se había caído detrás del asiento. Luego fui preguntando a los vecinos si les habían dejado por error alguna carta mía. Me está volviendo loca este asunto, cariño. —Luego añadió—: ¿Qué quieres que piense una madre en mi situación? —Y siguió preguntándose quién cuidaba de sus intereses en todo aquel asunto. Eso es lo que quería ella saber. Eso y cuándo recibiría su dinero.

Así que cogí el teléfono y llamé a mi hermano para saber si se trataba de una simple demora o una quiebra en toda regla. Billy, según él, estaba acabado. No tenía salvación. Iba a poner su casa en venta de inmediato. Y confiaba en no tener que precipitarse demasiado y acabar dándola a bajo precio. Ya no le quedaba en ella nada que vender. Lo había vendido todo menos la mesa y las sillas de la cocina.

—Ojalá pudiera vender mi sangre —dijo—. Pero ¿quién iba a comprármela? Con la suerte que tengo, seguro que me descubren una enfermedad incurable. Naturalmente, su pequeña inversión no había dado ningún fruto. Cuando le pregunté por ella se limitó a responder que no se había materializado. Tampoco la devolución de Hacienda se había hecho realidad: la suma que debían devolverle había sido objeto de una especie de embargo.

—Las desgracias nunca vienen solas —dijo—. Lo siento, hermanito. Nada de esto habría pasado si hubiera estado en mi mano.

—Lo comprendo —dije yo.

Y era cierto. Pero no hacía más fáciles las cosas. Bien, el caso es que no me pagó lo que me debía. Ni a mí ni a mi madre, a quien hube de seguir mandándole su cheque todos los meses.

Sí, me sentía dolido. ¿Y quién no? Lamentaba la situación de mi hermano de todo corazón. Ojalá la desgracia no hubiera llamado a su puerta. Pero ahora mi

situación tampoco era muy halagüeña. En adelante, al menos, ya no volvería a acudir a mí sucediera lo que le sucediera. Nadie con esa deuda pendiente se atrevería a pedir más dinero. Eso es lo que me decía a mí mismo, pero cuán equivocado estaba. Me dediqué con ahínco a mis ocupaciones. Me levantaba muy temprano e iba al trabajo y no paraba en toda la jornada. Cuando volvía a casa me dejaba caer en el sillón y ya no me movía. Estaba tan cansado que tardaba un rato en empezar a soltarme los cordones de los zapatos. Y seguía allí, hundido en el sillón. Sin fuerzas siquiera para levantarme a encender el televisor. Lamentaba de veras los problemas de mi hermano. Pero yo también tenía problemas. Además de mi madre, tenía a otras personas en nómina. Mandaba dinero a mi ex mujer todos los meses. Tenía que hacerlo. Yo no quería, pero los jueces así lo dispusieron. Luego estaban mi hija y sus dos niños. Vivían en Bellingham, y todos los meses les mandaba algún dinero. Las criaturas tenían que comer, ¿no? Mi hija vivía con un indeseable que ni se molestaba en buscar trabajo, un tipo incapaz de conservar un empleo aunque se lo sirvieran en bandeja. Las escasas veces en que encontró algo (una o dos), se quedaba dormido por las mañanas, o se le averiaba el coche camino del trabajo, o le ponían de patitas en la calle, así, sin más explicaciones. Una vez, muchos años atrás, cuando yo aún me tomaba estas cosas en serio, amenacé de muerte a ese parásito. Pero no viene al caso. Además, yo entonces bebía. Bueno, la cuestión es que el muy hijoputa sigue con mi hija.

Mi hija me escribía contándome que sólo se alimentaban de copos de avena. Ella y los niños. (Imagino que el tipo pasaba tanta hambre como ellos, pero ella se guardaba bien de mencionar su nombre en las cartas.) Me decía que, si podía ayudarla hasta el verano, las cosas acabarían arreglándose. Su situación iba a cambiar —estaba segura— cuando llegara el verano. Aun en caso de que nada saliera como esperaba —y no iba a ser así, porque tenía varias cosas en mente—, siempre podía conseguir trabajo en la fábrica de conservas de pescado. No estaba lejos de casa, y tendría que enlatar salmón vestida con mono y guantes y botas de goma. O podía vender refrescos, en un puesto al lado de la carretera, a la gente que hacía cola en coche para entrar en Canadá. Allí, metida en el coche ante la frontera en pleno verano, la gente tiene que estar sedienta, ¿no? Le quitarían de las manos cualquier bebida fría. El caso es que, se decidiera por lo uno o lo otro, las cosas le irían bien cuando llegara el verano. Pero tendría que ir tirando hasta entonces, y ahí es donde entraba yo.

Sabía —me decía— que tenía que cambiar de vida. Quería valerse por sí misma, como todo el mundo. Quería dejar de considerarse una víctima. «No soy una víctima —me dijo una noche por teléfono—. Soy una mujer joven con dos hijos y un vago, un hijo de perra que vive conmigo. Como infinidad de mujeres. No me asusta el trabajo duro. Sólo necesito una oportunidad. Es todo lo que le pido al mundo.» Ella podía soportar las privaciones. Pero hasta que la

suerte cambiase, hasta que la oportunidad llamase a su puerta, eran los niños quienes le preocupaban. Los niños siempre estaban preguntando cuándo iría a visitarlos el abuelito. En ese mismo momento estaban dibujando los columpios y la piscina del motel donde me había alojado en mi visita del año anterior. Pero el verano —siguió—, el verano era la fecha del cambio. Si podía aguantar hasta el verano, se acabarían los problemas. Las cosas cambiarían, estaba segura. Con un poco de ayuda mía podía conseguirlo.

«No sé qué haría sin ti, papá.»

Esas eran sus palabras. Casi se me partió el corazón. Por supuesto que tenía que ayudarla. Era una suerte que mi situación, por precaria que fuera, me permitiera echarle una mano. ¿No tenía yo un trabajo? Comparado con ella, con el resto de mi familia, yo tenía la vida solucionada. Comparado con ellos, vivía en Jauja. Le mandé el dinero que me pedía. Le mandaba dinero siempre que me lo pedía. Y un día le dije que me sería más fácil mandarle un dinero, no mucho, pero dinero al fin y al cabo, a primeros de cada mes. Sería algo con lo que podría contar, y sería su dinero, de nadie más. Suyo y de los niños. Esperaba que así fuera, al menos. Ojalá hubiera existido un medio de asegurarme de que el hijoputa que vivía con ella no pusiera la mano en una sola naranja, en un trozo de pan comprado con mi dinero. No era posible, claro. Así que no tenía otra opción que mandar el dinero y no preocuparme por el hecho de que aquel tipo pudiera darse un atracón a mi costa.

Mi madre y mi hija y mi ex mujer. He ahí las tres personas en nómina, sin contar a mi hermano. Pero mi hijo también necesitaba dinero. Cuando terminó la escuela secundaria hizo las maletas, dejó la casa de su madre y se fue a una universidad del Este. A un college de New Hampshire, nada menos. ¿Quién ha oído hablar de New Hampshire? Era el primero de la familia —de ambas ramas— al que se le ocurría ser universitario, así que todo el mundo pensó que era una excelente idea. Incluido yo, al principio. ¿Cómo iba a imaginar que acabaría costándome un ojo de la cara? Para sufragarse los estudios pidió créditos bancarios a diestro y siniestro. No quería trabajar y estudiar al mismo tiempo. Eso fue lo que dijo. Y, claro, lo entiendo. En parte hasta me parece bien. ¿A quién le gusta trabajar? A mí no. Así que luego, cuando agotó su crédito después de pedir en todas partes y de financiarse incluso un año de estudios en Alemania, tuve que empezar a mandar dinero, y mucho. Al final, cuando le escribí que no podía seguir haciéndolo, me contestó que si tal era mi posición al respecto, lo que haría sería traficar con drogas o atracar un banco, o cual quier otra cosa con la que conseguir dinero para seguir viviendo. Y que me podría considerar afortunado si, no le mataban a tiros o le metían en la cárcel.

Le escribí y le dije que había cambiado de opinión, que le mandaría algo más de dinero. ¿Qué otra cosa podía hacer? No quería que su sangre me salpicara las manos. No quería imaginar a mi hijo en un coche celular, o en

algún trance aún peor. Bastantes cosas tenía sobre mi conciencia como para cargar con una más. Eso hacen cuatro personas. Sin contar a mi hermano, que aún no figuraba entre los hijos. Era para volverse loco. Le daba vueltas al asunto día y noche. No podía dormir. Estaba mandándoles todos los meses casi la totalidad de mi paga. No hace falta ser un genio o saber mucho de economía para comprender que aquello no podía continuar. Tuve que pedir un préstamo al banco para hacer que mis cuentas cuadraran. Ello supuso otro pago mensual. Así que empecé a reducir gastos. Dejé de comer fuera, por ejemplo. Como vivía solo me gustaba comer fuera, pero tuve que dejar de hacerlo. Me veía obligado a controlar mis salidas al cine. No podía comprarme ropa o arreglarme la dentadura. El coche se caía a pedazos. Necesitaba zapatos...

A veces me sentía harto y les escribía a los cuatro amenazándoles con cambiarme de nombre y dejar mi trabajo. Les decía que estaba planeando marcharme a Australia. Y el caso es que hablaba en serio cuando decía lo de Australia, por mucho que fuera un país del que no supiera ni una palabra. Lo único que sabía de Australia era que estaba en la otra punta del mundo, y era precisamente allí donde yo quería estar. Pero en el fondo ninguno de ellos creía que me fuera a marchar a Australia. Me tenían, y lo sabían. Sabían que estaba al borde de la desesperación, y lo sentían y me lo hacían saber. Pero confiaban en que las aguas se calmaran antes de primeros de mes, cuando tuviera que sentarme a rellenar sus cheques. En respuesta a una de mis cartas en la que hablaba de emigrar a Australia, mi madre me escribió diciendo que no quería seguir siendo una carga, y que tan pronto como se le pasara la hinchazón de las piernas iba a ponerse a buscar trabajo. Tenía setenta y cinco años, pero quizá podría volver a trabajar de camarera. Le escribí diciendo que no dijera bobadas. Que me alegraba poder ayudarla. Y era cierto. Me alegraba. Lo que necesitaba era que me tocara la lotería.

Mi hija sabía que lo de Australia no era más que una forma de decir a todo el mundo que estaba harto. Sabía que lo que necesitaba era un respiro, y algo que me levantara el ánimo. Así que me escribió para decirme que iba a buscar a alguien que cuidara de los niños y que se pondría a trabajar en la fábrica de conservas en cuanto empezara la temporada. Era joven y fuerte, decía. Sería capaz de aguantar las jornadas de doce a catorce horas, siete días a la semana. No había problema. Bastaba con decirse a sí misma que podía hacerlo, mentalizarse, y su cuerpo respondería. Claro que tendría que encontrar una niñera adecuada. Y ahí iba a estar el problema. Tendría que ser una niñera muy especial, porque serían muchas horas y los niños estaban insoportables, cosa nada extraña viendo la cantidad de golosinas que devoraban diariamente. Pero qué se iba a hacer, a los niños les encantaban esas porquerías. De todas formas, si seguía buscando acabaría encontrando a la persona adecuada. Pero tendría que comprarse botas y ropa para el trabajo, y en eso es en lo que podría

ayudarla yo. Mi hijo me escribió diciendo que sentía mucho ser una de las causas de mi angustiada situación económica, y que sería mejor para los dos si acababa con todo de una vez por todas. Por si fuera poco, había descubierto que era alérgico a la cocaína. Cuando la esnifaba le lloraban los ojos y no podía respirar. No podría, pues, probar la mercancía con la que pensaba traficar. Así, su carrera como traficante de drogas se había visto truncada antes de empezar. Un tiro en la sien, eso era lo mejor que podía hacer para acabar con todo de una vez. O quizá ahorcarse. Se ahorraría la molestia de tener que conseguir una pistola. Y nos ahorraría a todos el precio de las balas. Por increíble que parezca, eso me decía en su carta. Adjuntaba una fotografía suya del verano anterior, cuando estudiaba en Alemania. Se le veía de pie bajo un gran árbol con gruesas ramas a unos palmos de la cabeza. Y sonreía.

Mi ex mujer no tenía nada que decir de mi hipotética emigración a Australia. ¿Para qué? Sabía que a primeros de mes recibiría su dinero, aunque tuviera que llegarle de Sydney. Si no le llegaba el cheque en la fecha estipulada, no tenía más que coger el teléfono y llamar a su abogado.

Así estaban las cosas cuando un domingo por la tarde, a principios de mayo, llamó mi hermano. Había abierto las ventanas y una agradable brisa corría por la casa. Tenía puesta la radio. La ladera de la colina, detrás de la casa, ya había verdecido. Pero cuando oí su voz al otro lado de la línea empecé a sudar. No había vuelto a saber de él desde el penoso asunto de los quinientos dólares, y no podía creer que me llamara para intentar otro sablazo. Pero empecé a sudar de todas formas. Me preguntó cómo me iban las cosas, y le solté de inmediato el asunto de la «nómina» y demás. Le hablé de copos de avena, de cocaína, de fábricas de conservas, de suicidios, de atracos a bancos... y de cómo no podía ya ir al cine o comer fuera. Le dije que tenía un agujero en el zapato. Le hablé del dinero que mes tras mes tenía que mandar a mi ex mujer. Nada era nuevo para él, por supuesto. Conocía perfectamente todo lo que le estaba contando. Me dijo que lo sentía en el alma. Seguí hablando. La conferencia la pagaba él. Pero, cuando le llegó el turno y me puse a escucharle, empecé a pensar: ¿Cómo te las vas a arreglar para pagar esta conferencia, Billy? Y de pronto caí en la cuenta de que era yo quien iba a pagarla. Unos minutos, unos segundos más, y todo se habría consumado. Miré por la ventana. El cielo estaba azul, salpicado por un puñado de nubes blancas. Sobre el cable del teléfono había unos cuantos pájaros. Me sequé la cara con la manga. No se me ocurría nada que añadir. Así que callé y me quedé mirando las montañas. Fue entonces cuando mi hermano dijo:

—Detesto pedirte esto, pero...

Al oírlo sentí que mi corazón caía en un abismo. Luego le oí formular su petición.

Esta vez eran mil dólares. Me hizo saber ciertos detalles. Los acreedores se

apiñaban a su puerta: ¡a su puerta! Las ventanas vibraban, la casa se estremecía bajo la violencia de sus puños: pam, pam, pam... No había escapatoria. Iban a tirarle la casa abajo.

—Ayúdame, hermano.

¿De dónde iba yo a sacar mil dólares? Agarré con fuerza el auricular, aparté la mirada de la ventana y dije:

—Pero si ni siquiera me devolviste el dinero que te presté la última vez... ¿Qué me dices de eso?

—¿No? —dijo él, como sorprendido—. Creía que sí. Quise hacerlo, al menos. Lo intenté, bien lo sabe Dios.

—Quedaste en darle ese dinero a mamá —dije—. Pero no lo hiciste. Tuve que seguir mandándole su cheque todos los meses, como siempre. Es el cuento de nunca acabar, Billy. Doy un paso adelante y dos atrás. Me estoy yendo a pique. Os estáis yendo a pique y vais a hundirme con vosotros.

—Le di algo —protestó él—. Le pagué una parte. Que conste. Le devolví parte de la deuda.

—Dijo que le diste cincuenta dólares. Nada más.

—No —dijo—. Le di setenta y cinco. Se ha olvidado de los otros veinticinco. Fui a verla una tarde y le di dos billetes de diez y uno de cinco. Se lo di así, en metálico, y se ha olvidado. Empieza a fallarle la memoria. Mira —dijo—, te prometo que esta vez no te fallaré. Te lo juro por Dios. Calcula lo que te debo y súmalo a lo que te estoy pidiendo, y te mandaré un cheque por el total. Nos cambiamos los cheques. Y tú no cobres el mío en un par de meses. Es todo lo que te pido. Dentro de dos meses habré salido del apuro. Y podrás cobrarlo. El día uno de julio. Te lo prometo. No más tarde. Y esta vez puedo jurártelo. Hemos puesto en venta ese pequeño terreno que Irma Jean heredó hace un tiempo de su tío. Está casi vendido. El trato está cerrado. Sólo es cuestión de resolver un par de detalles y de firmar los papeles. Además, tengo un trabajo apalabrado. Es seguro. Tendré que hacer cuarenta kilómetros de ida y otros cuarenta de vuelta todos los días, pero no hay problemas. Dios mío, claro que no. Haría el triple si fuera necesario, y con gusto. Te digo que en dos meses tendré dinero en mi cuenta. Podrás cobrar el uno de julio. Todo lo que te debo. Cuenta con ello.

—Billy, te quiero —dije—. Pero tengo muchas cargas. Estoy ayudando a mucha gente últimamente, por si no lo sabes.

—Por eso no voy a fallarte —dijo—. Tienes mi palabra de honor. Puedes tener absoluta confianza. Te prometo que podrás cobrar mi cheque dentro de dos meses. No más tarde. Es todo lo que te pido, dos meses. No sé a quién acudir, hermanito. Eres mi última esperanza.

Hice lo que me pedía. Cómo no. Por increíble que parezca, aún tenía cierto crédito en el banco, así que pedí el dinero y se lo envié. Los cheques se

cruzaron. Clavé el suyo con una chincheta en la pared de la cocina, junto al calendario y la foto de mi hijo bajo el árbol. Y me puse a esperar.

Seguí esperando. Mi hermano me escribió pidiéndome que no cobrara el cheque en la fecha convenida. «Espera un poco», me dijo. Habían surgido ciertos contratiempos. El trabajo que le habían prometido se había ido al traste en el último minuto. Y eso no era todo. También la venta del pequeño terreno de su mujer se había malogrado. Su mujer, en el último momento, se había echado atrás. El terreno llevaba en manos de la familia varias generaciones, y no tenía corazón para venderlo. ¿Qué podía hacer él? Era propiedad de su mujer, y su mujer no quería entrar en razón. Hacia esas fechas telefoneó mi hija para decirme que les habían desvalijado la roulotte donde vivían. Se lo habían llevado absolutamente todo. Cuando volvió de su primera noche en la fábrica se encontró con la roulotte vacía. No habían dejado ni una mísera silla donde sentarse. También la cama se había esfumado. Iban a tener que dormir en el suelo, como gitanos.

—¿Dónde estaba el... tipejo ese en el momento del robo? —dije. Había salido temprano a buscar trabajo, me explicó mi hija. Lo más seguro es que estuviera con los amigos. A ciencia cierta no lo sabía, como tampoco sabía dónde estaba en aquel momento.

—Ojalá en el fondo del río —dijo.

Los niños estaban con la niñera en el momento del robo. Bueno, el caso es que si pudiera prestarle algo de dinero para comprar algunos muebles de segunda mano... Me lo devolvería en seguida, en cuanto cobrara la primera paga. Lo ideal sería que pudiera recibirlo antes del fin de semana —¿un giro telegráfico, quizá?—, porque así podría comprar lo más imprescindible.

—Han profanado mi rincón —dijo—. Me siento como si me hubieran violado.

Mi hijo me escribió desde New Hampshire para decirme que era de vital importancia que volviera a Europa. Que su vida misma dependía de ello. Iba a terminar sus estudios a finales del verano, pero a partir de ese momento no soportaría vivir en los Estados Unidos ni un día más. La nuestra era una sociedad materialista, y estaba sencillamente harto. En nuestro país, decía, no se podía tener ninguna conversación en la que de un modo u otro no saliera a colación el dinero, y se sentía asqueado. El no era un yuppie, y no quería llegar a serlo jamás. No era lo suyo. Y dejaría para siempre de importunarme si le prestaba el dinero suficiente para comprarse un billete para Alemania.

De mi ex mujer no tuve noticias. No tenía por qué. Ambos sabíamos a qué atenernos. Mi madre me escribió contándome que hacía tiempo que tenía que prescindir de las medias de descanso que tanta falta le hacían, y que no podía ir a la peluquería a teñirse el pelo. Había pensado que ese año podría ahorrar algún dinero para los días difíciles por venir, pero las cosas no salían como

esperaba. Veía claro que sus previsiones no iban a cumplirse.

—¿Y tú cómo estás? —me preguntaba luego¿Y los demás? Espero que estéis bien.

Envié más cheques por correo. Luego crucé los dedos y esperé.

Una noche, mientras esperaba, tuve un sueño. Dos sueños, más exactamente. En la misma noche. En el primero mi padre estaba vivo y me llevaba montado sobre los hombros. Yo era un niño muy pequeño, de unos cinco o seis años. Súbete aquí arriba, me dijo. Y, cogiéndome de las manos, me alzó en el aire y me montó sobre sus hombros. Estaba a mucha altura del suelo, pero no tenía miedo. El me sujetaba con fuerza. Los dos nos aferrábamos el uno al otro. Luego echó a andar por la acera. Quitó las manos de sus hombros y se las puse alrededor de la frente. No me despeines, dijo. Puedes soltarme. Te tengo bien sujeto. No vas a caerte. Al oírle decir esto, caí en la cuenta de la fuerza con que sus manos asían mis tobillos. Y entonces le solté la frente. Liberé las manos y extendí los brazos a ambos lados. Los mantuve así para mantener el equilibrio. Mi padre siguió andando conmigo sobre los hombros. Yo hacía como si fuera montado en un elefante. No sé adónde íbamos. Quizá a la tienda a comprar algo, o quizá al parque, donde me sentaría en un columpio y se pondría a columpiarme. Entonces me desperté, me levanté de la cama y fui al baño. Empezaba a amanecer; faltaba sólo una hora para que sonará el despertador. Pensé en hacer café y en vestirme. Pero decidí volver a la cama. No quería dormir. Pensaba quedarme echado un rato, con las manos bajo la nuca, mirando cómo llegaba el alba y quizá pensando un poco en mi padre, en quien no pensaba desde hacía muchos años. Mi padre no ocupaba ya ningún lugar en mi vida, ni en la vigilia ni en el sueño. Bien, el caso es que volví a acostarme. Pero no había pasado ni un minuto cuando volví a dormirme, y al hacerlo me sumergí en otro sueño. En él aparecía mi ex mujer, aunque en el sueño no era mi ex mujer.

Seguíamos casados.

También estaban mis hijos. Eran pequeños, y comían una bolsa de patatas fritas. En el sueño, creía oler las patatas fritas y oír el ruido que hacían al quebrarse entre los dientes. Estábamos sobre una manta, y muy cerca había agua. Yo experimentaba una sensación de honda satisfacción y bienestar. Luego, de pronto, me vi en compañía de otra gente —gente que no conocía—, y al instante siguiente lanzaba violentas patadas contra la ventanilla del coche de mi hijo mientras le amenazaba de muerte, como hice en una ocasión, muchos años atrás. El estaba dentro del coche y mi pie destrozaba el cristal. Y entonces abrí los ojos y me desperté. Estaba sonando el despertador. Alargué la mano y paré la alarma y seguí acostado unos minutos más, con el corazón como un caballo desbocado. En el segundo sueño alguien me había ofrecido whisky, y yo lo había bebido. Y eso era lo que me había asustado. El beber

aquel whisky era lo peor que podía haberme sucedido. Era tocar fondo. Comparado con ello, lo demás era un juego de niños. Seguí allí echado unos instantes más, tratando de calmarme. Luego me levanté.

Hice café y me senté a la mesa de la cocina, frente a la ventana. Me puse a describir pequeños círculos sobre la mesa con la taza, y de nuevo pensé seriamente en Australia. Y entonces, repentinamente, imaginé lo que habría sentido mi familia cuando les amenacé con irme a vivir a Australia. Al principio debieron de quedarse mudos de asombro, y quizá un poco asustados. Pero luego —me conocían bien— probablemente se echaron a reír a carcajadas. Al pensar en ello, al imaginar su risa, no pude reprimir la mía. Ja, ja, ja. Tal era el sonido de mi risa allí en la mesa de la cocina: ja, ja, ja. Como si hubiera leído en alguna parte cómo reír. ¿Qué diablos pensaba yo hacer en Australia? Tenía tantas ganas de ir a Australia como de ir a Tombuctú o a la Luna o al polo Norte. ¿Australia? No, santo cielo, no tenía el menor deseo de ir a Australia. Pero en cuanto lo comprendí, en cuanto comprendí que no iría a Australia —ni a ninguna otra parte—, empecé a sentirme mejor. Encendí otro cigarrillo y me serví más café. No había leche, pero me tenía sin cuidado. Podía pasar sin leche un día, no iba a morirme por eso. Al cabo de un rato metí en la fiambra el almuerzo y el termo recién lleno. Y salí de casa.

Era una mañana espléndida. El sol descansaba sobre las montañas, al otro lado de la ciudad, y una bandada de pájaros se desplazaba a través del valle. No me molesté en cerrar la puerta con llave. Recordaba lo que le había sucedido a mi hija, pero decidí que era igual, que de todas formas no tenía nada que mereciera la pena robarse. En casa no había nada de lo que no pudiera prescindir. Tenía un televisor, sí, pero estaba harto de ver la televisión y me harían un favor si entraban y se lo llevaban. Me sentía bien, después de todo, y decidí ir andando al trabajo. No estaba muy lejos, y había salido muy temprano. Ahorraría un poco de gasolina, claro, pero no era ésa la razón más importante. Era verano, una estación efímera que pasa en un abrir y cerrar de ojos. El verano —no pude evitar recordarlo— era la época en la que todos creían que iba a cambiar su suerte.

Eché a andar por el borde de la carretera, y en un momento dado —no sabría decir por qué— empecé a pensar en mi hijo. Le deseé suerte, dondequiera que estuviese. Si había vuelto a Alemania para entonces —lo normal era que así fuera—, esperaba que se sintiera feliz. Aún no me había escrito para darme su dirección, pero no había duda de que tendría noticias tuyas muy pronto. Y mi hija... Que Dios la bendijera y protegiera. Confiaba en que le fueran bien las cosas. Decidí escribirle aquella misma noche para hacerle llegar todo mi aliento. Mi madre, por su parte, seguía con vida y gozaba de una salud bastante buena. Me sentí afortunado también en esto: si no surgía ningún contratiempo, viviría aún unos cuantos años.

Los pájaros cantaban; de cuando en cuando pasaban coches por la carretera. Buena suerte también a ti, hermano mío —pensé—. Espero que consigas esa seguridad económica que tanto ansías. Págame cuando la tengas. Y mi ex mujer, la mujer a quien en un tiempo amé tanto... Estaba viva, y estaba bien (que yo supiera, al menos). Le deseé felicidad. Pensé que, a fin de cuentas, todo podía ir mucho peor. En aquel momento, por supuesto, las cosas estaban mal para todos. La suerte nos había dado la espalda, eso era todo. Pero las cosas iban a cambiar pronto. Las cosas empezaban a arreglarse quizá en otofío. Había muchos motivos de esperanza. Seguí andando. Luego me puse a silbar. Me sentía con derecho a hacerlo si tenía ganas. Empecé a mover los brazos al andar, pero la fiambarrera no me permitía marchar de forma equilibrada. Dentro llevaba bocadillos, una manzana y galletas. Además del termo, claro. Me detuve frente a Smitty's, un viejo café con grava en el aparcamiento y tablas sobre las ventanas. Un local clausurado desde que yo lo recordaba. Decidí dejar la fiambarrera en el suelo unos instantes. Así lo hice, y luego levanté los brazos, levanté los brazos a ambos lados hasta la altura de los hombros. Seguía así, como un pobre chiflado, cuando alguien tocó el claxon y entró con el coche en el aparcamiento. Cogí la fiambarrera del suelo y me acerqué al coche. Era George, un tipo al que conocía del trabajo. Se echó hacia un lado y me abrió la puerta del asiento delantero.

—Venga, sube, muchacho —dijo.

—Hola, George —saludé.

Subí y cerré la puerta. El coche aceleró al instante, e hizo que la grava saltara bajo sus ruedas.

—Te he visto —dijo George—. Sí, te he visto. Te estás entrenando para algo, no sé para qué. —Me miró y volvió a mirar la carretera. Conducía muy de prisa—. ¿Siempre vas con los brazos así por la carretera? —preguntó, y se echó a reír: ¡a, ¡a, ¡a.

Luego pisó el acelerador.

—A veces —dije—. Bueno, depende. En realidad estaba quieto.

Encendí un cigarrillo. Me eché hacia atrás en el asiento.

—¿Qué cuentas? —dijo George.

Se puso un puro en la boca, pero no lo encendió.

—Poca cosa —dije—. ¿Y tú qué cuentas?

George se encogió de hombros. Luego sonrió.

Ahora íbamos a gran velocidad. El viento azotaba el coche y silbaba en las ventanillas. George conducía como si fuera a llegar tarde al trabajo. Pero era temprano. Teníamos mucho tiempo, y se lo dije. Pero él seguía pisando el acelerador. En lugar de tomar el desvío, seguimos carretera adelante en dirección a las montañas. George se quitó el puro de la boca y se lo guardó en el bolsillo de la camisa. —He pedido un préstamo y he rectificado el motor de

este cacharro —dijo. Luego dijo que quería que viera algo. Pisó a fondo el acelerador. Me até el cinturón de seguridad y apreté los dientes.

—Písale fuerte —dije—. ¿A qué esperas, George?

Y fue entonces cuando volamos de verdad. El viento aullaba en las ventanillas.

George llevaba el pie metido hasta el piso, y avanzábamos a todo gas.

A velocidad de vértigo por la carretera en aquel enorme coche de motor rectificado aún por pagar.

TRES ROSAS AMARILLAS

ERRAND



Chejov. La noche del 22 de marzo de 1897, en Moscú, salió a cenar con su amigo y confidente Alexei Suvorin. Suvorin, editor y magnate de la prensa, era un reaccionario, un self-made man cuyo padre había sido soldado raso en Borodino. Al igual que Chejov, era nieto de un siervo. Tenían eso en común: sangre campesina en las venas. Pero tanto política como temperalmente se hallaban en las antípodas. Suvorin, sin embargo, era uno de los escasos íntimos de Chejov, y Chejov gustaba de su compañía. Naturalmente, fueron al mejor restaurante de la ciudad, un antiguo palacete llamado L'Ermitage (establecimiento en el que los comensales podían tardar horas —la mitad de la noche incluso— en dar cuenta de una cena de diez platos en la que, como es de rigor, no faltaban los vinos, los licores y el café). Chejov iba, como de costumbre, impecablemente vestido: traje oscuro con chaleco. Llevaba, como no, sus eternos quevedos. Aquella noche tenía un aspecto muy similar al de sus fotografías de ese tiempo. Estaba relajado, jovial. Estrechó la mano del maître, y echó una ojeada al vasto comedor. Las recargadas arañas anegaban la sala de un vivo fulgor. Elegantes hombres y mujeres ocupaban las mesas. Los camareros iban y venían sin cesar. Acababa de sentarse a la mesa, frente a Suvorin, cuando repentinamente, sin el menor aviso previo, empezó a brotarle sangre de la boca. Suvorin y dos camareros lo acompañaron al cuarto de baño y trataron de detener la hemorragia con bolsas de hielo. Suvorin lo llevó luego a su hotel, e hizo que le prepararan una cama en uno de los cuartos de su suite. Más tarde, después de una segunda hemorragia, Chejov se avino a ser trasladado a una clínica especializada en el tratamiento de la tuberculosis y afecciones respiratorias afines. Cuando Suvorin fue a visitarlo días después, Chejov se disculpó por el «escándalo» del restaurante tres noches atrás, pero siguió insistiendo en que su estado no era grave.

«Reía y bromeaba como de costumbre —escribe Suvorin en su diario—, mientras escupía sangre en un aguamanil.»

Maria Chejov, su hermana menor, fue a visitarlo a la clínica los últimos días de marzo. Hacía un tiempo de perros; una tormenta de aguanieve se abatía sobre Moscú, y las calles estaban llenas de montículos de nieve apelmazada. Maria consiguió a duras penas parar un coche de punto que la llevase al hospital. Y llegó llena de temor y de inquietud.

«Antón Pavlovich yacía boca arriba —escribe Maria en sus memorias—. No le permitían hablar. Después de saludarle, fui hasta la mesa a fin de ocultar mis emociones.» Sobre ella, entre botellas de champaña, tarros de caviar y ramos de flores enviados por amigos deseosos de su restablecimiento, Maria vio algo que la aterrorizó: un dibujo hecho a mano —obra de un especialista, era evidente— de los pulmones de Chejov. (Era de este tipo de bosquejos que los médicos suelen trazar para que los pacientes puedan ver en qué consiste su dolencia.) El contorno de los pulmones era azul, pero sus mitades superiores estaban coloreadas de rojo. «Me di cuenta de que eran ésas las zonas enfermas», escribe Maria.

También Leon Tolstoi fue una vez a visitarlo. El personal del hospital mostró un temor reverente al verse en presencia del más eximio escritor del país. (¿El hombre más famoso de Rusia?) Pese a estar prohibidas las visitas de toda persona ajena al «núcleo de los allegados», ¿cómo no permitir que viera a Chejov? Las enfermeras y médicos internos, en extremo obsequiosos, hicieron pasar al barbudo anciano de aire fiero al cuarto de Chejov. Tolstoi, pese al bajo concepto que tenía del Chejov autor de teatro («¿Adónde le llevan sus personajes? —le preguntó a Chejov en cierta ocasión—. Del diván al trastero, y del trastero al diván»), apreciaba sus narraciones cortas. Además —y tan sencillo como eso—, lo amaba como persona. Había dicho a Gorki: «Qué bello, qué espléndido ser humano. Humilde y apacible como una jovencita. Incluso anda como una jovencita. Es sencillamente maravilloso.» Y escribió en su diario (todo el mundo llevaba un diario o dietario en aquel tiempo): «Estoy contento de amar... a Chejov.» Tolstoi se quitó la bufanda de lana y el abrigo de piel de oso y se dejó caer en una silla junto a la cama de Chejov. Poco importaba que el enfermo estuviera bajo medicación y tuviera prohibido hablar, y más aún mantener una conversación. Chejov hubo de escuchar, lleno de asombro, cómo el conde disertaba acerca de sus teorías sobre la inmortalidad del alma. Recordando aquella visita, Chejov escribiría más tarde: «Tolstoi piensa que todos los seres (tanto humanos como animales) seguiremos viviendo en un principio (razón, amor...) cuya esencia y fines son algo arcano para nosotros... De nada me sirve tal inmortalidad. No la entiendo, y Lev Nikolaievich se asombraba de que no pudiera entenderla.»

A Chejov, no obstante, le produjo una honda impresión el solícito gesto de

aquella visita. Pero, a diferencia de Tolstoi, Chejov no creía, jamás había creído, en una vida futura. No creía en nada que no pudiera percibirse a través de cuando menos uno de los cinco sentidos. En consonancia con su concepción de la vida y la escritura, carecía —según confesó en cierta ocasión— de «una visión del mundo filosófica, religiosa o política. Cambia todos los meses, así que tendré que conformarme con describir la forma en que mis personajes aman, se desposan, procrean y mueren. Y cómo hablan». Unos años atrás, antes de que le diagnosticaran la tuberculosis, Chejov había observado: «Cuando un campesino es víctima de la consunción, se dice a sí mismo: “No puedo hacer nada, Me iré en la primavera, con el deshielo.” (El propio Chejov moriría en verano, durante una ola de calor.) Pero, una vez diagnosticada su afección, Chejov trató siempre de minimizar la gravedad de su estado. Al parecer estuvo persuadido hasta el final de que lograría superar su enfermedad del mismo modo que se supera un catarro persistente. Incluso en sus últimos días parecía poseer la firme convicción de que seguía existiendo una posibilidad de mejoría. De hecho, en una carta escrita poco antes de su muerte, llegó a decirle a su hermana que estaba «engordando», y que se sentía mucho mejor desde que estaba en Badenweiler.

Badenweiler era un pequeño balneario y centro de recreo situado en la zona occidental de la Selva Negra, no lejos de Basilea. Se divisaban los Vosgos casi desde cualquier punto de la ciudad, y en aquellos días el aire era puro y tonificador. Los rusos eran asiduos de sus baños termales y de sus apacibles bulevares. En el mes de junio de 1904 Chejov llegaría a Badenweiler para morir. A principios de aquel mismo mes había soportado un penoso viaje en tren de Moscú a Berlín. Viajó con su mujer, la actriz Olga Knipper, a quien había conocido en 1898 durante los ensayos de *La gaviota*. Sus contemporáneos la describen como una excelente actriz. Era una mujer de talento, físicamente agraciada y casi diez años más joven que el dramaturgo. Chejov se había sentido atraído por ella de inmediato, pero era lento de acción en materia amorosa. Prefirió, como era habitual en él, el flirteo al matrimonio. Al cabo, sin embargo, de tres años de un idilio lleno de separaciones, cartas e inevitables malentendidos, contrajeron matrimonio en Moscú, el 25 de mayo de 1901, en la más estricta intimidad. Chejov se sentía enormemente feliz. La llamaba «mi poney», y a veces «mi perrito» o «mi cachorro». También le gustaba llamarla «mi pavita» o sencillamente «mi alegría».

En Berlín Chejov había consultado a un reputado especialista en afecciones pulmonares, el doctor Karl Ewald. Pero, según un testigo presente en la entrevista, el doctor Ewald, tras examinar a su paciente, alzó las manos al cielo y salió a la sala sin pronunciar una palabra. Chejov se hallaba más allá de toda posibilidad de tratamiento, y el doctor Ewald se sentía furioso consigo mismo por no poder obrar milagros y con Chejov por haber llegado a aquel estado.

Un periodista ruso, tras visitar a los Chejov en su hotel, envió a su redactor jefe el siguiente despacho: «Los días de Chejov están contados. Parece mortalmente enfermo, está terriblemente delgado, tose continuamente, le falta el resuello al más leve movimiento, su fiebre es alta.» El mismo periodista había visto al matrimonio Chejov en la estación de Potsdam, cuando se disponían a tomar el tren para Badenweiler. «Chejov —escribe— subía a duras penas la pequeña escalera de la estación. Hubo de sentarse durante varios minutos para recobrar el aliento.» De hecho, a Chejov le resultaba doloroso incluso moverse: le dolían constantemente las piernas, y tenía también dolores en el vientre. La enfermedad le había invadido los intestinos y la médula espinal. En aquel instante le quedaba menos de un mes de vida. Cuando hablaba de su estado, sin embargo —según Olga—, lo hacía con «una casi irreflexiva indiferencia».

El doctor Schwöhrer era uno de los muchos médicos de Badenweiler que se ganaba cómodamente la vida tratando a una clientela acaudalada que acudía al balneario en busca de alivio a sus dolencias. Algunos de sus pacientes eran enfermos y gente de salud precaria, otros simplemente viejos o hipocondríacos. Pero Chejov era un caso muy especial: un enfermo desahuciado en fase terminal. Y un personaje muy famoso. El doctor Schwöhrer conocía su nombre: había leído algunas de sus narraciones cortas en una revista alemana. Durante el primer examen médico, a primeros de junio, el doctor Schwöhrer le expresó la admiración que sentía por su obra, pero se reservó para sí mismo el juicio clínico. Se limitó a prescribirle una dieta de cacao, harina de avena con mantequilla fundida y té de fresa. El té de fresa ayudaría al paciente a conciliar el sueño. El 13 de junio, menos de tres semanas antes de su muerte, Chejov escribió a su madre diciéndole que su salud mejoraba: «Es probable que esté completamente curado dentro de una semana» ¿Qué podía empujarle a decir eso? ¿Qué es lo que pensaba realmente en su fuero interno? También él era médico, y no podía ignorar la gravedad de su estado. Se estaba muriendo: algo tan simple e inevitable como eso. Sin embargo, se sentaba en el balcón de su habitación y leía guías de ferrocarril. Pedía información sobre las fechas de partida de barcos que zarpaban de Marsella rumbo a Odessa. Pero sabía. Era la fase terminal: no podía no saberlo. En una de las últimas cartas que habría de escribir, sin embargo, decía a su hermana que cada día se encontraba más fuerte.

Hacía mucho tiempo que había perdido todo afán de trabajo literario. De hecho, el año anterior había estado casi a punto de dejar inconclusa *El jardín de los cerezos*. Esa obra teatral le había supuesto el mayor esfuerzo de su vida. Cuando la estaba terminando apenas lograba escribir seis o siete líneas diarias. «Empiezo a desanimarme —escribió a Olga—. Siento que estoy acabado como escritor. Cada frase que escribo me parece carente de valor, inútil por completo.» Pero siguió escribiendo. Terminó la obra en octubre de 1903. Fue lo

último que escribiría en su vida, si se exceptúan las cartas y unas cuantas anotaciones en su libreta.

El 2 de julio de 1904, poco después de medianoche, Olga mandó llamar al doctor Schwöhrer. Se trataba de una emergencia: Chejov deliraba. El azar quiso que en la habitación contigua se alojaran dos jóvenes rusos que estaban de vacaciones. Olga corrió hasta su puerta a explicar lo que pasaba. Uno de ellos dormía, pero el otro, que aún seguía despierto fumando y leyendo, salió precipitadamente del hotel en busca del doctor Schwöhrer. «Aún puedo oír el sonido de la grava bajo sus zapatos en el silencio de aquella sofocante noche de julio», escribiría Olga en sus memorias. Chejov tenía alucinaciones: hablaba de marinos, e intercalaba retazos inconexos de algo relacionado con los japoneses. «No debe ponerse hielo en un estómago vacío», dijo cuando su mujer trató de ponerle una bolsa de hielo sobre el pecho.

El doctor Schwöhrer llegó y abrió su maletín sin quitar la mirada de Chejov, que jadeaba en la cama. Las pupilas del enfermo estaban dilatadas, y le brillaban las sienes a causa del sudor. El semblante del doctor Schwöhrer se mantenía inexpresivo, pues no era un hombre emotivo, pero sabía que el fin del escritor estaba próximo. Sin embargo, era médico, debía hacer —lo obligaba a ello un juramento— todo lo humanamente posible, y Chejov, si bien muy débilmente, todavía se aferraba a la vida. El doctor Schwöhrer preparó una jeringuilla y una aguja y le puso una inyección de alcanfor destinada a estimular su corazón. Pero la inyección no surtió ningún efecto (nada, obviamente, habría surtido efecto alguno). El doctor Schwöhrer, sin embargo, hizo saber a Olga su intención de que trajeran oxígeno. Chejov, de pronto, pareció reanimarse. Recobró la lucidez y dijo quedamente: «¿Para qué? Antes de que llegue seré un cadáver.»

El doctor Schwöhrer se atusó el gran mostacho y se quedó mirando a Chejov, que tenía las mejillas hundidas y grisáceas, y la tez cérea. Su respiración era áspera y ronca. El doctor Schwöhrer supo que apenas le quedaban unos minutos de vida. Sin pronunciar una palabra, sin consultar siquiera con Olga, fue hasta el pequeño hueco donde estaba el teléfono mural. Leyó las instrucciones de uso. Si mantenía apretado un botón y daba vueltas a la manivela contigua el aparato, se pondría en comunicación con los bajos del hotel, donde se hallaban las cocinas. Cogió el auricular, se lo llevó al oído y siguió una a una las instrucciones. Cuando por fin le contestaron, pidió que subieran una botella del mejor champaña que hubiera en la casa. «¿Cuántas copas?», preguntó el empleado. «¡Tres copas!», gritó el médico en el micrófono. «Y dése prisa, ¿me oye?». Fue uno de esos excepcionales momentos de inspiración que luego tienden a olvidarse fácilmente, pues la acción es tan apropiada al instante que parece inevitable. Trajo el champaña un joven rubio, con aspecto de cansado y el pelo desordenado y en punta. Llevaba el pantalón

del uniforme lleno de arrugas, sin el menor asomo de raya, y en su precipitación se había atado un botón de la casaca en una presilla equivocada. Su apariencia era la de alguien que se estaba tomando un descanso (hundido en un sillón, pongamos, dormitando) cuando de pronto, a primeras horas de la madrugada, ha oído sonar al aire, a lo lejos —santo cielo—, el sonido estridente del teléfono, e instantes después se ha visto sacudido por un superior y enviado con una botella de Moët a la habitación 211. «¡Y date prisa, ¿me oyes?!»

El joven entró en la habitación con una bandeja de plata con el champaña dentro de un cubo de plata lleno de hielo y tres copas de cristal tallado. Habilitó un espacio en la mesa y dejó el cubo y las tres copas. Mientras lo hacía estiraba el cuello para tratar de atisbar la otra pieza, donde alguien jadeaba con violencia. Era un sonido desgarrador, pavoroso, y el joven se volvió y bajó la cabeza hasta hundir la barbilla en el cuello. Los jadeos se hicieron más desaforados y roncós. El joven, sin percatarse de que se estaba demorando, se quedó unos instantes mirando la ciudad anochecida a través de la ventana. Entonces advirtió que el imponente caballero del tupido mostacho le estaba metiendo unas monedas en la mano (una gran propina, a juzgar por el tacto), y al instante siguiente vio ante sí la puerta abierta del cuarto. Dio unos pasos hacia el exterior y se encontró con el descansillo, donde abrió la mano y miró las monedas con asombro.

De forma metódica, como solía hacerlo todo, el doctor Schwöhrer se aprestó a la tarea de descorchar la botella de champaña. Lo hizo cuidando de atenuar al máximo la explosión festiva. Sirvió luego las tres copas y, con gesto maquinal debido a la costumbre, metió el corcho a presión en el cuello de la botella. Luego llevó las tres copas hasta la cabecera del moribundo. Olga soltó momentáneamente la mano de Chejov (una mano, escribiría más tarde, que le quemaba los dedos). Colocó otra almohada bajo su nuca. Luego le puso la fría copa de champaña contra la palma, y se aseguró de que sus dedos se cerraran en torno al pie de la copa. Los tres intercambiaron miradas: Chejov, Olga, el doctor Schwöhrer. No hicieron chocar las copas. No hubo brindis. ¿En honor de qué diablos iban a brindar? ¿De la muerte? Chejov hizo acopio de las fuerzas que le quedaban y dijo: «Hacía tanto tiempo que no bebía champaña...» Se llevó la copa a los labios y bebió. Uno o dos minutos después Olga le retiró la copa vacía de la mano y la dejó encima de la mesilla de noche. Chejov se dio la vuelta en la cama y se quedó tendido de lado. Cerró los ojos y suspiró. Un minuto después dejó de respirar.

El doctor Schwöhrer cogió la mano de Chejov, que descansaba sobre la sábana. Le tomó la muñeca entre los dedos y sacó un reloj de oro del bolsillo del chaleco, y mientras lo hacía abrió la tapa. El segundero se movía despacio, muy despacio. Dejó que diera tres vueltas alrededor de la esfera a la espera del menor indicio de pulso. Eran las tres de la madrugada, y en la habitación hacía

un bochorno sofocante. Badenweiler estaba padeciendo la peor ola de calor conocida en muchos años. Las ventanas de ambas piezas permanecían abiertas, pero no había el menor rastro de brisa. Una enorme mariposa nocturna de alas negras surcó el aire y fue a chocar con fuerza contra la lámpara eléctrica. El doctor Schwöhrer soltó la muñeca de Chejov. «Ha muerto», dijo. Cerró el reloj y volvió a metérselo en el bolsillo del chaleco.

Olga, al instante, se secó las lágrimas y comenzó a sosegar. Dio las gracias al médico por haber acudido a su llamada. El le preguntó si deseaba algún sedante, láudano, quizá, o unas gotas de valeriana. Olga negó con la cabeza. Pero quería pedirle algo: antes de que las autoridades fueran informadas y los periódicos conocieran el luctuoso desenlace, antes de que Chejov dejara para siempre de estar a su cuidado, quería quedarse a solas con él un largo rato. ¿Podía el doctor Schwöhrer ayudarla? ¿Mantendría en secreto, durante apenas unas horas, la noticia de aquel óbito? El doctor Schwöhrer se acarició el mostacho con un dedo. ¿Por qué no? ¿Qué podía importar, después de todo, que el suceso se hiciera público unas horas más tarde? Lo único que quedaba por hacer era extender la partida de defunción, y podría hacerlo por la mañana en su consulta, después de dormir unas cuantas horas. El doctor Schwöhrer movió la cabeza en señal de asentimiento y recogió sus cosas. Antes de salir, pronunció unas palabras de condolencia. Olga inclinó la cabeza. «Ha sido un honor», dijo el doctor Schwöhrer. Cogió el maletín y salió de la habitación. Y de la Historia. Fue entonces cuando el corcho saltó de la botella. Se derramó sobre la mesa un poco de espuma de champaña. Olga volvió junto a Chejov. Se sentó en un taburete, y cogió su mano. De cuando en cuando le acariciaba la cara. «No se oían voces humanas, ni sonidos cotidianos —escribiría más tarde—. Sólo existía la belleza, la paz y la grandeza de la muerte.»

Se quedó junto a Chejov hasta el alba, cuando el canto de los tordos empezó a oírse en los jardines de abajo. Luego oyó ruidos de mesas y sillas: alguien las trasladaba de un sitio a otro en alguno de los pisos de abajo. Pronto le llegaron voces. Y entonces llamaron a la puerta. Olga sin duda pensó que se trataba de algún funcionario, el médico forense, por ejemplo, o alguien de la policía que formularía preguntas y le haría rellenar formularios, o incluso (aunque no era muy probable) el propio doctor Schwöhrer acompañado del dueño de alguna funeraria que se encargaría de embalsamar a Chejov y repatriar a Rusia sus restos mortales.

Pero era el joven rubio que había traído el champaña unas horas antes. Ahora, sin embargo, llevaba los pantalones del uniforme impecablemente planchados, la raya nítidamente marcada y los botones de la ceñida casaca verde perfectamente abrochados. Parecía otra persona. No sólo estaba despierto, sino que sus llenas mejillas estaban bien afeitadas y su pelo domado y peinado. Parecía deseoso de agradar. Sostenía entre las manos un jarrón de

porcelana con tres rosas amarillas de largo tallo. Le ofreció las rosas a Olga con un airoso y marcial taconazo. Ella se apartó de la puerta para dejarle entrar. Estaba allí —dijo el joven— para retirar las copas, el cubo del hielo y la bandeja. Pero también quería informarle de que, debido al extremo calor de la mañana, el desayuno se serviría en el jardín. Confiaba asimismo en que aquel bochorno no les resultara en exceso fastidioso. Y lamentaba que hiciera un tiempo tan agobiante.

La mujer parecía distraída. Mientras el joven hablaba apartó la mirada y la fijó en algo que había sobre la alfombra. Cruzó los brazos y se cogió los codos con las manos. El joven, entretanto, con el jarrón entre las suyas a la espera de una señal, se puso a contemplar detenidamente la habitación. La viva luz del sol entraba a raudales por las ventanas abiertas. La habitación estaba ordenada; parecía poco utilizada aún, casi intocada. No había prendas tiradas encima de las sillas; no se veían zapatos ni medias ni tirantes ni corsés. Ni maletas abiertas. Ningún desorden ni embrollo, en suma; nada sino el cotidiano y pesado mobiliario. Entonces, viendo que la mujer seguía mirando al suelo, el joven bajó también la mirada, y descubrió al punto el corcho cerca de la punta de su zapato. La mujer no lo había visto: miraba hacia otra parte. El joven pensó en inclinarse para recogerlo, pero seguía con el jarrón en las manos y temía parecer aún más inoportuno si ahora atraía la atención hacia su persona. Dejó de mala gana el corcho donde estaba y levantó la mirada. Todo estaba en orden, pues salvo la botella de champaña descorchada y semivacia que descansaba sobre la mesa junto a dos copas de cristal. Miró en torno una vez más.

A través de una puerta abierta vio que la tercera copa estaba en el dormitorio, sobre la mesilla de noche. Pero ¡había alguien aún acostado en la cama! No pudo ver ninguna cara, pero la figura acostada bajo las mantas permanecía absolutamente inmóvil. Una vez percatado de su presencia, miró hacia otra parte. Entonces, por alguna razón que no alcanzaba a entender, lo embargó una sensación de desasosiego. Se aclaró la garganta y desplazó su peso de una pierna a otra. La mujer seguía sin levantar la mirada, seguía encerrada en su mutismo. El joven sintió que la sangre afluía a sus mejillas. Se le ocurrió de pronto, sin reflexión previa alguna, que tal vez debía sugerir una alternativa al desayuno en el jardín. Tosió, confiando en atraer la atención de la mujer, pero ella ni lo miró siquiera. Los distinguidos huéspedes extranjeros —dijo— podían desayunar en sus habitaciones si ése era su deseo. El joven (su nombre no ha llegado hasta nosotros, y es harto probable que perdiera la vida en la primera gran guerra) se ofreció gustoso a subir él mismo una bandeja. Dos bandejas, dijo luego, volviendo a mirar —ahora con mirada indecisa— en dirección al dormitorio. Guardó silencio y se pasó un dedo por el borde interior del cuello. No comprendía nada. Ni siquiera estaba seguro de la mujer le

hubiera escuchado. No sabía qué hacer a continuación; seguía con el jarrón entre las manos. La dulce fragancia de las rosas le anegó las ventanillas de la nariz, e inexplicablemente sintió una punzada de pesar. La mujer, desde que había entrado él en el cuarto y se había puesto a esperar, parecía absorta en sus pensamientos. Era como si durante todo el tiempo que él había permanecido allí de pie, hablando, desplazando su peso de una pierna a otra, con el jarrón en las manos, ella hubiera estado en otra parte, lejos de Badenweiler. Pero ahora la mujer volvía en sí, y su semblante perdía aquella expresión ausente. Alzó los ojos, miró al joven y sacudió la cabeza. Parecía esforzarse por entender qué diablos hacía aquel joven en su habitación con tres rosas amarillas. ¿Flores? Ella no había encargado ningunas flores.

Pero el momento pasó. La mujer fue a buscar su bolso y sacó un puñado de monedas. Sacó también unos billetes. El joven se pasó la lengua por los labios fugazmente: otra propina elevada, pero ¿por qué? ¿Qué esperaba de él aquella mujer? Nunca había servido a ningún huésped parecido. Volvió a aclararse la garganta. No quería el desayuno, dijo la mujer. Todavía no, en todo caso. El desayuno no era lo más importante aquella mañana. Pero necesitaba que le prestara cierto servicio. Necesitaba que fuera a buscar al dueño de una funeraria. ¿Entendía lo que le decía? El señor Chejov había muerto ¿lo entendía? *Cómprense-vous?* ¿Eh, joven? Antón Chejov estaba muerto. Ahora atiéndame bien, dijo la mujer. Quería que bajara a recepción y preguntara dónde podía encontrar al empresario de pompas fúnebres más prestigioso de la ciudad. Alguien de confianza, escrupuloso con su trabajo y de temperamento reservado. Un artesano, en suma, digno de un gran artista. Aquí tienes, dijo luego, y le encajó en la mano los billetes. Diles ahí abajo que quiero que seas tú quien me preste este servicio. ¿Me escuchas? ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? El joven se esforzó por comprender el sentido del encargo. Prefirió no mirar de nuevo en dirección al otro cuarto. Ya había presentido antes que algo no marchaba bien. Ahora advirtió que el corazón le latía con fuerza bajo la casaca, y que empezaba a aflorarle el sudor en la frente. No sabía hacia dónde dirigir la mirada. Deseaba dejar el jarrón en alguna parte.

Por favor, haz esto por mí, dijo la mujer. Te recordaré con gratitud. Diles ahí abajo que he insistido. Di eso. Pero no llames la atención innecesariamente. No atraigas la atención ni sobre tu persona ni sobre la situación. Diles únicamente que tienes que hacerlo, que yo te lo he pedido... y nada más. ¿Me oyes? Si me entiendes, asiente con la cabeza. Pero sobre todo que no cunda la noticia. Lo demás, todo lo demás, la conmoción y todo eso... Llegará muy pronto. Lo peor ha pasado. ¿Nos estamos entendiendo?

El joven se había puesto pálido. Estaba rígido, aferrado al jarrón. Acertó a asentir con la cabeza.

Después de obtener la venia para salir del hotel, debía dirigirse discreta y

decididamente, aunque sin precipitaciones impropias, hacia la funeraria. Debía comportarse exactamente como si estuviera llevando a cabo un encargo muy importante, y nada más. *De hecho estaba llevando* a cabo un encargo muy importante, dijo la mujer. Y, por si podía ayudarle a mantener el buen temple de su paso, debía imaginar que caminaba por una acera atestada llevando en los brazos un jarrón de porcelana —un jarrón lleno de rosas— destinado a un hombre importante. (La mujer hablaba con calma, casi en un tono de confidencia, como si le hablara a un amigo o a un pariente.) Podía decirse a sí mismo incluso que el hombre a quien debía entregar las rosas le estaba esperando, que quizá esperaba con impaciencia su llegada con flores. No debía, sin embargo, exaltarse y echar a correr, ni quebrar la cadencia de su paso. ¡Que no olvidara el jarrón que llevaba en las manos! Debía caminar con brío, comportándose en todo momento de la manera más digna posible. Debía seguir caminando hasta llegar a la funeraria, y detenerse ante la puerta. Levantaría luego la aldaba, y la dejaría caer una, dos, tres veces. Al cabo de unos instantes, el propio patrono de la funeraria bajaría a abrirle.

Sería un hombre sin duda cuarentón, o incluso cincuentón, calvo, de complexión fuerte, con gafas de montura de acero montadas casi sobre la punta de la nariz. Sería un hombre recatado, modesto, que formularía tan sólo las preguntas más directas y esenciales. Un mandil. Sí, probablemente llevaría un mandil. Puede que se secase las manos con una toalla oscura mientras escuchaba lo que se le decía. Sus ropas despedirían un tufillo de formaldehído, pero perfectamente soportable, y al joven no le importaría en absoluto. El joven era ya casi un adulto, y no debía sentir miedo ni repulsión ante esas cosas. El hombre de la funeraria le escucharía hasta el final. Era sin duda un hombre comedido y de buen temple, alguien capaz de ahuyentar en lugar de agravar los miedos de la gente en este tipo de situaciones. Mucho tiempo atrás llegó a familiarizarse con la muerte, en todas sus formas y apariencias posibles. La muerte, para él, no encerraba ya sorpresas, ni soterrados secretos. Este era el hombre cuyos servicios se requerían aquella mañana.

El maestro de pompas fúnebres coge el jarrón de las rosas. Sólo en una ocasión durante el parlamento del joven se despierta en él un destello de interés, de que ha oído algo fuera de lo ordinario. Pero cuando el joven menciona el nombre del muerto, las cejas del maestro se alzan ligeramente. ¿Chejov, dices? Un momento, en seguida estoy contigo.

¿Entiendes lo que te estoy diciendo?, le dijo Olga al joven. Deja las copas. No te preocupes por ellas. Olvida las copas de cristal y demás, olvida todo eso. Deja la habitación como está. Ahora ya todo está listo. Estamos ya listos ¿Vas a ir? Pero en aquel momento el joven pensaba en el corcho que seguía en el suelo, muy cerca de la punta de su zapato. Para recogerlo tendría que agacharse sin soltar el jarrón de las rosas. Eso es lo que iba a hacer.

Se agachó.

Sin mirar hacia abajo, cogió el corcho, lo encajó en el hueco de la palma y cerró la mano.

SI ME NECESITAS, LLÁMAME

CALL IF YOU NEED ME^[8] - 2000



¿QUÉ QUERÉIS VER?

WHAT WOULD YOU LIKE TO SEE?

Íbamos a cenar con Pete Petersen y su mujer, Betty, la noche antes de marcharnos. Pete tenía un restaurante con vistas a la autopista y al océano Pacífico. A comienzos del verano le habíamos alquilado una casa amueblada situada a unos cien metros detrás del restaurante, justo al lado del aparcamiento. Algunas noches, cuando soplaban el viento desde el mar, abríamos la puerta delantera y nos llegaba el olor de los filetes que se hacían a la parrilla en la cocina del restaurante, y veíamos la columna gris de humo que ascendía desde la pesada chimenea de ladrillo. Y siempre, día y noche, vivíamos con el zumbido de los ventiladores del gran congelador de la parte trasera del restaurante, un sonido al que llegamos a acostumbrarnos.

La hija de Pete, Leslie, una mujer delgada y rubia que nunca había sido muy simpática, vivía al lado, en una casa más pequeña que también pertenecía a Pete. Se ocupaba de los negocios de su padre y ya se había pasado para hacer un rápido inventario de todo —habíamos alquilado la casa con muebles y todos los accesorios necesarios, hasta la ropa blanca y un abrelatas eléctrico—, nos había dado el cheque de la fianza y nos había deseado suerte. Estaba simpática esa mañana. Recorrió la casa con su anotador y el inventario, e intercambiamos cumplidos. No tardó mucho con el inventario, y el cheque ya lo tenía preparado.

—Mi padre os va a echar de menos —dijo—. Es curioso. Bueno, es un hombre duro de roer, pero va a echaros de menos. Eso ha dicho. No soporta la idea de que os marchéis. Betty tampoco.

Betty era su madrastra y cuidaba a los hijos de Leslie cuando ésta tenía una cita o se iba a pasar unos días a San Francisco con su novio. Pete y Betty, Leslie

y sus hijos, Sarah y yo, todos vivíamos detrás del restaurante a la vista unos de otros, y yo había visto a los niños de Leslie ir y venir desde su casita hasta la de Pete y Betty. A veces se acercaban a nuestra casa y llamaban al timbre y se quedaban en la puerta esperando. Sarah los invitaba a entrar y les daba galletas o bizcocho y los sentaba a la mesa de la cocina y les preguntaba qué tal les había ido el día y se interesaba por sus respuestas. Nuestros hijos se habían ido de casa antes de que nos mudásemos a la costa norte de California. Nuestra hija, Cindy, vivía con unos cuantos jóvenes en una casa situada en varias hectáreas de terreno rocoso en las afueras de Ukiah, en el condado de Mendocino. Tenían abejas y criaban cabras y gallinas, y vendían huevos y leche de cabra y tarros de miel. Las mujeres hacían edredones y también colchas de retales que vendían cuando podían. Pero no quiero llamarlo comuna. Me costaría más, por lo que había oído de las comunas, si lo llamase comuna, donde todas las mujeres eran propiedad de todos los hombres, cosas así. Digamos que vivía con unos amigos en una pequeña granja donde todos compartían el trabajo. Pero, hasta donde nosotros sabíamos, no pertenecían a una religión organizada ni a ningún tipo de secta. No habíamos tenido noticias suyas desde hacía casi tres meses, salvo por un tarro de miel que llegó un día por correo, y un retal de una gruesa tela roja, parte de un edredón en el que estaba trabajando.

Había una nota alrededor del tarro de miel que decía: «Queridos papá y mamá: He cosido esto yo misma y he recogido esta miel yo misma. Aquí estoy aprendiendo a hacer cosas. Un abrazo, Cindy».

Pero dos de las cartas de Sarah no recibieron respuesta, y entonces ese otoño pasó lo de Jonestown y, a pesar de todo lo que sabíamos, estuvimos como locos un día o dos pensando en que podría estar allí, en la Guyana británica. Sólo teníamos el número de un apartado de correos en Ukiah. Llamé a la oficina del sheriff de allí y le expliqué la situación, y él se fue hasta la casa para hacer un recuento y llevar un mensaje de nuestra parte. Cindy llamó esa noche y primero habló Sarah con ella y lloró, y después hablé yo con ella y lloré de alivio. Cindy lloró también. Algunos de sus amigos estaban allí, en Jonestown. Dijo que estaba lloviendo, y que estaba deprimida, pero que se le pasaría la depresión, dijo; estaba donde quería estar, y haciendo lo que quería hacer. Nos escribiría una carta larga y nos mandaría una foto pronto. Así que cuando los niños de Leslie venían a visitarnos, Sarah siempre se interesaba por ellos muchísimo y en serio y los sentaba a la mesa y les hacía cacao y les servía galletas o bizcocho y se interesaba realmente por sus historias.

Pero íbamos a mudarnos; habíamos decidido separarnos. Yo me iba a Vermont a dar clases durante un semestre en una pequeña universidad y Sarah iba a alquilar un apartamento en Eureka, una ciudad cercana. Cuando acabaran los cuatro meses y medio, cuando acabara el semestre en la universidad,

veríamos lo que hacíamos. No había nadie más por parte de ninguno de los dos, gracias a Dios, y no habíamos bebido nada durante cerca de un año ya, casi el tiempo que habíamos estado viviendo juntos en la casa de Pete, y de algún modo había dinero suficiente para que yo volviera al este y para que Sarah se instalase en su apartamento. Ella ya estaba haciendo trabajos de investigación y de oficina para el departamento de historia de la universidad de Eureka, y si conservaba el mismo trabajo, y el coche, y sólo tenía que mantenerse a sí misma, podría arreglárselas perfectamente. Viviríamos separados durante el semestre, yo en la costa este, ella en el oeste, y después haríamos balance, veríamos qué hacer.

Cuando estábamos limpiando la casa, yo las ventanas y Sarah la tarima, los rodapiés y los rincones, a gatas, con un cacharro de agua jabonosa y una camiseta vieja, Betty llamó a la puerta. Para nosotros era una cuestión de honor limpiar esta casa y limpiarla bien antes de marcharnos. Incluso habíamos restregado con un cepillo de alambre los ladrillos de alrededor de la chimenea. Nos habíamos marchado de demasiadas casas con prisas, dejándolas con daños o patas arriba, o incluso sin pagar el alquiler, y a veces habíamos tenido que sacar nuestras cosas en mitad de la noche. Esta vez era una cuestión de honor dejar esta casa limpia, dejarla inmaculada, dejarla mejor incluso que como la encontramos, y después de fijar la fecha en que íbamos a marcharnos, nos habíamos puesto a trabajar con pasión para borrar cualquier señal nuestra en esa casa. Por eso cuando Betty llegó a la puerta y llamó estábamos trabajando con ahínco en diferentes habitaciones de la casa y al principio no la oímos. Entonces llamó otra vez, un poco más fuerte, y solté las cosas de limpiar y salí del dormitorio.

—Espero no interrumpir —dijo, con las mejillas encendidas.

Era una mujer pequeña y compacta y llevaba unos pantalones azules y una blusa rosa por fuera. Tenía el pelo corto y castaño y cuarenta y muchos años, era más joven que Pete. Trabajaba como camarera en el restaurante y era amiga de Pete y de su primera mujer, Evelyn, la madre de Leslie. Un día, nos habían contado, Evelyn, que sólo tenía cincuenta y cuatro años, volvía a casa de hacer unas compras en Eureka. Nada más salir de la autopista para entrar en el aparcamiento de detrás del restaurante, y cuando empezaba a atravesarlo camino de la entrada de su casa, se le paró el corazón. El coche siguió andando, despacio, pero con suficiente impulso para derribar la pequeña barandilla de madera, atravesar el macizo de azaleas y detenerse contra el porche, con Evelyn desplomada tras el volante, muerta. Unos meses después, Pete y Betty se habían casado, y Betty había dejado de trabajar como camarera para convertirse en la madrastra de Leslie y en la abuela de sus hijos. Había estado casada anteriormente y tenía hijos mayores que vivían en Oregón que venían de vez en cuando a visitarla. Betty y Pete llevaban casados cinco años, y

por lo que podíamos observar, eran felices y parecían hechos el uno para el otro.

—Pasa, por favor, Betty —dije—. Sólo estábamos limpiando un poco. Me aparté y sostuve la puerta.

—No puedo —dijo—. Hoy estoy cuidando a los niños. Tengo que volver enseguida.

Pero Pete y yo nos preguntábamos si podríais venir a cenar antes de irnos.

Hablaba con calma y timidez, y sostenía un cigarrillo entre los dedos.

—¿El viernes por la noche? —dijo—. Si podéis.

Sarah se cepilló el pelo y vino hasta la puerta.

—Betty, pasa, que hace frío —dijo. El cielo estaba gris y el viento empujaba las nubes desde el mar.

—No, no, gracias, no puedo. He dejado a los niños coloreando unos dibujos, tengo que volver. Pete y yo sólo nos preguntábamos si podríais venir a cenar. ¿Tal vez el viernes por la noche, la noche antes de marcharos? Esperó y parecía cohibida. Su pelo se levantó con el viento y dio una calada al cigarrillo.

—Me encantaría —dijo Sarah—. ¿Te parece bien, Phil? No tenemos ningún plan, creo. ¿Te parece bien?

—Es un detalle por vuestra parte, Betty —dije—. Nos encantaría ir a cenar.

—¿Sobre las siete y media? —dijo Betty.

—A las siete y media —dijo Sarah—. Nos hace mucha ilusión, Betty. Más de lo que puedo expresar. Es muy amable y muy considerado por vuestra parte. Betty movió la cabeza y se sintió violenta.

—Pete dijo que siente que os marchéis. Dijo que ha sido como tener más familia aquí. Dijo que es un honor teneros como inquilinos. Comenzó a bajar los escalones. Seguía teniendo las mejillas encendidas.

—El viernes por la noche, entonces —dijo.

—Gracias, Betty, en serio —dijo Sarah—. Gracias otra vez. Significa mucho para nosotros.

Betty saludó con la mano y movió la cabeza. Luego dijo:

—Hasta el viernes, entonces —y la forma en que lo dijo me puso un nudo en la garganta. Cerré la puerta cuando se dio la vuelta, y Sarah y yo nos miramos. —Bueno —dijo Sarah—, esto es un cambio, ¿no? Que nos invite a cenar nuestro casero en vez de tener que desaparecer del mapa y escondernos en alguna parte. —Me cae bien Pete —dije—. Es un buen hombre.

—Betty también —dijo Sarah—. Es una buena mujer, y amable, y me alegro de que Pete y ella se tengan el uno al otro.

—A veces las cosas suceden —dije—. Las cosas salen bien.

Sarah no dijo nada. Se mordió el labio inferior durante un momento. Después volvió al cuarto de atrás para terminar de restregar. Yo me senté en el sofá y me fumé un cigarrillo. Cuando terminé, me levanté y volví al otro cuarto

y a mi cubo. Al día siguiente, viernes, terminamos de limpiar la casa y recogimos la mayoría de las cosas. Sarah volvió a pasar un trapo por la cocina, puso papel de aluminio bajo los quemadores, y le dio una última pasada a la encimera. Nuestras maletas y algunas cajas de libros estaban en un rincón de la sala, listos para nuestra partida. Esa noche íbamos a cenar con los Petersen y al día siguiente nos levantaríamos y desayunaríamos fuera. Luego volveríamos y cargaríamos el coche; no quedaban tantas cosas después de veinte años de mudanzas y desorden. Iríamos hasta Eureka y descargaríamos el coche y guardaríamos las cosas en el pequeño apartamento de Sarah, que había alquilado unos días antes, y después, antes de las ocho de la noche, ella me llevaría al pequeño aeropuerto donde yo emprendería mi viaje hacia el este, con intención de hacer conexión con un vuelo nocturno de San Francisco a Boston, y ella comenzaría su nueva vida en Eureka. Un mes antes, cuando empezamos a hablar de estas cosas, ella ya se había quitado la alianza, no tanto con ira sino con tristeza, una noche en que habíamos estado haciendo estos planes. No había llevado nada durante unos días, y luego se había comprado un pequeño anillo barato con una mariposa de turquesa porque, como dijo, ese dedo «se sentía desnudo». Una vez, algunos años antes de eso, en un ataque de rabia se había sacado la alianza del dedo y la había tirado al otro lado del salón. Yo estaba borracho y me marché de la casa y cuando hablamos sobre esa noche unos días después y le pregunté por su alianza, dijo:

—Sigo teniéndola, sólo la he puesto en un cajón. No pensarías en serio que había tirado mi alianza, ¿no?

Poco después se la volvió a poner y siguió llevándola, incluso durante las malas épocas, hasta hacía un mes. También dejó de tomar la píldora y se puso un DIU. Así que trabajamos ese día por toda la casa y terminamos de empaquetar y de limpiar y, poco después de las seis, nos duchamos y limpiamos otra vez la ducha y nos vestimos y nos sentamos en el salón, ella en el sofá, sobre las piernas dobladas, con un vestido de punto y un pañuelo azul, y yo en la silla grande junto a la ventana. Podía ver la parte de atrás del restaurante de Pete desde donde estaba sentado, y el mar unos kilómetros más allá del restaurante y los prados y los bosquecillos de árboles que había entre la ventana del frente y las casas. Permanecimos sentados sin hablar. Habíamos hablado y hablado y hablado. Ahora estábamos sentados sin hablar y mirábamos cómo oscurecía fuera y la pluma de humo que salía de la chimenea del restaurante.

—Bueno —dijo Sarah, y estiró las piernas en el sofá. Se bajó un poco la falda. Encendió un cigarrillo—. ¿Qué hora es? A lo mejor deberíamos ir. Dijeron a las siete y media, ¿no? ¿Qué hora es?

—Son las siete y diez —dije.

—Las siete y diez —dijo—. Es la última vez que podremos sentarnos así en

el salón y mirar cómo oscurece. No quiero olvidarlo. Me alegro de que tengamos unos minutos. Un momento después me levanté a por mi abrigo. Camino del dormitorio me detuve en el extremo del sofá donde estaba sentada ella y me incliné y la besé en la frente. Ella alzó los ojos hasta los míos después del beso y me miró.

—Tráeme también mi abrigo —dijo.

La ayudé a ponerse el abrigo y después salimos de la casa y atravesamos el césped y la parte de atrás del aparcamiento hasta la casa de Pete. Sarah llevaba las manos en los bolsillos y yo fumaba un cigarrillo mientras caminábamos. Justo antes de llegar a la puerta de la pequeña valla que rodea la casa de Pete, tiré el cigarrillo y tomé del brazo a Sarah.

La casa era nueva y habían plantado una resistente enredadera que se había extendido por toda la valla. Había un pequeño leñador de madera clavado en la barandilla del porche. Cuando soplabla el viento, el hombrecillo empezaba a serrar su tronco. No estaba serrando en ese momento, pero yo podía sentir la humedad en el aire y sabía que pronto llegaría el viento. Había tiestos con plantas en el porche y macizos de flores a ambos lados de la acera, pero si habían sido plantadas por Betty o por la primera esposa, no había forma de saberlo. En el porche había algunos juguetes de los niños y un triciclo. La luz del porche estaba encendida, y justo cuando empezamos a subir los escalones, Pete abrió la puerta y nos saludó.

—Pasad, pasad —dijo, sosteniendo la puerta mosquitera. Tomó las manos de Sarah entre las suyas y después estrechó la mía. Era un hombre alto y delgado, de unos 60 años, con la cabeza cubierta de pelo canoso cuidadosamente peinado. Sus hombros daban la impresión de mole, pero no era un hombre pesado. Llevaba una camisa Pendleton gris, pantalones oscuros y zapatos blancos. Betty salió también hasta la puerta, saludando con la cabeza y sonriendo. Tomó nuestros abrigos mientras Pete nos preguntaba qué queríamos tomar.

—¿Qué os sirvo? —dijo—. Pedidlo. Si no lo tengo iremos al restaurante a por ello.

Pete era un alcohólico en proceso de recuperación, pero tenía vino y licor en la casa para los invitados. Una vez me había dicho que cuando compró su primer restaurante y cocinaba 16 horas al día bebía litro y medio de whisky durante esas 16 horas y era severo con los empleados. Ahora había dejado de beber; había estado hospitalizado, nos habían dicho, y no había bebido nada en seis años, pero como muchos alcohólicos, seguía teniendo alcohol en casa.

Sarah pidió una copa de vino blanco. La miré. Yo pedí una coca cola. Pete me guiñó un ojo y dijo:

—¿Quieres alguna cosilla en la coca cola? ¿Algo que ayude a quitarte la humedad de los huesos?

—No, gracias, Pete, pero si pudieras echar un trozo de lima, te lo agradecería —dijo.

—¡Buen chico! —dijo—. Para mí ya es la única forma de volar.

Vi que Betty movía una ruedecilla en el microondas y pulsaba un botón. Pete dijo:

—Betty, ¿tomarás vino con Sarah o qué quieres, cariño?

—Tomaré un poco de vino, Pete —dijo Betty.

—Phil, aquí tienes tu coca cola —dijo Pete—. Sarah —dijo, y le dio una copa de vino—. Betty. Hay mucho más de todo. Vamos a sentarnos y a ponernos cómodos. Atravesamos el comedor. La mesa ya estaba puesta para cuatro, porcelana fina y copas de cristal. Fuimos hasta el salón y Sarah y yo nos sentamos juntos en uno de los sofás. Pete y Betty se sentaron enfrente, en otro. Había cuencos con frutos secos variados a nuestro alcance en una mesa de centro, trozos de coliflor, ramas de apio y un cuenco de salsa para las verduras al lado de los cacahuetes.

—Nos alegra tanto que hayáis venido —dijo Betty—. Hemos estado toda la semana esperando este momento.

—Vamos a echaros de menos —dijo Pete—, esa es la verdad. No soporto la idea de que os marchéis, pero sé que así es la vida, la gente tiene que hacer lo que tiene que hacer. No sé cómo decirlo, pero ha sido un honor teneros en la casa, los dos sois profesores y todo eso. Siento un gran respeto por la educación, aunque yo no tengo mucha. Aquí vivimos como una gran familia, ya lo sabéis, y ya os considerábamos parte de ella. Bueno, a vuestra salud. Por vosotros —dijo—, y por el futuro. Levantamos nuestros vasos y después bebimos.

—Nos alegra tanto que penséis así —dijo Sarah—. Es muy importante para nosotros, esta cena; nos hacía más ilusión de la que puedo expresaros. Significa muchísimo para nosotros.

Pete dijo:

—Vamos a echaros de menos, eso es todo —y movió la cabeza.

—Ha sido muy, muy bueno para nosotros vivir aquí —dijo Sarah—. No puedo explicároslo.

—Hubo algo en este tipo que me gustó cuando lo vi por primera vez —le dijo Pete a Sarah—. Me alegro de haberle alquilado la casa. Puedes saber muchas cosas de un hombre la primera vez que lo ves. Me cayó bien este tipo. Cuídalo mucho. Sarah cogió una rama de apio. Sonó una campanilla en la cocina y Betty dijo: —Disculpadme —y salió de la habitación.

—Dejadme que os sirva otro —dijo Pete. Salió de la habitación con nuestros vasos y volvió en un minuto con más vino para Sarah y un vaso lleno de coca cola para mí. Betty empezó a llevar cosas de la cocina a la mesa del comedor. —Espero que os gusten el marisco y la carne —dijo Pete—. Churrasco de

ternera y cola de langosta.

—Suenan estupendo, es una cena maravillosa —dijo Sarah.

—Creo que ya podemos comer —dijo Betty—. Venid a la mesa. Pete se sienta aquí siempre. Este es el sitio de Pete. Phil, siéntate aquí. Sarah, tú siéntate allí, enfrente de mí.

—El hombre que se sienta a la cabecera de la mesa paga la cuenta —dijo Pete, y se rió.

Fue una cena estupenda: ensalada de lechuga con camarones frescos, sopa de almejas, cola de langosta y churrasco. Sarah y Betty bebieron vino, Pete bebió agua mineral, yo seguí con la coca cola. Hablamos un poco sobre Jonestown después de que Pete sacó el tema, pero me di cuenta de que esa conversación ponía nerviosa a Sarah. Sus labios palidieron, y conseguí que cambiásemos a la pesca del salmón. —Siento que no tuviéramos oportunidad de ir —dijo Pete—. Pero los pescadores deportivos no están sacando nada todavía. Sólo están pescando algo los tipos con licencias comerciales, y están yendo lejos. Puede que en una o dos semanas hayan llegado los salmones. En cualquier momento a partir de ahora, en realidad —dijo Pete—. Pero para entonces vosotros estaréis al otro lado del país.

Asentí. Sarah cogió su copa.

—Ayer le compré a un tipo 75 kilos de salmón fresco, y eso es lo que voy a poner en el menú ahora. Salmón fresco —dijo Pete—. Lo metí en el congelador y lo congelé fresco. El tipo llegó con él en su camioneta, un indio, y le pregunté cuánto pedía por él y dijo que 7 dólares el kilo. Yo dije que 6,5 y dijo que trato hecho. Así que lo congelé fresco y ya lo he puesto en el menú.

—Bueno, éste estaba estupendo —dijo—. Me gusta el salmón, pero el que hemos comido aquí esta noche no podía estar mejor. Estaba delicioso.

—Nos ha alegrado tanto que pudierais venir —dijo Betty.

—Esto es maravilloso —dijo Sarah—, pero creo que nunca he visto tanta langosta y churrasco. Creo que no puedo comérmelo todo.

—Lo que sobre os lo pondremos en una bolsa —dijo Betty, y se sonrojó—. Igual que en el restaurante. Pero dejad sitio para el postre.

—Tomemos el café en la sala —dijo Pete.

—Pete tiene algunas diapositivas que tomamos en nuestro viaje —dijo Betty—. Si os apetece verlas, habíamos pensado que podíamos montar la pantalla después de cenar.

—Hay brandy para los que quieran —dijo Pete—. Betty tomará un poco, lo sé.

¿Sarah? Tú tomarás un poco. Buena chica. No me molesta nada tenerlo aquí y que lo beban mis invitados. Beber es divertido —dijo Pete. Habíamos vuelto al salón. Pete montaba la pantalla y charlaba.

—Siempre tengo un poco de todo a mano, como habréis observado, pero yo

no he tocado una bebida de nada alcohólico desde hace seis años. Ahora bien, eso fue después de beber más de un litro al día durante diez años después de licenciarme en el ejército. Pero lo dejé, Dios sabe cómo, pero lo dejé, lo dejé sin más. Miré a mi médico y le dije: «Ayúdeme, doctor, ¿puede usted ayudarme?» Bueno, hizo un par de llamadas. Dijo que conocía a algunos tipos que tenían problemas con la bebida, dijo que hubo una época en la que él también había tenido problemas. Lo siguiente que sé es que iba camino de una clínica cerca de Santa Rosa. Estaba en Calistoga, en California. Pasé allí tres semanas. Cuando llegué a casa estaba sobrio y ya no tenía ganas de beber. Evelyn, o sea, mi primera mujer, salió hasta la puerta cuando llegué a casa y me besó en los labios por primera vez en años. Ella odiaba el alcohol. Su padre y un hermano habían muerto por la bebida. También puede matar, no lo olvidéis. Bueno, me besó en los labios por primera vez esa noche, y no he vuelto a beber desde que fui a ese sitio de Calistoga. Betty y Sarah estaban recogiendo la mesa, yo me senté en el sofá y me puse a fumar mientras Pete hablaba. Después de montar la pantalla, sacó un proyector de una caja y lo puso en una mesa. Enchufó el cable y apretó un botón. La luz brilló sobre la pantalla y se puso en marcha un pequeño ventilador.

—Tenemos diapositivas suficientes para estar viendo fotos toda la noche y más —dijo Pete—. Tenemos diapositivas de México, Hawai, Alaska, Oriente Medio, África también. ¿Qué os gustaría ver? Sarah entró y se sentó en el otro extremo del sofá donde estaba yo.

—¿Qué te gustaría ver, Sarah? —dijo Pete—. Dilo...

—Alaska —dijo Sarah—. Y Oriente Medio. Estuvimos allí una temporada, hace años, en Israel. Siempre he querido ir a Alaska.

—No llegamos hasta Israel —dijo Betty, entrando con el café—. Íbamos en un recorrido que sólo incluía Siria, Egipto y Líbano.

—Es una tragedia lo que ha pasado en el Líbano —dijo Pete—. Era el país más hermoso de Oriente Medio. Estuve allí cuando era un chaval, en la marina mercante en la segunda guerra mundial. Pensé en aquel momento, me prometí a mí mismo que volvería allí algún día. Y entonces tuvimos la oportunidad, Betty y yo. ¿No es así, Betty? Betty sonrió y asintió.

—Veamos algunas fotos de Siria y el Líbano —dijo Sarah—. Ésas son las que me apetece ver. Me apetece verlas todas, claro, pero si tenemos que elegir... Así que Pete empezó a pasar diapositivas, y Betty y él hacían comentarios a medida que se acordaban de los lugares.

—Allí está Betty intentando subirse a un camello —dijo Pete—. Necesitó un poco de ayuda del tipo de la chilaba. Betty se rió y sus mejillas enrojecieron. Brilló otra diapositiva sobre la pantalla y Betty dijo:

—Aquí está Pete hablando con un funcionario egipcio.

—Donde está señalando, esa montaña detrás de nosotros. A ver si puedo

acercarlo más —dijo Pete—. Los judíos están atrincherados allí. Podíamos verlos con los prismáticos que nos dejaron. Judíos en toda esa colina. Como hormigas —dijo Pete—. —Pete cree que si no hubieran llevado sus aviones al Líbano, no se habría organizado todo ese follón allí —dijo Betty—. Los pobres libaneses.

—Allí —dijo Pete—. Allí está el grupo en Petra, la ciudad perdida. Era una ciudad de caravanas, pero después se perdió sin más, se perdió y quedó cubierta de arena durante cientos de años y luego fue descubierta de nuevo y fuimos hasta allí desde Damasco en Land Rovers. Mirad lo rosadas que son las piedras. Esas tallas de piedra tienen más de dos mil años, dijeron. Vivían allí veinte mil personas. Y luego el desierto la enterró y fue olvidada. Eso es lo que le va a pasar a este país si no tenemos cuidado. Tomamos más café y vimos algunas diapositivas más de Pete y Betty en los zocos de Damasco. Luego Pete apagó el proyector, y Betty fue a la cocina y volvió con peras al caramelo de postre y más café. Comimos y bebimos, y Pete dijo otra vez lo mucho que nos iba a echar de menos.

—Sois buena gente —dijo Pete—. No soporto la idea de que os marchéis, pero sé que es lo mejor para vosotros, porque en otro caso no os marcharíais. Bueno, queríais ver algunas diapositivas de Alaska. ¿Eso dijiste, Sarah?

—Alaska, sí —dijo Sarah—. Una vez hablamos de ir a Alaska, hace años. ¿No, Phil? Una vez tuvimos todo preparado para ir a Alaska. Pero en el último minuto no fuimos. ¿Te acuerdas, Phil?

Asentí.

—Ahora irás a Alaska —dijo Pete.

La primera diapositiva mostraba a una mujer alta, esbelta y pelirroja de pie en la cubierta de un barco con una cordillera nevada a lo lejos detrás de ella. Llevaba un abrigo blanco de piel y miraba a la cámara con una sonrisa.

—Ésa es Evelyn, la primera esposa de Pete —dijo Betty—. Murió. Pete proyectó otra diapositiva en la pantalla. La misma mujer pelirroja con la misma parka y dándole la mano a un esquimal sonriente con otra parka. Unos grandes pescados secos colgaban de cuerdas detrás de las figuras. Había una extensión de agua y más montañas.

—Ésa es Evelyn otra vez —dijo Pete—. Éstas se tomaron en Point Barrow, en Alaska, la población que está más al norte de los Estados Unidos. Después había una foto de la calle principal, pequeños edificios bajos con tejados inclinados de metal, carteles que decían Café Rey Salmón, Tarjetas postales, Licores, Habitaciones. En una diapositiva salía un restaurante de pollo frito Colonel Sanders con un cartel afuera en el que aparecía el coronel Sanders con una parka y botas de piel. Todos nos reímos.

—Ésa es Evelyn otra vez —dijo Betty, cuando otra diapositiva brilló en la pantalla.

—Éstas se hicieron antes de que Evelyn muriera —dijo Pete—. Siempre hablábamos de ir a Alaska, también —dijo Pete—. Me alegro de que hiciéramos ese viaje antes de que muriera.

—Muy oportuno —dijo Sarah.

—Evelyn era una buena amiga —dijo Betty—. Fue como perder a una hermana.

Vimos a Evelyn subiendo a bordo de un avión para regresar a Seattle, y vimos a Pete, sonriendo y moviendo la mano, saliendo del mismo avión después de que aterrizara en Seattle.

—Se está calentando —dijo Pete—. Voy a tener que apagar el proyector un rato para que se enfríe. ¿Qué queréis ver después? ¿Hawai? Sarah, es tu noche; tú decides. Sarah me miró.

—Creo que deberíamos pensar en irnos a casa, Pete —dije—. Mañana va a ser un día muy largo.

—Sí, deberíamos irnos —dijo Sarah—. En serio, supongo. Pero siguió sentada con el vaso en la mano. Miró a Betty y después miró a Pete.

—Ha sido una noche maravillosa para nosotros —dijo—. De verdad que no sé cómo daros las gracias. Ha significado muchísimo para nosotros.

—No, somos nosotros los que tenemos que daros las gracias —dijo Pete—, y ésa es la verdad. Ha sido un placer conoceros. Espero que la próxima vez que estéis en esta parte del país os paséis por aquí a saludarnos.

—No nos olvidaréis, ¿verdad? —dijo Betty—. ¿Verdad que no?

Sarah movió la cabeza.

Después nos levantamos y Pete nos dio los abrigo. Betty dijo:

—No os olvidéis la bolsa de las sobras. Será un buen tentempié mañana. Pete ayudó a Sarah a ponerse el abrigo y después sostuvo el mío para que metiera el brazo.

Nos estrechamos la mano todos en el porche.

—Está llegando viento —dijo Pete—. No nos olvidéis. Y buena suerte.

—No os olvidaremos —dije—. Gracias otra vez, gracias por todo.

Nos dimos la mano una vez más. Pete cogió a Sarah de los hombros y la besó en la mejilla.

—Cuidaos mucho. Este tipo también. Cuídalo —dijo—. Sois buena gente. Nos caéis muy bien.

—Gracias, Pete —dijo Sarah—. Gracias por decir eso.

—Lo digo porque es verdad, porque si no no lo diría —dijo Pete.

Betty y Sarah se abrazaron.

—Bueno, buenas noches a los dos —dijo Betty—. Y que Dios os bendiga a ambos.

Bajamos por la acera delante de las flores. Sostuve la puerta para Sarah y atravesamos la grava del aparcamiento hasta nuestra casa. El restaurante estaba

oscuro. Era más de medianoche. El viento soplaba entre los árboles. Las luces del aparcamiento estaban encendidas, y el generador situado en la trasera del restaurante zumbaba y hacía girar el ventilador del congelador dentro del mueble. Abrí la puerta de la casa. Sarah encendió de golpe la luz y entró en el baño. Yo encendí la lámpara situada junto a la silla frente a la ventana y me senté con un cigarrillo. Pasado un rato salió Sarah, con el abrigo aún puesto, y se sentó en el sofá y se tocó la frente.

—Ha sido una velada agradable —dijo—. No la olvidaré. Tan diferente de tantas de nuestras marchas —dijo—. Imagínate, cenar y todo con tu casero antes de mudarte —movió la cabeza—. Hemos recorrido un largo camino, creo yo, vistas así las cosas. Pero queda aún mucho trecho. Bueno, ésta es la última noche que vamos a pasar en esta casa, y estoy tan cansada después de esa enorme cena que se me cierran los ojos. Me parece que me voy a la cama.

—Yo también —dije—. En cuanto termine esto.

Permanecimos tumbados en la cama sin tocarnos. Entonces Sarah se volvió desde su lado y dijo:

—Me gustaría que me abrazaras hasta que me durmiera. Sólo eso, que me abracés.

Echo de menos a Cindy esta noche. Espero que esté bien. Rezo para que esté bien. Que Dios la ayude a encontrar su camino. Y que Dios nos ayude a nosotros —dijo. Al cabo de un rato su respiración se hizo lenta y regular y me volví a alejar de ella. Me quedé boca arriba y miré fijamente al techo oscuro. Tumbado y escuchando el viento. Entonces, justo cuando empezaba a cerrar los ojos otra vez, oí algo. O, más bien, dejé de oír algo que había estado oyendo. El viento seguía soplando, y podía oírlo bajo los aleros de la casa y silbando entre los cables fuera de la casa, pero faltaba algo, y no sabía qué era. Permanecí tumbado un rato más y escuché, y después me levanté y salí al salón y miré por la ventana delantera hacia el restaurante; el filo de la luna asomaba a través de las nubes, que se movían con rapidez. Permanecí de pie en la ventana e intenté comprender qué era lo que andaba mal. Seguí mirando el reflejo del mar y luego otra vez el restaurante a oscuras. Entonces caí en la cuenta de qué era ese silencio tan extraño. Se había apagado el generador del restaurante. Estuve allí un rato más preguntándome qué debía hacer, si debía llamar a Pete. Quizá se arreglaría solo en un rato y volvería a encenderse, pero por alguna razón sabía que eso no iba a ocurrir.

Él debió de darse cuenta también, porque de repente vi encenderse una luz en casa de Pete, y luego apareció en los escalones una figura con una linterna. La figura que llevaba la linterna se dirigió a la parte de atrás del restaurante y abrió la puerta con la llave y después empezaron a encenderse luces en el restaurante. Un momento más tarde, después de fumarle un cigarrillo, volví a la cama. Me dormí enseguida.

A la mañana siguiente tomamos café instantáneo y fregamos las tazas y las empaquetamos. No hablamos mucho. Había un camión de electrodomésticos detrás del restaurante, y pude ver a Betty y a Leslie saliendo y entrando por la puerta trasera del restaurante, llevando algo en los brazos. No vi a Pete. Cargamos el coche. Podríamos llevarlo todo a Eureka en un solo viaje, después de todo. Me acerqué al restaurante para dejar las llaves, pero cuando llegué a la puerta de la oficina, ésta se abrió y salió Pete con una caja.

—Se va a pudrir —dijo—. El salmón se ha descongelado. Estaba empezando a congelarse, luego empezó a descongelarse. Voy a perder todo este salmón. Voy a tener que regalarlo, quitármelo de encima esta mañana. Y también los solomillos y las gambas y los ostiones. Todo. El generador se quemó, maldita sea.

—Lo siento, Pete —dije—. Tenemos que irnos. Quería devolverte las llaves.

—¿Qué? —dijo y me miró.

—Las llaves de la casa —dije—. Nos vamos. Ahora mismo.

—Dáselas a Leslie —dijo—. Leslie se ocupa de los alquileres. Dale a ella las llaves.

—Eso haré, entonces. Adiós, Pete. Siento todo esto. Pero gracias otra vez por todo.

—Claro —dijo—. Claro, no hay de qué. Buena suerte. Que os vaya bien.

Saludó con la cabeza y siguió hasta su casa con la caja de solomillos. Le di las llaves a Leslie, me despedí de ella, y volví al coche donde esperaba Sarah.

—¿Algo va mal? —dijo Sarah—. ¿Qué ha pasado? Parecía como si Pete no tuviera tiempo ni para darte la hora.

—El generador del restaurante se quemó anoche y el congelador se apagó y parte de la comida se ha estropeado.

—¿Eso ha pasado? —dijo—. Qué horror. Lo siento. Les diste las llaves, ¿no? Ya nos hemos despedido. Creo que podemos irnos.

—Sí —dije—. Eso creo.

SUEÑOS

DREAMS



Mi mujer tiene la costumbre de contarme todo lo que sueña. Cuando se despierta le llevo el café y el desayuno y me siento en una silla al lado de la cama mientras se espabila y se aparta los cabellos del rostro. Tiene la expresión de quien acaba de despertarse, pero en su mirada también se aprecia que viene de muy lejos.

—A ver —le digo.

—Qué raro —contesta ella—. He tenido un sueño entero y la mitad de otro. He soñado que era un chico y que iba a pescar con mi hermana y su amiga, pero estaba borracho. Figúrate. ¿No es el colmo? Tenía que llevarlas en el coche, pero no había forma de encontrar las llaves. Luego, cuando las he encontrado, el coche no arrancaba. De buenas a primeras estábamos pescando en el lago, en una barca. Se acercaba una tormenta, pero no podía poner en marcha el motor. Mi hermana y su amiga no paraban de reírse. Pero yo tenía miedo. En eso me he despertado. ¿No es raro? ¿Qué te parece?

—Escríbelo —le dije, encogiéndome de hombros.

No tenía otra cosa que decirle. Yo no sueño. Hace años que no sueño nada. O a lo mejor sí, pero cuando me despierto no me acuerdo de nada. No soy ningún especialista en sueños; ni en los míos ni en los de nadie. Una vez Dotty me contó que poco antes de casarnos se pasó la noche ladrando en sueños. Al despertarse vio a su perrito, Bingo, sentado a los pies de la cama y mirándola de manera extraña. Se dio cuenta de que había ladrado en sueños. ¿Qué significaría eso?, se preguntó. Lo calificó de pesadilla, añadiéndolo a su libro de sueños, y eso fue todo. No le dio más vueltas. Nunca interpretaba sus sueños. Se limitaba a escribirlos y luego, cuando tenía otro, lo anotaba a continuación.

—Bueno, me subo —le dije—. Tengo que ir al cuarto de baño.

—Estaré enseguida. Primero tengo que espabilarme. Quiero pensar un poco

más en este sueño.

En realidad no tenía que ir al cuarto de baño, de manera que cogí una taza de café y me senté a la mesa de la cocina. Estábamos en agosto, en plena canícula, y teníamos las ventanas abiertas. Hacía calor, ya lo creo. Asfixiante. Mi mujer y yo nos pasamos casi todo el mes durmiendo en el sótano. Pero nos arreglamos bien. Llevamos abajo colchones, almohadas, sábanas, de todo. Teníamos una mesita, una lámpara, un cenicero. Nos reíamos. Era como volver a empezar. Pero arriba todas las ventanas estaban abiertas, y en la casa de al lado también lo estaban. Sentado a la mesa, oí a Mary Rice, la vecina. Era temprano, pero ya se había levantado y andaba por la cocina en camisón. Tarareaba una melodía, y me puse a escucharla mientras me bebía el café. Luego sus hijos aparecieron en la cocina y los saludó diciendo:

—Buenos días, niños. Buenos días, mis seres queridos.

En serio. Eso es lo que les dijo su madre. Luego se sentaron a la mesa, riéndose de algo, y uno de los niños empezó a golpear la silla contra el suelo, riendo a carcajadas.

—Ya está bien, Michael —le dijo su madre—. Termínate los cereales, cariño.

Al cabo de un momento, Mary Rice mandó a sus hijos a que fueran a vestirse para ir al colegio. De nuevo se puso a tararear mientras fregaba los cacharros. Al escucharla, pensé: Soy un hombre de suerte. Tengo una mujer que siempre sueña algo diferente, que todas las noches se acuesta a mi lado y en cuanto se queda dormida algún hermoso sueño la transporta muy lejos.

Unas veces sueña con caballos, con tormentas y gente, y otras hasta cambia de sexo en el sueño. Yo no echaba en falta mis propios sueños. Sólo tenía que pensar en los suyos para no sentirme frustrado. Y además en la casa de al lado tengo una vecina que se pasa el día cantando o tarareando. En general, me sentía bastante afortunado. Me acerqué a la ventana para ver cómo se marchaban al colegio los niños de al lado. Vi cómo Mary Rice los besaba a los dos en la mejilla, diciendo: Adiós, niños. Luego cerró la puerta mosquitera, se quedó detrás un momento, viendo cómo los niños se alejaban por la calle, y después dio media vuelta y volvió a entrar en la casa. Conocía sus costumbres. Ahora dormiría unas horas: nunca se acostaba al volver de su trabajo nocturno, poco después de las cinco de la mañana. La chica que le hacía de canguro — Rosemary Bandel, una vecina— esperaba a que ella llegase y luego cruzaba la calle y entraba en su casa. Y entonces las luces permanecían encendidas en casa de Mary Rice durante el resto de la noche. A veces, si tenía las ventanas abiertas, como ahora, oía música de piano, y una vez hasta oí a Alexander Scourby leyendo Grandes esperanzas.

A veces, cuando no podía conciliar el sueño —mi mujer dormía y soñaba a mi lado—, me levantaba de la cama y subía para sentarme a la mesa y escuchar

su música o sus libros grabados, acechando el momento en que su silueta pasara delante de un visillo o se recortara por detrás de la persiana. Alguna que otra vez sonaba el teléfono muy temprano, a una hora intempestiva, pero ella siempre lo cogía a la tercera llamada. Sus hijos, según averigüé, se llamaban Michael y Susan. A mis ojos no se diferenciaban en nada de los demás niños del barrio, salvo en que cuando los veía, pensaba: Qué suerte tenéis, niños, de tener una madre que os cante. Vuestro padre no os hace ninguna falta. Una vez vinieron a casa a vendernos unas pastillas de jabón, y en otra ocasión llamaron a la puerta para ofrecernos semillas. Nosotros no tenemos jardín, desde luego —donde vivimos nosotros no crece nada—, pero se las compré de todos modos, qué demonios. La noche de Halloween también vinieron, con la chica que los cuidaba —su madre, naturalmente, estaba trabajando—, y les di chokolatinas y saludé con la cabeza a Rosemary Bandel.

Mi mujer y yo somos los vecinos más antiguos del barrio. Hemos visto llegar y marcharse a todo el mundo. Mary Rice vino hace tres años con su marido y sus hijos. Su marido era un técnico de la compañía telefónica, encargado del tendido y mantenimiento, y se marchaba a trabajar a las siete de la mañana y volvía a las cinco de la tarde. Luego dejó de llegar a esa hora. Volvía cada vez más tarde, si es que volvía.

Mi mujer también lo notó.

—Hace tres días que no lo veo —dijo.

—Yo tampoco —dije.

Unos días antes, por la mañana, había oído gritos, y uno de los niños lloraba; quizás los dos.

Luego, en el mercado, la vecina que vivía al lado de Mary Rice contó a mi mujer que el matrimonio se había separado. —Los ha abandonado, a ella y a los niños —dijo aquella mujer—. El hijo de puta. Y entonces, no mucho después, como su marido se había despedido del trabajo y se había marchado de la ciudad, Mary Rice tuvo que buscarse el sustento y encontró trabajo en un restaurante donde servía cócteles y no tardó mucho en pasarse toda la noche escuchando música y grabaciones de libros. Y cantando unas veces y tarareando otras. La otra vecina de Mary Rice dijo que se había matriculado en la universidad para hacer dos cursos por correspondencia. Se estaba creando una nueva vida, aseguró la vecina, una nueva vida para ella y para sus hijos. Como el invierno se acercaba decidí poner las contraventanas. Mientras estaba fuera, subido en la escalera, los niños de al lado, Michael y Susan, salieron de la casa como un tromba, en compañía del perro y haciendo que la puerta mosquitera se cerrara de golpe tras ellos. Corrieron por la acera ya con los abrigos puestos, dando patadas a los montones de hojas muertas.

Mary Rice salió a la puerta y vio cómo se alejaban. Luego me miró a mí.

—Buenos días —dijo—. Por lo visto, ya se está preparando para el invierno.

—Así es —dijo—. Pronto se nos echará encima. —Sí, no tardará mucho —dijo ella.

Luego esperó un momento, como si fuera a añadir algo, y dijo: Bueno, encantada de hablar con usted. —El placer ha sido mío. Eso fue poco antes del día de Acción de Gracias, Una semana después, más o menos, cuando entré en la habitación con el café y el zumo de mi mujer, me la encontré ya despierta e incorporada y lista para contarme su sueño. Dio unas palmaditas sobre la cama, y me senté a su lado.

—Éste sí que es la monda —dijo—. Si quieres oír algo bueno, atiende.

—Adelante —dijo.

Tomé un sorbo de su taza y se la di. Ella cerró las manos en torno a la taza, como si las tuviera frías.

—Íbamos en barco —dijo.

—Nunca hemos ido en barco —dije.

—Lo sé, pero íbamos en un barco grande, un crucero, creo. Estábamos acostados, en una litera o algo así, cuando llamaron a la puerta y entró alguien con una bandeja de magdalenas. Dejaron la bandeja y volvieron a salir. Me levanté a coger una magdalena. Tenía hambre, sabes, pero cuando la toqué, me quemó la punta de los dedos. Entonces se me empezaron a encoger los dedos de los pies, como cuando tienes miedo, ya sabes. Me volví a acostar pero entonces oí una música fuerte, de Scriabin, y luego un entrechocar de copas, centenares, quizás miles de copas, todas resonando a la vez. Te desperté, te lo conté y me dijiste que ibas a ver lo que pasaba. Recuerdo que cuando saliste vi pasar la luna fuera, por delante del ojo de buey. Luego el barco debió de virar o algo así, porque volvió a pasar la luna inundando de luz el camarote. Entonces volviste, en pijama, tal como te habías marchado, y te acostaste y te dormiste otra vez sin decir palabra. La luna brillaba al otro lado de la ventana y en el camarote relucía todo, pero tú seguías sin decir nada. Me acuerdo de que me asustaste un poco con tu silencio y de que se me volvieron a encoger los dedos de los pies. Luego me volví a dormir y aquí estoy. ¿Qué te parece? Menudo sueño, ¿no? ¡Dios mío de mi vida! ¿Qué podrá significar? Tú no has soñado nada, ¿verdad?

Dio un sorbo de café y se me quedó mirando. Sacudí la cabeza. No sabía qué decir, de manera que le recomendé que lo anotara en el cuaderno.

—Pues vaya, no sé. Se están volviendo muy raros, ¿no te parece?

—Anótalo en el cuaderno.

Enseguida llegaron las navidades. Compramos un árbol, lo adornamos y la mañana de Navidad intercambiamos regalos. Dotty me regaló un par de manoplas, un globo terráqueo y una suscripción a la revista Smithsonian. Yo le regalé un perfume —se sonrojó al abrir el paquete— y un camisón. Me abrazó. Luego subimos al coche y fuimos a comer a casa de unos amigos.

Entre Navidad y primero de año vino una ola de frío. Nevó, y luego volvió a nevar.

Un día, Michael y Susan estuvieron en la calle el tiempo suficiente para hacer un muñeco de nieve. Le pusieron una zanahoria en la boca. Por la noche veía el resplandor de la tele por la ventana de su cuarto. Mary Rice seguía yendo a trabajar todas las noches, Rosemary venía a cuidar de los niños y la luz siempre permanecía encendida toda la noche.

En Nochevieja fuimos al otro extremo de la ciudad a cenar con nuestros amigos.

Jugamos a las cartas, vimos la tele y a medianoche abrimos una botella de champán.

Harold y yo nos estrechamos la mano y nos fumamos un puro. Luego Dotty y yo cogimos el coche y volvimos a casa.

Pero —y aquí es donde empieza lo malo— al llegar al barrio nos encontramos la calle bloqueada por dos coches patrulla. Sus luces giraban sin parar sobre la carretera. Otros coches, automovilistas curiosos, se habían parado, y los vecinos habían salido de sus casas. Muchos estaban vestidos y llevaban abrigo, pero había gente en pijama con gruesos abrigos encima que evidentemente se habían puesto a toda prisa. Cerca de casa había dos coches de bomberos aparcados, uno delante del jardín y otro en el camino de entrada de la casa Mary Rice.

Di mi nombre a un policía y le expliqué que vivíamos allí, donde estaba el camión grande.

—¡Están delante de nuestra casa! —gritó Dotty.

El policía me dijo que teníamos que aparcar e ir andando.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Parece que se ha prendido fuego una estufa. Bueno, eso es lo que me han dicho.

En la casa había unos niños. Tres, contando la canguro. Ella salió. Por desgracia, los niños se quedaron dentro. Se asfixiaron con el humo. Echamos a andar por la calle, hacia casa. Dotty me cogió del brazo y se apretó contra mí.

—¡Ay, Dios mío! —repetía.

Ya cerca, en el tejado de la casa de Mary Rice, iluminado por los focos de los bomberos, vi a un hombre con una manguera. Pero ya no echaba sino un hilillo de agua. Habían roto la ventana del dormitorio, y dentro se veía a un hombre que se movía por el cuarto con algo que podía ser un hacha. Entonces un bombero salió por la puerta con algo en los brazos, y vi que era el perro de los niños. Me causó mucha impresión. Había por allí una camioneta de la cadena local de televisión y un operador filmaba con una cámara que llevaba sobre el hombro. Los vecinos se apiñaban alrededor. Los coches de bomberos estaban con el motor en marcha, y de cuando en cuando se oían voces por la

radio. Pero ninguno de los mirones decía nada. Me fijé en ellos y reconocí a Rosemary, que estaba con la boca abierta entre su padre y su madre. Luego sacaron a los niños en camilla. Eran tipos enormes, los bomberos, con botas, impermeables y cascos, hombres de aspecto indestructible que parecían tener cien años más de vida por delante. Salieron a la calle, uno a cada extremo de las camillas, llevando a los niños.

—Oh, no —decía la gente que estaba mirando. Y repetía luego—: Oh, no.

—¡No! —lloró alguien.

Dejaron las camillas en el suelo. Apareció un hombre con traje y gorro de lana que aplicó un estetoscopio al corazón de los niños para ver si había algún latido, hizo luego una seña con la cabeza a los enfermeros de la ambulancia, que fueron a recoger las camillas.

En aquel momento llegó un coche pequeño y Mary Rice bajó de un salto del asiento del pasajero. Corrió hacia los enfermeros que estaban a punto de introducir las camillas en la ambulancia.

—¡Déjenlos en el suelo! —gritó—. ¡Déjenlos en el suelo! Y los enfermeros se detuvieron, pusieron las camillas en el suelo y dieron un paso atrás. Mary Rice se irguió sobre sus hijos y aulló; si, no hay otra palabra. La gente se retiró y se acercó de nuevo cuando Mary se arrodilló en la nieve junto a las camillas y, primero a uno y luego a otro, acarició el rostro de los niños. El hombre del traje y el estetoscopio se aproximó a Mary Rice y se arrodilló a su lado. Otro — seguramente el jefe de bomberos o, si no, su ayudante— hizo una seña a los enfermeros, luego se acercó a Mary Rice, la ayudó a ponerse en pie y le rodeó el hombro con los brazos. El del traje estaba al otro lado de ella, pero no la tocó. El conductor del coche que la había traído a casa se adelantó ahora a ver lo que pasaba, pero no era más que un muchacho de aspecto asustado, un friegaplatos o ayudante de camarero. Se dio cuenta de que no tenía derecho a presenciar el dolor de Mary Rice. Retrocedió y se apartó de la gente, mirando fijamente las camillas que los enfermeros introducían en la parte trasera de la ambulancia.

—¡No! —gritó Mary Rice, precipitándose hacía el vehículo cuando introducían en él las camillas.

Me acerqué entonces a ella —nadie hacía nada— y la cogí del brazo.

—Mary, Mary Rice —dije.

Se dio media vuelta rápidamente y se encaró conmigo.

—No lo conozco, ¿qué quiere usted? —me dijo. Llevó el brazo hacia atrás y me dio una bofetada en la cara. Luego subió a la ambulancia con los enfermeros. La ambulancia arrancó y fue patinando por la calle, tocando la sirena mientras los mirones se apartaban para dejarla pasar. Dormí mal aquella noche. Y Doty no paró de moverse ni de quejarse en sueños. Comprendí que estaba muy lejos de mí. Por la mañana no le pregunté lo que había soñado, y

ella tampoco me dijo nada. Pero cuando entré en la habitación con el zumo de naranja y el café, tenía el cuaderno en las rodillas y un bolígrafo en la mano. Dejando dentro el bolígrafo, cerró el cuaderno y me miró.

—¿Qué pasa ahí al lado? —me preguntó.

—Nada —dije—. La casa está a oscuras. Hay huellas de neumáticos en la nieve. La ventana de la habitación de los niños está rota. Eso es todo. Nada más. A no ser por eso, por la ventana de la habitación, nadie pensaría que ha habido fuego. Nadie se imaginaría que han muerto dos niños.

—Esa pobre mujer —dijo Dotty—. Pobrecilla, por Dios santo, qué desgraciada debe ser. Que Dios nos asista. Y a ella también.

Durante toda la mañana no dejó de pasar gente por delante de la puerta de Mary Rice. Coches que circulaban despacio, mientras sus ocupantes contemplaban la casa. O peatones que se acercaban a observar la ventana, fijándose en la nieve pisoteada de la parte delantera, para luego seguir su camino. Hacia mediodía me encontraba frente a la ventana cuando llegó una furgoneta y aparcó. Mary Rice y su ex marido, el padre de los niños, se bajaron y se dirigieron a la casa. Caminaban despacio, y el hombre la cogió del brazo para ayudarla a subir los escalones del porche. La puerta se había quedado abierta la noche anterior. Ella entró primero. Luego pasó él.

Por la noche revivimos todo el suceso en las noticias locales.

—No puedo verlo —dijo Dotty, pero siguió mirando, igual que yo.

En las imágenes salía la casa de Mary Rice y un bombero en el tejado que dirigía la manguera hacia la ventana rota. Luego sacaban a los niños de la casa, y de nuevo vimos cómo Mary Rice caía de rodillas. Después, cuando introducían las camillas en la ambulancia, Mary Rice daba media vuelta, se encaraba con alguien y gritaba: «¿Qué quiere usted?».

Al día siguiente, sobre la doce, la furgoneta se detuvo delante de la casa. Un momento después, antes incluso de que el conductor pudiera apagar el motor, Mary Rice bajaba los escalones del porche. El conductor se bajó, dijo «Buenos días, Mary» y le abrió la puerta del pasajero. Luego se marcharon al entierro. El hombre pasó las cuatro noches siguientes en la casa, y al otro día, al levantarme —temprano, como siempre—, vi que la furgoneta no estaba y comprendí que se había marchado.

Aquella mañana Dotty me contó uno de sus sueños. Estaba en una casa de campo y aparecía un caballo blanco que la miraba por la ventana. En eso se despertó.

—Quiero hacer algo para mostrarle nuestro pesar —dijo Dotty—. Invitarla a cenar, quizás.

Pero pasaron los días y no hicimos nada, ni Dotty ni yo, para que viniera a casa. Mary Rice volvió a trabajar, sólo que ahora lo hacía de día, en una oficina. Yo la veía salir por la mañana y volver poco después de las cinco.

Sobre las diez de la noche se apagaban las luces. En la habitación de los niños siempre estaba bajada la persiana, y suponía, aunque no podía estar seguro, que la puerta permanecía cerrada. Un sábado, hacia finales de marzo, salí a desmontar las contraventanas. Al oír ruido volví la cabeza y vi a Mary Rice, que trataba de remover la tierra con una pala en la parte de atrás de su casa. Llevaba pantalones, jersey y un sombrero de paja.

—Buenos días —dije.

—Buenos días —dijo—. No sé si me estoy precipitando, pero tengo mucho tiempo libre, ya sabe, y bueno, pues es la época del año que indican en el paquete. —Sacó del bolsillo un paquete de semillas—: El año pasado mis hijos fueron vendiendo semillas por el barrio. Al limpiar los cajones encontré unos paquetes.

No le mencioné los que yo tenía en el cajón de la cocina.

—Hace tiempo que mi mujer y yo queríamos invitarla a cenar —le dije—. ¿Le apetecería venir un día de éstos? ¿Esta noche, si no tiene otra cosa que hacer?

—Bueno, por qué no. De acuerdo. Pero ni siquiera sé cómo se llama usted. Ni su mujer tampoco.

Se lo dije y luego le pregunté:

—¿Le parece bien a las seis?

—¿Cuándo? Ah, sí. A las seis está bien. —Empuñó la pala y removió la tierra—. Voy a seguir, a ver si planto las semillas. Iré a las seis. Gracias.

Volví a casa y le dije a Dotty lo de la cena. Saqué los platos y los cubiertos. Cuando volví a mirar por la ventana Mary Rice se había metido en casa, ya no estaba en el jardín.

SI ME NECESITAS, LLÁMAME

CALL IF YOU NEED ME



Los dos habíamos estado involucrados con otras personas esa primavera, pero cuando llegó junio y terminaron las clases decidimos poner en alquiler nuestra casa en Palo Alto y trasladarnos a la costa más al norte de California. Nuestro hijo, Richard, pasaría el verano en casa de la madre de Nancy, en Pasco, Washington, donde podría trabajar y ahorrar algo de dinero para la universidad. Ella estaba al tanto de la situación en casa y ya estaba buscándole un empleo por la temporada. Había hablado con un granjero que aceptó tomar a Richard para que juntara heno y arreglara alambrados. Un trabajo duro, pero Richard estaba conforme. Lo llevé a la terminal el día después de su graduación y me senté con él hasta que anunciaron su ómnibus. Su madre ya lo había despedido llorando y le había dado una larga carta que él debía entregar a la abuela en cuanto llegara. Prefirió quedarse terminando las valijas y esperando a la pareja que alquilaría nuestra casa. Yo compré el pasaje de Richard, se lo di y me senté a su lado en uno de los bancos de la terminal. En el viaje hasta allá habíamos hablado un poco de la situación.

—¿Van a divorciarse? —había preguntado él.

—No, si podemos evitarlo —le contesté. Era un sábado por la mañana y había poco tránsito—. Ninguno de los dos quiere llegar a eso. Por eso nos vamos; por eso no queremos ver a nadie durante el verano. Y por eso te enviamos con la abuela. Para no mencionar el hecho de que volverás con los bolsillos llenos de dinero. No queremos divorciarnos. Queremos estar solos y tratar de solucionar las cosas.

—¿Aún amas a mamá? Ella dice que te sigue queriendo.

—Por supuesto que la amo. Deberías saberlo a esta altura. Sólo que hemos tenido nuestra cuota de problemas, y necesitamos un poco de tiempo juntos, a solas. No te preocupes. Disfruta el verano y trabaja y ahorra un poco de dinero.

Considéralo unas vacaciones de nosotros. Y trata de pescar. Hay muy buena pesca por allá.

—Y esquí acuático. Quiero aprender.

—Nunca hice esquí acuático. Haz un poco de eso también. Hazlo por mí.

Cuando anunciaron su ómnibus lo abracé y volví a decirle:

—No te preocupes. ¿Dónde está tu pasaje?

Él se palmeó el bolsillo de su campera. Lo acompañé hasta la fila frente al ómnibus, volví a abrazarlo y le di un beso en la mejilla. Adiós, papá, dijo él y me dio la espalda para que no viera sus lágrimas. Al volver a casa, nuestras valijas y cajas estaban junto a la puerta. Nancy estaba en la cocina tomando café con los inquilinos, una joven pareja de estudiantes de posgrado de matemática, a quienes había visto por primera vez en mi vida pocos días antes, pero igual les di la mano a ambos y acepté una taza de café de Nancy mientras ella terminaba con la lista de indicaciones de lo que ellos debían hacer en la casa en nuestra ausencia y adónde debían enviarnos el correo. Su cara estaba tensa. La luz del sol avanzaba sobre la mesa a medida que pasaban los minutos. Finalmente todo pareció quedar en orden, y los dejé en la cocina para dedicarme a cargar nuestro equipaje en el coche. La casa a la que íbamos estaba completamente amueblada, hasta los utensilios de cocina, así que no necesitábamos llevar más que lo esencial.

Había hecho los quinientos kilómetros desde Palo Alto hasta Eureka tres semanas antes, y alquilado entonces la casa amueblada. Fui con Susan, la mujer con la que estaba saliendo. Nos quedamos en un motel a las puertas del pueblo durante tres noches, mientras recorría inmobiliarias y revisaba los clasificados. Ella me vio firmar el cheque por los tres meses de alquiler. Más tarde, en el motel, tirada en la cama con la mano en la frente, me dijo: «Envidio a tu esposa. Cuando hablan de la otra mujer, siempre dicen que es la esposa quien tiene los privilegios y el poder real, pero nunca me lo creí ni me importó. Ahora, en cambio, entiendo qué quieren decir. Y envidio a Nancy. Envidio la vida que tendrá a tu lado. Ojalá fuera yo la que va a estar contigo en esa casa todo el verano. Cómo me gustaría. Me siento tan gastada». Yo me limité a acariciarle el pelo. Nancy era alta, de pelo y ojos castaños, de piernas largas y espíritu generoso. Pero últimamente venía baja de espíritu y de generosidad. El hombre con el que estaba viéndose era colega mío, un divorciado de eterno traje con chaleco y pelo canoso, que bebía demasiado y a quien a veces le temblaban un poco las manos durante sus clases, según me contaron algunos de mis alumnos. Él y Nancy habían iniciado su romance en una fiesta, poco después de que ella descubriera mi infidelidad. Suena aburrido y cursi; es aburrido y cursi, pero así fue toda aquella primavera, nos consumió las energías y la concentración al punto de excluir todo lo demás hasta que, en algún momento de abril, comenzamos a hacer planes para alquilar la casa e irnos

todo el verano, los dos solos, a tratar de reparar lo que hubiera para reparar, si es que había algo. Los dos nos habíamos comprometido a no llamar, ni escribir, ni intentar el menor contacto con nuestros amantes. Hicimos los arreglos para Richard, encontramos los inquilinos para nuestra casa y yo miré en un mapa y enfilé hacia el norte desde San Francisco hasta Eureka, donde una inmobiliaria me encontró una casa amueblada en alquiler por el verano para una respetable pareja de mediana edad. Creo que incluso usé la expresión «segunda luna de miel», Dios me perdone, mientras Susan fumaba y leía folletos turísticos en el auto estacionado fuera de la inmobiliaria.

Terminé de cargar las cosas en el coche y esperé que Nancy se despidiera por última vez en el porche. Yo saludé desde mi asiento y los inquilinos me devolvieron el saludo. Nancy se sentó y cerró su puerta. «Vamos», dijo y yo arranqué. Al entrar en la autopista vimos un coche con el escape suelto y arrancando chispas del pavimento. «Mira», dijo Nancy y esperamos hasta que el coche se salió de la autopista y frenó, antes de seguir viaje.

Paramos en un café cerca de Sebastopol. Estacioné y nos sentamos a una mesa frente a la ventana del fondo. Pedimos sandwiches y café, yo encendí un cigarrillo mientras Nancy deslizaba el dedo por las vetas de la madera de la mesa. Entonces noté un movimiento por la ventana y al mirar en esa dirección vi un colibrí en los arbustos allá afuera. Sus alas vibraban en un borroso frenesí mientras su pico se internaba en una de las flores.

—Mira, un colibrí —dije, pero antes de que Nancy levantara la cabeza el pájaro ya no estaba.

—¿Dónde? No veo nada.

—Estaba ahí hasta hace un momento. Ahí está. No; es otro, creo.

Nos quedamos mirando hasta que la camarera trajo nuestro pedido.

—Buena señal —dije—. Los colibríes traen suerte, ¿no?

—Creo haberlo oído en alguna parte —dijo Nancy—. No podría decir dónde pero sí, no nos vendría mal un poco de suerte.

—Una buena señal. Me alegro de que hayamos parado aquí.

Ella asintió, dejó pasar un largo minuto y probó su sandwich. Llegamos a Eureka antes del anochecer. Pasamos el motel en la ruta donde había estado con Susan dos semanas antes, nos internamos por un camino que subía una colina que miraba al pueblo y pasamos frente a una estación de servicio y un almacén. Las llaves de la casa estaban en mi bolsillo. A nuestro alrededor sólo se veían colinas arboladas y praderas con ganado pastando.

—Me gusta —dijo Nancy—. No veo el momento de llegar.

—Estamos cerca —dije—. Es más allá de esa loma. Ahí —y enfilé el coche por un camino flanqueado de ligustros—. Ahí la tienes. ¿Qué opinas? Esa misma pregunta le había hecho a Susan cuando hicimos el mismo camino para ver la casa por primera vez.

—Me gusta; es perfecta. Bajemos.

Miramos a nuestro alrededor en el jardín del frente antes de subir los escalones del porche. Abrí la puerta con la llave que traía y encendí las luces adentro. Recorrimos los dos dormitorios, el baño, el living con muebles viejos y chimenea y la cocina con vista al valle. —¿Te parece bien?

—Me parece sencillamente maravillosa —dijo Nancy y sonrió—. Me alegra que la hayas encontrado. Me alegra que estemos aquí. —Abrió y cerró la heladera, luego pasó los dedos por la mesada de la cocina. —Gracias a Dios está limpia. Ni siquiera hace falta una limpieza.

—Nada. Hasta nos pusieron sábanas limpias. La alquilan así.

—Tendremos que comprar algo de leña —dijo Nancy cuando volvimos al living.

Con noches así debemos usar la chimenea, ¿no?

—Mañana. Podemos hacer unas compras también. Y recorrer el pueblo.

Nancy me miró y dijo nuevamente:

—Me alegra que estemos aquí.

—Yo también —dije y abrí los brazos y ella vino hacia mí. Cuando la abracé sentí que temblaba. Le alcé el mentón y la besé en ambas mejillas.

—Me alegra que estemos aquí —repitió ella contra mi pecho.

Durante los días siguientes nos instalamos, recorrimos las calles del pueblo mirando vidrieras y dimos largos paseos por el bosque que se alzaba atrás de la casa. Compramos provisiones, yo encontré un aviso en el diario que ofrecía leña, llamé y poco después aparecieron dos muchachos de pelo largo en una camioneta que nos dejaron una carga de aliso en el garaje. Esa noche nos sentamos frente a la chimenea y hablamos de conseguir un perro.

—No quiero un cachorro —dijo Nancy—. No quiero nada que implique ir limpiando a su paso o rescatando lo que quiere mordisquear. Pero me gustaría un perro. Hace tanto que no tenemos uno... Creo que podríamos arreglarnos con un perro aquí.

—¿Y cuando volvamos, cuando termine el verano? —dije yo y entonces reformulé la pregunta: —¿Estás dispuesta a tener un perro en la ciudad?

—Ya veremos. Pero busquemos uno, mientras tanto. No sé lo que quiero hasta que lo veo. Revisemos los clasificados y veamos qué pasa. Aunque los días siguientes seguimos hablando de perros y hasta señalando los que nos gustaban frente a las casas por las cuales pasábamos, no llegamos a nada y seguimos sin perro. Nancy llamó a su madre y le dio nuestra dirección y teléfono. Richard ya estaba trabajando y parecía contento, dijo la madre. Y ella se sentía bien. Nancy le contestó:

—Nosotros también. Esto es como una cura. Un día íbamos por la ruta frente al océano y, desde una loma, vimos unas lagunas que formaban los médanos muy cerca del mar. Había gente pescando en la orilla y en un par de

botes. Frené a un costado de la ruta y dije:

—Vamos a ver qué están pescando. Quizá valga la pena conseguirnos unas cañas y probar.

—Hace años que no vamos de pesca. Desde que Richard era chico, aquella vez que fuimos de campamento cerca del monte Shasta, ¿recuerdas?

—Me acuerdo. Y también me acuerdo de cuánto extraño pescar. Bajemos a ver qué están sacando.

—Truchas —dijo uno de los pescadores—. Trucha arcoiris y algún que otro salmón.

Vienen en el invierno, cuando el mar horada los médanos. Y, con la primavera, cuando se cierra el paso, quedan atrapados. Es buena época, ésta. Hoy no pesqué nada pero el domingo saqué cuatro. De lo más sabrosos. Dan una batalla tremenda. Los de los botes creo que sacaron algo hoy, pero yo todavía no.

—¿Qué usan de carnada? —preguntó Nancy.

—Lo que sea. Lombrices, marlo de choclo, huevos de salmón. Basta tirar la línea y dejarla reposar hasta el fondo. Y estar atento. Nos quedamos un rato pero el hombre no sacó nada y los de los botes tampoco. Sólo iban y venían por la laguna.

—Gracias. Y suerte —dije al fin.

—Que tengan suerte ustedes también. Los dos —contestó el hombre.

A la vuelta paramos en una casa de artículos deportivos y compramos unas cañas baratas, unos rollos de tanza y anzuelos y carnada. Sacamos unallicencia también y decidimos ir de pesca la mañana siguiente. Pero esa noche, después de la cena y de lavar los platos y poner unos leños en la chimenea, Nancy dijo que no iba a funcionar.

—¿Por qué dices eso? ¿A qué te refieres?

—No va a funcionar, enfrentémoslo —dijo ella sacudiendo la cabeza—. No quiero ir a pescar y no quiero un perro. Creo que quiero ir a lo de mi madre y estar con Richard. Sola. Quiero estar sola. Extraño a Richard —dijo y empezó a llorar—. Es mi hijo, es mi bebé, y está creciendo y pronto se irá. Y lo extraño. Lo extraño.

—¿También extrañas a Del, a Del Schraeder, tu amante? ¿Lo extrañas a él también?

—Extraño a todo el mundo. A ti también. Hace mucho que te extraño. Te he extrañado tanto durante tanto tiempo que te he perdido. No sé cómo explicarlo mejor. Pero sé que te perdí. Ya no me perteneces.

—Nancy —dije yo.

—No, no —dijo ella y negó con la cabeza. Sentada en el sofá de frente al fuego siguió negando y negando y luego dijo: —Voy a tomar un avión para allá mañana. Cuando me haya ido puedes llamar a tu amante.

—No voy a hacer eso. No tengo la menor intención de hacer eso.

—Sí, lo harás. Vas a llamarla en cuanto me haya ido.

—Y tú vas a llamar a Del —dijo. Y me sentí una basura por decirlo.

—Haz lo que quieras —dijo ella secándose las lágrimas con la manga—. Lo digo en serio. No quiero parecer una histérica, pero me iré mañana. Mejor me iré a acostar ahora; estoy exhausta. Lo lamento. Lo lamento mucho, por los dos. Pero no vamos a lograrlo. Ese pescador, hoy. Nos deseó suerte a los dos. Yo también nos deseo suerte.

Vamos a necesitarla.

Entonces se encerró en el baño y dejó correr el agua. Yo salí a los escalones del porche y me senté a fumar un cigarrillo. Estaba oscuro y silencioso, apenas se veían las estrellas en el cielo. Jirones de niebla del océano ocultaban el valle y el pueblo allá abajo. Me puse a pensar en Susan. Oí que Nancy salía del baño y oí que se cerraba la puerta del dormitorio. Entonces entré y puse otro leño en la chimenea y esperé hasta que se avivara el fuego. Luego fui al otro dormitorio. Abrí la colcha y me quedé mirando el estampado floral de las sábanas. Me di una ducha, me puse el pijama y volví frente a la chimenea. La niebla ya llegaba a las ventanas del living. Fumé mirando el fuego y, cuando volví a mirar por la ventana, creí ver algo que se movía en la niebla. Me acerqué a la ventana. Un caballo estaba pastando en el jardín, entre la niebla. Alzó la cabeza para mirarme y volvió a su tarea. Vi otro cerca del auto. Encendí la luz del porche y me quedé mirándolos. Eran caballos grandes, blancos, de largas crines, seguramente de alguna granja de los alrededores con algún alambrado caído y vaya a saberse cómo habían llegado hasta nuestra casa. Parecían estar disfrutando inmensamente su escapada. Pero se los notaba un poco nerviosos también: podía verles el blanco de los ojos desde la ventana. Sus orejas iban y venían al ritmo de sus mordiscos. Un tercer caballo apareció entonces y luego un cuarto, todos blancos, pastando en nuestro jardín.

Fui al dormitorio a despertar a Nancy. Tenía los ojos enrojecidos y los párpados hinchados, y se había puesto ruleros y había una valija abierta a los pies de la cama.

—Nancy, tienes que venir a ver esto. No vas a creerlo. Vamos, levántate.

—¿Qué pasa? Me estás lastimando. Qué pasa.

—Querida, tienes que ver esto. No voy a lastimarte. Perdona si te asusté. Pero tienes que levantarte y venir a ver esto.

Pocos minutos después estaba a mi lado en la ventana, atándose la bata.

—Dios, son hermosos. ¿De dónde vienen? Qué hermosos son.

—De alguna granja vecina, supongo. Voy a llamar al sheriff para que ubique al dueño. Pero quería que los vieras antes.

—¿Morderán? Me gusta acariciar a aquél, el que acaba de mirarnos. —No creo que muerdan. No parecen esa clase de caballos. Pero ponte algo encima si

vamos a salir. Hace frío afuera.

Me puse la campera encima del pijama y esperé a Nancy. Abrí la puerta y salimos y nos acercamos caminando hasta ellos. Todos levantaron sus cabezas. Uno resopló y retrocedió unos pasos, pero volvió a tironear del pasto y mascar como los demás. Apoyé mi mano entre sus ojos y le palmeé los flancos y dejé que su hocico me oliera. Nancy estaba acariciando las crines de otro, mientras murmuraba: «¿De dónde vienes, caballito? ¿Dónde vives y qué haces aquí en medio de la noche?», mientras el animal movía su cabeza como si entendiera.

—Será mejor que llame al sheriff —dije.

—Todavía no. Un rato más. Nunca veremos algo igual. Nunca, nunca tendremos caballos en nuestro jardín. Un rato más, Dan. Poco después, mientras Nancy seguía yendo de uno a otro, palmeándolos y acariciándolos, uno de los caballos comenzó a rumbear hacia la ruta, más allá de nuestro auto y supe que era momento de llamar. En pocos minutos vimos las luces de dos patrulleros en la niebla y poco después llegó una camioneta con un acoplado para caballos, de la que bajó un tipo con gamulán, que se acercó a los caballos y necesitó un lazo para lograr que entrara el último en el acoplado.

—¡No le haga daño! —dijo Nancy.

Cuando se fueron volvimos al living y yo dije que iba a hacer café y pregunté a Nancy si quería una taza.

—Te diré lo que quiero —dijo ella—. Me siento bien, Dan. Me siento como borracha, como... No sé cómo, pero me gusta. No quiero dormir; no podría dormir. Haz un poco de café y a ver si encuentras algo de música en la radio y puedes avivar el fuego.

Así que nos sentamos frente a la chimenea y bebimos café y escuchamos viejas canciones por la radio y hablamos de Richard y de la madre de Nancy y bailamos. Ninguno aludió en ningún momento a nuestra situación. La niebla seguía allí, detrás de las ventanas, mientras hablábamos y éramos gentiles el uno con el otro. Hasta que, cerca del amanecer, apagué la radio y nos fuimos a la cama e hicimos el amor. Al mediodía siguiente, luego de que ella terminara su valija, la llevé al aeródromo desde donde volaría a Portland y de allí haría el trasbordo que la dejaría en Pasco por la noche.

—Saluda a tu madre de mi parte. Y dale un abrazo a Richard. Y dile que lo extraño.

Y que lo quiero.

—Él también te quiere. Lo sabes. En cualquier caso, lo verás después del verano.

—Yo asentí. —Adiós —dijo ella. Y me abrazó. Yo le devolví el abrazo—. Me alegro por anoche. Los caballos. La charla. Todo. Ayuda. No lo olvidaremos —y empezó a llorar.

—Escríbeme, ¿quieres? —dije yo—. Nunca pensé que fuera a pasarnos. En

todos estos años. Nunca lo pensé. Ni un sola vez. No a nosotros.

—Te escribiré. Mucho. Las cartas más largas que hayas visto desde las que me enviabas en el secundario.

—Las estaré esperando.

Ella me miró largamente y me acarició la cara. Entonces me dio la espalda y se alejó por la pista rumbo al avión. Ve, mi más querida, y que Dios esté contigo. Ella abordó el avión y yo me mantuve en mi lugar hasta que se encendieron los motores y la nave empezó a carretear por la pista y despegó sobre la bahía y se convirtió en una mancha en el horizonte. Volví a la casa, estacioné el coche y miré las huellas que habían dejado los caballos la noche anterior, los trozos de pasto arrancado y las marcas de herraduras y los montones de bosta aquí y allá.

Entonces entré en la casa y, sin sacarme el saco siquiera, levanté el teléfono y marqué el número de Susan.

LA VIDA DE MI PADRE

MY FATHER'S LIFE



El nombre de mi papá era Clevie Raymond Carver. Su familia lo llamaba Raymond y sus amigos lo llamaban C. R. A mí me pusieron como él Raymond Clevie Carver, Jr. Aborrecía lo de «Junior». Cuando era pequeño mi papá me llamaba Rana, lo que estaba bien. Pero después, como todo el mundo en la familia, empezó a llamarme Junior. Siguió diciéndome así hasta que tuve trece o catorce años y anuncié que no volvería a contestar si me seguían diciendo ese nombre. Entonces empezó a llamarme Doc. Desde entonces hasta su muerte, el 17 de junio de 1967, me llamó Doc, o también Hijo.

Cuando murió, mi madre le telefoneó a mi esposa con la noticia. Yo entonces estaba lejos de mi familia, entre dos vidas, tratando de matricularme en la *Escuela de Bibliotecología* de la Universidad de Iowa. Cuando mi esposa contestó al teléfono, mi madre le soltó «¡Murió Raymond!» Por un momento mi esposa pensó que mi madre había dicho que yo había muerto. Luego mi madre aclaró de cuál Raymond estaba hablando y mi esposa dijo: «Gracias a Dios. Pensé que se refería a mí Raymond». Mi papá caminó, pidió aventones y anduvo en vagones de tren vacíos cuando partió de Arkansas hacia el estado de Washington en 1934 en busca de trabajo. No sé si iba detrás de un sueño cuando se fue a Washington, pero lo dudo. No creo que soñara mucho. Creo que sencillamente estaba buscando un trabajo fijo con una paga decente. El trabajo fijo era trabajo con sentido. Durante un tiempo recogió manzanas y luego consiguió un puesto como obrero de la construcción en la represa Grand Coulee. Después de haber ahorrado algo de dinero compró un carro y volvió a Arkansas para ayudarles a los suyos, a mis abuelos, a que se marcharan al oeste. Decía que estaban a punto de morir de hambre en ese lugar, y no era una expresión retórica. Fue en esa breve estadía en Arkansas, en un pueblo llamado Leola, cuando mi madre se encontró con papá en la acera, cuando él salía de

una taberna. «Estaba borracho», contaba, «No sé por qué lo dejé que me hablara. Tenía los ojos chispeantes. Ojalá hubiera tenido una bola de cristal». Se habían visto antes una vez hacía más o menos un año, en un baile. Mi madre me contó que había tenido novias antes que ella: «Tu papá siempre tenía una novia, incluso después de que nos casamos. Él fue mi primero y último. Nunca tuve otro hombre. Pero no lamento nada». Un juez de Paz los casó el día que salían para Washington, a la fuerte y alta muchacha campesina y al obrero agrícola convertido en trabajador de la construcción. Mi madre pasó su noche de bodas con mi papá y su familia, acampados todos al lado de la carretera en Arkansas.

En Omak, Washington, mi papá y mi madre vivían en un sitio pequeño no más grande que una choza. Mis abuelos vivían al lado. Papá seguía trabajando en la represa y después, cuando las enormes turbinas comenzaron a producir electricidad y el agua llegaba a cien millas dentro de Canadá, formó parte de la multitud que oyó a Franklin D. Roosevelt cuando habló en el sitio de la construcción. «Nunca mencionó a los que murieron construyendo la represa», decía mi papá. Algunos amigos suyos murieron allí, hombres de Arkansas, Oklahoma y Missouri. Luego consiguió trabajo en un aserrío en Caltskanie. Nací allí y mi madre tiene una foto de papá frente a la puerta del aserrío, mostrándome orgullosamente a la cámara. Tengo el gorro ladeado y a punto de desatarse. Su sombrero está echado sobre la frente, y muestra una gran sonrisa. ¿Iba a trabajar o había concluido ya su turno? No importa. De todos modos, tenía empleo y familia. Eran sus mejores años. En 1941 nos fuimos a Yakima, Washington, donde mi padre empezó a trabajar como afilador, un oficio especializado que había aprendido en Caltskanie. Cuando estalló la guerra le dieron un aplazamiento porque su trabajo se consideraba necesario para el esfuerzo de guerra. Los servicios armados demandaban madera y él mantenía tan filudas las sierras que podían afeitar los pelos de un brazo. Después de que mi papá se instaló con nosotros en Yakima mudó a sus padres a nuestro vecindario. A mediados de los años cuarenta el resto de la familia de mi papá, su hermano, su hermana y su marido, así como tíos, primos, sobrinos y casi toda su extensa familia y sus amigos había llegado a Arkansas. Todo porque mi papá había llegado primero. Los hombres fueron a trabajar a Boise Cascade, donde trabajaba mi papá, las mujeres empacaban manzanas en las fábricas de conservas. En muy poco tiempo, parecía —según mi madre— que todos estaban mejor que papá. «Tu papá no podía guardar el dinero», decía mi madre. «El dinero le quemaba en el bolsillo. Siempre estaba haciendo algo por los demás».

La primera casa donde recuerdo claramente haber vivido, el 1515 South Fifteenth Street, en Yakima, tenía un sanitario exterior. En la noche de las brujas, o en cualquier otra noche, sin ningún motivo, los muchachos vecinos,

muchachos en su primera adolescencia, se llevaban el sanitario y lo abandonaban al lado de la carretera. Mi papá tenía que conseguir a alguien que le ayudara a llevarlo a casa. O los muchachos se llevaban el sanitario y lo ponían en el patio trasero de otra casa. Una vez llegaron a incendiarlo. Pero la nuestra no era la única casa con sanitario exterior. Cuando tuve edad de saber lo que hacía le lanzaba piedras a los otros sanitarios cuando veía a alguien que entraba. Esto se llamaba bombardear los sanitarios. Pero al cabo de un tiempo todo el mundo instaló baños interiores hasta que de pronto nuestro baño sanitario exterior fue el único del vecindario. Recuerdo mi vergüenza cuando mi maestro de tercer año, el señor Wise, me llevó un día a casa desde el colegio. Le pedí que se detuviera en la casa de al lado asegurándole que vivía allí.

Puedo acordarme de lo que sucedió una noche cuando mi padre llegó tarde y encontró que mi madre había cerrado todas las puertas por dentro. Estaba borracho y sentíamos que la casa se estremecía cuando sacudía la puerta. Cuando logró forzar una ventana, ella lo golpeó en la frente con un colador y lo noqueó. Podíamos verlo tendido en la hierba. Años después yo solía recordar ese colador —pesado como un rodillo de amasar— e imaginarme lo que sentiría ser golpeado con algo así. Fue durante ese período cuando recuerdo que mi papá me llevaba al dormitorio, me sentaba en la cama y me decía que por un tiempo tendría que irme a vivir con mi tía LaVon. No podía entender lo que había hecho para tener que irme a vivir lejos de casa. Pero también esto —cualquiera que fuese su causa se olvidó, más o menos, porque seguimos juntos y no tuve que irme a vivir con ella ni con nadie más. Recuerdo a mi madre vertiendo su whisky por el lavaplatos. A veces lo derramaba todo y en ocasiones, si temía que la descubrieran, sólo la mitad y volvía a llenar la botella de agua. Una vez probé un poco de whisky. Era un brebaje horrible y no veía cómo alguien podía beberlo.

Después de no tener uno durante mucho tiempo, finalmente, compramos un carro en 1949 o 1950, un Ford 1938. Pero la primera semana dejó de funcionar y papá tuvo que llevarlo a que le reconstruyeran el motor. «Tenemos el carro más viejo del pueblo», decía mi madre. «Podríamos haber comprado un Cadillac con todo lo que hemos gastado en repuestos». Una vez encontró una barra de lápiz labial en el piso, junto a un pañuelo de encaje «¿Ves esto?», me dijo.

«Alguna tipa lo dejó en el carro».

Una vez la vi llevar una palangana de agua caliente al dormitorio donde mi papá estaba durmiendo. Le tomó la mano debajo de las cobijas y se la puso en el agua. Yo estaba en la puerta y miraba. Quería saber qué estaba pasando. Esto lo hace hablar dormido, me dijo. Había cosas que necesitaba saber, cosas que estaba segura de que ocultaba.

Cuando era pequeño, cada año, más o menos, tomábamos el tren North Coast Limited a través de Cascade Range desde Yakima a Seattle y nos quedábamos en el Hotel Vance y comíamos, lo recuerdo, en un sitio llamado Dinner Bell Café. Una vez fuimos a Ivar's Acres of Palms y bebimos vasos de caldo de almejas caliente. En 1956, el año en que iba a graduarme del colegio, mi papá dejó su puesto en el aserradero de Yakima y consiguió un empleo en Chester, un pequeño pueblo de aserraderos en el norte de California. Las razones para tomar ese empleo eran una remuneración horaria más elevada y la vaga promesa de que, al cabo de unos años, accedería al cargo de afilador principal del nuevo aserradero. Pero creo, en lo esencial, que mi papá estaba desasosegado y sencillamente quería probar suerte en otra parte. Las cosas se le habían vuelto mal en Yakima. Además, el año anterior habían muerto, uno después de otro con seis meses de diferencia, sus padres. Pero unos pocos días después del grado, cuando mi madre y yo habíamos empacado ya para irnos a Chester, mi papá escribió a lápiz una carta para decir que estaba enfermo hacía un tiempo. No quería que nos preocupáramos, decía, pero se había cortado con una sierra. Tal vez le había quedado en la sangre una pizca de acero. De todas maneras, algo había pasado y había tenido que faltar al trabajo, decía. Por el mismo correo llegó una postal sin firma donde alguien de allá le decía a mi madre que papá estaba a punto de morir y que estaba bebiendo «whisky crudo».

Cuando llegamos a Chester mi papá estaba viviendo en un remolque que pertenecía a la compañía. No lo reconocí de inmediato. Creo que por un momento no quise reconocerlo. Estaba flaco y pálido y parecía aturdido. Los pantalones se le caían. No parecía mi papá. Mi madre empezó a llorar. Mi papá la rodeó con los brazos y vagamente le daba golpecitos en el hombro, como si él tampoco supiera de qué se trataba todo esto. Los tres empezamos a vivir en el trailer y lo cuidamos lo mejor que podíamos. Pero mi papá estaba enfermo y no podía mejorar. Trabajé con él en el aserradero ese verano y parte del otoño. Nos levantábamos por la mañana y comprábamos huevos con tostadas mientras escuchábamos la radio, y luego salíamos con las cajas del almuerzo. Pasábamos juntos la puerta a las ocho de la mañana, y no volvía a verlo hasta la hora de salida. En noviembre volvía a Yakima para estar más cerca de mi novia, la muchacha con la que había decidido casarme. Trabajó en el aserradero en Chester hasta el siguiente mes de febrero, cuando se desmayó en el trabajo y tuvo que ser llevado al hospital. Mi madre me pidió que fuera a ayudar. Tomé un bus de Yakima a Chester, con el propósito de traerlos de vuelta a Yakima. Pero ahora, además de estar enfermo físicamente, mi papá estaba atravesando un colapso nervioso, aunque ninguno de nosotros sabía entonces que así se llamaba eso. Durante todo el viaje de regreso a Yakima no habló, ni siquiera cuando se le hacía una pregunta directa («¿Cómo te sientes,

Raymond?» «¿Estás bien, papá?»). Se comunicaba, si eso era comunicarse, moviendo la cabeza o levantando las palmas de la mano, como para decir que no sabía o no le importaba. Lo único que dijo durante el viaje, y durante casi un mes después, fue cuando yo aceleré por un camino destapado en Oregon y el mofle del carro se aflojó. «Ibas demasiado rápido», dijo.

En Yakima, un médico se encargó de que mi papá fuera a un psiquiatra. Mi madre y yo tuvimos que acudir a la asistencia pública, como entonces se decía, y el condado le pagaba el psiquiatra. El psiquiatra le preguntó a mi papá «¿Quién es el presidente?». Al fin una pregunta que podía contestar «Ike», dijo mi papá. Sin embargo lo llevaron al quinto piso del Valley Memorial Hospital y empezaron a tratarlo con electrochoques. Yo estaba ya casado y a punto de comenzar mi propia familia. Mi papá estaba todavía encerrado allí cuando mi esposa fue al mismo hospital, un piso más abajo, para tener nuestro primer niño. Después del parto subí a darle la noticia a mi papá. Me dejaron pasar por una puerta de acero y me mostraron dónde podía encontrarlo. Estaba sentado en un diván con una manta sobre el regazo. Hola, pensé, ¿qué diablos le pasa a mi papá? Me senté a su lado y le dije que era abuelo. Dejó pasar un minuto y luego dijo: «Me siento como un abuelo». Fue todo lo que dijo. No sonrió ni se movió. Estaba en un salón grande con un montón de gente. Luego lo abracé y empezó a llorar. De alguna manera salió de allí. Pero entonces vinieron los años en que no pudo trabajar y se pasaba el tiempo en casa tratando de imaginar qué iba a ser de él y qué había hecho de malo para terminar así. Mi madre pasaba de un empleo miserable a otro. Mucho después comenzó a hablar del tiempo cuando él estuvo en el hospital y de los años siguientes como de la época cuando «Raymond estaba enfermo». La palabra enfermo no volvió a ser la misma para mí.

En 1964, con ayuda de un amigo, tuvo la suerte de que lo contrataran en un aserradero en Klamath, California. Se fue solo para allá a ver si podía arreglárselas. Vivía no lejos del aserradero, en una cabaña de un solo cuarto no muy distinta del sitio donde mi madre y él habían comenzado a vivir cuando se fueron al oeste. Le garrapateaba cartas a mi madre y cuando yo llamaba ella las leía por el teléfono. Le decía en las cartas que todo pendía de un hilo. Cada día que iba a trabajar le parecía el día más importante de su vida. Pero cada día, le contaba, hacía que el siguiente fuera más fácil. Le decía que me diera saludos. Si no podía dormir por las noches, decía pensaba en mí y en los buenos ratos que habíamos pasado. Por último, tras un par de meses, recuperó algo de su confianza. Podía hacer el trabajo y no creía que tuviera que preocuparse por dejar colgado a alguien otra vez. Cuando se sintió seguro envió por mi madre.

Había dejado de trabajar durante seis años y en ese tiempo lo había perdido todo —casa, carro, muebles y enseres, incluido el gran congelador que había sido la dicha y el orgullo de mi madre—. Había perdido su buen nombre

también —Raymond Carver era alguien que no podía pagar sus cuentas— y el respeto por sí mismo se había ido. Incluso había perdido su virilidad. Mi madre le contó a mi mujer: «Durante todo ese tiempo que Raymond estuvo enfermo dormíamos en la misma cama, pero no teníamos relaciones. Algunas veces quería pero no pasaba nada. A mí no me importaba pero, sabes, creo que él quería».

En esos años yo estaba tratando de levantar mi propia familia y de ganarme la vida.

Pero, por una cosa o por otra, siempre nos estábamos mudando. No podía seguirle la pista a mi papá. Sin embargo, en una Nochebuena tuve la oportunidad de contarle que quería ser escritor. Lo mismo hubiera podido decirle que quería ser cirujano plástico. «¿De qué vas a escribir?», quería saber. Después, como para ayudarme, dijo: «Escribe sobre cosas que sepas. Escribe sobre esas excursiones a pescar que hacíamos.» Dije que lo haría, pero sabía que no sería así. «Mándame lo que escribas», dijo. Dije que sí, pero después no lo hice. No estaba escribiendo nada sobre pescar, y no creo que le hubiera interesado particularmente, o incluso que hubiera entendido, lo que estaba escribiendo en esos días. Además, no era un lector. No el tipo de lector para el que me imaginaba estar escribiendo.

Luego murió. Yo estaba muy lejos, en Iowa City, y aún tenía cosas que decirle. No tuve la ocasión de decirle adiós, o que pensaba que lo estaba haciendo muy bien en su nuevo empleo. Que me sentía orgulloso de él por haber sido capaz de volver a empezar. Mi madre dijo que había vuelto del trabajo esa noche y había cenado mucho. Luego se sentó solo a la mesa y acabó lo que le quedaba de una botella de whisky, una botella que había encontrado escondida en el fondo de la basura, debajo de la borra del café, uno o dos días antes. Después se levantó y se fue a la cama, donde un poco más tarde se le reunió mi madre. Pero en la noche ella tuvo que levantarse y hacerse una cama en el diván. «Roncaba tan duro que no podía dormir», dijo. A la mañana siguiente, cuando lo miró estaba de espaldas con la boca abierta, las mejillas hundidas, dijo. Supo que había muerto —no necesitó que un médico se lo dijera—. Pero de todas maneras llamó a uno, y después a mi mujer.

Entre las fotos de ella y papá que mi madre conservaba de aquellos primeros días en Washington había una en la que estaba frente a un carro, sosteniendo una cerveza y una rastra de pescados. En la foto tiene el sombrero echado hacia atrás y una curiosa sonrisa en su rostro. Se la pedí a mi madre y me la dio con otras. La puse en la pared y siempre que nos mudábamos me la llevaba y la ponía en otra pared. De vez en cuando la miraba con cuidado, tratando de dilucidar algunas cosas acerca de mi padre y también de mí mismo. Pero no podía. Mi papá se iba yendo cada vez más lejos de mí, hacia atrás en el tiempo. Por último, perdí la fotografía. Fue entonces cuando traté de recordarla e intenté

al mismo tiempo decir algo sobre mi papá, y por qué pensaba que en ciertos aspectos importantes nos parecíamos. Escribí el poema cuando vivía en un edificio de apartamentos en un área urbana al sur de San Francisco en un momento en el que yo también, como mi papá, estaba teniendo problemas con el alcohol.

El poema era una manera de tratar de conectarme con él.

FOTOGRAFÍA DE MI PADRE A SUS VEINTIDÓS AÑOS

Octubre, aquí en la húmeda, infamiliar cocina
estudio la avergonzada cara joven de mi padre.
Sonrisa de oveja, tiene en una mano una rastra
de espinosas percas amarillas; en la otra
una botella de cerveza Carlsberg

Con jeans y camisa de franela, se inclina
contra el guardabarros de un Ford 1934.
Le gustaría posar valiente y efusivo para su posteridad,
usar su sombrero viejo ladeado sobre la oreja.
Toda su vida mi padre quiso ser altivo.

Pero los ojos lo delatan, y las manos
que ofrecen flácidas la rastra de percas muertas
y la botella de cerveza. Padre, te quiero,
pero cómo darte gracias, yo que tampoco aguanto el
trago
y ni conozco los sitios donde se puede pescar.

El poema es exacto en sus detalles, excepto que mi padre murió en junio y no en octubre, como dice la primera palabra del poema. Quería una palabra con una sílaba más para dilatarlo un poquito. Pero más que eso, quería un mes apropiado para lo que estaba sintiendo entonces —un mes de días cortos y de luz declinante, humo en el aire, cosas que perecen—. Junio era verano, noches y días, grados, mi aniversario de matrimonio, el nacimiento de uno de mis hijos.

Junio no era el mes en que moría el padre de uno.

Después del servicio en la funeraria, cuando ya habíamos salido, una mujer a la que no conocía vino hacia mí y dijo: «Está más feliz donde se halla ahora». Me quedé mirándola hasta que se alejó. Todavía recuerdo el sombrerito que usaba. Luego unos de los primos de papá —no sabía su nombre— se me acercó y me tomó de la mano. «Todos los extrañamos», dijo y yo sabía que no lo había dicho por ser amable. Empecé a llorar por primera vez desde que recibí la noticia. Antes no había podido. No había tenido tiempo, para empezar. Entonces, de pronto, no podía contenerme. Abracé a mi mujer y lloré mientras ella decía y hacía lo que podía para consolarme allí en medio de esa tarde de verano.

Escuché a la gente que consolaba a mi madre, y me alegré de que hubiera aparecido la familia de papá, que hubiera ido adonde yo estaba. Pensé que recordaría todo lo que se dijo y se hizo ese día y que quizás hallaría la manera de contarlo alguna vez. Pero no. Lo olvidé todo, o casi todo. Lo que recuerdo es que esa tarde nuestros nombres se escuchaban mucho, el nombre de papá y el mío. Pero yo sabía que estaban hablando de papá. Raymond, seguía diciendo esa gente con sus hermosas voces de mi niñez.

RAYMOND. 1986



RAYMOND CARVER. (Clatskanie, 1938 - Port Angeles, 1988) Escritor estadounidense cuyos relatos breves impusieron en su país un modelo narrativo denominado por la crítica «realismo sucio», porque sólo trataba temas cotidianos (sin nada heroico o excepcional) con un estilo seco y sin concesiones metafóricas.

Para mantener a su esposa y a los dos hijos de ambos tuvo que aceptar trabajos de poca monta (asistente de una gasolinera, portero...) durante una etapa de su vida cuya inestabilidad económica lo marcaría para siempre. En 1958 empezó a interesarse seriamente por la narrativa después de haber asistido a un curso de escritura creativa en el **Chico State College**.

Publicó sus primeros cuentos cortos en revistas, mientras estudiaba en el **Humboldt State College** de California, en 1963. Carver declaraba que eran tantas sus preocupaciones con los niños que apenas tenía tiempo para escribir, lo que determinó la brevedad de sus cuentos y que descartase la novela como género. Empezó a beber descontroladamente a partir de 1967 y hasta 1977, y llegó a ser incluso hospitalizado por alcoholismo.

En 1976 alcanzó reputación con la colección de cuentos *¿Quieres hacer el favor de callarte, por favor?* En 1983 obtuvo un importante premio monetario de la Academia Norteamericana y el Instituto de Arte y Literatura, que le permitió reservar tiempo para escribir. Sus cuentos pueden dividirse en dos grandes etapas: la primera hasta principios de la década de 1980, y la segunda desde allí hasta su muerte. La primera puede considerarse un período convulso, en el que la forma de sus cuentos estaba dictada directamente por los sinsabores de su vida, mientras que la segunda fue más reposada, ya que la escritura pasó a ser una actividad de madurez.

Los personajes de sus relatos son pequeños seres atrapados en situaciones sórdidas de la vida corriente: gente sin empleo, abúlicos, perdedores por naturaleza, trabajadores pobres, caracteres nerviosos y grises. Sus escenarios son hogares donde los matrimonios se aman y se odian, o bares donde la existencia de los marginales y alcohólicos transcurre sórdidamente, o vecinos cuyas vidas se relacionan aleatoriamente, al estilo de Chejov, su maestro preferido. Sin embargo, entre tanta oscuridad y falta de sentido, a veces brota una luz de esperanza, o un detalle de horror, rasgo que confiere al estilo de Carver una personalidad inconfundible.

Algunos cuentos están contruidos dentro de la estética minimalista (pocos recursos en el menor espacio), como pequeños marcos para situaciones rápidas y apenas importantes a primera vista. Algunos críticos lo han considerado como «el mejor escritor de cuentos cortos desde Hemingway». En el marco de estos presupuestos vitales y estéticos escribió libros como *Catedral* (1984) o *De qué hablamos cuando hablamos de amor* (1981), y también interesantes volúmenes de poesía.

Sus poemas parecen una extensión de sus cuentos en el sentido del prosaísmo, pero se abren más a un mundo lírico de objetos, sensaciones y paisajes. Murió en plena madurez creativa, poco antes de cumplir los cincuenta

años, a causa de un cáncer de pulmón.

Notas

[1] Extraído del libro «*Dejad que baile el forastero*», de Jaime Priede <<

[2] «**WILL YOU PLEASE BE QUIET, PLEASE**» (1963-76): «Fat», «Neighbors», «The Idea», «They're Not Your Husband», «Are You a Doctor?», «The Father», «Nobody Said Anything», «Sixty Acres», «What's in Alaska?», «Night School», «Collectors», «What Do You Do in San Francisco?», «The Student's Wife», «Put Yourself in My Shoes», «Jerry and Molly and Sam», «Why, Honey?», «The Ducks», «How About This?», «Bicycles, Muscles, Cigaretts», «What Is It?», «Signals», «Will You Please Be Quiet, Please?». <<

[3] **FURIOUS SEASONS AND OTHER STORIES**«Dummy», «Distance», «The lie», «So much water so close to home», «The fling», «Pastoral», «Mine», «Furious seasons». <<

[4] **WHAT WE TALK ABOUT WHEN WE TALK ABOUT LOVE**(1974-81) «*Why Don't You Dance?*», «*Viewfinder*», «*Mr. Coffee and Mr. Fixit*», «*Gazebo*», «*I Could See the Smallest Things*», «*Sacks*», «*The Bath*», «*Tell the Women We're Going*», «*After the Denim*», «*So Much Water So Close to Home*», «*The Third Thing That Killed My Father Off*», «*A Serious Talk*», «*The Calm*», «*Popular Mechanics*», «*Everything Stuck to Him*», «*What We Talk About When We Talk About Love*», «*One More Thing*». <<

[5] **CATHEDRAL** (1981-83): «*Feathers*», «*Chef's House*», «*Preservation*», «*The Compartment*», «*A Small, Good Thing*», «*Vitamins*», «*Careful*», «*Where I'm Calling From*», «*The Train*», «*Fever*», «*The Bridle*», «*Cathedral*». <<

[6] **WHERE I'M CALLING FROM:** SELECT STORIES: «*Nobody Said Anything*», «*Bicycles, Muscles, Cigarettes*», «*The Student's Wife*», «*They're Not Your Husband*», «*What Do You Do in San Francisco?*», «*Fat*», «*What's in Alaska?*», «*Neighbors*», «*Put Yourself in My Shoes*», «*Collectors*», «*Why, Honey?*», «*Are These Actual Miles?*», «*Gazebo*», «*One More Thing*», «*Little Things*», «*Why Don't You Dance?*», «*A Serious Talk*», «*What We Talk About When We Talk About Love*», «*Distance*», «*The Third Thing That Killed My Father Off*», «*So Much Water So Close To Home*», «*The Calm*», «*Vitamins*», «*Careful*», «*Where I'm Calling From*», «*Chef's House*», «*Fever*», «*Feathers*», «*Cathedral*», «*A Small, Good Thing*». NEW STORIES: «*Boxes*», «*Whoever Was Using This Bed*», «*Intimacy*», «*Menudo*», «*Elephant*», «*Blackbird Pie*», «*Errand*». <<

[7] **ELEPHANT** (1979-88): «Boxes», «Whoever Was Using This Bed», «Intimacy», «Menudo», «Elephant», «Blackbird Pie», «Errand». <<

[8] **CALL IF YOU NEED ME**(1979-88): UNCOLLECTED STORIES: «*Kindling*», «*What would you like to see?*», «*Dreams*», «*Vandals*», «*Call if you need me*». *FIVE ESSAYS AND A MEDITATION*: «*My father's life*», «*On writing*», «*Fires*», *John gardner: the writer as teacher*», *Friendship*», *Meditation on a line from Saint Teresa*». *EARLY STORIES*: «*Furious seasons*», «*The hair*», «*The aficionados*», «*Poseidon and company*», «*Bright red apples*». *FRAGMENT OF A NOVEL*: «*From the augustine notebooks*» (...). <<